

EL MANDALA 37



MARC LAIDLAW

-Realmente escalofriante. Este libro lo tiene todo para que el lector no deje de mirar el fondo del pasillo.-

Stephen King

EL MANDALA 37

MARC LAIDLAW

Traducción de David Tejera Expósito
Corrección a cargo de Juan Manuel Santiago



Rocaeditorial

Título original: *The 37th Mandala*

© 1996, Marc Laidlaw

Primera edición: septiembre de 2018

© de la traducción: 2018, David Tejera Expósito

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417305208

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos

EL MANDALA 37

Marc Laidlaw

MEJOR NOVELA DEL INTERNATIONAL HORROR GUILD AWARD.

FINALISTA DEL WORLD FANTASY AWARD.

UNA NOVELA DE TERROR RETRO ESCRITA POR MARC LAIDLAW, EL MÍTICO CREADOR DE LOS VIDEOJUEGOS HALF-LIFE Y DOTA 2.

Los mandalas siempre han estado entre nosotros, invisibles y silenciosos. Cuando el cínico Derek Crowe, el charlatán de la Nueva Era, aprende los secretos de los mandalas, ve la oportunidad de obtener dinero fácil. Todo lo que tiene que hacer es convertir a esos terribles monstruos lovecraftianos en espíritus guardianes, alterando los textos místicos para que parezcan benevolentes para un público crédulo. Pero a medida que la obra de Crowe gana en popularidad, también atrae la atención no deseada de los 37 mandalas de los que trata el texto original, sin saber que ha lanzado sobre la tierra un horror tan infinito como hambriento.

ACERCA DEL AUTOR

Marc Laidlaw (1960) es un escritor de ciencia ficción y terror conocido principalmente por ser guionista para Valve Corporation de los populares videojuegos de Half-Life así como creador del videojuego Dota 2. Publicó sus primeros relatos de adolescente y ha escrito otras aclamadas novelas como *Kalifornia*, *The Orchid Eater*, *Dad's Nuke* y *Neon Lotus*.

ACERCA DE LA OBRA

«Marc Laidlaw escribe un tipo de ficción de terror que me ha enamorado. El mandala 37 es una obra maestra de horror visionario que no habíamos visto nunca desde que Lovecraft murió.»

RAMSEY CAMPBELL

«Describir lo indescriptible es una tarea desalentadora, pero Laidlaw lo consigue creando una manifestación de lo sobrenatural como algo accesible y a la vez impenetrablemente ajeno. Una historia magistral sobre seres humanos esclavizados por las fuerzas ocultas.»

PUBLISHERS WEEKLY

SOBRE EL NÚMERO TREINTA Y SIETE

El número treinta y siete es un número Dee primo, llamado así por su función en las fórmulas derivadas de las claves enoquianas del doctor John Dee y su adivinador Edward Kelly. Aleister Crowley, la reencarnación de Kelly, quien realizó minuciosas investigaciones sobre el significado astral de este número primo, afirmaba que el número resuena en una dimensión transcendente de estabilidad forzosa, como si se usara para mantener a raya el caos, y se conservará a sí mismo a toda costa, para lo que eliminará cualquier dígito adicional que amenace con convertirlo en el treinta y ocho (algo que flaquea con el Dee primo, al estar compuesto por el débil primo de la celosía malkutiana, el diecinueve, y un poco reforzado por la Díada), que al mismo tiempo no deja de sumar siempre —y, por lo tanto, desequilibra— al puro treinta y seis, que al mismo tiempo es un cuadrado muy potente al ser divisible por el primo gnóstico y por la Gran Tríada, y que tiene muchas facetas y homólogos místicos. La influencia del treinta y siete es, en esencia, siniestra, no es del todo explicable por el hombre y opera de acuerdo con una geometría que es inconcebible incluso en el plano akáshico y que por lo tanto se resiste a la categorización simplista de llamarlo «malvado». Un numerólogo avisado será capaz de percibir la manifestación del treinta y siete en todo tipo de lugares fortuitos: periódicos, películas, estaciones de autobuses, números de teléfono... Una omnipresencia que supera los límites de la casualidad y roza la determinación. Como principio organizativo, el treinta y siete es, al mismo tiempo, amenazador y fascinante, y muchos de sus

efectos y características continúan ocultos e inexplorados. Los diarios de Crowley incurren en incoherencias cuando el autor habla de su estudio del número en Arabia, mientras que John Dee, en los últimos años de su vida, cuando se le perseguía y vivía en la pobreza, cambió la actitud de la que había hecho gala toda su vida y con la que rechazaba las consideraciones tolerantes relativas a los símbolos en su obra, y en un fragmento carbonizado del instituto Ashmolean advirtió con vehemencia que se tuviese cuidado con cualquier tipo de manipulación del número treinta y siete, al que también culpó de su aciago destino.

—GEORG VON RUTTER, *Secretos de la numerología gnóstica*, vol. VIII:
Manifestaciones esotéricas de los números primos, 1967

PRÓLOGO

A la joven pareja no pareció importarle que el museo apestara a sangre.

Caminaban cogidos del brazo por las tenebrosas salas de Tuol Sleng mientras señalaban hacia las acuarelas llenas de atrocidades, susurraban entre risas esporádicas y se aferraban el uno al otro como amantes atolondrados debajo de las aspas pesadas y afiladas de los ventiladores del techo, que se afanaban por remover el húmedo ambiente. Los guardias jemerres los miraban al pasar y movían sus armas con inquietud, como si nunca hubiesen visto nada igual. El estadounidense los seguía por razones que no llegaba a comprender.

Intentó imaginarlos caminando por las carreteras de polvo rojizo del campo, seguidos por todo tipo de miradas y todo tipo de armas, de los equipos de la ONU y de los jemerres por igual. Él no llamaba mucho la atención en Camboya, ya que parecía un corresponsal asiático anciano: un hombre alto, con sobrepeso y de pelo canoso recogido en una coleta que le sobresalía debajo de un desvencijado sombrero de lona. Deambuló por los pisos inferiores de Tuol Sleng en sandalias y con unos anodinos vaqueros cortados, con una cazadora de camuflaje que llevaba sobre una camiseta mugrienta, con los bolsillos llenos de lentes, carretes de fotos y filtros, y algunas Nikon destartadas colgadas de los hombros por el pecho y la barriga.

El olor debería haberlos molestado aunque fuese un poco, pensó, incluso el ganado retrocedía al ver el matadero. Era el hedor residual de la sangre vieja, aquella que nunca había llegado a limpiarse del todo de entre las baldosas cuadradas de los suelos de las aulas, la que nunca se había llegado a

eliminar de las casetas que los jemeres rojos habían construido para enjaular a sus prisioneros. Los periodistas que lo habían guiado al lugar habían especulado con que los campos de concentración alemanes debían de haber sido así en los años cincuenta, antes de que se limpiaran para convertirse en una atracción turística. Los conservadores de Tuol Sleng no se habían preocupado por usar desinfectante. Aquel tenue hedor era más evocador que cualquier letrero que describiera los horrores allí acontecidos, más convincente y menos susceptible a las correcciones que cualquier propaganda despachada por los regímenes que habían sucedido al mandato de los jemeres rojos.

En una de las muchas habitaciones que estaban empapeladas desde el suelo hasta el techo con fotografías, el estadounidense consiguió al fin oír la conversación de la pareja. Estaban tan absortos por lo que los rodeaba y por su presencia allí que no repararon en él.

—Para mí que se parece a una obra de Warhol —dijo el hombre con marcado acento francés—. Tiene esa repetición, ese anonimato del artista.

—A mí me recuerda a Avedon —repuso la mujer, que tenía acento alemán—. Esa frialdad...

—Pero con cierto arraigo. Irving Penn.

—Joel-Peter Witkin.

—Eso, pero sin su puesta en escena. Sin su artificio. Esto es mucho más espontáneo. Natural. Es lo que marca la diferencia.

—¿Tú crees?

Sin duda, pensó el estadounidense mientras dejaba que se apartaran de él. Temía llamar su atención y solo quería terminar el trabajo, marcharse de allí, volver al hotel y salir para siempre de aquel país. Había demasiados fantasmas en Camboya, fantasmas cuyos cuerpos formaban parte de la tierra desde hacía muy poco tiempo, un millón de almas torturadas que flotaban en una neblina moteada de rojo. Además, él ya había pasado por el lugar al que se dirigían los amantes: antiguas aulas reacondicionadas con contraventanas de madera abiertas de par en par para permitir el paso a una luz rosácea que iluminaba pequeñas costras de sangre esparcidas en espiral por debajo de los somieres engalanados con grilletes. Se detuvo a escudriñar las paredes en las que ellos habían admirado el efecto artístico, paredes cubiertas con fotografías del antes y el después de las víctimas de Tuol Sleng. Hombres,

mujeres, demasiados niños; familias enteras. Los torturadores no se habían achantado a la hora de documentar sus exploraciones de la carne humana. Al entrar en el centro de exterminio, que antes había sido un liceo, una reliquia decadente de la arquitectura colonial francesa, los cautivos habían posado ante la cámara con gesto optimista; sí, optimista, a pesar de que seguro sabían la naturaleza de sus fotógrafos. Una especie de ceguera voluntaria que sobrevenía a los ojos de los aterrados. La segunda de cada par de imágenes mostraba a las víctimas al final de su estancia, antes de enviarlos a los campos de exterminio y las tumbas de Choeung Ek o de enterrarlos en el patio del colegio.

Había explorado Choeung Ek mientras el Ministerio de Información procesaba su solicitud para realizar una investigación específica y limitada en la biblioteca de Tuol Sleng. Había dejado la marca de sus sandalias en las fosas mientras el polvo de los huesos se le adhería a los dedos de los pies, contado una fracción de las calaveras que había a la vista y que estaban ordenadas detrás de una vitrina por sexo y edad («mujer camboyana senil»), se había acercado para fotografiar el tronco de un árbol en el que se decía que los jermes rojos habían aplastado las cabezas de unos niños para ahorrar munición. Estudiaba las fotografías con macabra fascinación, como si mirara algo de lo que no había sido consciente hasta haberlo visto. Algunas de las víctimas llevaban tatuajes tribales, también llamados sak, como los que había visto por todas partes en los campos de refugiados tailandeses, grabados de amuletos mágicos. Las fotos revelaban que los torturadores tenían otras capacidades artísticas, como por ejemplo una minuciosa atención al detalle en lo referente a la anatomía. Pero en ninguna parte vio indicios de lo que buscaba. En cualquier caso, solo había en exposición una pequeña muestra de las fotografías: Tuol Sleng había alojado a diecisiete mil personas durante el corto periodo de tiempo en el que estuvo en funcionamiento. Eso suponía un total de treinta y cuatro mil fotografías, pero solo había una pequeña fracción de ellas expuestas en las paredes. Los pocos supervivientes (menos de diez personas habían escapado de Tuol Sleng después de la caída de Kampuchea Democrática) habían vuelto al lugar para crear una galería de supervivientes, pinturas e ilustraciones primitivas y de colores radiantes de las torturas que parecían realizadas por niños. Las había inspeccionado durante sus visitas anteriores, y había prestado atención especial a los pechos de una mujer

pintada con acuarela de un solo color cuyos pezones ardían entre tenazas al rojo vivo.

(La mancha azulada que tenía el aspecto de un tatuaje borroso había resultado ser una marca de pintura, nada retorcido).

Al fin oyó ruidos de botas, firmes y de vestir, que se acercaban por el pasillo principal. Volvió al recibidor, donde el pequeño asistente jemer lo estaba buscando.

—Ya está listo. ¿Quiere que lo lleve?

—Conozco el camino.

El estadounidense le dejó un fajo de billetes en la mano y pasó a su lado para dirigirse hacia las escaleras.

En el primer rellano hizo una pausa y sacó un paquete de cigarrillos de la cazadora. Encendió uno y contempló cómo el humo revoloteaba entre sus dedos, como si fuese a encontrar lo que buscaba entre las volutas. Oyó pasos debajo de él en las escaleras, murmullos curiosos de la pareja europea. Oyó que un guarda les llamaba la atención y los pasos cesaron. Apagó el cigarrillo sin darle una calada.

En el segundo piso solo podía atravesar una de las puertas. El lugar donde el conservador lo esperaba impaciente. El jemer enjuto y lleno de cicatrices parecía molesto por verlo de nuevo, pero las autoridades lo habían obligado.

La pequeña estancia era sofocante. Había pocas cosas, pero de todos modos parecía abarrotada: contaba con dos viejos escritorios, un archivador y una antigua fotocopidora. Vio una carpeta sobre el escritorio más alejado, debajo de la ventana. El conservador le hizo un gesto para que se sentase. Mientras se acercaba al escritorio, el otro hombre atravesó la puerta entreabierta que daba a una habitación mucho más grande. El estadounidense vio estanterías llenas de carpetas, libros de texto y papeles amarillentos. Había una muestra de aquellos diarios en la exposición del piso inferior: eran confesiones de los crímenes contra Kampuchea Democrática, escritas en jemer y a veces en francés. La enorme cantidad de carpetas era casi inconcebible: cada una representaba una muerte y dosificaba la información página a página. Al darse cuenta del interés que mostraba el estadounidense, el conservador cerró la puerta con presteza.

Pasó a mirar la carpeta que había encima del escritorio y gruñó al leer el nombre que había escrito en la portada.

—No es la que había pedido —le reprochó.

—Así es.

—He dicho que no es la que...

El conservador le pasó una solicitud escrita con una caligrafía que reconoció como suya y que tenía el sello del ministro. Se quedó desconcertado un instante, hasta que sintió que volvía a tener fiebre. Se hundió en la silla, se abrazó el torso y se inclinó hacia la mesa, con sudores fríos y unos puntos resplandecientes que le cubrían la visión. Cuando recuperó la compostura, suspiró y acercó la carpeta.

—¿Sí? —inquirió el conservador.

—Sí —respondió con voz agotada.

El conservador extendió las manos hacia él.

—Cámaras.

—Tiene que estar de broma.

—Cámaras. Ahora.

En lugar de hacerle caso, el estadounidense sacó la cartera. Con veinte dólares debía haber bastado, pero el hombre apartó el dinero de un manotazo. Nunca había presenciado un gesto así en la ciudad. Notó un mal presagio, como si hubiese fracasado y se fuese a meter en problemas. Guardó la cartera, convencido de que un soborno por mayor cuantía solo le traería más problemas.

—Cámaras —insistió el hombre.

El estadounidense se lo quedó mirando un instante y luego se quitó de encima las correas y los cuerpos negros de las tres FM2. En la mochila llevaba un soporte para copias fotográficas que ya no le servía para nada. El jemer apiló las cámaras en el otro escritorio. Luego volvió al otro y se sentó mientras miraba hacia la ventana por encima de la cabeza del estadounidense.

Cuando dejó la mochila en el escritorio y la abrió, el conservador volvió a ponerse en pie. Sacó un bolígrafo y un cuaderno. El jemer volvió a sentarse, y él señaló la fotocopidora.

—Supongo que no funciona, ¿verdad?

El hombre consumido se tornó pálido a causa de la rabia.

—¡Escriba a mano! ¡Solo a mano!

—Es broma. Relájese.

Dentro de la carpeta había una pila de tres centímetros de documentos sin pautar, y cada una de las páginas tenía una fecha, estaba firmada y también marcada con una huella dactilar. Las hojeó, y el corazón le dio un vuelco cuando vio pasar los primeros mandalas, unas ruedas elaboradas con núcleos en espiral y radios oscilantes. Eso era justo lo que había estado buscando. Los círculos se encontraban rodeados por escritura en jemer, como si el texto fuese una exégesis de la naturaleza de los símbolos. Algo poco probable. Los jemereros rojos no permitían a sus invitados ponerse metafísicos.

El estadounidense no sabía jemer, pero sí que notó cómo la caligrafía empeoraba a medida que avanzaban las páginas y acababa emborronada por manchas rojas y negras cuya frecuencia también aumentaba a cada página. Volvió al comienzo, observó por un momento el primer mandala, acercó el cuaderno y le quitó la tapa al bolígrafo. El conservador se lo quedó mirando.

La rueda estaba dibujada con minuciosidad y era intrincada, como si el autor hubiese dedicado toda su energía a dicha tarea. ¿Por qué los interrogadores de la Kampuchea Democrática le habían dejado el tiempo suficiente para crear un patrón así? Debió de haberlo distraído en gran medida de escribir el resto de la confesión. Aun así, había docenas de imágenes igual de elaboradas a lo largo de todo el texto.

No podía imaginarse cuánto habría tardado en copiar una, y mucho menos las treinta y siete que había. Lo último que quería era pasar muchos días en esa estancia agobiante de aquel horrible museo embebido en el olor de una sangre que ya empezaba a obviar. No quería habituarse a aquel lugar, pero no le quedaba elección.

Se sorprendió un poco al descubrir que había un montón de papel cebolla doblado en su cuaderno. No recordaba haberlo metido ahí. Puso una hoja encima del mandala y empezó a calcar con cuidado el perímetro que enclaustraba un complejo núcleo de líneas entrelazadas. El sudor de la mano arrugó un poco el papel, y hubo de tener cuidado de no mojar la tinta. Cuando terminó con las líneas exteriores, empezó a trazar las espirales de la parte central. Era una tarea que requería mucha paciencia y un pulso mucho más firme que el suyo. No era un artista.

Robar el documento habría sido la solución más obvia, pero sería el único sospechoso del robo. No quería pasarse el resto de su vida en una prisión de Camboya. Y también tenía claro que era imposible que consiguiera

escabullirse hasta la frontera más cercana. Camboya era un enorme campo de minas. No... Iba a tener que calcar a mano cada mandala, le llevara el tiempo que le llevara.

Cada línea parecía contar con una longitud imposible. Calcó todo tipo de nudos y complicaciones de los que no conseguía percatarse hasta que los atravesaba con el bolígrafo, un sinfín de giros y bucles y marañas impenetrables. No se atrevió a levantar la mano del papel. Para descansar, dejaba la punta apoyada en el papel y cerraba los ojos, pero a pesar de ello aún sentía latir el patrón detrás de los párpados, fluir en el hedor de la sangre, azucar las marcas de fosfeno poco a poco hasta formar una palpitación en su mente. Oyó un golpe demasiado crispado para tratarse de su corazón y, cuando abrió los ojos, descubrió que su mano, de la que se había olvidado, había continuado calcando aquella forma. Ahora el patrón estaba completo, y se había dibujado como por arte de magia en un abrir y cerrar de ojos.

El conservador se encontraba en la puerta y miraba hacia el recibidor. El jemer empezó a susurrar y a hacer aspavientos iracundos. Echó la vista atrás, le dedicó al estadounidense una mirada de advertencia y luego abrió la puerta justo lo necesario para atravesarla.

El estadounidense se sorprendió al ver que los europeos estaban fuera. Los ojos del hombre se encontraron con los suyos durante un instante sobrecogedor. Se le empequeñecieron las pupilas, para luego expandirse y volver a contraerse. La mujer le dedicó una sonrisa y luego asintió. La puerta se cerró a continuación. Oyó voces que farfullaban: el conservador estaba enfadado y el francés intentaba calmarlo mientras la mujer le hablaba en voz baja y tranquilizadora, como si lo estuviese arrullando. Las voces resonaban en el pasillo. Sintió que cada vez se alejaban más de donde se encontraba él.

El mandala aún le ardía en los ojos. Sin titubear, como si hubiese planeado aquel momento, llevó la carpeta a la fotocopidora. Toco el botón de encendido, pero no ocurrió nada. El enchufe estaba tirado en el suelo, debajo de una toma de corriente que había en la pared. La enchufó. La fotocopidora empezó a repiquetear. No quiso saber el tiempo que desperdició mientras esperaba a que la máquina se calentara. Colocó en el cristal la primera hoja, la misma que había calcado a mano. Vio entre sus dedos un resplandor que iniciaba una barra caliente. La fotocopidora rechinó como un insecto que canta en una tarde calurosa, como si llamara la atención

de todos los que se encontraban en Tuol Sleng. Cuando la luz midió las dimensiones de la página, quitó la hoja del cristal y colocó una segunda que ya tenía preparada. Rebuscó en la carpeta en busca del tercer mandala, que estaba rodeado por aquella caligrafía lamentable. Parecía un trabajo simultáneo a cuatro manos, las del artista y las del autor.

No tardó en establecer una rutina: colocar una página, esperar a que la máquina estuviese lista, darle al botón de copiado, esperar el recorrido de la luz y a que terminara el lento escaneo. Esperar, esperar y esperar; rebuscar en la carpeta con cuidado de no olvidarse de ningún mandala y prepararse para copiar el siguiente, siempre alerta por si oía algún sonido a su alrededor, paranoico por si el escándalo que montaba la máquina no le permitía oír el regreso del conservador. Pero no debía pensar en eso, no debía preguntarse qué ocurriría en caso de que lo pillara. Su única preocupación era copiar los mandalas. Solo eso.

Cuando había copiado la última de las hojas, cogió las fotocopias de la bandeja y contó con presteza los mandalas. Treinta y siete. Estaban todos. Le sorprendió la calidad de las copias. Tiró del enchufe de la pared, volvió a su asiento, escondió las copias en su mochila y cogió el bolígrafo, como si nunca hubiese dejado de dibujar. La fotocopidora estaba caliente como un horno, pero el conservador no tenía por qué molestarse en revisarla, ¿no?

Se quedó varios minutos sentado mientras fingía que calcaba un mandala y se preguntaba cuánto tiempo debería mantener aquella farsa. Estaba ansioso por marcharse, pero quería asegurarse de que el conservador lo viera.

Le pareció oír al hombre hablar con urgencia en la sala de archivos. Pegó la cabeza a la puerta y se concentró para escuchar mientras giraba el pomo. La puerta se abrió.

Reptó por la izquierda del pasillo, pasó junto a una estantería llena de cuadernos y luego echó un vistazo por el extremo de la estantería hacia una esquina de la estancia. El francés era el que estaba más pegado a la esquina, con los vaqueros negros bajados hasta las pantorrillas mientras empujaba las caderas contra el trasero huesudo del conservador. La alemana estaba agachada delante del jemer y movía la cabeza hacia delante y atrás en la ingle del anciano. El hombre tenía la cabeza echada hacia detrás, con la garganta larga y curvada al descubierto y la mirada fija en un espejo circular que el chico sostenía en su mano extendida.

Al parecer, el estadounidense hizo algún ruido, porque el chico lo miró de reojo y le dedicó una ligera sonrisa de satisfacción sin dejar de empujar. El conservador se puso rígido y se estremeció. La mujer emitió un sonido similar a un chasquido mientras un hilillo de sangre se le derramaba por la comisura de los labios.

El estadounidense empezó retroceder, rodeó la estantería y se dirigió a toda prisa hacia la otra habitación. Había visto algo, algo... Lo había visto, pero desconocía su significado. No quería saberlo. Ya había terminado con lo suyo, lo demás no tenía nada que ver con él. Cogió la carpeta del escritorio del conservador. Un pequeño paquete de papel de silicona se deslizó de ella y cayó al suelo.

Miró a su alrededor con gesto culpable para comprobar si alguien lo había visto y luego recordó la escena que había presenciado en la habitación contigua. A nadie le importaba lo que hubiera hecho. Metió el paquete en su mochila encima de las fotocopias. Luego se marchó de la estancia mientras seguía colocándose la maraña de tiras de las correas de las cámaras.

Estuvo a punto de caerse por las escaleras mientras las bajaba y se obligó a caminar con tranquilidad hacia la salida. Un grupo de hombres de negocios estadounidenses borrachos había llegado a Tuol Sleng y lo habían confundido con otro museo. Daban vueltas de un lado a otro, algunos horrorizados, y la mayoría, sin duda, entretenidos. Agradeció a los guardas la ayuda que le habían prestado durante los últimos días y luego salió despacio y se aseguró de que lo veían marchar con las manos vacías.

Una vez en las calles, volvió a respirar. Caminó a paso tranquilo, durante varias manzanas y paró a coger aliento bajo la sombra de los árboles, disfrutando del viento arenoso como si fuese brisa marina. Dejó que el aire limpiara el hedor a sangre que aún notaba en la nariz, que las vistas de Nom Pen bañada por la luz del sol purgaran la pesadilla irreal y aislada de la biblioteca.

Ahora que Tuol Sleng no estaba a la vista, se detuvo y sacó el sobre de papel de silicona del bolsillo. Dentro había varios negativos fotográficos. Con miedo a que se llenaran de polvo, volvió a meter el paquete en la mochila y le hizo señas a un mototaxi para que lo llevara al hotel.

El baño de su habitación estaba lleno de botellas de líquido de revelado fotográfico, bandejas de plástico y la ampliadora. Las fotografías de fosas,

que parecían parterres de calaveras, colgaban entre la suciedad de la ducha. Pensó ponerse a imprimir los negativos en aquel mismo momento, pero le había vuelto a dar fiebre. Se derrumbó en una de las camas de matrimonio con el paquete de papel de silicona encima del pecho. Levantó los negativos de uno en uno para colocarlo a la tenue luz que se filtraba entre las deslucidas persianas.

En la primera se veía un sujeto desnudo delante de un fondo oscuro. Unas ruedas blancas e intrincadas engalanaban cada centímetro de su piel que estaba a la vista; una piel que era de un plateado muy desvaído. Eran los mismos mandalas que había en el cuaderno.

Mareado, cerró los ojos y vio que los círculos, ahora impresos en sus retinas, empezaba a rotar.

Las dos fotografías siguientes eran peores.

En la segunda aparecía el mismo sujeto, ahora con aspecto raquítico, suspendido por las muñecas contra una pared irregular. Su boca era una pequeña mancha plateada y resplandeciente que se fundía por las comisuras. Los símbolos blancos y refulgentes que le cubrían la piel resplandecían más que nunca. Aquella era horrible, pero la tercera fotografía era la peor de todas. En ella, su cuerpo al completo brillaba como la luna, una luz argétea que lo cubría todo. Un charco de mercurio brillaba en el suelo bajo sus pies colgantes.

El estadounidense tardó algún tiempo en darse cuenta de qué estaba viendo. Tuvo que cerrar los ojos e imaginarse la imagen al revés para comprenderla.

Lo que él veía de un color plateado resplandeciente era en realidad un negro resplandeciente...

El terror emanaba de las imágenes oscuras como un enjambre de moscas, un racimo de espirales argéteas que se extendían por la estancia desde el cuerpo de aquella figura. No importaba que todas aquellas fotografías se hubiesen realizado años atrás. Había algo allí con él en aquel instante, algo mayor y más perdurable que las atrocidades cometidas por Kampuchea Democrática. Había algo que saturaba el ambiente y lo tensaba hasta que parecía que iba a estallar. Estaba a punto de ver... ¿el qué? ¿Qué iba a ver cuando sus ojos dejaran de centrarse en este mundo?

Intentó incorporarse de la cama, pero se sentía demasiado enfermo. Se

tumbó y cerró los ojos. Notó que la luz se atenuaba, que la ventana se volvía más oscura, que los ruidos de la calle (que nunca habían sido demasiado ensordecedores, ya que había pocos coches) disminuían hasta desaparecer. Recordó que aún no había visto la carpeta por la que había recorrido tanto camino. Nada de lo que había hecho aquel día tenía mucho sentido. Se decía que había una epidemia de encefalitis en Camboya que propagaban los mosquitos, quizás eso lo explicara todo. Notó una luz en los ojos, una sensación casi dolorosa, y reparó en que se volvía a encontrar junto a la fotocopidora y presionaba una hoja de papel contra el cristal mientras observaba cómo la barra de luz se movía despacio debajo de sus manos. Le atravesó la carne como si de rayos X se tratase y le grabó a fuego el mandala en su mente. En aquella ocasión, era de un blanco plateado, como en los negativos. Cegador...

Cuando despertó, la estancia estaba a oscuras, pero aún podía ver aquel patrón con el que había soñado. Flotaba justo encima de él y era un círculo resplandeciente y plateado. Vio uno de sus ojos reflejados en el centro de la figura, como si de un espejo se tratase.

Empezó a incorporarse, pero una mano lo empujó hacia atrás. El tacto le resultó familiar, al igual que la voz de mujer que le susurró al oído. Ya habían estado allí antes. Una sombra se arrodilló sobre él y le presionó las piernas. No era capaz de ver lo que había más allá de los bordes del espejo, que desprendía una oscuridad que penetraba en la habitación y ocultaba al resto de ocupantes. Pero sabía que el espejo estaba en manos del chico francés, y también sabía que la mujer alemana se encontraba junto a él en la cama. La otra vez no había sabido quiénes eran, pero ahora, después de verlos en Tuol Sleng, al fin podía relacionar aquellas voces con una cara.

Aquella lucidez tan solo duró un instante, y luego sintió la lengua de la mujer en su oreja y que una mano se aferraba a su entrepierna. El olvido se extendió a partir de esos dos puntos de contacto. Se desprendió de su conciencia como una serpiente que se deshace de su piel.

—Revélate —dijo la mujer.

Forcejearon en la oscuridad. Pero también era un sueño. Cuando se despertó, se encontraba solo, a excepción de un mosquito que le zumbaba en la oreja. Las hojas estaban desordenadas entre sus piernas, tenía los pantalones desabrochados y le dolían los testículos como si hubiese tenido un

sueño húmedo. Se levantó del colchón, se dirigió a trompicones hacia el baño y se lavó la cara con agua templada. Se miró en el espejo para asegurarse, pero no había espejo. Desorientado por la fiebre y las pesadillas, el baño que recordaba era el de otro país. Se secó la cara en una toalla que olía a moho y a líquido revelador y volvió a la cama.

La mochila estaba abierta en el suelo.

Las fotocopias habían desaparecido. Se lo había llevado todo; todo, menos la hoja de papel de calcar que había copiado a mano y metido doblada en su cuaderno. Miró el diseño. Era el mismo que había visto en el espejo del chico francés en aquel sueño. No, no había sido un sueño. Habían estado allí.

Le habían robado. Drogado y luego robado.

En ese caso, ¿por qué se sentía aliviado? ¿Satisfecho, tal vez?

Salió al pequeño y oscuro pasillo. Le dio la impresión de que era más largo de lo que recordaba, y también de que se curvaba un poco, que se estrechaba cada vez más hasta llegar a la parte superior de las escaleras. El recepcionista lo vio bajar hasta el recibidor sombrío y de techo bajo y le dedicó una sonrisa vacilante.

—¿Han venido a verme dos personas?

El chico asintió.

—Sí... Sus amigos. Subieron y acaban de bajar hace poco. Dijeron que usted estaba durmiendo.

—¿Mis amigos?

—Sí, los mismo que vinieron hace dos noches.

—¿Cómo?

—Son los mismos. Lo recuerdo bien.

En ese momento, la mirada del chico se centró en la frente del estadounidense. Entrecerró los ojos y se puso pálido. El estadounidense se enjugó el ceño con la esperanza de encontrarse con un insecto aplastado o algo repelente, pero no había nada. Se alejó de la recepción y salió a la noche, como si esperase encontrarlos aún ahí fuera.

La calle, al igual que el pasillo del piso de arriba, parecía arquearse delante de él, como si hubiese adquirido una conciencia sobrenatural de la curvatura del planeta y estuviese a punto de caer por el borde. Ahora estaba convencido de que se trataba de los síntomas de una enfermedad que le era

desconocida: vahídos, vértigo y un latido lento y constante que surgía de todo lo que lo rodeaba, como si hubiese un generador en funcionamiento en las profundidades de la tierra.

En los intervalos entre los accesos de fiebre, le daba la impresión de que todo tenía una nitidez embriagadora. La luz que salía de los bares y de las tiendas convertía la basura de las calles en réplicas de diamantes. El estruendo y los sonidos del tráfico se fusionaban para formar una voz que emitía una letanía estridente. Los movimientos erráticos de las mototaxis y de los peatones parecían una coreografía elaborada. Le dio la impresión de que él era el único capaz de obviar los pasos que habían escrito para él. El baile se desataba a su alrededor, pero él no participaba.

Se dio la vuelta para ser del todo consciente de la libertad que tenía y vio que el recepcionista lo miraba. El estadounidense se movió hacia la calle lo que a él le parecieron unos centímetros y eludió así la compleja maquinaria que controlaba los acontecimientos. Los ojos del chico se abrieron de par en par, como si lo hubiese visto desaparecer en un instante, como si se hubiese desvanecido. El resto de la escena se oscureció con una iluminación púrpura que amenazaba con emborronar los bordes de todos los objetos. Los edificios parecían transparentes, pero no irreales.

El estadounidense sintió que algo entraba en la luz de su desgarradora conciencia, una opacidad que salía a flote de las superficies insustanciales de todo lo que veía. Por un instante, se vio flotando por encima de la calle, por encima de toda la ciudad. Nom Pen se reorganizó para formar una rueda y las calles pasaron a ser los radios. Vio el camino que llevaba a Tuol Sleng, vio dos coches oficiales que salían de la entrada del museo. Eran casi los dos únicos coches que recorrían las calles de la ciudad en ese momento. Uno de los coches se alejó, vio el cuerpo del conservador rebotando en el interior. El otro fue directo hacia él.

Una rejilla traqueteó delante de un escaparate, y su ilusión de trascendencia se deshizo en un millón de pedazos decepcionantes. Sintió que el mundo se recomponía a su alrededor, que regresaba a su lugar como las barras de metal de la rejilla. Se arrodilló, inseguro de dónde había estado su cuerpo durante el tiempo en que él flotaba por los aires. No estaba seguro de si lo que había visto era de verdad Nom Pen o una versión oculta de la ciudad que había aparecido igual que una llama que refulge de manera repentina para

estabilizarse de nuevo. La calle estaba como siempre, todas las tiendas diferentes, todas las manchas de basura únicas en su sinsentido. Si había algún patrón en todo aquello, estaba tan oculto que sería incapaz de encontrarlo. Sintió que la noche giraba como una rueda, que aceleraba. Todo lo que no se encontrara en el centro estático de la rueda saldría despedido con violencia. Sabía que estaba lejos del centro. Tenía que dirigirse hacia el interior, hacia la fuente de todos los patrones. Tenía que reptar y aferrarse a todas las superficies, arrastrarse como un milpiés o quedar consumido para siempre por la oscuridad que lo rodeaba.

Se dejó caer al suelo y buscó dónde refugiarse, ajeno a las caras de los camboyanos que lo observaban sorprendidos y boquiabiertos, mientras él escapaba entre las calles. Así fue como acabó aplastado debajo de las ruedas del único coche que atravesaba aquel amplio bulevar.

PRIMERA PARTE

Nos engendramos en la aflicción de vuestras almas. Nos alimentamos de ellas y aceleramos la putrefacción de vuestro espíritu. Ningún movimiento nos es ajeno, ninguno de vuestros pensamientos os pertenece, sino que nace de nosotros, espera el momento adecuado para germinar. Hacéis bien en temernos, ya que el miedo es nuestra alabanza. El miedo es la oración que nunca dejamos sin respuesta.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Vivimos en la celeridad de vuestras almas. Nos fortalecemos con vuestro espíritu y os protegemos de la podredumbre. Cuando estáis en peligro, somos los que guiamos vuestros pasos; cuando pensáis en el mal, nos acercamos para repelerlo. No tenéis nada que temer del mundo si nos aceptáis, ya que el mundo es amor y la oración es nuestro idioma. Vuestro amor nos da la fuerza necesaria para intervenir en vuestras vidas. El amor es la respuesta a todas vuestras oraciones.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

1

Como era de esperar, Lilith Alluré llegaba una hora tarde.

Se lo hacía a Derek todas las semanas, por lo que él no apagaba el ordenador y seguía trabajando durante mucho más tiempo del que lo haría en caso de tratarse de cualquier otra visita. Había terminado de escribir la charla días atrás y se dedicaba a pulirla una y otra vez. No tenía sentido memorizarla, ya que iba a leerla directa desde la página. Por otra parte, tampoco tenía otra cosa mejor que hacer que practicar.

Muchos conoceréis la historia, pero por favor permitidme resumirla para aquellos entre el público que hayan acudido a la charla de esta noche para hacerles un favor a otros que puede que sí estén más familiarizados con mi trabajo...

Derek se imaginó algunas risas dispersas por la sala. Siempre hay que empezar con un poco de humor.

En noviembre de 199_, una joven me pidió consejo sobre la regresión. Aquel encuentro de naturaleza profesional cambiaría tanto mi vida personal como mi percepción de la realidad. Me acababa de mudar de Los Ángeles a San Francisco, una ciudad más afable para las búsquedas espirituales. El Área de la Bahía de San Francisco es uno de los puntos principales para la interconexión entre las líneas ley del magnetismo de la tierra con el incomparable feng shui del agua y las colinas ondulantes que rodean la zona, todo bajo la atenta mirada del monte Tamalpaís. Se podría considerar un ónfalo astral y un retiro espiritual para peregrinos de todo el mundo. Me pareció

muy adecuado llegar a ese lugar en el momento en que escribía Explorar tus vidas pasadas. Pude llevar una vida modesta gracias a las consultas psíquicas y a la hipnoterapia.

La visita, a quien llamaré la señorita A, también se había mudado hacía poco tiempo al Área de la Bahía de San Francisco, procedente de Carolina del Sur. Era una integrante muy activa de la próspera comunidad neopagana de la ciudad. Había forjado alianzas con el Templo de Set, la Nueva Orden Reformada de la Aurora Dorada, la OTO (un aquelarre de brujas gardnerianas) y otros muchos grupos wiccanos con más conciencia política. Quizá fuese lo ecléctico de su currículum lo que la hizo empezar a experimentar una serie de visiones abrumadoras, trances muy potentes que llegaban sin aviso y cuyo contenido no se correspondía con la imaginería de ninguna mitología. Algunos de sus conocidos buscaron una explicación en la Atlántida y pensaron que quizá la mujer había sido una alta sacerdotisa en esa cultura perdida y que había ostentado una gloria arcana sin parangón, que sus recientes exploraciones espirituales habían reactivado capacidades psíquicas latentes desde hacía eones. Le recomendaron a la señorita A encontrar un guía respetable que la pusiera en comunión con sus anteriores encarnaciones. Mi reputación no era demasiado conocida entre tales círculos, por lo que, debido a una casualidad inconcebible, la mujer acudió a mi despacho y dio comienzo a uno de los episodios más emocionantes de mi vida.

En nuestra primera sesión, la señorita A afirmó que, durante las visiones, sobre todo contemplaba remolinos giratorios, parecidos a los mandalas de la filosofía budista, pero mientras que los mandalas budistas eran diagramas de carácter sacro fabricados con el fin de meditar, los que ella veía eran organismos vivos, nadadores del mar astral que parecían ansiosos por comunicarse. Era una mujer astuta e inteligente que tenía una sabiduría enciclopédica en lo referente a la iconografía religiosa de todo el mundo, pero aquellas imágenes la desconcertaban, igual que a mí.

Le sugerí realizar un ligero trance exploratorio para que le diera tiempo a aclimatarse al estado de hipnosis. Esperaba que tardase

varios minutos en lograrlo, pero tan pronto como le dije que se iba a sentir soñolienta y relajada, la señorita A empezó a retorcerse y hablar como una sonámbula.

—Escribe —dijo con un tono de voz diferente y extraño—. ¡Escribe lo que decimos!

Obedecí. Cogí papel y lápiz y empecé a transcribir las palabras que pronunciaba la señorita A. Fue así como, a lo largo de varios meses y numerosas sesiones de hipnosis, obtuve uno de los documentos más extraordinarios de la historia de la humanidad...

Sí, bueno.

Derek estaba cansado de mirar la pantalla. Cansado de releer sus propias palabras, pero era lo que le ocurría siempre. Todo aquello le cansaba desde mucho antes de que saliese el libro. Ahora tocaba hacer publicidad, echar sal en la herida. Supuestamente debía mostrar algo de entusiasmo por el vuelo al quinto pino que iba a coger al día siguiente, apoyar la edición de lujo y montar un espectáculo para un grupo de fanáticos ocultistas de pelo azul. Pero lo único que quería en realidad era quedarse en la cama con Lilith, oír la lluvia y hacer como que Derek Crowe no existía.

Oyó las salpicaduras del aguacero en la calle mientras caminaba desde el escritorio hasta la ventana. Las persianas estaban bajadas, por lo que solo vio el brillo de Larkin Street y la acera del edificio en el que se encontraba. Unas gotas alargadas caían despacio desde los cables. Había un taxi junto al bordillo, y su ocupante desapareció bajo la marquesina apagada. Tenía que ser Lilith. Volvió al ordenador para desconectarlo, pero se quedó paralizado junto al interruptor.

Sonó el timbre en la sala. Derek no se movió.

Algo le pasaba a la pantalla, algo que no había visto nunca. Cuando dejas la máquina sin usar, lo normal es que el salvapantallas empiece a trazar formas geométricas por el monitor: líneas, pirámides y paralelogramos.

Aquella noche, la luz ambarina parecía tener un efecto estroboscópico que hacía que su vista oscilara. Las formas lineales de costumbre se perseguían por la pantalla, se retorcían y doblaban entre ellas como si fuesen figuras de cuatro dimensiones. Los patrones solían ser hipnóticos, pero en aquella ocasión las líneas se movían a trompicones, más despacio, como si el

ordenador estuviese a punto de estropearse. Algunos se habían alejado del resto entre sacudidas y parpadeaban apartados. La pantalla se llenó de ruedas, mandalas circulares. Uno, otro y luego más, se movían más y más rápido, y aparecían nuevos mandalas a medida que los anteriores desaparecían al unirse con los nuevos capa a capa, como un residuo vil que se condensa en la pantalla hasta formar una pared destrozada por vándalos ocultistas.

Se apartó del escritorio. Volvió a sonar el timbre. Tuvo miedo de moverse.

De improviso, se oyó un chasquido y la pantalla se quedó en negro. Por un instante, pensó que se había quemado.

Luego aparecieron unas letras resplandecientes.

*CLUB MANDALA
GRAN APERTURA
¡IMPRIMA ESTA PANTALLA
Y ACUDA INVITADO!*

—¡Cabrones! —gritó Crowe. El timbre no dejaba de sonar. Apagó el ordenador con rabia y la pantalla volvió a quedarse en negro, pero en aquella ocasión se había apagado de verdad. Se dirigió a toda prisa hacia el salón y llegó hasta el pequeño recibidor, donde pulsó con fuerza el botón del altavoz—. Más tarde os enteraréis —murmuró.

La voz de Lilith sonó entre chasquidos.

—Ya es más tarde.

—¡No hablaba contigo! ¡Venga sube!

Pulsó el botón para abrir la puerta de la calle, quitó los cerrojos y volvió hasta el salón para mirar la pantalla apagada. Esos ladrones penosos se arrepentirían de haberse metido en su camino. El abogado de Crowe tenía muy buenas vistas del Área de la Bahía de San Francisco, desde cuarenta pisos de altura. Allí podría encargarse de esos artistas plagiadores que se aprovechaban de las modas y aplastarlos como los patéticos insectos que eran.

Seguro que se habían metido en el ordenador a través del módem, pensó. Lo habían jodido por culpa de internet. Habían descubierto sus claves o algo

así. Eso tenía que ser ilegal. Más leña para la demanda.

Tendría suerte si no le habían metido alguna especie de virus mandala de mierda para que le borrara la charla antes de imprimirla.

En ese momento, oyó que se abría la puerta.

Al ver a Lilith consiguió relajarse por un instante. Estaba forrada con un chubasquero negro perlado con gotas de lluvia. Colgó el paraguas en el pomo de la puerta y se acercó a él con una botella de vino en una bolsa de papel. Estaba descorchada y, cuando le paladeó los labios, descubrió que la mujer había estado bebiendo. Y también fumando.

Interrumpió el beso.

—Cigarrillos.

—Bueno, Derek, tu eres el hipnotista. Quítame este hábito asqueroso.

—No he hipnotizado a nadie... desde hace años.

—Eso no es lo que pone en tu libro.

—Ni menciones el libro.

Derek le dio un trago al vino, lo degustó y se lo tragó. Luego dejó la botella en la desvencijada mesa del recibidor que estaba llena de revistas y listines telefónicos y le dio un fuerte abrazo.

—Venga, ¿dónde la escondes? —preguntó Lilith—. ¿Y por qué te molestas en hacerlo?

—¿De qué hablas?

—De tu esclava sexual. Sabes que no me importa.

—Ah, no. Son esos gilipollas del club Mandala otra vez. Ahora se han colado en mi ordenador. No te vas a creer lo que han hecho.

Se mordió el labio, decepcionada.

—Ah, ¿sí? ¿No hay ninguna chica? —Se apartó de él, entró en el apartamento y tiró la chaqueta sobre el sillón—. Me ha parecido verlos hoy.

—¿A quiénes?

—A ellos. Salían de la tienda cuando yo entraba. No los reconocí en ese momento, pero luego vi un cartel del club en el tablón de anuncios y Norman me dijo que una extraña pareja lo acababa de poner antes de mi turno. Fue la pareja que vi. Norman los describió a la perfección. Ya sabes que no deja de escribir informes policiales de memoria y que para él todo el mundo es sospechoso de un posible crimen.

—¿Les dejó poner un cartel?

—Son negocios, Derek.

—¿Y por qué no le dices que me deje poner copias de mi libro y que no las destroce? Eso también son negocios. Voy a hacerle un boicot al Hecate's Haven.

—Qué bonito. El mes pasado tuvimos a unos *boy scouts* fundamentalistas que querían que sumáramos puntos con Jehová y ahora te tenemos a ti.

Derek se derrumbó en el sillón, furioso.

—Además —continuó la mujer mientras lo rodeaba con el brazo y le agitaba la botella por debajo de la nariz—, estoy segura de que hemos vendido más copias de *Los ritos mandala* que ninguna otra tienda de San Francisco. Sería un error por tu parte.

—Copias firmadas —concretó Derek—. No le debo ningún favor a Norman. Él también saca tajada.

—No puedes enfrentarte al club Mandala en la tienda de Norman.

—No es lo que pretendo —repuso él—. Para algo están los juzgados. Tengo una entrevista con un periodista del *Bayrometer* la semana que viene y voy a poner finos a esos cabrones del club. Si querían publicidad...

—Ese es el Derek Crowe que me gusta.

Derek le cogió la cara con ambas manos.

—¿Y al que amas?

—No he dicho eso.

—Ha faltado poco.

—Derek, todo el que te conoce se enamora de ti a primera vista, pero por desgracia esa primera impresión da paso a la repulsión.

Le propinó un empujoncito para apartarla de su lado y rio.

—Entonces, ¿por qué sigues viniendo?

—Ya lo sabes, cielo. Soy una pervertida.

—Ojalá lo fueses, Lilith. Debajo de tu apariencia satánica eres la personificación de un bollito.

La mujer se estremeció y se apartó de su lado.

—¿Satánica? Será un bollito pasado de fecha, entonces. Pero los únicos satanistas de verdad son los cristianos decepcionados.

—Muy bien, muy bien. No quiero volver a oír ese sermón. ¿Tienes

hambre?

—Tampoco es que tengas nada decente que ofrecerme en la cocina, pero no. —Se levantó del sillón y se dirigió hacia el dormitorio, que Derek también usaba como despacho—. No de cosas mundanas, al menos. Aunque sí que me apetece un poco de tu sangre. Vamos a ello.

La siguió con algo de timidez mientras se le ponía la piel de gallina a causa de la expectación. Cerró la puerta al entrar, como si hubiese alguien en el salón que pudiera verlos. Le gustaba aquella ligera claustrofobia que experimentaba cuando reducía sus alrededores a una pequeña celda. Lilith y él, solos. La mujer llevaba un traje de una pieza negro con una cremallera que le llegaba desde la garganta hasta la entrepierna.

—Hablando de sermones —dijo mientras jugueteaba con el aro de la cremallera que tenía en el cuello—. ¿Adónde vas mañana?

—A Cinderton, en Carolina del Norte.

—¿Y ya está? ¿Esa es tu gran gira?

Él se encogió de hombros.

—Donde me lleve el dinero.

—No pareces muy emocionado.

Derek se sentó a su lado.

—Me da pavor tener que hablar de mandalas durante el resto de mi vida. En cierto modo, si tengo demasiado éxito terminará por convertirse en una jodienda. Me gustaría tener algo más de intimidad y seguir con el siguiente libro.

—Mira que pensaba que solo ibas detrás del premio gordo para poder vagar durante el resto de tu vida.

—Vaya... No se puede engañar a una psíquica. Pero no creo que este libro vaya a ser el que lo consiga. Por eso tengo que ponerme con el siguiente. Quizás hasta me ponga esta noche. A investigar.

—¿Esta noche? ¿Cómo se llama?

—*El gran libro de la magia(k) sexual* —respondió.

La risa de Lilith se unió al sonido de la cremallera.

La de una vela era la única luz de la habitación. Oscilaba cuando la llama se mecía, se atenuaba. Las manos de Lilith temblaban, y Derek le mordía los

labios y siseaba a medida que la cera derretida le quemaba el pezón. La pared de yeso estaba fría cuando le rozaba la espalda y húmeda cuando le tocaba las nalgas, los brazos y las pantorrillas. La cera no tardó en enfriarse, pero la vela saltó a otra parte, y la lengua de fuego le lamió el vientre. Las manos de Lilith le acariciaban la cara interior de los muslos, y sus uñas acariciaban los cartílagos que sobresalían cada vez que se retorció y se estremecía. Las esposas estaban frías, así como el suelo bajo sus pies desnudos. Una ligera brisa recorría la estancia, y se sintió muy vulnerable cuando Lilith susurró las palabras de un hechizo que sonaba siniestro pero que seguramente no fuese más que un salmo recitado en hebreo. Él no creía en los hechizos de la mujer, claro, pero ese no era el origen de sus peores miedos. La verdad era que no confiaba del todo en Lilith. De haberlo hecho, aquel juego no habría sido tan atractivo.

—El demonio está con nosotros —dijo la mujer—. Preséntate, demonio.

Le cogió los huevos con las manos. La vela goteó. Derek se tensó. Ella le puso los dientes en el vientre, lo mordió con fuerza y lo soltó incluso antes de que gritara. Su melena se meció por el pubis de Derek.

—Lilith —llamó, tenso, mientras la mujer respiraba sobre su entrepierna—. Lilith, no.

La mujer se puso en pie de improviso y lo miró con la vela entre los dedos.

—No podéis darme órdenes, maestro de los demonios. Sabed que ahora estáis en mi círculo, y que todos tus familiares se encuentran bajo mi control.

Abrió la boca y formó un círculo. Soltó la vela.

—No, Lilith. No.

Derek cerró los ojos y sintió cómo los labios de la mujer se cerraban en torno a él.

—¡Por favor! —dijo mientras se retorció con violencia y se tensaba con tanta fuerza que el yeso cedió y uno de los agarres se salió de la pared. La esposa salió disparada mientras él se hacía un ovillo y la rueda de metal le golpeaba a Lilith en la mejilla. Ella cayó de lado al suelo, y él se dio cuenta de que también le había dado con el puño. Se pegó a la pared, aún con una mano clavada sobre su cabeza, pero ya no estaba rabioso ni asustado y podía arrancar la otra esposa. Ya no estaba fuera de control.

Lilith lo miró mientras se tocaba la mandíbula. Tenía un arañazo debajo

del ojo que empezaba a sangrarle un poco.

—Lo siento —susurró él—. Joder, lo siento mucho.

La mujer se recompuso y empezó a levantarse.

—Lilith —llamó Derek—. Te advertí de que...

—No pasa nada —respondió ella, taciturna—. Siempre bailamos sobre el filo de la navaja. Esta noche tenía pensado sacarte un poco de quicio y ver lo afilado que está.

—De verdad, no quería hacerte daño.

—Es lo que pasa cuando juegas a estas cosas, Derek.

—Es que... Es que...

—Un momento. —Buscó la llave y lo liberó. Estaba temblando, así que lo ayudó a tumbarse en la cama—. Acuéstate. —Lo tapó con la manta.

—¿Y tú qué?

Lilith miró hacia la puerta.

—Yo me piro.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó mientras empezaba a levantarse, pero ella lo detuvo.

—Derek, no pasa nada. Creo que necesitas estar solo.

—¿Solo? Siempre estoy solo. ¿A qué te refieres?

—Ha ocurrido algo, Derek. Necesitamos procesarlo.

—¿A qué coño te refieres? Ya sabes que tengo muchas cosquillas, eso es lo que ha pasado.

La mujer ya se encontraba en el umbral, recogió la ropa y se subió la cremallera.

—Es otra cosa —dijo—. Quizá yo lo vea más claro que tú.

—¡Tú y ese maldito tercer ojo! —gritó—. Pues bien, Lilith, márchate. Lo siento por haberte hecho daño, pero vete al carajo. ¡Y deja de mirar mi aura con esa cara!

Lilith recogió el chubasquero y echó la vista atrás para mirar a Derek, con gesto apesadumbrado.

—Que te vaya bien en Carolina del Norte. Quizá las cosas sean diferentes cuando vuelvas.

Se oyó cómo se cerraba la puerta de la calle un momento después. Sabía que acabaría saliendo de la cama para cerrarla y pasar el doble pestillo, pero

no podía moverse. No dejaba de preguntarse qué acababa de pasar, qué había hecho tan mal para que Lilith reaccionara así.

A veces pensaba que lo poco que sabía de ella era demasiado.

La mujer tenía intuiciones muy raras y se dejaba llevar por ellas. Era muy inflexible, aunque no le importaba que él se riera del tema. A veces Derek pensaba que eran polos tan opuestos que, si alguna vez llegaban a unirse, explotarían, como si fuesen materia y antimateria en una historia cutre de ciencia ficción. El mero hecho de pensar que una noche en Carolina del Norte iba a cambiar las cosas... era en cierta manera más extraño que sus invocaciones demoniacas.

Se incorporó y empezó a limpiarse la cera del pecho mientras negaba con la cabeza.

Mi pequeño demonio.

—Maldita Lilith —dijo, y rio.

2

Esa noche hacía tanto frío que Lenore y Michael Renzler se sentaron en la mesa de la cocina con la puerta del horno abierta. Lenore hundió el tenedor en un pedazo de *chipped beef* con nata que empezaba a solidificarse. El plato estaba tan helado que la comida se había enfriado al instante. Michael se encontraba sentado frente a ella, pero en su plato solo había una rebanada de pan tostado. Le había dado un mordisco y abandonado aquel «almuerzo», ya que estaba muy ocupado hojeando uno de sus libros de ocultismo y escribiendo notas en un cuaderno amarillo mientras murmuraba en voz baja. Ver leer a su marido era el momento más interesante de muchas de las noches de Lenore. El hombre no le había dicho una palabra desde que se habían sentado juntos. Ella se enfadaba cada vez más a cada segundo que pasaba.

—¿No quieres *chipped beef*? —preguntó al fin.

—Estoy de ayuno —respondió el hombre sin levantar la cabeza.

—¿De ayuno?

—Para mañana por la noche.

—¿Estás de ayuno por una charla?

—No es solo por la charla. También tengo planeado hacer un ritual.

El hombre le dedicó una sonrisa. Hacía un tiempo que los rituales eran lo único que le emocionaba, pero durante las dos últimas semanas había sido aún peor. Michael estaba eufórico, obsesionado. No hablaba de otra cosa. No dejaba de leer y releer el mismo libro, escribir notas y probar pronunciaciones que parecían un galimatías. Derek Crowe venía a Cinderton. El hombre mandala. Michael estaba que no cabía en sí.

—Vas a estar tan débil que te desmayarás en medio de la charla —dijo ella.

—No, el segundo día me suelo poner eufórico. Me sentiré genial. Hoy solo comeré pan y agua, pero mañana será pan, leche y vino. Es mi propia versión del ayuno negro.

—Sea lo que sea eso —espetó la mujer.

—Es la manera de prepararse para las ceremonias más importantes.

—No es una ceremonia, Michael. ¡Solo es una charla!

—Pero voy a realizar rituales. Uno esta noche, uno mañana por la noche y quizás otro al día siguiente. Tres ritos importantes que aparecen en este libro. Son difíciles de memorizar.

Aquel comentario sonó como una reprimenda. Como un «cállate».

—Sobre todo, cuando no has comido en todo el día.

—No. Hacerlo agudiza mis sentidos, me despeja la mente.

—Estás pálido —observó la mujer, pero él no respondió. Había vuelto a sumirse en el libro para demostrar que no perdería el tiempo hablando con su esposa.

Lenore cortó una gran rebanada rezumante y se la metió en la boca. Era como comerse una esponja bañada en pegamento. Casi no podía tragarla.

Se levantó de la mesa, atravesó el pasillo y llegó al salón. Se estremeció a pesar de que llevaba un jersey: en aquella parte de la casa había corriente, ya que la puerta principal estaba mal encajada y una de las ventanas rotas estaba tapada con un cartón. Tucker Doakes, el casero que vivía en el piso de arriba, no era buen carpintero y era él quien se encargaba de las reparaciones.

Los libros de texto estaban apilados en la mesilla de café. Cogió unos pocos y regresó a la cocina pisando con fuerza. Los libros resonaron con un golpe seco al caer junto a su plato. Michael alzó la vista.

—¿Qué haces?

—Matemáticas.

El hombre frunció los labios y asintió.

—Es genial que hayas vuelto a la escuela.

No era la reacción que esperaba. Tiró el plato en el fregadero y se sentó con un libro de cálculo. Los ejercicios parecían mucho más simples que los que había en los libros que leía Michael, llenos de John Dee, Aleister Crowley y Anton Szandor LaVey. Pero esos libros solo decían tonterías, un sinfín de arbitrariedades a cual más confusa. Por otra parte, las matemáticas

eran como un paisaje cristalino y resplandeciente para la mente, un sendero infinito en el que perderse para siempre. Siempre se le habían dado bien las matemáticas, aunque suspendiera todo lo demás en la escuela. No importaba lo mal que le fuesen las cosas, le encantaban los acertijos y los juegos de lógica. Al menos ponían a prueba su cerebro y desarrollaban su inteligencia, no como esas chorradas medievales de Michael, que solo servían para pudrir la mente.

Pero aquella noche los libros eran ininteligibles para ella. Las figuras yacían entre las páginas como insectos, y la hicieron sentir estúpida y agotada después de estudiar en balde. No iba a conseguir nada. Y aquella noche, Michael era aún peor compañía que lo habitual.

Cerró el libro con fuerza.

—Voy a salir.

Él no levantó la vista.

—Estaré un rato en el templo, así que no te preocupes por mí, y eso.

No me molestes, querrás decir, pensó la mujer. Michael no hizo más preguntas.

Lenore encontró en el salón la chaqueta más abrigada que tenía. No aguantaba la casa ni un minuto más. Era horrible que hiciese tanto frío allí, tanto que las bajas temperaturas parecían emanar de cada superficie y hasta el suelo absorbía el calor de tu cuerpo. En el exterior, al menos el frío era lo normal.

El porche estaba lleno de botellines de cerveza, latas de Cheerwine y partes de motocicletas. Un sillón bajo e inconsistente cubierto con una sábana grasienta estaba lleno de las herramientas de mecánica de Tucker y una televisión a color desvencijada. Tucker les había reducido el alquiler en quince dólares después de que Michael se quejara por todo aquel desastre. En ocasiones, cuando hacía mejor tiempo, Tucker bajaba, echaba todo a un lado y se sentaba en el sillón a fumar hierba y beber cerveza, por lo que les resultaba inevitable verlo deambular por la ventana delantera y oírlo toser, carraspear y escupir en la carretera. Era ese tipo de gente. Tenía una camioneta oxidada que estaba aparcada en el césped marchito, aunque podría haberla dejado detrás de la casa o en el acceso para coches que se había negado a alquilarles a ellos. Un viejo Ford Thunderbird se encontraba en peores condiciones y se descomponía en el extremo del patio, rodeado de

zarzas. El Volkswagen arañado de Michael estaba aparcado en el césped a un lado del acceso, y el desmesurado y moribundo Cutlass Supreme de Lenore estaba en la carretera, al otro lado de los setos marchitos. La mujer tenía las llaves en el bolsillo, pero no le gustaba la idea de ponerse a conducir. El Cutlass se le había calado y la había dejado colgada demasiadas veces. Nunca le había ocurrido fuera de la ciudad, pero esa noche no quería arriesgarse. Había una tormenta en camino hacia las montañas y, con la suerte que tenía, seguro que la cogería de lleno si salía. Tampoco ardía en ganas de ir a algún lugar en concreto. Incluso el videoclub más cercano se encontraba a unos cinco kilómetros. Quería ser feliz allí, pero para eso tendría que hacer algo.

La música atronaba en el piso de arriba. A pesar del frío, las ventanas de Tucker estaban abiertas. Se metió las manos en los bolsillos, rodeó la casa y recorrió el acceso para coches. Mientras pasaba junto a la ventana de la cocina, vio que Michael ya se había marchado. Recorrió de puntillas el tramo de escaleras deterioradas y chirriantes hacia el piso de Tucker.

La puerta estaba abierta, así que entró. Nunca la había oído tocar, aunque tal vez Michael sí. A Michael no le gustaba que subiese al piso de arriba, ya que el único motivo para hacerlo era pasar un rato con Tucker.

La cocina de Tucker era una versión zarrapastrosa de la suya: había loza apilada en el fregadero, moldes de pasteles con restos de comida de gatos en el suelo, y un reguero de color verde alga que salía de la nevera y recorría el linóleo del suelo. Una gata calicó costrosa y con problemas en la piel saltó del fregadero al entrar la mujer y la siguió por el pasillo hasta la parte delantera de la casa, pero la música se oía a tal volumen que la gata renunció a avanzar. Como el estéreo de los Renzler se había estropeado, lo único que oía siempre era la música de Tucker. Se aseguraba de ponerla tan alta que se oía en ambos pisos.

Vio las botas de moto de Tucker apoyadas contra el pequeño arcón que hacía las veces de mesilla para el café, entre un barullo de ceniceros, mecheros, pipas, filtros y una enorme pipa de agua de tres mangueras de colores rojo y azul acrílicos. Después de darle una calada a aquel pedazo de patriota, como mínimo tendrías que hacer un saludo militar mientras exhalabas. Había una botella de vino tinto casi entera en el suelo junto al arcón, y Lenore notó cómo se le secaba y cuarteaba la boca al verla.

Tucker estaba tumbado en el sofá con los ojos cerrados. La ventana que

tenía encima estaba abierta y no había cortinas que se mecieran en la brisa, aunque podía sentir el viento. A Tucker le gustaba el frío. Era demasiado alto para el sillón. Tenía alopecia, el pelo rizado y la barba desaliñada, así como una barriga cervecera que le sobresalía por debajo de la camiseta de Harley-Davidson. En cierta manera, parecía vulnerable.

—¡Tuck! —llamó la mujer.

El hombre se incorporó como impulsado por un muelle, con los ojos hinchados y descolocado, pero se relajó nada más verla y se tumbó de nuevo, como si cayera de nuevo en trance.

—¿Qué tal, chica? —saludó—. Pensé que Scarlet había subido. ¿Dónde está?

—¿Scarlet? Qué va, esta noche no viene.

—Joder, qué mal. Iba a bajar para pasar un rato con vosotros. —Abrió un ojo—. Bueno, siéntate al menos. Tampoco es que esté haciendo nada. ¿Dónde está tu hombre?

Extendió la mano para coger el mando a distancia y bajó el volumen del reproductor de CD.

Lenore se encogió de hombros y se sentó en un sillón grande y roto, cruzó las piernas para pasar menos frío. Tucker había gorroneado la mayoría de los muebles que ellos tenían en la planta inferior cuando se mudaron allí con poco más que un bolso con ropa y cientos de libros. Aun así, a pesar de ser horribles, sus muebles estaban mucho mejor conservados que aquellos entre los que vivía Tucker. En cierto sentido era el mejor casero que había tenido nunca.

—¿Quieres fumar algo? —preguntó.

Lenore se encogió de hombros.

—Tampoco lo voy a rechazar.

Empezó a llenar una pequeña pipa de agua de cerámica.

—No me queda mucho, y todavía falta para que llegue el verano. ¿Se os acabó la última bolsa que os pasé?

—Hace días —respondió Lenore.

—Vaya, tía, sí que habéis aguantado. Tendrías que haber venido antes.

—Mira, Tucker, no soy adicta ni nada de eso. Puedo vivir sin hacerlo.

—Claro que sí, guapa. Claro que sí. Mira, prueba esta.

Terminó de prensar algo verde en la pipa y se la pasó con un mechero de Harley-Davidson. La quemó y le dio una calada profunda. Estaba caliente, tenía un toque resinoso y se expandió al instante por sus pulmones. Expulsó el aire con violencia y luego empezó a toser.

—No veas, ¿eh? ¡Esta noche tienes ganas de fiesta!

No le pudo responder. Tenía los ojos llorosos y sintió que la cabeza se le disparaba hacia el tejado de la casa. Tucker cogió la botella de vino por el cuello y se la pasó. Sabía que no debía hacerlo, pero no dudó ni un instante. La hierba era una cosa, pero el alcohol era muy diferente y había hecho un pacto con Michael. No podía beber. Fumar, sí, pero no beber alcohol.

No era la primera vez que rompía aquella pequeña regla ahí arriba con Tucker y, qué coño, los pulmones se le iban a salir por la boca. Necesitaba algo líquido. No tardó mucho en tomar la decisión: se llevó la botella a la boca y tragó. Solo necesitaba un trago, era lo único que necesitaba siempre.

Al darlo, un pequeño nudo se le deshizo en el estómago y dejó de toser al momento, aunque luego se sintió avergonzada porque se le descompusieron las tripas y sabía en qué condiciones estaba el baño de Tucker. No pensaba usarlo ni de broma, pero tampoco podía bajar. Aún no. Se quedó muy quieta mientras sostenía la pipa y la botella. Unos segundos después le dio otro trago. La tensión se redujo. Las tripas dejaron de revolvérsele. Apoyó la cabeza y cerró los ojos.

Oyó que Tucker se movía por la estancia, apagaba la música y ponía una cinta en el vídeo.

—¿Y dónde está Michael? ¿Me lo habías dicho?

—Que le den a Michael —murmuró mientras abría un poco los ojos y echaba un vistazo entre sus pestañas—. Vuelve a estar con esas cosas.

—Joder, ese tío es un adorador demoniaco reincidente.

—No adora al diablo, Tucker. No cree en esa mierda. No sé muy bien qué es, pero no es el diablo.

—No me importa. A todos los grupos de heavy metal les va ese rollo de Satán. No me parece mal.

—Es una estupidez —articuló Lenore. Notó la botella en el regazo, fría y reconfortante: un peso agradable.

—¿Te gusta esta mierda? —preguntó Tucker—. No está mal, ¿no?

—Ajá.

—Te daré un poco, ¿vale? ¿Como la última vez?

—Ajá. Claro.

—Tengo una bolsa preparada para vender, pero te la puedes quedar si estás segura de que...

Estaba adormilada y empezaba a dejarse llevar. Los pensamientos acudían a ella. Pensamientos que eran como sentimientos, que flotaban en su interior hasta que estallaban en la superficie de su mente.

—¿Quieres una cerveza?

En ese momento, ambos oyeron que sonaba el timbre en el piso de abajo, un sonido puro y agudo que atravesaba las paredes de la casa. Cuando dejó de oírse, estuvo segura de que empezó a oír a Michael realizando unos cánticos con voz grave.

Tucker rio.

—¡Ya empieza ese tío! Deja que te traiga la cerveza, nena.

Lenore intentó decir que no, ya tenía la botella, pero no consiguió pronunciarlo a tiempo y, para entonces, Tucker ya le estaba poniendo una lata fría en la mejilla.

—Ya ves, cielo. Tiene pinta de que te sientes muy bien.

Se dio cuenta de que sonreía y abrió los ojos.

—Ya te digo —dijo entre risas.

—Venga. Ábrete eso. Te voy a preparar otra calada.

Lenore reía mucho, Tucker había vuelto a subir la música y también reía, y el vídeo seguía reproduciéndose, pero no salía ningún sonido de la televisión. La mujer tiró la lata de cerveza que tenía sobre el regazo y luego extendió la mano para cogerla. Ya no estaba sentada en el viejo sillón, sino en el sofá, y a su alrededor había muchas latas que antes no estaban, tantas que no sabía de cuál había bebido un momento antes. La botella también estaba allí, la recordaba como a un viejo amigo, con tristeza porque ahora estaba vacía. Sintió como si se dirigiera hacia la superficie a coger una gran bocanada de aire, pero entonces... luego... miró hacia arriba y vio que Tucker estaba junto al vídeo y se alejaba de la televisión para mirarla con esa sonrisa fea y ridícula a la que le faltaban un par de dientes, y vio en la

pantalla por qué no se había molestado en poner el sonido, ya que solo se habrían oído gemidos. Había puesto una de sus cintas de porno. Lenore encontró la lata e intentó dar un trago, pero estaba vacía, y no importaba, porque Tucker le había leído la mente y le estaba abriendo otra. Y entonces... entonces...

Entonces el hombre la rodeó con el brazo, y ella supuso que había vomitado antes porque le ardía la garganta y tenía un sabor ácido en la boca, pero le fue imposible recordarlo. Abrió los ojos y gimió, y ahora estaba segura de que Tucker tenía el brazo apoyado sobre su pecho e intentaba ayudarla, o más bien empujarla hacia abajo para que se tumbara. Cuando se dio cuenta de lo que ocurría, trató de zafarse de él, se abalanzó hacia delante, pero Tucker hizo más fuerza, la agarró por los hombros y la tumbó en la cama. Estaban en la habitación de aquel hombre, y lo que más le molestaba a Lenore era que todo tenía cierto aire familiar, como si lo hubiese visto antes desde aquella misma posición y lo hubiese olvidado una y otra vez, algo que la asustaba más que lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Tucker! —gritó—. ¡Suéltame!

El hombre se echó hacia atrás, con gesto compungido, como si le sorprendiese que ella se negara.

—Oye, chica...

Lenore intentó arrastrarse hacia atrás.

—Pero ¿qué haces?

—¿Tú qué crees? La última vez dijiste lo mismo. ¿Quieres la hierba o no?

—¿La hierba?

Se puso en pie, se tambaleó y estuvo a punto de caerse, pero se apoyó en el marco de la puerta.

—Bueno, también hay que pagar el alquiler, pero todavía no había tocado ese asunto.

—¿Y qué te parece si bajas luego y nos lo pides?

—Lenore... —Tucker negó con la cabeza—. Mierda. No me hagas esto.

—Tengo que irme. —Salió al recibidor; o, al menos, lo intentó. Se golpeó la cara con el borde del marco de la puerta. Se quedó en el lugar con los ojos cerrados, muy quieta pero sintiendo que todo le daba vueltas de igual manera. En ese momento oyó que el timbre volvía a sonar abajo. Michael estaba

terminando. Tal vez los hubiera oído hablar allí arriba, aunque quizá pensara que se trataba de Scarlet y Tucker: era demasiado bien pensado. Tenía que salir de allí para recuperarse un poco.

Tucker estaba junto a ella y se llevó un dedo a los labios.

—Silencio. ¿Lo has oído ahí abajo?

—Lo he oído. Somos idiotas.

—Bueno, nena, hacen falta dos personas para tal y cual.

Se apartó de él, ahora sin problemas. Esperó tener toda la ropa puesta, ya que no le apetecía volver a subir ahí más tarde, y se dirigió hacia la cocina para luego salir al frío de la noche. El abrigo.

—Chica, no te olvides de esto. —Lo tenía Tucker. Estaba justo detrás de ella y parecía muy sobrio—. Y no te enfades conmigo. Eres muy guapa, solo hago lo que es natural. Además, pensé que teníamos un trato.

Le quitó el abrigo de un manotazo.

—Te guardaré la bolsa un tiempo —dijo—. Por si cambias de opinión. Pero no puedo esperar mucho más por el alquiler. Recuérdaselo a tu hombre demoniaco, ¿vale?

Lenore casi ni era consciente de que bajaba los escalones. La cocina estaba vacía, pero pasó rápido junto a ella. De alguna manera llegó hasta el acceso y a los matorrales, donde tuvo que abrirse camino entre ramas para llegar al Cutlass. El coche estaba abierto. Entró y encendió el motor, puso la calefacción al máximo y se sentó temblando como si fuese de frío, aunque en realidad solo se sentía adormilada. Lo mismo que la última vez, había dicho Tucker. ¿Qué última vez? ¿Por qué no lo recordaba? ¿Qué había hecho la última vez? ¿Qué coño le estaba pasando en la cabeza? Cerró los ojos y sintió que giraba como si el coche estuviese fuera de control en un terreno cubierto de hielo negro. Bajó la cabeza, cogió el volante y se aferró a él.

3

La Hermandad de la Luz Reencarnada le había pagado por adelantado a Derek su tarifa habitual para las charlas. Pero una vez terminado el espectáculo y pronunciado el discurso reparó en que querían escatimarle su parte de la recaudación. Las hermanas no se lo habían dicho directamente, pero Derek sabía que se estaban aprovechando de él, ya que era algo habitual, por muy *new age* que fuese todo aquello.

—Su charla ha sido valiosa de verdad, señor Crowe —le decía una, dorándole la píldora indisimuladamente con aquel acento sureño, aprovechando que otra de las hermanas había ido a pedir ayuda a una superiora—, pero somos una organización sin ánimo de lucro. Aquí todas somos voluntarias.

Derek estaba furioso, pero no quería dilapidar toda su rabia con una subalterna.

—Me parece bien que sea voluntaria para hacer galletitas y comprobar las entradas —dijo él—, pero el que ha llenado el lugar esta noche he sido yo gracias a mis investigaciones y mi trabajo duro, y yo no soy voluntario.

Lo de llenar era una exageración, pero no le dio más importancia. Si había estado a punto de llenar se debía tan solo al acierto de las hermanas cuando alquilaron un auditorio pequeño, el típico sitio donde se proyectaría una película de serie B. Aun así, estaba seguro de que ellas jamás habían congregado tanto público.

—Y no se crea que no lo aprecio, pero...

—Habéis cobrado diez dólares por cabeza, y quiero mi parte.

—Pero era una donación, va dirigida al Instituto de la Reencarnación. — La mujer negó con la cabeza y cambió de táctica, como si el remordimiento

fuese a funcionar mejor que la compasión—. Ninguno de los oradores que hemos tenido nos lo ha pedido.

Derek no pudo evitar reírse.

—¿Te refieres a que el doctor Spondle no os cobra en nieve por sus interminables discursos sobre la astrología de la Atlántida?

La hermana pareció incomodarse.

—Everett Spondle es un orador muy popular entre nosotras. Su esposa es una de nuestras fundadoras.

—No voy a insistir más —sentenció Derek.

Había dos ancianas cerca, que le sonreían mientras esperaban a que Derek se fijara en ellas. Les rehuyó la mirada mientras pensaba en cómo aprovecharse de aquella incómoda presencia. Llevaban varios minutos hablando de él, cerca, para que las oyese: «¿Voy yo? No, tú primero. No, yo soy muy tímida y es igual que como sale en las fotos. No se parece en nada a como me lo había imaginado, casi se le ve el misterio en los ojos».

Las mujeres de ese estilo, todas y cada una de ellas, eran un tipo de ser humano redundante que se duplicaba por todo el continente, aunque todas ellas creían ser únicas.

Mis fans, pensó.

Por lo general no hacía caso a personas así, pero aquella noche le demostraron por qué las hermanas habían conseguido atraer a tanta gente. No habían acudido para oír nada sobre los atlantes, sino para impregnarse de la sabiduría del mismísimo Derek Crowe, escritor y ocultista.

Ambas llevaban libros debajo del brazo, libros que antes le daban escalofríos al verlos, pese a que los había escrito. Ahora se había acostumbrado a ellos. Eran un recurso, el secreto de su éxito, y tenía que aceptarlo.

—¿Querrán las damas un autógrafo? —dijo al tiempo que menospreciaba a la quejumbrosa hermana. La mujer se marchó, en teoría para ayudar a encontrar a la superiora, que aún no había dado señales de vida.

—Si no le importa, señor Crowe —dijo una de ella mientras se inclinaba hacia delante y le acercaba todas las arrugas. Llevaba una pila de libros de Derek. Él tendió la mano para coger la pluma plateada que tenía en el bolsillo de la camisa, un regalo de Lilith; tenía una pequeña bola de cristal sobre una garra en un extremo.

—Nos ha encantado su charla, señor Crowe —añadió la otra, con acento pueblerino—. Ha sido tan... ¿penetrante? Desde hace un tiempo, creo que eso de lo que ha hablado... cómo era... ¿los mandalas? Creo que nos vigilan, ya sabe, como si fuesen ángeles guardianes.

Dejaba las frases a medio terminar, entre tartamudeos y titubeos. No creyó que se debiese del todo al habla de aquel lugar, que retorció un poco la última palabra de cada oración y hacía que todas pareciesen una pregunta. No le cabía duda de que aquella triste mujer siempre hacía el ridículo o se sentía despreciada cada vez que sacaba el tema en cualquier otra circunstancia. Pero Derek le sonrió con magnificencia y se convirtió al instante en el confidente de aquella mujer.

—La entiendo a la perfección —dijo—. No es sencillo estar abierto a ese tipo de percepciones, ¿verdad? Puede ser una carga enorme para el elegido, para un alma sensible. Aun así, hemos de aceptar tales dones y usarlos para nuestro desarrollo espiritual y no para el empobrecimiento de la humanidad.

La segunda mujer se giró hacia la primera.

—¿No es maravilloso? Encuentro mensajes muy hermosos en sus libros, señor Crowe. Muchos de los místicos de hoy en día están obsesionados con la oscuridad, con el mal y con apartarse de todo aquello que no entienden. —Extendió una mano y le rozó la muñeca—. Pero creo que usted ha sido bendecido. Usted es el camino para alcanzar la grandeza.

—No lo soy —repuso él con tono humilde—. No soy más que un simple asistente. —Hizo como que garabateaba en el aire con la pluma—. Me dedico a tomar notas.

La mujer abrió los ojos de par en par.

—¿Y esa señorita A? La que encauzaba los mensajes. ¿Han vuelto a hablar? ¿Han vuelto a ponerse en contacto con usted los mandalas?

Derek hizo ademán de taparse la boca.

—Hay cosas que no deben ser pronunciadas. Me expongo a desvirtuar un delicado equilibrio...

—Vaya. ¡Lo siento!

—Pero sí. A veces siguen hablando a través de ella. Y han comentado que quizá haya más revelaciones en el futuro. Más enseñanzas.

—¿Se refiere a otro libro? ¡Oh, qué maravilla!

—Bueno, eso espero. La visita de los mandalas ha sido muy significativa para mí. Más aún de lo que soy capaz de expresar con palabras. Muchas gracias. —Terminó de firmar la última de las copias y carraspeó para interrumpir a la mujer antes de que hablase de nuevo. Luego le dedicó toda su atención y una sonrisa contrita a la más tímida.

—¿Y a quién se los dedico?

—Vaya, qué despiste. A Opal —respondió la mujer—. Muchas gracias.

—Qué nombre tan bonito. Es maravilloso.

Escribió «Para Opal» en uno de los libros, una copia de *¡Tus poderes psicognósticos!* con las esquinas dobladas. Los signos de exclamación aún le hacían retorcerse cada vez que los veía. Cuando cerró el libro, vio su reflejo en una de las espirales de papel plateado que estaban estampadas en la portada naranja fosforito. Había sido su primer libro, y era incapaz de mirarlo sin sentir un atisbo de remordimiento, sin importar lo acostumbrado que estuviese a esas alturas.

—No he podido evitar darme cuenta de que los tiene todos menos el último —dijo Derek.

Ella se giró, se llevó una mano a la boca y se ruborizó como una colegiala.

—Qué vergüenza. Quería comprármelo, pero...

—No pasa nada, está a la venta aquí al lado. Le haré una dedicatoria especial.

En ese momento, dio la impresión de estar aún más avergonzada. La edición limitada costaba cuarenta y cinco dólares (todo el dinero que él había llevado a aquel lugar), así que tampoco podía culpar a la mujer. No obstante, tampoco pudo evitar aprovecharse de su estupidez.

La cogió por el hombro y la llevó al otro lado de la habitación, a una mesa en la que se hallaba una de las hermanas voluntarias. La amiga de la anciana los siguió sin decir nada. Había una pequeña pila con ejemplares de la primera edición limitada y de coleccionista de *Los ritos mandala*, con su encuadernación en tela roja. Se alegró al ver que se habían vendido casi todos. Los habían adquirido a precio de coste de Phantom Press, que se había asociado con su editorial habitual para realizar una edición especial limitada. Se sacaba una buena tajada por ellos.

Abrió una de las copias que quedaban por la portadilla y en la parte

superior empezó a escribir: «Querida Opal».

—Oh, no. No se moleste...

—Le ha gustado mi charla, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—Los mandalas le descubrirán poderes que se encuentran más allá de su imaginación. El resto de mis libros no son más que un preámbulo de esto. Me abrieron a los mandalas, hicieron que se interesasen por mí, por así decirlo. Este es el texto que he elegido para que lleguen hasta todo el mundo. Estoy seguro de que no le decepcionará.

La mujer lo miró con gran desesperanza mientras él terminaba con una firma debajo de su nombre en el libro, un símbolo enrevesado de color rojo y negro que parecía el adorno del capó de un coche sacado del mismo infierno. El libro estaba lleno de aquellos diseños, formas de flechas y dagas entremezcladas en el interior de anillos, formas que en cierta manera eran familiares, pero que no se parecían a lo que uno solía ver cuando estudiaba los mandalas tradicionales. Algunos eran más parecidos a símbolos euskaldún o a veces de rituales vudú en lugar de a símbolos asiáticos, pero aquellos parecidos eran meras ilusiones. Eran únicos, y ahí residía su principal valor comercial. También era su baza principal contra los depravados del club Mandala, quienes habían copiado sus diseños, los habían usado en su local sin la más mínima autorización y no cejaban en su empeño de invitarlo a todas las inauguraciones como si a él le fuese a gustar ver sus creaciones en las paredes para que todo el mundo las contemplara.

Molesto por el dinero que pensó que tendría que gastarse en abogados, cerró con fuerza el libro y lo dejó sobre las suaves manos de la mujer. Por un instante, las rodeó con las suyas y las apretó contra el tomo.

—Espero que lo disfrute —dijo—. Esta encantadora hermana estará encantada de aceptar su cheque.

—¡Vaya! —Los ojos de la mujer se iluminaron a causa del alivio, como si hubiese encontrado la manera de escapar de allí—. ¡Aceptan cheques! ¡Qué bien!

Él ya había empezado a darse la vuelta, seguro de que había empezado a oír unos susurros detrás. Y ahí estaba, la valquiria que encabezaba la Hermandad de la Luz Reencarnada. Una mujer enorme y pálida de pelo largo e incoloro con mejillas sonrosadas como la remolacha, ojos de un azul

resplandeciente y sin lápiz de labios, que se acercaba a él frotándose unas manos regordetas, regordetas pero fuertes. Le resultaría fácil romperle el cuello con ellas. Bueno, no haría falta llegar tan lejos. La mujer sonreía, insegura pero confiada en poder solucionar aquel pequeño problema a expensas de él.

—¿Señor Crowe? Siento no haber tenido la oportunidad de presentarme antes. Me llamo Cerridwen Dunsinane.

Tenía la respiración entrecortada, pues le urgía cortar de raíz aquella amenaza para sus beneficios. No había ni rastro del acento local. Sin duda era una enemiga acérrima de los baptistas del lugar.

Él hizo una pequeña reverencia con la cadera que los retrotrajo a una época de modales muy elegantes. Gestos que siempre parecían satisfacer los anacronismos sociales de aquellos que, a pesar de ser avatares de la igualdad de derechos, se habían apartado de las complejidades del mundo moderno y aceptado una época «medieval» fantástica e idealizada en la que la peste negra y otras incomodidades habían sido extirpadas de manera conveniente. Seguro que el nombre real de esa mujer era Carrie Dunn, o algo así.

—Señorita Dunsinane —dijo—. Es un placer.

—¿Por qué no nos retiramos a un lugar más tranquilo?

Señaló con la cabeza una puerta que había cerca de la entrada de la sala de reuniones, y él la siguió hasta una pequeña habitación en la que las hermanas se cambiaban de ropa y guardaban los bolsos cuando se ponían aquellas túnicas de color lavanda de la orden. Cerridwen sudaba a chorros, y una ligera capa de sudor le cubría los labios. Derek sintió ganas de limpiarlo, igual que le pasaba con el vapor de los espejos cuando se afeitaba. Antes de que la mujer pudiese coger aire para hablar, él interrumpió lo que sin duda iba a ser otra petición de caridad.

—Al parecer ha habido un malentendido —dijo.

—Lo sé. Tengo que...

—No por mi parte, sin duda. Era algo que dejé claro en mi carta cuando accedí a realizar la charla: que mi precio era una cantidad fija y también un porcentaje de las ganancias.

Era lo mismo que las subordinadas le habían dicho a la mujer. Asintió con fuerza, convencida de poder encontrar algún error en la afirmación del hombre.

—Sé que recibimos su carta, pero es un asunto del que no me encargué en persona. Tengo que admitir que fue la hermana Storm, y esta noche está ausente, con la gripe. Creímos haberle dejado claro que le pagaríamos esa cantidad fija y que usted rechazaría el porcentaje. Todo esto no deja de ser beneficioso para usted y, una vez hayamos pagado el alquiler, tampoco nos va a quedar demasiado. Sé que diez dólares por cabeza pueden parecer mucho, pero...

—Solo le pido un porcentaje de esa cantidad.

—Pero señor Crowe, usted era uno de los cuatro oradores. Si se lleva una parte...

—¿Quién más lo va a pedir? El doctor Spondle, como todos los altos sacerdotes atlantes, ha renunciado al dinero. Y los demás oradores dirían que hoy daban su primera charla.

La mujer puso gesto de indignación.

—Tal vez no tengan experiencia, pero sí que tienen mucho que ofrecer.

Derek supuso que debía de haber elegido los oradores ella misma. Aun así, había descuidado el aspecto financiero, e iba a pagar por ello.

—Mira, Carrie...

—Cerridwen —espetó la mujer con rabia y brusquedad.

Derek ponderó la amenaza de aquellos brazos enormes y decidió arriesgarse.

—Hermana, señora o lo que quiera que sea, no voy a rechazar nada de nada. Han aceptado mis términos, pero yo no acepto los suyos.

—Le hemos pagado el viaje...

—Y le aseguro que me valdré de esa amabilidad para marcharme tan pronto como me paguen lo que me deben.

—... y también la estancia...

—No hay dinero en el mundo que me convenza de quedarme en este cuchitril del infierno en el que nadie tiene nada mejor que hacer que escuchar gilipolleces sobre los trece signos del zodiaco.

—¡Y a usted! —exclamó la mujer sin alzar mucho la voz, que quedó ahogada entre los abrigos de la estancia—. ¡Han venido a escucharlo a usted!

—Y han pagado por ese privilegio. Podría haber reunido a la misma cantidad de gente sin sus chorradas de la Iglesia de la Luz Blanca. Diría

incluso que su reputación ha hecho que venga menos gente de la que yo habría atraído por mi cuenta.

Le llevó unos momentos, pero Cerridwen Dunsinane lo entendió por fin al nivel que él quería que lo entendiese: en términos materialistas. Aquella comprensión también disgustó mucho a la mujer.

—Soy un hombre de negocios —prosiguió él con voz tranquila—. No quiero ofenderla. Estamos en un país libre y usted lleva su iglesia de la manera en que quiere hacerlo, pero...

—Salga de aquí —susurró ella con una consternación que se podía palpar en el ambiente.

—Sé que no es mucho dinero, pero mis principios...

—¡Que. Salga. De. Aquí!

Extendió su enorme brazo con rabia hacia la puerta. Derek se vio obligado a obedecer.

—Le diré a mi abogado que la llame de aquí a un par de días, cuando esté más relajada, para solucionar el asunto.

La mujer fue incapaz de hablar por tercera vez, pero en su mirada quedaba claro lo que le decía: Fuera.

El último ejemplar de la edición limitada se vendió mientras volvía a la mesa que había junto a la puerta. La multitud se había reducido a media docena de incondicionales que esperaban a que él los mirase, los tocase o les dedicara unas palabras o un autógrafo. Había una joven pareja que parecía muy fuera de lugar en aquella ciudad de paletos. Ambos tenían el pelo largo, el de la mujer era negro con reflejos naranja y lo tenía despeinado, y tenía los ojos rodeados por unas ojeras de fatiga en lugar de maquillaje. Ambos vestían con ropa de cuero negro y ajado, vaqueros negros, calaveras de plata y unos pendientes en forma de daga en las orejas; además, el hombre llevaba una argolla dorada en el orificio de la nariz. Estaban delgados como yonquis de *speed* y tenían un aspecto penoso, como un par de gatos callejeros empapados a quienes rodease un aura casi palpable de nicotina y que se juntan para conseguir algo de calor y seguridad. Punkis pasados de moda, anacronismos venidos de otra época, que eran demasiado jóvenes para ser punkis de verdad y habían evolucionado a partir de los sedimentos de la antigua cultura punk, como si Haight-Ashbury siguiese concibiendo jipis de veinte años y los cafés de North Beach volviesen a engendrar *beatniks* de esa edad. Estos eran

punkis ocultistas, una raza más singular y menos predecible que los que se entregaban sin más a la Santísima Trinidad del sexo, las drogas y la música.

¿Qué clase de gente lee a Derek Crowe?

Rio con sarcasmo en voz baja, pero el hombre de la pareja, un chico flaco y pálido, lo vio y también empezó a reír entre dientes. Luego le pasó a Derek un ejemplar de *Los ritos mandala*.

—Ya he leído la edición ordinaria —dijo—. La tengo muy gastada. Entra como un manual de mecánica, ¿sabes? Pero con cera de vela y manchas de vino en lugar de grasa de motor. Es mi ejemplar para el día el día. Pero este lo cuidaré muy bien.

Tenía el acento vago e irreconocible con el que hablaban en televisión. Podría haber sido de cualquier parte. Derek pensó que solo un oriundo de aquel lugar estaría tan cómodo como para vestirse así en una ciudad de paletos: sabía que sus conocidos lo iban a proteger. Se imaginó feudos en las colinas que llevaban allí generaciones gracias a raritos como aquel. Pero lo único que sabía de los pueblerinos era lo que veía por la televisión.

Derek le devolvió el libro firmado y empezó a recoger las facturas, el dinero y sus cosas.

—¿Has probado todos los rituales del libro? —preguntó el chico—. Quiero decir, sé que los transcribiste todos, pero ¿los has probado por ti mismo?

—Todos y cada uno de ellos —respondió Derek con tono distraído mientras buscaba un teléfono de pago.

—Hasta... esos que tú sabes.

La chica miraba a Derek con los ojos como platos y la boca un poco abierta, como si estuviese estupefacta. Era más joven de lo que parecía, pero al mismo tiempo también parecía mayor, como si cargase con un enorme peso sobre los hombros. Como si tuviese algún trastorno del sistema nervioso.

—Los sexuales —aclaró el chico.

Una anciana carraspeó y se apartó de improviso sin dejar de mirar el ejemplar rojo que tenía entre las manos como si acabase de pagar por envenenarse a sí misma. Los demás se apartaron como si supiesen que aquella noche ya no conseguirían ningún autógrafo y no quisiesen poner a prueba el frágil estado de ánimo de la celebridad. Derek se quedó mirando a

los dos punkis, hastiado de las multitudes, las preguntas y de toda aquella puta farsa que era su vida y su sustento.

—Oye —le dijo—, ¿sabes si hay algún teléfono por aquí?

—¿Necesitas llamar a alguien?

No se molestó en responder.

La chica tiró del brazo de su novio.

—Michael, ¿eres tonto?

—No, me refiero a que, como no es de por aquí, a lo mejor necesita que lo lleven a algún lado...

No quiero que me lleves tú, pensó Derek. Pero tampoco sabía cuánto tardaría en conseguir un taxi. Era probable que el más cercano estuviese en Charlotte. Esa noche había un vuelo. Si lo perdía, tendría que quedarse allí hasta la mañana siguiente. Se suponía que una de las hermanas iba a llevarlo al aeropuerto, pero ahora no quería pedirles nada, ya que había rechazado cualquier ayuda de ellas. Por ese motivo dijo:

—Al aeropuerto.

—Pues mira, te podemos llevar. Nos viene de camino. Vivimos en las afueras.

—No querrá ir con nosotros —dijo la chica—. Seguro que hay una limusina esperándolo fuera.

En ese instante, la valquiria pasó a toda prisa junto a él, sin dignarse a dedicarle una de sus miradas frías, y se dirigió hacia el fondo de la estancia. Él recordó lo que le esperaba si se dirigía hacia allí, de modo que aceptó la propuesta de los chicos.

—En realidad —dijo Derek—. Si lo dices en serio, estaría encantado de aceptar tu ofrecimiento.

—Vaya, ¿en serio? —El pobre chico quedó estupefacto—. ¡Vale! ¡Genial! ¡No me lo creo! Lenore, Derek Crowe viene con nosotros. ¡No veas!

—Te esperamos fuera —dijo ella—. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Eso —continuó Michael—. ¿Te llevo algo? De verdad que no me lo creo. Me gustaría hacerte tantas preguntas...

Derek pensó que cometía un error. Aun así, no hizo nada por evitarlo.

4

La noche era más fría de lo que esperaba; le atravesaba la camisa suelta y le hendía las costillas. Cuando hizo una pausa en las escaleras para buscar un jersey en una de las maletas, el chico dijo:

—Me llamo Michael, ¿sabes? Como el arcángel Miguel.

—Más bien como cualquier otro Michael —zanjó la chica al tiempo que le tendía la mano, aunque Derek, que acababa de encontrar el jersey, no podía aceptarla. Luego añadió—: Yo me llamo Lenore.

—Como escribió Poe —acotó Michael—. «El corazón delator», cortar cuerpos en pedacitos, cuchillas gigantes que se balancean y ratas que intentan comerte. El nombre de algunos niños viene de las nanas, pero no es el caso de Lenore.

Derek consiguió estrecharle la mano. Era pequeña, fría y huesuda, y estaba salpicada de llamativos anillos de plata, calaveras y cabezas de dragones con resplandecientes ojos de cristal moldeados a la cera perdida.

—No, no es el caso del nombre de mi esposa —prosiguió Michael mientras descendía a grandes zancadas por los escalones que daban a la calle—. Lenore no es como los demás.

Lenore seguía a Derek muy de cerca. El hombre echó la vista atrás y vio que la mujer lo miraba desde abajo y que sus ojos resplandecían a la luz de la luna. Era una noche de invierno despejada, y la luna en cuarto creciente brillaba tanto que apenas unas pocas estrellas tenues resplandecían lo suficiente, y las que lo hacían estaban en el horizonte y debían competir con las farolas.

—Me ha gustado mucho tu charla —dijo la chica, titubeante.

—Ah, ¿sí?

—Ha sido... inspiradora. Sentí algo ahí dentro. Como si todo lo que dijese tuviese sentido, como si lo hubiera sabido desde siempre, pero nunca me hubiese dado cuenta. Hasta que de repente estaba ahí. —Lenore le dedicó una sonrisa—. Ahora lo veo todo de forma diferente.

—¿En serio? —preguntó Derek tratando de ocultar su decepción.

Esperaba que la chica fuese más sensata, pero al parecer no era más que otra chiflada.

—Vaya. ¿En serio, Lenore? —dijo el chico—. ¿Lo dices en serio? Tío, señor Crowe, estas cosas no le suelen gustar nada. Pero nada de nada. He tenido que traerla a rastras hasta aquí.

—Eso no es cierto —protestó ella—. Soy yo quien decidió venir. Y me alegro de haberlo hecho.

—Vaya, eso es es todo un elogio —afirmó Derek—. ¿Estáis casados?

—Claro —respondió Lenore.

—Es que... parecéis muy jóvenes.

Michael rio: un sonido grave e incómodo.

—Pero somos mayores en el interior.

—Envidia a esa mujer —continuó Lenore—. A la señorita A. Te limitaste a hipnotizarla, y ella vio los mandalas, ¿verdad?

—Así es. Hice lo que creía que era un mero trance, pero de improviso ella llegó más lejos de lo que había llegado ningún otro. Me vi de improviso... fuera de mi elemento. Entonces, todo cambió para mí también.

—No he practicado ninguno de los rituales de tu libro —confesó la chica—. Michael sí que ha realizado la mayoría, supongo, pero la verdad es que nunca me había interesado. Aunque creo que ahora sí que podría gustarme. Después de oírte hablar. Eres un orador magnífico. Tienes una especie de magnetismo animal. ¿Se dice así?

Aquella frase hizo que Derek se estremeciese, pero asintió.

—Es un concepto antiguo, pero pasado de moda. Como el mesmerismo. Gracias, de todas maneras.

Que le dedicara tanta atención era halagador. Se dio cuenta de que empezaba a mirarla con más interés y que sus rasgos macilentos tenían ciertas cosas que lo atraían mucho.

—Vaya, no me lo puedo creer —dijo Michael—. ¿Quieres hacer un

ritual? Muy fuerte debe de haberte pegado esta noche.

—Sí —afirmó ella—. Hay algo que me ha cambiado.

Michael rio, los evitó y se adelantó por la acera.

—Bueno —dijo Derek en voz baja—. ¿Tenéis hijos?

—Tuve gemelos —respondió ella en voz más baja aún—. Pero no con Michael. Solo los vi un momento antes de que se los llevaran. No estaba enganchada, en aquel momento no, me había quitado, pero el hospital me hizo esas pruebas en el pelo y la mierda aún salía y, como me tenían en asistencia social, me... Ni... ni siquiera me dijeron adónde se los habían llevado.

Derek sintió la punzada de dolor que siempre sentía cuando se acercaba demasiado a la realidad, cuando penetraba en el oscuro y raído encanto de la calle y llegaba a un lugar en el que la ilusión era poco más que andrajos, como el cartel viejo y roto de un espectáculo de circo colgado en una pared de bloques de hormigón. Siempre terminaba cara a cara con el hambre, la basura y la estupidez, con el sinsentido de los comportamientos de una mente adicta. La mística de la juventud. No quería preguntar de dónde habían salido esos niños, ni si Michael era el padre. Por suerte, ella no siguió con el tema. Parecía consciente de que había dicho demasiado. A Derek le pareció bien, y pensó que lo que a él le parecía un horror tal vez fuese lo único que ella tenía. Pertenece a una generación con un futuro aún menos halagüeño, un mundo superpoblado y lleno de polución en el que iban a escasear los recursos. No tendría muchas posibilidades, ni tampoco habría demasiado lugar para la suerte. No le gustaba pensar en lo que esos chicos tendrían que ver al final de sus vidas, cuando él ya hubiese muerto. Tampoco es que fuese mucho mayor que ellos, pero sí que tenía una perspectiva mucho más amplia.

Michael se acercó a lo que suponía que era su coche, un Volkswagen Escarabajo negro con diseños arcanos pintados por toda la carrocería. Había símbolos sacados de la Cábala, la Aurora Dorada y espirales que parecían taoístas. No estaba seguro del significado de los símbolos, aunque la mayoría le eran familiares. Deseó no estar tan versado en todos aquellos símbolos arcanos inútiles, pero era uno de los riesgos de su oficio. Se sorprendió al darse cuenta de que los símbolos más recientes eran unos mandalas que habían sacado de su libro. Michael había borrado otros anteriores para hacer hueco.

Lo vio mirando el coche, y al parecer pensó que admiraba los mandalas que había copiado con tanto cuidado.

—¿Qué te parecen? —preguntó el chico mientras jugueteaba con las llaves del coche.

—¿Vas por ahí con esto? —preguntó Derek.

—Bueno, la urbana ya no nos da mucho la tabarra. Saben que no... que no nos drogamos. Aunque Lenore siempre estuvo metida en ese rollo más que yo.

—Cállate, Michael —espetó la chica.

—Yo creo que un mago tiene que estar limpio. ¿No te parece?

—Hummm... —reflexionó Derek, al tiempo que soltaba las bolsas en el suelo helado. Oyó cómo se rompían las briznas de hierba.

—Quizá por eso has empezado a interesarte ahora, nena. Llevas tanto tiempo limpia que tu sistema empieza a necesitar algo de verdad. El sustento espiritual.

—¿Vas a tenernos aquí al fresco toda la noche? —preguntó ella.

El asiento trasero parecía estar lleno de basura, casi ni había espacio para Derek ni para su equipaje. Se preguntó si aún tenía tiempo para llamar a un taxi. Pero Michael empezó a echar sus pertenencias a un lado, y lo siguiente que vio Derek fue que sus cosas estaban en el coche.

—¿Vas detrás, Lenore? —le rogó Michael.

—No tienes por qué —insistió Derek—. Ya voy yo detrás.

—No vas a caber —afirmó ella mientras se encogía de hombros—. Además, no estaría bien meterte ahí con toda esa ropa, ni aunque estuviese limpia.

—Me sabe mal —comentó Derek.

—No te preocupes —lo calmó la chica mientras se metía en el coche como si fuese una voluta de humo.

Michael volvió a echar atrás el asiento y la dejó allí.

—Me refiero a que hay que dejar las drogas si se quiere hacer magia de verdad. Si no, ¿cómo vas a distinguir si estás alucinando o si algo ocurre de verdad? Como Crowley, tío, siempre estaba volado. ¿Cómo vamos a saber si en realidad no se lo estaba imaginando todo?

—¿Vais a entrar ya? —insistió Lenore—. Me estoy helando.

Derek se agachó, entró y colgó la mano del asidero de la ventanilla mientras Michael le cerraba la puerta. El polvo y las partículas de la goma de la puerta se agitaron por la tela del techo y le rasparon la garganta al respirarlos. Michael se subió por la otra puerta y arrancó el coche, que rugió y se estremeció con tanta fuerza que hablar se volvió imposible.

Michael señaló la base del volante y gritó algo mientras revolucionaba el motor. Derek negó con la cabeza para indicarle que no le oía. El rugido amainó. El calor subió entre los asientos y le calentó las piernas. Se estremeció una vez con fuerza y luego empezó a relajarse.

—He dicho que si alguna vez te has fijado en los símbolos que hay por aquí en los antiguos Escarabajos. Mira este, parece un símbolo místico nazi. Conoces la relación de Hitler con el ocultismo, ¿no? Míralo, se parece a la carta de la Luna en el tarot. Un castillo en el agua, los lobos, es muy estilizado, muy sencillo para que nos demos cuenta. No se queda registrado en nuestra mente consciente, pero es un símbolo que hemos tenido ahí toda la vida, como si se tratase del misterioso superviviente del Tercer Reich. Como si Hitler aún ejerciese alguna influencia. Me alegro de que ya no los fabriquen.

—No me había dado cuenta —admitió Derek sin dejar de desear que hubiese habido sitio para él detrás. Michael parecía demasiado inestable, daba un poco de miedo. Aunque no se drogara, una persona maniaca siempre tenía un lado depresivo y resentido. Al parecer, Lenore era la estable de la relación, el asidero de Michael a la realidad.

Recordó el toque frío y frágil de la mano de la mujer. Quiso sentirla de nuevo. Miró por el retrovisor y vio sus ojos resplandecientes. Apartó la vista rápido, aunque ella no le había visto mirarla. ¿Qué edad tenía exactamente? ¿Veinticinco? ¿Bastaba para que el mundo agotara a una persona tanto como ella parecía estarlo? Sin duda. Derek la miró de nuevo, y vio en sus ojos el reflejo de la luz de las farolas al pasar.

No era capaz de distinguir entre el centro de la ciudad y las afueras, el lugar donde se encontraba el aeropuerto. Cinderton era la típica zona de interior que le hacía darse cuenta de lo mucho que le alegraba vivir en San Francisco, un lugar donde el frío y las temperaturas de más de treinta y cinco grados eran desconocidos. Cinderton pasaba gran parte del año enterrado bajo un hielo tan duro que podía romper una pala, y las aceras estaban llenas de

sal sucia y nieve que no se derretía hasta la primavera; entonces, los baches salían a relucir como flores en el deshielo, y poco después se veían envueltos en un calor insoportable que caía a plomo sobre el lugar. Así se imaginaba el ciclo de estaciones, pero su experiencia se limitaba al clima templado de California y a unos pocos viajes a Reno en los que veía la nieve desde un casino. Siempre se había preguntado por qué la gente se quedaba en lugares como aquel. ¿Acaso no sabían que el mundo ofrecía opciones mejores que las que les habían enseñado a concebir?

Tal vez no. Algunos encontraban alivio en la música, o en drogas peores que el alcohol y los barbitúricos. Unos pocos, entre los que al parecer se encontraban sus anfitriones, buscaba una combinación de sinergias que mezclaba lo anterior con el ocultismo, cuyos efectos eran aún más impredecibles que las drogas. El típico ocultista joven se mudaba a una ciudad mayor en cuanto tenía edad para hacer autostop o comprarse un billete de autobús solo de ida. Los ocultistas mayores, los que llegaban a ella a edad avanzada, solían ser personas más simples que estaban tan cerca de la tumba que empezaban a escudriñar su situación actual con la misma intensidad con la que lo haría un futuro casero, que intentara buscar en el futuro algo más gratificante que cuatro paredes sin ventanas y una tapa que se atornillaba desde fuera.

—No puedo callarlo más —dijo Michael—. Te he escrito cartas. Quizá te acuerdes de mí. Mi apellido es Renzler.

Derek negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Por desgracia, no puedo obligar a la editorial a que me reenvíe las cartas.

—Claro, supuse que era algo así. O que recibías tantas cartas que te era imposible responderlas todas.

Eso ha estado cerca, pensó Derek. Le escribía una infinidad de lunáticos para pedirle consejos, como si fuese una Miss Manners de lo paranormal. Guardaba un enorme fajo de cartas absurdas, con la idea de llegar a publicarlas algún día y que los lectores cuerdos echaran unas risas a costa de sus fanáticos. Pero eso sería al cabo de unos años, cuando su carrera estuviese más avanzada y pudiese permitirse decir que todo era un fraude, algo con lo que conseguiría un buen puesto de tertuliano en la televisión. *Confesiones de un místico de pacotilla*. Lo haría para sentirse mejor y mostrar a sus

admiradores lo ridículos que eran. En sus archivos había descripciones de dolencias psicosomáticas, fórmulas para curar todas las enfermedades conocidas, desde las verrugas hasta el sida, con cristales, incienso o polen de calistemo recogido los jueves a las tres de la tarde cuando rige la Luna nueva.

Supuso que tendría una o dos cartas de un tal Renzler dentro de aquel fichero lleno de locos. No prestaba mucha atención a los nombres.

—Oye, ¿conoces a un tipo llamado Elias Mooney?

Derek se envaró. En ningún momento había pensado que oiría ese nombre en aquel lugar. Estaba convencido de que nunca volvería a oírlo de boca de nadie. Nunca.

—¿Qué? —preguntó, tratando de mantener la calma.

—Elias Mooney. Era un viejo chamán de California. No recuerdo el nombre del lugar, pero creo que estaba cerca de San Francisco. Me carteeé con él un poco antes de que muriese hace unos años. Me ayudó mucho.

—No —respondió Derek—. No, creo que no lo conozco.

—Claro, supongo que eso ha sido una estupidez por mi parte. California es muy grande, ¿no?

—Sí que es grande.

—Supongo que imaginaba que habría más relación en el mundillo ocultista de Frisco. No podéis ser tantos, ¿no?

—Más de los que me gustaría.

—Tampoco es que él fuese una celebridad ni nada por el estilo, pero sí un tipo que me ayudó mucho. Lo hizo en un momento muy difícil, y no llegué a conocerlo en persona, ¿sabes? Solo nos mandamos cartas, cintas y esas cosas. Supongo que se carteeaba con gente de todo el mundo. Y esto le sonará raro a mucha gente, pero supongo que a ti no: nos solíamos ver en el plano astral. Me enseñó muchas cosas.

No me puedo creer que esté hablando de esto, pensó Derek. ¿Adónde quiere ir a parar? ¿Quizás Elias me había mencionado en su correspondencia? ¿Es alguna clase de chantaje chapucero?

Decidió guardar silencio para evitar alimentar el interés de Renzler. La estrategia pareció funcionar. El chico parecía no saber qué más decir. Derek quería descubrir cuál había sido su relación exacta con Elias, pero tenía miedo de agitar unas aguas calmadas desde hacía tanto tiempo. Al final,

Michael decidió continuar con temas de ocultismo, y Derek empezó a relajarse.

En ese momento, el coche emitió un terrible chirrido.

—La hostia —imprecó Michael.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lenore al tiempo que se inclinaba hacia delante. Michael movía en amplios círculos y con agitación la palanca de cambios.

—¡La palanca no funciona! ¡Un momento!

Cambió de dirección hacia una carretera oscura. No dejaban de rebotar y sacudirse sobre lo que parecían piedras y ramas de árboles caídos.

Se acabó, pensó Derek. Este es el fin. Bueno... supongo que me lo merezco.

Se detuvieron de improviso y el motor se apagó de inmediato. Quedaron sentados al tenue resplandor de los faros del Volkswagen, delante de un grupo de zarzas y árboles sin hojas. Michael extendió la mano por encima de Derek, sacó una linterna de bolsillo de la guantera, salió del coche y se colocó en la parte trasera.

Derek miró a Lenore, pero la mujer estiraba el cuello para mirar por detrás. Al fin, Michael consiguió abrir el motor.

—Mierda —dijo, con una voz que se oyó muy clara en el frío de la noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Lenore.

—No lo sé. No soy mecánico. —Volvió a la puerta y metió la cabeza por la ventanilla para mirarlos—. Señor Crowe, odio preguntarle algo así, pero... ¿a qué hora sale su avión? ¿Llegamos tarde?

Derek pulsó el botón que iluminaba la esfera de su reloj.

—En realidad, quedan unas horas.

—¿Iba a quedarse sentado en el aeropuerto?

—Mejor eso que quedarse sentado en el auditorio. ¿El aeropuerto queda muy lejos?

Se imaginó que caminaba por carreteras secundarias y oscuras con las maletas la mitad de la noche, que moría por congelación o que terminaba de forma parecida a alguna escena de *Deliverance*.

—Sí, está muy lejos para ir andando. Pero cerca de la carretera hay una cafetería que tiene un teléfono. Lenore, voy a llamar a Tucker. Veré si puede

ayudarnos. O, al menos, llevar al señor Crowe. Quedaos aquí tranquilos. Volveré lo antes posible. A Tucker se le dan muy bien los coches.

Derek cerró los ojos y se frotó la frente.

—Todo irá bien —aseguró Lenore, y Derek sintió que se animaba un poco. Claro que le iría bien si se quedaba a solas con ella. Le gustó disfrutar de la oportunidad, aunque se tratase de una situación inesperada. Mientras llegara a tiempo al vuelo, ¿qué tenía de malo?

—Genial.

Michael se subió la cremallera de la chaqueta, se despidió de ellos con un gesto vago y empezó a caminar por la carretera. Lo miraron por un instante mientras desaparecía a la luz de los faros.

—Bueno —empezó a decir Lenore—. ¿De dónde eres?

—Nací en Los Ángeles, pero vivo en San Francisco desde hace unos años. ¿Y tú?

—Yo crecí al norte del estado de Nueva York, en pequeños pueblos de los que seguro no has oído hablar. Viví en la ciudad de Nueva York por un tiempo, hasta que conocí a Michael y nos mudamos aquí.

—Así que eres una chica de ciudad.

—Supongo. En realidad, no me considero de ninguna parte. Viví en muchas casas diferentes cuando era pequeña. Casas de acogida y eso. Siempre de un lado para otro.

Derek no estaba seguro de cómo responder a eso. ¿Con compasión?

—¿Crees que podrías hipnotizar a alguien como yo? —preguntó la mujer de repente.

Derek rio. Lo había pillado por sorpresa.

—¿Hipnotizarte? ¿Para qué?

—No sé. Solo para ver lo que se siente. Siempre me lo he preguntado.

Derek puso una mueca de dolor.

—Supongo que podría —respondió—. Aunque algunas personas son resistentes. Los niños, los soldados y la gente acostumbrada a obedecer órdenes suelen ser unos sujetos muy predispuestos. Pero algo me dice que tú eres de las independientes.

La chica sonrió.

—Vaya, ¿eso crees? ¿Y la señorita A? ¿De qué tipo es?

—Bueno, también es muy independiente, pero diría que los mandalas fueron más fuertes. Para ella tenían un sentido, y quizá por eso fue más susceptible a la hipnosis.

—¿Podrías hacerlo conmigo? —preguntó.

—¿Ahora mismo?

—Claro. Mientras Michael no está. Vamos a estar aquí un buen rato. Inténtalo. No pasa nada si no funciona, pero tengo curiosidad.

—No sé —titubeó Derek.

—Quizá los mandalas se manifiesten a través de mí —dijo, con cierto tono de burla que hizo que Derek sintiese que se burlaba de él, que todo era una broma muy elaborada—. Quizá quieran decirte algo más.

—No sé. No tengo claro que sea una buena idea.

La chica parecía decepcionada, y dio la impresión de que iba a hacer un puchero. Extendió el brazo hacia el asiento delantero y apagó los faros.

—Buena idea —dijo Derek.

—Siento como si te conociese —susurró en la oscuridad—. ¿Cómo es posible?

—No... No lo sé. ¿De verdad?

—Desde que te vi esta noche. Sentí que había una conexión.

Derek fijó la vista en la carretera, como si esperase que Michael apareciera entre aquella oscuridad total. Lenore le puso la boca junto a la oreja.

—¿A qué se debe? —preguntó.

—No tengo ni idea. Quizá me hayas reconocido por el libro.

—No fue eso. Sentía que tenía que hablar contigo. Que ibas a comprenderme.

—¿Hablar de qué? —preguntó él.

—¿Nunca has querido hablar con alguien que no te conoce, con alguien que no forme parte de todos tus problemas?

—Eso es algo que todos sentimos en algún momento.

—Pero es un asunto que controlas muy bien, das asesoramiento, hipnoterapia y todo eso... Me vendría bien algún consejo. Y seguro que también algo de terapia, por Dios. Sé que necesito ayuda para dejar de beber, pero eso solo es parte del problema. Hay algo más al fondo, y no soy capaz

de averiguarlo. Quizá por culpa de eso comenzaron todos mis problemas. Quizá podrías ayudarme a recordarlo, ¿sabes? Con la hipnosis. Porque yo no puedo. Hay un periodo de mi infancia que está en blanco. No recuerdo a mi madre ni nada de eso. Mis recuerdos comienzan cuando ya iba de casa en casa. Se podría decir que era problemática. Una niña difícil. Quiero saber qué me ocurrió. ¿Cuándo empezaron de verdad todos estos problemas?

—Tal vez no pueda acceder a los recuerdos de la infancia muy temprana ni bajo hipnosis. El cerebro de un niño es diferente del de un adulto. Almacena y procesa los recuerdos de manera muy diferente. No creo que pueda ayudarte.

—Bueno —dijo ella—, quizá me ayudes sin saberlo. Solo por el hecho de hablar contigo. Me siento mejor. Como si pudiese contarte cualquier cosa y lo entendieras.

—Me alegra hacerte sentir así.

—Aun así, no vas a hipnotizarme.

—Mira, Lenore... Puedo enseñarte a hacerlo por ti misma. ¿Qué te parece? La autohipnosis es la base. El hipnotista no es más que un guía.

—Pero ¡necesito un guía!

—No es algo que se pueda hacer a la ligera. Hay que hacerlo poco a poco y con tiempo. No puedo hacerlo en un momento y librarte de todos tus problemas. Hay que tratar toda una vida. Una pequeña sesión independiente aquí puede llegar a ser peor. Hay que tratarlo en consultas continuadas. Quizá haya alguien por la zona que pueda ayudarte.

—No —dijo al tiempo que se reclinaba en el asiento—. No hay nadie.

—Dudo que sea así.

—No hay nadie, ¿vale? —gritó—. Sé lo que necesito, lo que he estado buscando. Es algo que no había sentido hasta ahora, pero tú no estás interesado, así que cierra la puta boca y déjame en paz. ¿Te parece?

Lenore extendió la mano hacia delante y puso la radio a máxima potencia. Luego salió y empezó a pasear por el otro lado de la carretera mientras se fumaba un cigarrillo. De vez en cuando pasaba un coche, pero ninguno se detenía.

Dios, pensó Derek. Lo tengo merecido.

Se quedó sentado en silencio mientras oía la atronadora música country.

Estuvo tentado de salir con ella, pero la codependencia de la que había hablado la chica le aterrorizaba. Se sentía atrapado, involucrado en algo que no podía detener. Lo mejor era quedarse allí, cerrar el pico y esperar a que se le pasara el enfado. Derek no tenía nada de salvador y tampoco podía darle falsas esperanzas. Es la imagen que había creado de sí mismo, siempre se mostraba como un gran hipnoterapeuta, pero en realidad no había realizado la hipnosis (a nivel práctico) desde hacía años. Desde su juventud, de hecho. Y en respuesta a aquel pensamiento que solo amenazaba con llevarlo a un silencio más profundo y unas ensoñaciones más siniestras, apagó la radio y abrió la puerta.

—Lenore —llamó en aquel silencio repentino.

La mujer dejó de deambular. Derek vio la llama del cigarrillo y luego oyó que unos pasos volvían al coche.

—¿Qué pasa?

—Lo siento —dijo—. No... no puedo responder a una llamada de auxilio con tanta facilidad. Es cierto que necesitas asesoramiento y puedo enseñarte a que lo hagas por tu cuenta. Quizá así te pongas en el buen camino.

—¿Te refieres a hipnotizarme? ¿Lo harás?

—Un trance. Te daré las órdenes que necesitas para hacerlo por ti misma. Y luego pues... podrás investigar por tu cuenta.

La mujer se agachó a su lado en la carretera con el cigarrillo colgando en las manos junto a las rodillas.

—¿En serio?

—Claro. Venga, ¿por qué no nos metemos en el coche?

Derek dio un paso al frente y echó su asiento hacia delante para que la chica pasara a la parte trasera y se colocara en el sillón grande. El hombre volvió a su asiento y cerró la puerta.

—¿No tienes un péndulo o algo así? —preguntó.

—No es necesario —respondió él al tiempo que intentaba recordar los puntos básicos. Pero qué más daba—. Voy a comentarte algunas visualizaciones, pero tienes que poner de tu parte. ¿Estás lista? Ponte cómoda.

—Venga —azuzó la chica.

Derek empezó a contar hacia atrás desde cien muy despacio. Le había

dicho que con cada número que contara se iba a sentir más y más dormida. Entre los números, le comentó que estaba flotando por un túnel largo. Le dijo que se volvía cada vez más ligera hasta que llegaba a no pesar nada. Que se disolvía en el cielo, se fundía con él.

—Tus dedos se funden hasta desaparecer. Tus brazos se funden hasta desaparecer. Ochenta y ocho. Tus hombros se funden hasta desaparecer. — Vio cómo el pecho de la mujer subía y bajaba despacio. Tenía la cabeza echada un poco hacia atrás, los párpados le temblaban y tenía la respiración regular y tranquila—. Tu pecho se funde hasta desaparecer. —Se quedó mirando sus pechos durante un rato, poco más que una ligera curva debajo del rígido tejido de su chaqueta de cuero—. Ochenta y siete.

Llevó mucho tiempo. Tuvo más cuidado del que había tenido jamás. Le dijo que, a medida que entrara en trance, sus pensamientos se volverían más claros y precisos. Estaba dormida, pero era consciente de todo. Con cada respiración entraba en trance cada vez más, más puertas se abrían ante ella, más senderos hacia su pasado, hacia sus secretos. Derek le dijo que tenía la confianza, la fuerza y el coraje para explorarlas todas, para llegar a curarse por completo. Más profundo, más profundo, más; más lejos, cada vez más...

—Puedes hacerlo por tu cuenta —le dijo—. Ahora que has llegado a este punto, puedes volver en cualquier momento con tan solo desearlo. Puedes recuperar este estado mental y usarlo para mejorar. Y cada vez que entres en él, podrás llegar más lejos y hacerlo en menos tiempo que la vez anterior.

Más profundo, más profundo, más...

Al fin llegó a cero. ¿Cuánto tiempo había pasado? Había perdido la noción del tiempo fijándose en Lenore, un pálido fantasma sexual en el asiento trasero. ¿Y ahora qué? Su voz le sonaba alta de una manera sobrenatural, nada que ver con su estado de ánimo. La mujer seguía allí, inexpresiva, tanto que atisbó que esbozaba una ligera sonrisa en sus labios. Sintió que lo invitaba a ello.

Quieto, pensó.

¿Y ahora qué?

Había llegado a un estado muy profundo, mucho más de lo que él esperaba. Seguro que a ese nivel se podían conseguir cosas, empezar a trabajar con ella. ¡Se empezaba a creer sus propias mentiras! No tenía ni la más mínima idea de lo que había hecho, no tenía razón y mucho menos

derecho para hacer todo aquello con alguien. Otra vez no. El método de la hipnosis funcionaba porque era un método, algo mecánico. No tenía nada que ver con que lo hubiese hecho él.

—Recuerdo... —susurró la chica.

—¿Sí? —Derek vio su gesto inmóvil, los ojos cerrados.

—... a ti...

—¿Lenore? —Le tocó la mano, preocupado. Era hora de despertarla. Había sido un idiota por haber accedido a hacer algo así. A saber qué cambios podría haber activado en el interior de aquella mujer—. Escucha. Lenore, ten mucho cuidado...

Pero ella no parecía oírle. Susurraba algo en una voz muy baja y distante que le aterrorizaba, aunque desconocía la razón. Casi entró en pánico cuando oyó pasos fuera del coche y, un instante después, se abrió de improviso la puerta del conductor. Levantó la vista y vio que Michael le miraba. Estaba muy oscuro para ver algo más que la cara ovalada del hombre, pero en ella había una sonrisa trastornada.

—No quería asustar —dijo—. Se me apagó la linterna en el camino de vuelta. Por suerte, Tucker está de camino y debería llegar en cualquier momento. Oye, Lenore. ¿Estás dormida? —Le dio un pequeño empujón en el hombro y la mujer se estremeció entre gruñidos.

—¿Cómo? ¿Ya has vuelto?

—Estabas durmiendo.

Se giró hacia Derek.

—¿Lo estaba?

No sabía a ciencia cierta si se lo preguntaba en serio o no, si fingía para que Michael no supiese nada o si de verdad no lo recordaba. Derek no le había dado la orden de recordar ni de olvidar.

—Sí —respondió con tranquilidad.

—Vaya por Dios —salió del coche sin echar hacia delante el sillón y, un momento después, se encendió otro cigarrillo.

Derek la miró con atención para comprobar si le iba a seguir el juego o todo lo contrario. Michael se sentó en el asiento del conductor y empezó a balbucear de nuevo para seguir con la estúpida conversación justo donde la habían dejado, aunque ahora Derek no podía evitar sentirse más despistado

debido a la horrible sensación de que había dejado algo pendiente, algo que quizá nunca podría solucionar...

Se sintió aliviado cuando llegó un camión traqueteando por la carretera, se colocó justo delante de ellos y cegó a Derek con los faros. Lenore se acercó a él y volvió un instante después con una mole alta y de aspecto descuidado.

—Vamos a echar un vistazo —dijo—. Scarlet me espera.

—Señor Crowe, este es Tucker Doakes. Se encargará de todo.

—Vaya, ¿eres uno de esos amigos adoradores de Satán de Mikey?

—Déjalo ya, Tuck —dijo Lenore—. El señor Crowe es famoso.

—No exactamente —dijo Derek.

—Sea como sea, voy a necesitar el asiento trasero. ¿Puedes salir del coche? Gracias. ¿Qué es todo este desastre, Lenore?

—Lo que tiramos para atrás.

—¿No hay piezas de motor ni nada por el estilo, verdad? ¿Cubos del KFC?

—Está limpia.

Derek se apartó del coche y vio cómo Doakes metía medio cuerpo para tirar la ropa en el hueco que había debajo del pequeño retrovisor. Luego desencajó el asiento trasero al completo, lo sacó del coche y lo dejó en la calzada. Michael alumbró con la linterna el hueco oscuro que acababa de quedar al descubierto. En las sombras, Derek oyó el rechinar de partes metálicas.

—Es lo que pensaba —comentó Tucker—. Un pasador roto. Aunque se ha desarmado todo. Es fácil de arreglar, eso sí. ¿Tienes una goma para el pelo, Lenore?

—¿Es una broma?

—Sabía que debí haberle dicho a Scarlet que viniese de excursión. Bueno, pues lo que sea.

—¿Te sirve un clip? —sugirió Derek.

Doakes se encogió de hombros.

—Supongo que sí, podría doblarlo alrededor y así aguantará un tiempo.

Derek rebuscó en la maleta, quitó el clip del manuscrito de la charla de aquella tarde y se lo pasó a Doakes, que volvió al coche y se afanó allí

durante unos minutos más. Cuando terminó, se limpió las manos en los vaqueros, cogió el asiento y lo volvió a colocar en el coche.

—Debería ser suficiente para que lleguéis a casa —dijo—. Mañana os pondré un pasador de verdad.

—Primero tenemos que ir al aeropuerto —dijo Michael.

—Lo que sea. Probad y comprobad que todo va bien. Venga, algo me dice que a Scarlet se le está pasando el tema.

—Claro. —Michael arrancó el coche y metió la marcha. Lo llevó hacia delante y luego hacia detrás—. ¡Funciona!

Tucker ya se había subido al camión.

—¡Nos vemos!

El camión volvió a la carretera, chirrió y se marchó.

Derek levantó el asiento para que Lenore pudiese subir, y la mujer lo hizo sin mirarle.

—¿Cómo vamos de tiempo? —preguntó Michael—. El aeropuerto está a quince minutos. Diez si le piso.

—Deberíamos llegar —comentó Derek.

Lenore no dijo una palabra en el trayecto restante, no lo necesitaba, ya que Michael se encargó de llenar el silencio hasta que aparecieron las inhóspitas luces del aeropuerto entre los árboles que tenían delante. Por el espejo, unos óvalos resplandecientes se movían a lo largo de la cara de Lenore. No parecía hacer caso a la conversación, y Derek deseó tener la posibilidad de estar igual de abstraído. Deseó poder hablar con ella en privado, conducirla de nuevo al trance, solucionarlo todo y despertarla como era debido. Pero ¿qué iba a hacer? Parecía estar bien, tampoco es que le hubiese practicado cirugía cerebral.

En lugar de ir directo a la terminal, Michael llevó el coche al aparcamiento. Derek supuso que era porque la conversación lo había distraído.

—Puedes dejarme en la puerta —dijo.

—Sin problema. Te haremos compañía hasta que salga el avión. No tenemos nada que hacer.

Derek se reclinó.

—Como veáis.

—Supongo que todo lo que dije en esas cartas no sirvió para nada, ¿verdad? Tengo algunas ideas sobre los mandalas, así que quizá podamos hablar sobre ellas en algún momento si no te importa. ¿Me das tu dirección? Tengo algunas preguntas que podrías hacerle a los mandalas la próxima vez que aparezcan. Juro que no abusaré de tal privilegio.

¿Privilegio? Derek torció el gesto al pensar en todos los borrachuzos que tenían el privilegio de vomitar sobre las manchas de orín de las escaleras de su casa.

—Muy bien —comentó Derek—. Es lo mínimo que puedo hacer a cambio de que me hayáis traído.

Cogió la bolsa de papel en la que estaba el ejemplar de Michael Renzler de *Los ritos mandala* garabateó en ella la dirección y se aseguró de no dejarle el número de teléfono. El coche se detuvo de improviso. En el asiento de atrás, resplandeció una cerilla y un cigarrillo comenzó a arder.

—¿Quieres uno? —preguntó Lenore al tiempo que ponía las manos entre los asientos.

Derek estuvo tentado a pesar de que no fumaba. Michael cogió el cigarrillo con gesto distraído, como si hubiese aparecido allí de la nada. Tenía toda su atención puesta en la dirección de Derek.

—Muy bien —dijo—. Te enviaré algo.

—Maravilloso. —Derek abrió la puerta.

Sintió al instante el frío de fuera. Pasó las maletas por encima del sillón con ayuda de Lenore y luego se dirigió a la carrera hacia la terminal mientras los Renzler lo seguían. Mientras esperaban en el bordillo a que pasara un coche, sintió que alguien le quitaba una de las maletas. Era Lenore, quien le sonrió. Podía leer cualquier sentimiento en aquellos ojos.

En la ciudad, aquella chica ni le hubiese llamado la atención, ya que había muchas iguales. Pero habría sido un error ignorarla. Allí, a la luz fluctuante de aquella terminal de aeropuerto provinciano, era original, como un arquetipo del que los demás no eran más que insípidos derivados. Lenore era una esencia humana destilada en secreto, una botella frágil que estaba lista para ser descorchada y liberar su aroma. Sintió una punzada y deseó poder haber sido el que lo hiciese.

—Será mejor que te des prisa —advirtió la chica—. Vas a perder el avión.

Derek le cogió de la mano.

—Adiós —dijo.

—Nos vemos.

5

—Es un libro muy bonito —dijo Lenore mientras hojeaba *Los ritos mandala* y las farolas iluminaban las páginas con luces entrecortadas.

Michael metió la cuarta en la carretera oscura y estrecha que se sabía de memoria.

—Lo es, ¿verdad? —susurró a modo de respuesta.

El comentario de la chica parecía el comienzo de un ataque: lo primero que hacía era tranquilizarlo, luego preguntaría cuánto había pagado por él y, cuando le dijera la verdad, cosa que tendría que hacer aunque tratase de restarle importancia, empezaría la pelea.

—Es muy bonito —repitió ella.

Oh, no, pensó Michael, impotente. Ya empieza. Se va a poner como una loca. Quizá peor que nunca.

Sabía que no se podía permitir el libro y que tampoco serviría decirle que llevaba tiempo ahorrando en secreto unas monedas de aquí y allá para gastos como aquel. De haber sabido que tenía ese dinero, Lenore ya se lo habría gastado. Llevaba días quejándose de que se había quedado sin hierba y estaba desesperada por pillar más, pero no podía comprarle a Tucker hasta que le pagaran el alquiler. Y le debían nada más y nada menos que cuarenta y cinco pavos.

Pero la discusión que esperaba no llegó, o al menos no llegó desde la dirección esperada. Michael vio de reojo cómo Lenore contemplaba las páginas abiertas, oscuras ahora que la última de las farolas había quedado atrás y solo los rodeaba el frondoso bosque junto a la carretera, ramas desnudas pero tan densas que bloqueaban la luz de la luna.

Quizá le fuese a seguir la corriente por una vez: aquella mujer era

impredecible. Se enfadaba cuando Michael llevaba a casa una bola de cristal o una daga mágica, y no dejaba de reprocharle el dinero que se gastaba en parafernalia ocultista, pero él la atacaba con la misma rabia cuando se fundía todo el dinero en drogas. Y, como había hecho él aquella noche para comprar la edición limitada de *Los ritos mandala*, ella también había aprendido a comprar en secreto y hacer como si no pasara nada. Ya no le decía que había conseguido una buena bolsa de hierba, por lo que él tenía que adivinar su estado de ánimo observando las alteraciones de su conducta, las típicas mañanas locas y las tardes depresivas y pesimistas. Su relación llevaba tanto tiempo sumida en esa dinámica que, inmersos como estaban en una época de sequía, no podía evitar mirarla a los ojos y preguntarse qué pasaba por su mente, si estaba limpia o colocada.

Lenore odiaba sus accesorios, toda la parafernalia ocultista. Le parecía una obsesión que solo servía para derrochar, incluso cuando solo compraba lo básico, que era el incienso y el carbón. Por otra parte, no parecía importarle que se gastase dinero en libros. Era una suerte para el ambiente doméstico que la mayor parte del dinero que le sobraba a Michael terminase en la biblioteca.

Quizá sentía afecto por los libros porque Michael había comenzado a coleccionarlos en la época en que se habían conocido y se dedicaba a rebuscar tesoros de las estanterías de mugrientas librerías de Manhattan y alrededores, cuando se suponía que se dedicaba a estudiar en la ciudad. En aquella época no había desarrollado el sentido común, pero al menos le quedó suficiente para enviarle los libros a su madre a medida que los compraba, para no tener que venderlos en momentos de debilidad o que nadie se los robase para comprar droga. Nunca les había prestado demasiada atención a las drogas. Eran algo con lo que pasar el rato cuando estaba aburrido. No le gustaba la sensación de que lo controlaban, y siempre había sabido que las iba a dejar. Su verdadera adicción era la magia. A menudo deseaba que Lenore compartiese sus pasiones espirituales. Tampoco era que tuviese mucho más a lo que dedicarse, además de su interés por consumir drogas.

Cuando se escabulló a Carolina del Norte con Lenore, sus preciosos libros lo esperaban, lo esperaban con su madre junto a ellos y con un mechero en la mano. Le había amenazado con prenderles fuego a menos que dejara los malos hábitos. Había sido uno de los momentos más lúcidos de su madre.

Quitarse y quitar a Lenore del *speed* había sido el motivo principal para marcharse de Nueva York. Por ello logró convencer a su madre para que no les hiciese nada a los libros. Su madre debió de darse cuenta de que necesitaban poner orden en sus vidas, y ¿qué mejor orden que la riqueza de los sistemas mágicos que se detallaban en esos libros llenos de tablas periódicas de poderes angelicales, jerarquías de asesores fantasmales y dioses que se enfrentan entre ellos en un vasto tablero de ajedrez euclidiano?

A pesar de su desconfianza e incluso del disgusto que sentía por cualquier cosa relacionada con la religión, no les había hecho nada a los libros.

Los ritos mandala de Crowe era la última incorporación a la biblioteca de Michael, pero a esas alturas ya había conseguido que se olvidara casi por completo del resto de sistemas de magia. Era el mejor sistema, y el más novedoso que había encontrado. Los aspirantes a gurú siempre se inventaban nuevos mitos y metodologías para adecuarse a las modas actuales, algo que a veces tenía resultados tan ridículos como vestir a una vieja bruja con un bikini de neopreno de colores fosforescentes. Pero los mandalas tenían una integridad que no podía explicarse, como si siempre hubiesen estado ahí y aguardasen el momento propicio para salir a la luz.

Sentía más curiosidad que nunca por saber qué había llevado a los mandalas a acercarse a Derek Crowe. ¿Por qué él entre tanta gente? Sus primeros libros eran pura basura. Michael habría jurado que eran obras hipócritas, insulsas y poco inspiradas, tonterías ocultistas recauchutadas de libros más antiguos. En ninguno de ellos había prueba alguna de que Crowe tuviese el menor conocimiento ni fuese capaz de crear algo original. En persona, el hombre parecía tan poco convincente como esos libros. Derek Crowe era frío y reservado, inescrutable incluso, y no mostraba la pasión que impregnaba *Los ritos mandala*, cuyos diagramas eran tan intensos que a veces parecían vibrar y rotar por las páginas.

—¿Y qué se hace con ellos? —preguntó Lenore, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué hacen?

—Sí, los mandalas. ¿Para qué sirven? No he podido seguir el hilo de todo lo que ha comentado Crowe esta noche... eran demasiadas cosas.

Michael se encogió de hombros.

—Sí, es complicado si se carece de experiencia previa, como es tu caso.

Pues son eso: símbolos. Se medita con ellos. Cada uno tiene cierta energía, una especie de... función. Se los convoca..., digo, se los llama y... se medita y...

—¿Se los llama? ¿Se supone que para eso sirven estas palabras de aquí?

Tenía la radio encendida con el volumen bajado, pero del plástico resquebrajado salía luz suficiente como para iluminar las páginas que tenía abiertas sobre las rodillas.

—Sí, esas son las claves, las invocaciones. No están en nuestro idioma.

—No me digas.

Michael suspiró ante el tono burlón. Lenore lo ponía a prueba, buscaba errores en lo que ella percibía como una superstición estúpida. Toleraba sus libros, pero eso no significaba que respetara su contenido. Nunca había mostrado el más mínimo interés por la magia de lo oculto. Si Michael le pedía su opinión, que todo el misticismo no era más que una tontería inventada para hacer que la gente siguiese siendo imbécil y tuviese miedo para poder ser estafados por charlatanes como... bueno, como Derek Crowe, de quien una vez se había pasado diez minutos burlándose a costa de la foto de autor que había en la cubierta. «Este tío es o bien un gilipollas o bien un maestro de la estafa —había dicho—. «¿Cómo puede posar así?» La fotografía era presuntuosa, se veía su cara cubierta por una sombra melodramática, su nariz larga y aguileña (que, como Michael había comprobado, destacaba más al natural) y un gran broche de ónice sujeto al cuello con el que se cerraba la capa, todo ello mientras se inclinaba hacia delante apoyado en un báculo de madera tallada. Pero en aquel momento Michael había defendido a Derek Crowe: los mandalas lo habían convencido.

Ahora solo podía limitarse a esperar, nervioso porque no sabía por dónde le iba a salir Lenore para hacerle daño.

—Esta noche haces un ritual, ¿no? —preguntó.

—Ajá.

—¿Puedo hacerlo contigo?

Pisó el freno, como si las palabras de la mujer hubiesen saltado delante del coche.

—¿Cómo? —A la tenue luz, Lenore tenía el gesto serio, casi embaucador. Michael sabía que no sabría lo que pensaba en realidad hasta que ella misma quisiese comunicárselo, pero sentía la necesidad de presionarla más—. ¿Es

una broma?

—¿Una broma? ¿Por qué?

—Nunca te había interesado nada de esto.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Y no te gusta que me interese?

—¡Claro que sí! Dios, llevo intentándolo... años. Pero lo había dado por perdido, me parecía inútil. Me has dejado pasmado.

—Bueno, pues hazte a la idea.

Tenía un tono tan despectivo que Michael decidió dejar de llevarle la contraria. No podía creérselo. Había soñado con compartir sus intereses con ella. Dos almas gemelas podían atravesar los reinos de lo oculto a mucha más velocidad que una que viaja sola. Nunca había abandonado la esperanza de que un día Lenore iría tan colocada que decidiría acompañarlo en su aventura, en aquel peregrinaje espiritual que le había dado la fuerza necesaria para poner en forma su mente.

—Esta noche te lo enseño —respondió entre jadeos—. Si quieres, podemos hacer algo del libro. Un ritual sencillo para que eches un vistazo y sepas cómo es. ¿Te parece?

—Muy bien —aceptó ella.

Sí, pensó Michael. *¡Ha dicho que sí!* Lenore acababa de reafirmar todas sus creencias y anhelos. Había dejado de decir no y quizá ahora conseguiría dejar de lado su autodestrucción. O, al menos, conseguirlo en algún momento.

A duras penas reprimió una sonrisa.

—Muy bien —repitió—. ¡Muy bien!

—¡Michael!

Lenore le clavó las uñas en el brazo y estuvo a punto de arañarlo, y la impresión hizo que devolviese la mirada a la oscura carretera. Se había quedado ciego por la emoción, un velo de su mente que le había tapado los ojos, hasta que había visto cómo la luz de los faros empezaba a recorrer una pared de roca maciza, oyó las ruedas derrapar en una curva muy pronunciada que se sabía de memoria (¿De memoria? ¿Cómo podía haberse olvidado? Imbécil. Imbécil. Iban a volcar), sintió que el Escarabajo se inclinaba y que las ruedas de uno de los lados se levantaban del suelo.

Luego las luces empezaron a recorrer árboles, la carretera volvió a enderezarse, el coche descendió para volver a colocarse sobre las cuatro ruedas, y él pudo respirar de nuevo. Frenó poco a poco, como si aquel fuese un acto deliberado y lo hubiera tenido controlado durante toda la maniobra, como si lo hubiera hecho para fanfarronear.

Lenore no emitió sonido alguno. Cualquier otro día ya estaría subiéndose por las paredes, pero esa noche había algo diferente, una presencia que ninguno de ellos quería hacer desaparecer.

Lenore lo agarró del brazo y al fin se relajó. Luego apartó la mano.

—Limítate a conseguir que lleguemos a casa de una pieza —dijo. Y luego se quedó en silencio.

6

Cuando entraron en la casa, oyeron el estruendo y el repiqueteo que venía del piso de arriba. El estéreo estaba a todo volumen. No era el tipo de música que se escuchaba por la letra, pero a ese volumen casi podía oírla también. Tuck y Scarlet eran capaces de hacer más ruido que una familia entera.

Michael tiró la bolsa de ropa en un sofá al que se le salían los muelles y fue directo a la biblioteca, que también le servía de templo. Estaba tan emocionado que le temblaban los dedos. Lenore se marchó del recibidor, él no quería que se le escapara y cambiara de idea, pero aquello era ridículo. Los cambios de verdad no eran tan volubles.

Volvería cuando estuviese lista. Además, Michael tenía muchas cosas que preparar.

Enfrente de la puerta había un altar improvisado, y las hileras de libros de las paredes olían a polvo, incienso y moho. La humedad atacaba los libros todos los veranos, y cada invierno el radiador secaba las esporas hasta convertirlas en polvillo verde. También había un olor persistente a orín de gato de cuando había derramado almizcle en la moqueta mientras realizaba un hechizo de lujuria que había salido mal.

Encendió el par de velas del altar, que en realidad era un escritorio cubierto con un pedazo de seda negra, e hizo un poco de espacio entre dos cuencos con sal y agua, un quemador de incienso, la varita de sauce tallada a mano y el athame. Cuando colocó el libro en la mesa, lo dejó abierto por uno de los mandalas.

Oyó un ruido detrás de él, se giró y vio que Lenore estaba en el umbral y lo miraba. Parecía esperar a que la invitase a entrar. La biblioteca era su territorio privado. Le había dejado claro que no tenía que molestarlo mientras meditaba o realizaba algún ritual. La invitó a pasar con un gesto.

—Entra —dijo—. Voy a enseñarte algo.

Entró despacio, casi con timidez, y se quedó apoyada en el marco de la puerta hasta que los ojos se le acostumbraron a la luz de las velas. Luego se acercó a él en el altar y le puso un brazo alrededor de la cintura mientras bajaba la vista hacia el equipo. Michael le había explicado lo que era cada cosa, aunque dudaba de que Lenore se acordara. La mujer tocó el athame.

—¿Recuerdas esto?

—Sí, tu daga mágica.

—Mi athame. Representa la mente, de doble filo, aguda. Su elemento es el aire.

Lenore extendió la mano y recorrió el filo con un dedo.

—Está afilada —afirmó.

—La varita representa al elemento del...

—Ya me lo has contado antes —lo cortó, aburrida, mientras empezaba a mirar las estanterías y a perder la concentración.

—Tienes que comprender lo que estamos haciendo.

—Son cosas que no me interesan, Michael. Lo que quiero es saber más sobre los mandalas. ¿Cómo se les llama? ¿O acaso no sabes hacerlo?

—Sí que sé —respondió, irritado por aquel desafío en su propio terreno—. Hay que usar estas cosas para llamarlos, y también hay que saber por qué se hace.

—¿Quieres decir que no basta con llamarlos y que vengan?

Desesperado, empezó a notar cómo su voz se elevaba cada vez más.

—Lenore, escúchame, ¿vale? No es como usar un reclamo para pájaros. Los dioses no hablan nuestro idioma. Se comunican con nosotros a través de símbolos, y solo nos podemos comunicar con ellos si los usamos de manera correcta. Las herramientas y los gestos son... como una especie de código o idioma simplificado para el mundo astral.

—Pero Derek dijo que las claves, o comoquiera que se llamen, están en el idioma de los mandalas. Por eso debería bastar con decir las palabras para que vengan.

—Es algo que está muy relacionado con la actitud, con las intenciones...

—Eso es una gilipollez, Michael. ¿Por qué? Si vas a Francia y pronuncias las palabras de una guía de conversación, la gente te entiende, aunque no

tenga ni pajolera idea de tus intenciones.

—¡Déjame terminar, Lenore!

La mujer se quedó en silencio, esperando, y él se dio cuenta de que no tenía nada más que decir, ningún argumento más.

—Funciona —dijo al fin—. Pero quizá no de la manera en que tú crees. Esas cosas actúan dependiendo de los pensamientos, de las emanaciones.

—Pues vamos a probar.

Estaba tan frustrado que no pudo más.

—¿Por qué te interesa tanto de repente? O sea, ¿qué intentas sacar de todo esto?

—No espero nada. No más que lo que cualquier tipo con bata de laboratorio espera de los resultados de un experimento. Solo quiero ver qué ocurre.

Fue una buena respuesta, pero Michael no estaba seguro de si la creía. Había algo en aquel interés repentino, algo que la empujaba a ello, pero no era capaz de verlo. La única explicación consistente era que la charla de Derek Crowe había reavivado un interés latente que ni siquiera Michael había sido capaz de identificar antes. Le había impresionado cómo la mujer casi se había abalanzado sobre Derek Crowe. Nunca habría esperado algo así de Lenore.

—Deberíamos llevar a cabo algún tipo de purificación, un baño o algo...

—Y una mierda. No me voy a bañar. Hace un frío que pela. Mira, si no puedes hacerlo, pues lo dejamos y ya está.

Las esperanzas de Michael de llevar a cabo un ritual efectivo empezaban a desvanecerse por momentos. Quizá debiera olvidarse. La actitud de Lenore no era la adecuada. ¿Qué esperaba? La magia de verdad no era como en las películas, no había siluetas poderosas que aparecían entre columnas de humo o genios que salían de lámparas, no te proporcionaba poderes milagrosos ni hacía que los objetos desapareciesen o se materializasen de la nada. Eso no era más que magia de escenario. La magia de verdad era sutil. Te susurraba en la mente, te ponía en contacto con sensaciones que rara vez te parabas a experimentar. Te daba la posibilidad de oler flores que no estaban junto a ti, o también un incienso sobrenatural. Te hacía oír música distante, voces o, cuando entreabrías los ojos, ver caras que se formaban por poco tiempo entre las sombras y que se desvanecían antes siquiera de estar seguro de que las

habías visto. Los efectos reales de la magia eran internos: incrementaba la confianza en uno mismo, aumentaba la percepción de la belleza natural y aportaba una sensación de tranquilo entusiasmo. Podía llegar a ser como la mejor parte de un viaje de ácido, pero mucho más suave y duradero.

Si Lenore quería relámpagos, cambiaformas y levitación, se iba a llevar una tremenda decepción.

Pero la decepción era una lección valiosa, y él no podía hacer nada por evitarlo.

A fin de cuentas, ella se lo había pedido.

—Tenemos que quitarnos la ropa —dijo Michael.

Para su sorpresa, la mujer no lo puso en duda. Se quitó las botas y las colocó junto a la puerta, se bajó los vaqueros y los apiló junto a su camiseta. Sus diminutos pechos parecían estar algo hinchados, y tenía los pezones duros debido al frío que hacía en la estancia.

—No me voy a quitar las bragas —dijo—. Todavía sangro un poco.

—No pasa nada.

Michael cerró la puerta y terminó de desvestirse. Cuando se volvió hacia al altar, Lenore había empezado a pasar las páginas del libro. Le pasó los dedos por la columna y sintió cómo la mujer se estremecía.

—Lo siento —se disculpó—. Mis manos...

—Este —dijo ella entre susurros. Tenía el dedo en la portada, iluminado en rojo y negro de manera sobrecogedora. Era el trigésimo séptimo mandala, el último del libro. Había avanzado por el libro uno a uno, pero nunca había llegado tan lejos. Aquel mandala tenía radios ondulantes, un aro de cuentas formadas por puntos que rodeaban la circunferencia, y más de esas cuentas agrupadas en el centro.

—Ese es uno de los avanzados.

La mujer le dedicó una mirada llena de resolución. Una discusión más podía acabar mal. Era la primera vez de su vida que quería hacer un ritual. Debía tener la libertad de elegir el que quisiese.

Pasó las páginas hasta el último de los rituales. El trigésimo séptimo mandala.

Lenore se apartó del altar. Por el rabillo del ojo, Michael vio que inspeccionaba con curiosidad la habitación, como si esperase que extrañas

criaturas empezaran a caer en picado desde las esquinas llenas de telas de araña. Se oyó el crujido de alguien que caminaba por encima de ellos, y Michael se crispó. Luego oyeron el rechinar de los muelles de una cama y unas risas ahogadas. Tucker y Scarlet. Se obligó a no prestarles atención para poder concentrarse.

Colocó un puñado de sal en la punta de la daga y la usó para mezclarla en el cáliz, para así purificar tanto la hoja como la copa. Levantó el recipiente, se giró hacia Lenore e intentó rociarla un poco antes de purificar el resto de la estancia.

Tan pronto como levantó la hoja con el agua temblando en la punta, Lenore avanzó hacia él, apartó a un lado el cuchillo y tiró el cáliz al suelo. Cayó sin romperse. El agua salada se derramó por el suelo, y Michael se agachó para recogerlo al tiempo que insultaba a la mujer. Ella cogió el libro del altar y empezó a leer el trigésimo séptimo ritual.

—Lenore, ¿qué haces? No podemos...

Un movimiento en el aire trémulo hizo que la advertencia se ahogara en su garganta. Lenore, con la mirada fija en la página y el ceño fruncido a causa de la concentración, no lo veía. Una vela derretida soltaba volutas de humo que parecían una escalera de cuerda negra sobre el altar. Los finos peldaños ascendían por la estancia, y algo salió de ellos y se dirigió hacia Lenore.

La mujer se apartó de manera inconsciente para evitarlo y se agachó para coger la daga. Se levantó blandiendo el athame y sin dejar de pronunciar los cánticos, como si hubiese memorizado el ensalmo.

Empezó a realizar surcos en el aire con los que dibujó el mandala 37 de una manera impecable, sin titubear y con tanta presteza —a pesar de lo intrincado del diseño— que Michael casi llegó a verlo sobre el altar, brillando con luz negra y filtrando esa energía ultravioleta que parecía segregarse del aire hendido como una especie de sangre luminiscente que se derramaba sobre ella y la empujaba de verdad hacia atrás, lo que la obligó a aferrarse al suelo con más fuerza.

Michael se levantó con cuidado y se colocó junto a ella para mirar el libro. Intentó convencerse de que la mujer se lo estaba inventando y buscó lo que decía en el texto, pero era ininteligible, una glosolalia.

Pero luego lo encontró en la página, cerca del final del pasaje y vio que lo recitaba a la perfección, aunque pareciese imposible.

—... *nang gjya hehn cheg-cheo*...

Sintió que le ardía la piel desnuda, como si esa luz oscura y sanguinolenta lo hubiese abrasado y aún recorriera el aire a su alrededor. Nunca se había sentido de aquella manera en un círculo mágico, ni siquiera cuando realizaba rituales y tomaba sustancias psicodélicas al mismo tiempo. Aquella energía provenía de Lenore. La había desatado esa noche.

A medida que ella se acercaba al final de la página, Michael se sintió aliviado al ver que el ensalmo estaba a punto de terminar. Había algo en ella que lo asustaba. Quería que todo fuese como antes, que volviera a ser una Lenore indiferente sin interés alguno por la magia y dejara de ser esa persona irreconocible con aquellos enormes ojos azules abiertos como platos y fijos en algún lugar lejano detrás de la punta del athame que observaba un mundo que él era incapaz de vislumbrar.

—... *kaolhu* —dijo, y ese fue el final de la página.

La mujer continuó.

—... *kaolhu kef'n lakthog ranagh*...

Y continuó.

Desconcertado, Michael pasó la página y vio que la invocación continuaba durante unas pocas líneas más.

Eran líneas que Lenore no había visto antes, pero las recitó sin titubear y sin error alguno hasta que terminó el pasaje.

Se hizo el silencio por un instante.

Michael pensó que aquel era el final. La maraña de hollín de la vela se había disipado, y lo que fuera que había usado aquel frágil mecanismo como puente había desaparecido. La casa quedó sumida en el silencio, también en el piso de arriba. La música había terminado. Lenore tenía los brazos colgando en los costados con el cuchillo en una mano y los ojos cerrados.

—Lenore —susurró Michael mientras se preguntaba cómo ponerle fin a algo que no había comenzado de la manera correcta.

Ella no reaccionó. Se quedó muy quieta mientras el reflejo de una vela resplandecía en su sudorosa frente.

—Lenore —insistió al tiempo que la cogía por los hombros con la intención de zarandearla un poco. Pero un golpe repentino en un costado le hizo apartarse con un grito.

Lenore le había pinchado con su propia hoja como advertencia.

Michael le miró la frente y vio que aquel punto de luz resplandecía. Se interpuso entre ella y las velas, y proyectó su sombra sobre la cara de la mujer, pero la luz no se atenuó lo más mínimo. Le dio la impresión de que se retorció, de que se agitaba y ganaba en definición. Vio unas líneas resplandecientes, finas como capilares, que se grababan en su piel con una luz reluciente y que formaban una rueda. Un mandala.

Michael se frotó los ojos y volvió a mirar. El símbolo se había separado de ella. Se había oscurecido y flotaba en una bruma de gotas de color púrpura. Sangre. La frente de Lenore también tenía sangre con la forma en relieve de aquel símbolo, pero al mismo tiempo esa cosa flotaba entre ellos y se hacía cada vez mayor y más oscura. Aparecieron unos ojos por los bordes, viscosos y húmedos como huevos de rana, que tenían unas motas oscuras que flotaban en el interior. Otro anillo de ojos más pequeño surgió alrededor de un eje de dientes. Se abrió una boca similar a la de una lamprea, y las motas negras, que resplandecían y se endurecían como los tallos de las rosas negras, también empezaron a dar vueltas.

Michael se alejó y se afanó por encontrar la varita en el altar.

El mandala agitó los zarcillos, giró hacia delante y eclipsó la estancia como si se tratase de una anémona gigantesca o un atrapamoscas que se cernieran sobre él. Lo último que vio fue cómo las puntas de los picos de los miembros negros perforaban el techo como si intentara atacar algo en el piso de arriba. Luego, descompuesto a causa del pánico, tiró las velas y estas se apagaron. El olor acre del humo se coló en sus fosas nasales, y consiguió agarrar el dorje de la campana tibetana, que agitó con vehemencia a falta de un arma mejor. Cuando sonó el primer repiqueteo, oyó un zumbido y notó un ciclón que se arremolinaba a su alrededor. Luego Lenore chilló. La casa entera se llenó de gritos. En el piso de arriba, Tucker y Scarlet también empezaron a gritar. Algo pasó zumbando junto a su oreja y se estrelló contra la pared. Supuso que habría sido uno de los miembros del mandala. Se tiró al suelo y se hizo un ovillo en la oscuridad mientras se preguntaba por qué el libro de Crowe no les había advertido de aquel peligro. Nada de lo que había escrito en *Los ritos mandala* los había preparado para aquello.

Después de un silencio de varios minutos en la habitación, roto solo por la suave respiración de Lenore y los latidos de su propio corazón, Michael se

puso de rodillas y encontró las cerillas en el altar. Llegó a pensar que lo que había oído en el piso de arriba no eran gritos de dolor ni de terror, sino de placer. Tucker y Scarlet se habían quedado en silencio, pero llegó a oírlos jadear, un sonido similar al de la risa. Estuvo a punto de reír, aliviado. Menuda coordinación más extraña.

Volvió a colocar una de las velas, la encendió y descubrió que el athame brillaba por encima del altar y que estaba enterrado en la pared de yeso hasta la mitad de la empuñadura.

Se giró, temblando, y volvió a mirar a Lenore. Estaba echada en la moqueta y parecía dormida.

—Lenore —llamó entre susurros—. Lenore, ¿estás bien?

No le respondió. Tenía la respiración regular y buen pulso, pero había algo que aún asustaba a Michael, sobre todo cuando volvió a ver la mancha negra y sanguinolenta que tenía sobre los ojos en el centro de la frente. Michael volvió al altar para recoger la varita, ya que no quería dejarlo a medias. Al parecer, Lenore tenía la sensibilidad de un pararrayos en medio de una tormenta eléctrica y atraía más poder del que ninguno de los dos era capaz de controlar. La mujer le daba miedo. Una mente indisciplinada podría quedar destrozada por canalizar la fuerza ejercida por tanta energía.

—Estarás bien —le dijo—. Todo va a ir bien.

Se giró hacia el lugar en el que había aparecido el mandala. Ahora no había nada, como si todo aquello hubiese ocurrido en su mente. De no haber sido por la marca en la frente que tenía Lenore, podría haberlo atribuido todo a la locura. Y a pesar de lo que había visto, quizá la mujer solo se hubiera golpeado con el athame.

Mientras se planteaba qué hacer a continuación, le llamó la atención un movimiento en el altar. Algo culebreaba de lado entre las páginas de *Los ritos mandala*, entre las líneas que Lenore acababa de pronunciar. Las páginas parecían girar, y las letras retorcerse.

Golpeó el libro con violencia con la varita, luego cerró las tapas de golpe y se apoyó con fuerza sobre ellas, como si intentase atrapar el ensalmo.

Recorrió la habitación temeroso de lo que podría descubrir para buscar alguna señal residual de la cosa que creía haber visto, pero al parecer todo había desaparecido. Había tenido suerte, ya que no tenía ni idea de cómo hacerla marchar en caso de que no hubiese querido. Era tarde para

descubrirlo, pero *Los ritos mandala* no daban indicación alguna sobre ello.

SEGUNDA PARTE

Somos las ventanas al reino que llamas infierno y que es nuestro coto de caza. Y, a través de nosotros, una luz lóbrega y miserable se refleja en vuestras almas.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Somos las ventanas al cielo, a vuestro patrimonio, y a través de nosotros los haces dorados de la iluminación se diseminan entre vosotros para estimular el desarrollo de vuestras almas.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

7

Cuando la lanzadera del aeropuerto lo dejó delante del edificio, Derek se sintió mareado a causa de la tensión, uno de esos mareos que sospechaba que no se le quitarían hasta bien entrada la mañana. A pesar de que el sentido común le instaba a no hacerlo, se había comprado un café en una máquina expendedora del aeropuerto, sin dejar de pensar en Lenore mientras metía las monedas, la máquina expulsaba un chorro estrecho y caliente en la taza de papel y se quemaba los labios al beberlo.

Pagó al conductor y bajó las maletas a la acera, justo antes de que las tocara un alargado rastro de líquido que salía de un portal oscuro en el que alguien se agitó en el interior de un refugio de cartones y harapos. Los bares y las tiendas que hacían esquina estaban cerrados, con las rejas echadas. Unas sombras se proyectaban hacia la calle desde la marquesina del Prey Svay Cafe, y un hombre alto vestido con ropa andrajosa y de color caqui tenía la mano extendida, como si pidiese dinero o un cigarrillo. El haz de luz oblicuo de una farola iluminó una cara que tenía el aspecto de un papel arrugado y estaba coronada por un pasamontañas grasiento encima de una frente llena de heridas y costras sanguinolentas. Era enorme pero huesudo, como un gigantón que ha quedado reducido a nada. Derek se dio la vuelta en busca de ayuda. El autobús se había marchado, aunque él no recordaba haberlo oído. Incluso el recuerdo de haber sacado las maletas le parecía irreal, como si lo hubiese hecho en sueños. Cuando volvió a darse la vuelta para enfrentarse al mendigo, vio que la calle estaba vacía.

La puerta estaba entreabierta, sujeta con una revista enrollada. Le dio una patada para abrirla y entró en el portal, que apestaba a orina (humana y animal), salsa de pescado, cerdo frito y coles de bruselas. Al ver los buzones recordó a Michael Renzler y todas las cartas llenas de locuras que le

esperaban.

Cuando llegó a su apartamento tiró las maletas en el recibidor y fue directo a los muebles de la cocina. La luz roja del contestador no dejaba de parpadear, no había mensajes. Esperaba que al menos Lilith le hubiese llamado. Tenía las llaves de su apartamento, podría haberle sorprendido, haberle esperado en la cama. Pero no. Le quitó la tapa a una botella de dulce ron negro y dejó que aquel jarabe le quemara la garganta.

Se llevó la botella a su habitación. La bombilla se fundió con un estallido cuando pulsó el interruptor. Decidió encender la pantalla del ordenador y se sentó a la luz de aquel resplandor ambarino mientras se masajeaba las sienes. Se quedó tranquilo por unos instantes, hasta que volvió a ver aquel salvapantallas con un mandala que se retorecía, un inoportuno recordatorio de una cuenta pendiente. Mañana se encargaría de esos matones del club Mandala. Apagó la pantalla y se tumbó en la cama.

Diez minutos después volvió a levantarse. Alguien gritaba en la calle, no decía nada concreto, pero aun así era aterrador, como si fuese una amenaza dirigida a él, como si fuese el único despierto para oírla. Echó un vistazo a través de las persianas y vio que había un hombre en el centro de la calle que gritaba hacia el cielo. Derek se apartó de la ventana.

Lenore. Recordó que no era el nombre en sí, sino la chica. Su cara. El recuerdo de su mano fría. Se encontraba a kilómetros de distancia, aunque no parecía muy lejos gracias al avión. Estaba casada.

Empezó a tener curiosidad por su marido, se preguntó si tendría guardadas algunas de las cartas de Michael Renzler. Y en caso de tenerlas, ¿mencionaban a Lenore?

Se puso a rebuscar en el armario entre pilas de cajas. Primero sacó los ejemplares que le habían sobrado de su segundo libro: *Los aliados psíquicos*. En la llamativa cubierta había unos ojos entrecerrados entre una niebla turbulenta. Había llegado a imaginarse que se los daba a pares a sus nuevos amigos de San Francisco. Pero eso no había ocurrido nunca, en la ciudad tenía socios, la editorial y su abogado. Pero aparte de Lilith no había conseguido hacer amigos, ni tampoco había dejado ninguno en Los Ángeles. Después que se publicara el libro, tenía muchas expectativas de conocer a un grupo cercano de gente que pensara como él, amigos íntimos. Pero, en lugar de eso, había conseguido la misma mierda de siempre, pero en mayor

cantidad.

En aquel lugar, todos los que escribían ese tipo de libros eran muy sinceros. Sospechaba que había alguno como él por ahí, pero era obvio que no se juntasen. No se iban a reunir para darse palmaditas en la espalda y felicitarse por haber engañado a otra generación de incautos. Si eran listos, no iban a dejar de fingir. El hecho de hacerlo tenía muchos beneficios. Pensar que él era diferente le consolaba. Algún día lo dejaría todo de lado y diría la verdad, cuando tuviera la solvencia económica necesaria para sobrevivir sin ese público en particular. Sacaría a la luz las vergüenzas del mundo del ocultismo, las estafas y los embaucadores. Recorrería el país, vendería la historia a la prensa sensacionalista y se ganaría la vida gracias a su mala fama. Tenía muchas ganas de hacerlo.

Encontró una caja atestada de cartas llenas de tonterías. La sacó de debajo de una montaña de ropa y la llevó hasta el salón, donde se sentó en el sofá para tener mejor iluminación. No se dio cuenta de su error hasta que levantó las solapas de la caja y tocó algo suave y curtido, algo que parecía querer aferrarse a él como una segunda piel.

El espasmo que le causó la repulsión se le extendió por todo el cuerpo. Apartó la mano y dio una patada a la caja, lo que le recordó la manera en que la había metido en las profundidades del armario meses antes y le hizo pensar en que ojalá hubiese tenido el valor para quemarla. Se había quedado allí dentro, esperando, oculta mientras le llamaba e instaba a rebuscar entre cajas, le escondía el auténtico motivo y le hacía pensar que era uno de sus impulsos.

Quería su atención.

—Eli —dijo. Elias Mooney. Luego recordó que aquel chico había hablado sobre el anciano e incluso se había carteadado con él.

A veces olvidaba lo pequeño que era el círculo en el que se movía. Pequeño a niveles claustrofóbicos. Y ahora los textos de los mandalas se habían vuelto reales para otros muchos y el círculo empezaba a agrandarse. Ya no eran una pesadilla privada. Se había arriesgado a presentárselos al mundo, como hijos bastardos, y ahora ellos se habían arraigado en todas direcciones para buscar un padre, como esporas fúngicas que flotan a la deriva en la brisa psíquica para afincarse y germinar por la noche en los oscuros bosques de la mente.

En la boca tenía un regusto a bilis y metálico, pero el asco por sí mismo

venció al miedo. Ahora que no servía para nada hacerlo, se arrepentía de todo. De haber sido sincero consigo mismo, nunca habría escuchado al anciano, nunca le habría animado y nunca hubiese respondido aquella primera carta. En aquella época se tenía por un cínico, pero había sido estúpido e ingenuo.

La caja volvió a llamarle la atención, primero en su mente y luego a su vista. Nunca había dejado de llamarle, pero aquella noche lo hacía aún con más ímpetu. Consiguió meter los dedos entre las solapas casi sin tocar lo que fuera que había en el interior. Luego cogió un sobre entre el dedo índice y el corazón y lo sacó con cierta nostalgia. Era la única carta que tenía de Elias Mooney. Se imaginó que Michael Renzler había recibido sobres similares, rellenos de aquella caligrafía intrincada de Eli. ¿Sería capaz de verla con los mismos ojos? ¿Con el mismo placer escéptico con el que había recibido aquella carta inesperada? Le había caído como una inspiración divina en un momento en el que estaba falto de ideas.

La carta, escrita en un papel con renglones azules arrancado de un cuaderno anillado, tenía una caligrafía complicada y elegante, y divagaba tanto que casi llegaba al punto de hacerla ilegible. Recordó que desde un primer momento había dado por sentado que estaba escrita por un anciano, ya que tenía un estilo que solo había visto en las antiguas postales, una letra que se enseñaba en las antiguas escuelas. Es algo que sintió también en aquel momento, después de todo lo que había ocurrido: que el entrar en el mundo de Eli, aunque solo fuese a través de aquella misiva, había comenzado un viaje a un reino extraño que sospechaba que podía existir al mismo tiempo que el suyo. Un mundo neurótico, paranoico y de naturaleza inestable, pero el poder y la persuasión de Eli eran tales que, en aquella época, Derek se había visto atraído hacia él más de lo que le gustaba admitir, hasta que dio por terminada la relación entre ambos. Y justo cuando había leído aquella carta por primera vez fue cuando había caído en la espiral que lo había acercado cada vez más hacia aquel anciano, hacia su locura.

*Elias Mooney
16043 Blackoak Avenue
San Diablo, California*

*Phantom Books
A/A Sr. Derek Crowe
Nueva York*

Estimado señor Crowe:

Por favor, perdone que le envíe esta carta de improviso y dé por hecho que merezco su atención. Espero que encuentre en ella razones suficientes para merecerla. ¡Lo que le ofrezco aquí es una oportunidad única!

*He sido un ávido lector y coleccionista de libros de ocultismo durante más tiempo del que usted lleva vivo. Le puedo asegurar que los he leído con una mente abierta pero crítica y que he encontrado muchísima morralla que vende como una nueva revelación. Hay que buscar con mucho esmero para encontrar las simientes de la verdad que hay ocultas entre tanta basura. Eso sí, tengo que admitir que hay autores cuyo trabajo considero íntegro, como la fallecida Dion Fortune, con quien tuve la buena «fortuna» de cartearme durante varios años antes de su muerte. Me alegro de haber descubierto sus dos excelentes obras que me han demostrado que es usted un devoto buscador de la verdad, como la señora Fortune o como yo mismo, y también un valioso amigo por correspondencia. (En la contraportada de *Los aliados psíquicos* afirma que vive usted en San Francisco, que está tan solo a un corto viaje en tren desde San Diablo, por lo que en vez de por carta, incluso podríamos hablar por teléfono. ¡O en persona!).*

Estoy seguro de que un ocultista de su importancia recibe muchas cartas de todo el mundo. Incluso yo, que no tengo libros, recibo cantidades ingentes de letras (¡y la mayoría es basura indeseable!) y cartas de gente que me conoce por mi reputación. A pesar de que no he publicado nada, se me considera una especie de autoridad en ciertos círculos. Usted mismo quizá se haya topado con mi nombre a lo largo de sus investigaciones.

Pero en el caso de que nunca haya oído hablar de «Elias Mooney», déjeme contarle un poco sobre mí.

Nací a principios del siglo xx y sufrí una deformidad congénita que me confinó a una silla de ruedas durante el resto de mi vida. Pero

no sienta pena por mí, ya que a pesar de dicho confinamiento y algún episodio ocasional de epilepsia, mi salud ha sido mejor de lo que se esperaba y he logrado llevar una vida plena y muy activa, me he casado tres veces y tenido dos hijos. (Ahora soy viudo y he decidido no casarme por cuarta vez, ya que mi vida llega a su fin. Mis enemigos creerán que me he retrasado demasiado).

Como puede imaginar, con tales restricciones, he llevado una vida dedicada a la mente, aunque no una centrada en fantasías exageradas. De muy joven, antes de que cualquier adulto pudiese obnubilar mi mente con disertaciones sobre lo que es posible y lo que no, dominé el arte de la proyección astral, con la que estoy seguro que está familiarizado. Dicha habilidad, ya que la considero una habilidad que cualquiera puede desarrollar y no un talento ni un don como nos quieren hacer creer esas viejas brujas de la revista Fate, me permitió viajar muy lejos, no solo por la Tierra, sino también por el cosmos e incluso más allá, hacia lo que solemos denominar de manera errónea y llamativa «otras dimensiones». Es por eso que antes de hablar el idioma de mi familia terrestre ya era capaz de comunicarme con más de dos docenas de civilizaciones alienígenas que son desconocidas para la ciencia moderna. Algunas de esas especies ya se han extinguido y otras aún no han conseguido presentarse. Las peculiaridades del espacio-tiempo son tales, y más complicadas de lo que Einstein o Hawking son capaces de concebir, que el cuerpo astral puede viajar al pasado y al futuro con la misma facilidad con la que deambula por el espacio.

El instinto me llevó a mantener el secreto cuando era niño. Ya se me consideraba un bicho raro por muchos de los que no pertenecían a mi familia más cercana. Pero gracias a recorrer el país con mi forma astral conocí las vidas de mis vecinos y conseguí información que no era de dominio público. En ocasiones, incluso mi familia llegaba a temerme, aunque para mí ese miedo era más doloroso y terrorífico de lo que era capaz de concebir en ese momento y solo consiguió que me volviese más introvertido aún. A una edad en la que los niños tienen la libertad de correr por los campos y escalar los árboles, yo estaba encerrado en cuartos oscuros. Mi único amigo era

mi profesora, una mujer muy amable que se preocupaba mucho por mí y a la que llegué a querer con gran ternura. Solía asistir a sus clases desde el plano astral y verla sin que me viera para aprender la lección de aquel día antes de asistir a ella. Una vez la seguí a su casa, donde la esperaba su marido, y observé actos muy íntimos con gran detalle, sin llegar a comprender demasiado y con tal ensimismamiento que sentí que mi cuerpo astral se veía absorbido por la pasión de aquella pareja como si fuese una mota de polvo que se ve arrastrada por un remolino. Me encogí hasta convertirme en poco más que una brizna de conciencia, débil como una pequeña limadura de hierro que se ve atraída por un gran imán, de igual manera que el alma incorpórea vaga entre vidas y es atraída por la Tierra y por el renacimiento. (He sentido esa misma atracción vertiginosa en el campo de batalla, lugar en el que el cuerpo astral se ve igual de atraído por la sangre fresca y la pasión que envuelve la muerte y también la del nacimiento). Quería tanto a mi profesora, con ese amor tan infantil, que casi abandoné mi cuerpo deformado para renacer como su hijo. Solo me di cuenta del grave peligro en el que me encontraba cuando el esperma penetró en el óvulo y, como un animal que ve amenazada su existencia, me abrí camino hacia la libertad y me afané por el hilo plateado para reencontrarme con mi cuerpo y pasar enfermo en cama varios días. Aquel fue un momento decisivo en mi vida. Nunca pude volver a ver a mi profesora, ya que me ponía a gritar y a llorar cuando se acercaba. Poco después dejó las clases para tener un hijo, y no la volví a ver hasta que era mucho mayor y su hijo, quien había estado a punto de ser yo mismo, ya había crecido.

He dicho que fue un momento decisivo de mi vida porque me enseñó el verdadero peligro de la verdad. No es algo sencillo de ver, ya que se trata de algo que no somos capaces de comprender y que no estamos listos para contemplar. Vi demasiado. Por suerte, ya había descubierto la existencia de esos aliados psíquicos que usted describe tan bien en su libro. Los usé para protegerme de cosas que no debería haber sabido hasta más adelante. Entendí que no era como los demás, que los objetivos, sueños y ambiciones mundanas no

significaban nada para mí. Que mi destino era muy diferente. Y que por eso debía dedicarme por completo a dominar aquellos misterios.

Sin duda, no puedo escribir muchos de ellos aquí, ya que como bien sabrá las cartas pueden ser interceptadas. Tengo buenas razones para creer que mi correo y mi teléfono están siendo vigilados por ciertas fuerzas de inestabilidad geométrica y sus agentes humanos. No pueden bloquear mis cartas a nivel físico por miedo a alertarnos de su presencia, pero sí que pueden examinar sus contenidos para encontrar mis supuestas debilidades. Como verá, vivimos en una estructura impenetrable, ya que se ha vuelto imposible que la más ínfima llama de verdad arda en secreto. Dicha llama necesita el aire como combustible, pero algunos días ni siquiera me atrevo a abrir la ventana debido a mis vecinos y a sus sospechas. Creo que vivimos días peores que los de la caza de brujas, ya que las comunidades del pasado eran pequeñas y había muchos lugares en los que trabajar en secreto y alejarse de esa red de rumores y traiciones a las que los inquisidores tenían acceso. Hoy en día, esa red se extiende por todas partes, incluso por las líneas informáticas y telefónicas, que en teoría deberían habernos liberado. Las herramientas para la vigilancia son tan ubicuas que es un hecho que estamos irradiados por ondas etéreas de sospecha y paranoia, que nos vemos forzados a relegar nuestros mensajes más sinceros a canales que, por su propia naturaleza, distorsionan y retuercen nuestras intenciones con ruido de estática, y eso sin mencionar la manipulación deliberada que el gobierno realiza de dichas ondas. Esta perversión es la causa de la guerra moderna e incluso de los malentendidos locales. Entenderá que diga que hay cosas que le puedo contar en persona, pero que no confiaría al «servicio» postal ni a una compañía telefónica, igual que hay cosas que usted no puede publicar y hacer llegar a los lectores, cosas que he deducido que da a entender con maestría y cuya ausencia define su trabajo. ¡Es usted muy astuto! Puede estar seguro de que alguno de sus lectores será capaz de descifrar los criptogramas que ha ocultado en sus textos, lo harán iniciados que han jurado usar ese conocimiento para el bien. Otros, los inmorales, no tendrán manera de ver dichas pistas por mucho que las busquen,

serán ignorantes a menos que admitan el mal que profesan y lo reviertan, para que así la verdad de la ética permee las protecciones que cubren su realidad émica.

Por favor, permíteme si divago. No suelo tener la oportunidad de contar con la empatía de un igual y me he desviado de mi intención original al escribirle esta carta.

He llevado una vida plena y fuera de lo común mientras perseguía dichos misterios; creo que sería un ejemplo excelente para otros con inclinaciones parecidas. Sé que el mundo está lleno de almas similares y que son pocos los que consiguen descubrir sus poderes latentes, y muchos de ellos han sufrido abusos desde la infancia y sido víctimas de violaciones e incestos, por lo que necesitan sanarse con urgencia. Están solos y asustados, y buscan consuelo en las drogas y en supuestos libros de ocultismo, esos que usted y yo sabemos que no son más que un compendio de estupideces y, muchas veces, mentiras muy directas que hacen más daño que las drogas a las mentes vulnerables de las pobres almas que se topan con ellos.

Por todo ello propongo un remedio para algunos de los males de este mundo. Llevo mucho tiempo pensando realizar una autobiografía que detalle los secretos más íntimos de mi sabiduría y guíe hacia ellos a las almas valientes que resuelvan seguir el camino que he iluminado. Aunque es bien cierto que no he viajado mucho en el plano físico, mi mente ha recorrido el universo y tengo experiencias muy concretas de cosas que el resto puede considerar del todo ilusorias. He experimentado cosas suficientes como para llenar un volumen muy grande, sin duda mucho más de lo que puedo llegar a escribir. Se me hace muy difícil sostener un bolígrafo. He tardado toda una semana en escribir esta pequeña carta y siento que ha acabado con mi capacidad de escribir. Se habrá dado cuenta de que la caligrafía, que llegó a ser un orgullo para mí, se deteriora a medida que pasan las páginas. Ayer tenía la mano tan dolorida que no pude escribir nada. No estaba seguro de que usted tuviese un reproductor de casetes ni de que fuese a escuchar una misiva tan inusual de alguien cuyo nombre no le dice nada.

Tenía en mente ser mucho más puntilloso a la hora de escribirle

esta carta. Quería contarle cómo conocí a mi primera esposa (¡quien vio con claridad mi cuerpo astral una tarde de estío y lo siguió hasta mi casa, donde yo yacía en cama!), pero he tenido que ser más conciso. Espero que se ponga en contacto conmigo en la dirección que se encuentra al principio de la carta y hablemos con más profundidad de todo esto, sin tanta formalidad ni tantas molestias.

Saludos afectuosos desde la Hermandad de la Verdad,

ELIAS MOONEY

—Eli —murmuró Derek—. Fuiste quien lo empezó todo. Es demasiado tarde. Ya no puedo hacer nada. Ya no puedo detenerlo.

La fatiga empezó a hacerle mella, con tanta insidia que llegaba a alterar su percepción del mundo. La estancia parecía estar menos definida e incluso borrosa por los límites de su visión, como si formara parte de un sueño. No podía creer que estuviese amaneciendo.

Maldito viejo, pensó mientras se echaba en el colchón. Me habría gustado tener una caja para las tonterías en aquel momento, habría tirado tu carta directamente. Fue por tu culpa. Por escribirme. No deberías haberme dejado acercarme a ti. Deberías haber sabido lo que iba a ocurrir si tan psíquico eras.

Cuando se durmió, soñó que abría los ojos y veía un mandala que lo seguía. Flotaba como un candelabro desvencijado, una rueda grisácea cubierta por cientos de bocas inquietas. Caía más rápido de lo que él se alejaba. Cientos de bocas que se abrían y lenguas que se agitaban para intentar darle caza.

Te conozco, pensó Derek. Estás en mi libro.

No era un gran consuelo.

8

El día había transcurrido con gran lentitud para Lenore. Tenía una clase a las once, un curso de teoría de números, y luego iba a trabajar de una a siete como camarera en el Cutting Board. Las matemáticas le mantenían la mente despierta, y el trabajo, los pies en la tierra. El resto de su vida, la parte más doméstica, era vaga y confusa, y sus límites bastante inconcretos. Nunca sabía qué hacer para llenar las horas. No se le daba bien tener tiempo libre, ya que corría el riesgo de pensar, recordar o exhumar cosas de las que era mejor olvidarse. Sobre todo, ahora que no tenía manera de quitarse de la cabeza aquellos recuerdos. No podía beber; no podía, ni debía. Sea como fuere, no debería. Incluso cuando tenía hierba, se prohibía fumarla antes de ir a clase. Quizá la disciplina que le habían inculcado se filtraba en otros aspectos de su vida. Nunca hasta entonces había tenido un horario, nunca se lo había puesto ella misma. En las casas de acogida siempre le impusieron toques de queda y normas. Necesitaba una vida estructurada, ahora era capaz de admitirlo. Pero no parecía más que una burda excusa.

Se mareó al mirarse en el espejo del baño. Tenía una costra enorme en la frente, justo en el centro. No le dolía. No tenía ni idea de cómo se la había hecho. Solo sabía que debía de haber ocurrido la noche anterior. Tal vez se había caído de la cama y tenía un ligero traumatismo. Seguro que se había golpeado con algo al caer, ya que era un buen golpe. Era normal que Michael se hubiese pasado toda la mañana mirándola antes de que ella se marchara al trabajo. ¿Por qué no le había dicho nada?

Se inclinó para mirarse bien, pero no era más que una costra blanduzca. Los capilares le habían reventado y formado sutiles filigranas rojas debajo de la rezumante pústula, como sanguijuelas enroscadas que no dejaban de retorcerse.

Cálmate, se dijo a sí misma. *No es más que una herida. No se mueve.*

Pero cuando entró en la ducha estaba mareada y notaba unas ligeras náuseas.

Encontró un gorro de lana negra y se lo ciñó hasta las cejas. Lo necesitaba de todos modos, ya que el aula, ubicada en las plantas superiores del viejo edificio de la Facultad de Matemáticas, no tenía aire acondicionado. La clase no estaba llena a rebosar; al menos, no tanto como en el curso introductorio al que había acudido durante el primer semestre. Casi todos los estudiantes eran más jóvenes que ella, o al menos lo parecían. Y, de no serlo, seguro que no tenían su estilo de vida y tal vez hasta tuviesen hijos. Frikis, empollones y chicas normales y corrientes. Siempre se sentía como una bárbara entre ellos, menos cuando iba a trabajar y se centraba en ser eficiente, y sabía a ciencia cierta que trabajaba igual de bien que los demás. Sabía que intrigaba a sus compañeros de clase, pero guardaba las distancias.

Le daba la impresión de que el libro de texto que usaban era un poco raro, y que lo había escrito el profesor con la cara llena de marcas de acné que les daba clase. En aquel momento, se dedicaba a darles una charla sobre los números primos, que representaba con imágenes que formaba con grupos de puntos. Se ponía a hacer puntos en la pizarra con la tiza, uno, dos, tres, cinco, siete, once. Los puntos formaban patrones irregulares. Realizaba un comentario sobre cada grupo y les daba sus propias peculiaridades y características, una personalidad propia. La voz del profesor era monótona, pero no la adormecía. Los dibujos fascinaban a Lenore. Trece: el profesor no pudo evitar comentar el significado histórico de aquel grupo, que se relacionaba con la mala suerte, los trece nudos del lazo de un ahorcado, que Judas fuese el décimo tercer apóstol y ese tipo de cosas. Diecisiete. Diecinueve. Veintitrés. Veintinueve. Treinta y uno. Treinta y siete. Cuarenta y uno. Cuarenta y tres.

Treinta y siete.

El profesor continuó dibujando las figuras y haciendo comentarios anodinos que hacían que el resto de la clase se riera e hiciese pequeños y furtivos chistes matemáticos. Pero la mente de Lenore se había quedado atascada en el treinta y siete.

Treinta y siete.

De improviso, un patrón circular se quedó flotando delante de sus ojos,

como la imagen persistente del *flash* de una cámara, un sol ornamentado del que sobresalían rayos. Era algo que había visto en el libro de Derek Crowe, uno de los mandalas. No le había prestado mucha atención a la forma que tenían esas cosas, al menos no de manera consciente, pero al parecer se había filtrado hasta su mente inconsciente. Se había inclinado sobre el cuaderno y tomaba apuntes mientras apuntaba con una de las orejas hacia el lugar de donde venía la voz del profesor, pero al pasar a una página en blanco vio que en ella había un mandala, que parecía estar allí como si alguien lo estuviese proyectando desde una diapositiva. Fascinada, colocó el lápiz en el centro de la rueda y empezó a trazar las líneas, asombrada por aquella ilusión óptica y maravillada por las capacidades de su memoria. *¿Ves lo lúcida que estás cuando no te metes drogas?*, se dijo a sí misma.

Realizó los trazos con presteza y deliberación. No fue consciente de si había parpadeado; en su opinión, no lo había hecho. Estaba impaciente por llegar a casa y compararlo con el del libro, encontrar aquel mandala en particular y comprobar si había conseguido que se pareciese. El lápiz no dejaba de girar y retorcerse. Le dio vueltas entre los dedos para no dejar de usar la parte afilada de la punta. El profesor estaba equivocado. El treinta y siete no era un grupo deforme de puntos. Era aquello: treinta y siete pequeños ojos que rodeaban un centro aserrado.

Fue en ese momento cuando recordó la sensación del cuchillo en la mano, el cuchillo de Michael, con el que había hendido el aire y hecho rezumar luz líquida.

Se quedó sin aliento y le dio la sensación de que no había aire a su alrededor. Empezó a ahogarse. Se le nubló la vista y recordó algo que se había dirigido hacia ella. Recordó que rodaba en el centro de una vastedad giratoria.

Lenore soltó el lápiz. Varios estudiantes la miraron, y se quedaron mirando cuando vieron que intentaba volver a cogerlo, y que temblaba un poco. Un chico de la fila de al lado terminó por agacharse, cogerlo y colocarlo de nuevo en el escritorio. Lo hizo mientras esbozaba una ligera sonrisa y luego se giró, ruborizado, cuando después de esperar unos segundos no recibió muestra alguna de agradecimiento.

Ella se puso la mano en la frente y se tocó la costra.

El mandala, incompleto, parecía quemar la página como si estuviese

molesto, como si insistiese para que lo terminara. En lugar de hacerlo, Lenore tiró el lápiz en su bolso, cerró de golpe el cuaderno y se levantó del asiento. El profesor la miró con gesto irritado. Se marchó del aula, descendió por las escaleras cuadradas en espiral de la torre central haciendo ruido con las botas pesadas y luego salió a la luz del sol, donde estaba algo más cálido. Los pinos proyectaban una sombra fría a lo largo del aparcamiento.

Mientras se dirigía a casa en el coche, empezó a ponerse más nerviosa. No dejaba de mirarse la frente en el espejo retrovisor ni de tocarse la costra. Debajo de ella tenía la piel resplandeciente y rosada, e intentó colocarse de nuevo la pústula. Pensó que se trataba de otro desvanecimiento, pero el día anterior no había consumido drogas. En realidad, había sido un día aburrido, a excepción de la charla de Derek Crowe. Aún no entendía por qué le había emocionado algo así. Durante unas horas había llegado a pensar que comprendía lo que Michael veía en todo eso del ocultismo, que había encontrado una manera de ver a través de la oscuridad que la rodeaba. Había pensado que quizás hubiese alguna manera de alcanzar el origen de sus problemas y librarse de ellos. Como si hubiese alguna manera de escapar de sus depresiones y de su adicción, no a cualquier droga, sino al olvido mismo.

Aquel día se sentía una estúpida.

Y la noche anterior había cometido una imbecilidad.

Así aprendería a no bajar la guardia. Siempre aprendía ese tipo de cosas de la manera más difícil.

El Cutlass no había dejado de botar y protestar cuando llegó delante de la casa. Se trataba del único coche que había visto que era capaz de recalentarse a tan baja temperatura. Lo dejó en la entrada para coches, y desde ahí oyó la música de Tucker. El estéreo nunca dejaba de sonar. Miró el reloj de pulsera y vio que aún le quedaba mucho tiempo para empezar a trabajar, aunque ya había pensado en llamar para decir que se había puesto enferma. Se sentía enferma.

Llegó a la cocina, ansiosa por colocarse con algo, con lo que fuera. Sacó un bote de plástico de la parte superior de un mueble, le quitó la tapa y descubrió que no quedaba nada de la hierba de la cosecha del verano pasado.

Entendía el hecho de perder el sentido cuando bebía, pero hacerlo sin razón era algo muy diferente. Eso le sugería algún tipo de problema físico o químico, daño cerebral. Quizás un tumor. Algún efecto a largo plazo de las

drogas de diseño que había probado en Nueva York. Una bazofia que nadie había probado.

Olió el incienso del templo de Michael. Un aroma que estuvo a punto de darle arcadas y que le hizo recordar. Volvió a verse a sí misma tallando el mandala en el aire. Y también algo más, una impresión de algo enorme que estaba con ellos en la estancia.

Volvió al recibidor, abrió la puerta de la biblioteca y se detuvo. De improviso se sintió mareada, como si estuviese drogada. Unas ilusiones ópticas revoloteaban por la oscuridad y se retorcían y estiraban como las frondas de un helecho espectral. Cerró los ojos. ¿Era un recuerdo o algo parecido? ¿Le había dado Michael alguna especie de droga ritual sin darse ella cuenta? ¿Peyote, tal vez?

Fue un pensamiento que rechazó incluso antes de terminar de formularlo. No era posible. Michael era incapaz de sustentar sus malos hábitos. Ya había dejado de repetirle que dejase a un lado todos los placeres que le gustaban, todo lo que él llamaba vicios, pero aún era un puritano que se vestía de cuero negro. A juzgar por la manera en la que la hostigaba para que dejara incluso las drogas más inocuas, parecía que se hubiera convertido al cristianismo. Y después practicaba eso de la magia y de la brujería. ¡Y había gente que pensaba que esas cosas eran peores que las drogas!

Qué fácil era plantearlo todo en términos religiosos, de blanco o negro. Michael era tan malo como los baptistas, que iban de puerta en puerta intentando convertir a la gente. No tenía ni idea de lo complicado que podía ser el mundo, de cómo todo podía verse influenciado por una infinidad de asuntos que creaban enormes zonas grises que no se podían disipar con velas, cruces o cuchillos rituales. La vida carecía de simetría, no era tan sencilla como para reducirla al bien y al mal. Estaba claro que Michael sabía muchas cosas, cosas intelectuales y estupideces sacadas de los libros. Pero la lógica y el sentido común no formaban parte de sus virtudes. En aquel momento estaba ausente, en algún lugar de otra dimensión mientras se dedicaba a recorrer el mundo astral. A pesar de todos sus conocimientos sobre el ocultismo y su cháchara filosófica sobre que la esencia de la vida era el sufrimiento, no tenía ni puta idea sobre el dolor. Nunca había tenido que sufrir tanto como ella. Nunca había sufrido el tipo de abusos a los que ella estaba acostumbrada. La señora Renzler era una borracha, pero no era

violenta. A él no lo habían apartado de unos padres que no era capaz de recordar ni enviado a una infinidad de casas de acogida, mientras pasaba de un tutor a otro. Lenore no creía que la vida de Michael hubiese sido tan mala. En ocasiones discutían e intentaban demostrarse quién había sufrido más. La madre de Michael había tenido tres maridos y lo había arrastrado por muchos lugares durante su infancia: de Miami a Búfalo, a Athens, a Washington, D. C. Trabajaba de forma esporádica en cárceles y penitenciarías, y tendía a enamorarse de los reclusos, aunque no de los violentos. De timadores y ladrones de poca monta que no le habían hecho ni caso a Michael. Su madre se casaba con criminales, muy bien: todo el mundo tiene problemas. Lenore deseaba que su infancia hubiera sido la mitad de tranquila.

—Que nunca me hayan pegado ni perdido un bebé no significa que no haya pasado mal —había dicho él—. La mierda por la que he pasado es muy dura para un chico, son cosas que una mujer no puede llegar a comprender.

Quizá. Solo quizá. Pero Lenore lo dudaba.

Lo más irónico era que los habitantes de Cindertón pensaban que Michael era el más atormentado de la pareja. Para ellos, tenía aspecto peligroso, era el típico chico que había tenido una vida dura, solo porque vestía de una manera similar a las gentes de las calles de las ciudades y porque vivía en una casa en cuyo piso superior había una especie de motero. En aquel lugar no costaba demasiado salirse de la norma. Pero era aún peor cuando salían del pueblo para ir al quinto pino. Cindertón toleraba parte de aquel extraño comportamiento debido a la presencia del campus, que llenaba el pueblo de estudiantes raritos. Más allá del pueblo, podía pasar cualquier cosa.

Entró en la estancia, como si aquello le fuese a ayudar a recordar lo que había pasado la noche anterior.

Se acercó al altar y vio que el cuchillo de Michael brillaba pese a estar cubierto por su sombra. Se acercó aún más y vio que la punta estaba rota y a un lado. ¿Cómo había podido ocurrir? Michael solía tener mucho cuidado con sus cosas.

Abrió el ajado ejemplar de *Los ritos mandala* que había junto al cuchillo y tiró a un lado la varita de madera que tenía encima. El palo resonó un poco al caer al suelo; pero, antes de agacharse para recogerlo, Lenore vio temblar el mandala negro en la página.

Salió corriendo hasta el recibidor con una mano en la boca y consiguió

llegar hasta el baño antes de vomitar.

Se quedó allí unos minutos hasta que se le pasó, luego abrió el grifo y se llevó agua a la boca. Sorbió, escupió y luego se tiró agua a la cara y extendió la mano para coger la toalla.

Mientras se secaba, miró el espejo. La sorpresa hizo que se le cayera la toalla, y después acercó la cara al cristal.

La costra le colgaba de un hilillo de piel. La arrancó y la tiró al lavamanos. La piel de debajo era brillante como una golosina, a excepción del dibujo intrincado de las venas reventadas, que tenía cierto parecido a un chupetón. Se la tocó con una toallita húmeda. Los capilares tenían un aspecto extraño y aún le supuraban. Le dolían los ojos de tenerlos cruzados, pero acercó la cara aún más y se contempló sin creer lo que veía.

Unas líneas finas que parecían los radios de una rueda, unos pequeños puntos que parecían... que parecían ojos. Era un mandala. El mismo que había dibujado por la mañana, o uno muy parecido. El mandala 37, detallado a un nivel espectacular. Se parecía más a una fotografía con mucho contraste que a un tatuaje. Cuanto más fijo lo miraba, más claro lo veía. Podía distinguir la textura de los radios, el brillo de los dientes de la boca central y todos aquellos ojos húmedos que parecían mirarla.

¿Dientes, boca, ojos?

¿Cómo estaba tan segura de lo que veía?

Miró con tal fijeza que le dio la impresión de que la imagen cambiaba. En aquel espejo viejo, manchado y mal argentado, la imagen empezaba a retorcerse y vacilar. Los pequeños miembros de la cosa ondulaban, y los dientes empezaban a separarse para revelar un punto central lleno de oscuridad del que no podía apartar la vista y que cada vez se hacía más profundo, se retorcía y la absorbía como el agua que caía olvidada por el lavamanos.

9

Además de las secciones de misterio, ciencia ficción, *western* y rompecabezas, Michael también estaba a cargo de las de religión y metafísica de Beagle Books, que se encontraba en el centro de Cinderton. Varias veces a la semana, Michael recorría las estanterías con la lista de inventario para comprobar la historia y el estado actual de la espiritualidad humana basándose en los títulos que se publicaban y en los ejemplares que quedaban a la venta. Los había de Charles Fort, Paul Tillich, san Agustín, el dalái lama, L. Ron Hubbard y Erich von Däniken. Los libros más excéntricos tenían una estantería propia frente a las de ficción. La hilera estaba llena a rebosar de obras sobre sueños lúcidos e interpretaciones oníricas, platillos volantes y el triángulo de las Bermudas, proyecciones astrales, clarividencia, el poder de los cristales, sanación y visualización. Había volúmenes de brujería escritos por Cotton Mather, Sybil Leek y Starhawk, y también una colección completa de tratados kahuna de Max Freedom y las invenciones alucinatorias y herméticas de Franz Bardon. Daba igual las veces que recorriese la sección (y hacer inventario era una buena excusa para echar un ojo a más libros de los que podría poseer jamás), pero siempre encontraba algo que hacía que se pusiese a especular como un loco. Los cinco grandes cultos convencionales y aceptados por la sociedad (el islamismo, el cristianismo, el judaísmo, el budismo y el hinduismo) tenían una pared completa al final de la librería, justo al lado de la sección de metafísica, y separada de sus primos atolondrados de la pequeña sección de ciencia ficción. Recorrió con serena meticulosidad la sección de religión, que no era más que un simple catálogo de herejes y apologetas. El dogma no le interesaba. A veces abría una copia de un ejemplar de san Ignacio de Loyola para comprobar cómo funcionaban las visualizaciones y si había alguna técnica que pudiese usar o pasaba las

páginas de Thomas Merton para intentar descubrir por qué Chögyam Trungpa lo había empujado a una piscina, y también hacía tiempo que había pasado a Blake y a Swedenborg a la sección de metafísica, ya que creía que se sentirían más cómodos entre iguales.

Estaba orgulloso de la sección de metafísica, aunque sin duda tenía huecos que siempre le frustraban, ejemplares que consideraba cruciales para cualquier colección de libros de ocultismo, pero que estaban descatalogados o eran imposible de conseguir en las distribuidoras que estaba autorizado a usar. *La gallina negra*, por ejemplo. Solo podía encontrarse impreso en un panfleto barato que se parecía más a un compendio de hechizos amorosos y maleficios, que a decir verdad era lo que más atraía el interés de la gente hacia el ocultismo. Por no hablar del ejemplar de *A True & Faithful Relation of What Passed for Many Yeers Between Dr. John Dee (A Mathematician of Great Fame in Q. ELIZ. and King JAMES their Reignes) and Some Spirits: Tending (had it Succeeded) To a General Alteration of most STATES and KINGDOMES in the World!*

Había pedido otros seis ejemplares de *Los ritos mandala* con la idea de que se venderían bien después de la charla de Crowe, y esa mañana los había colocado en el escaparate delantero. Habría sido genial conseguir que Crowe estuviese allí para firmarlos, pero era de esperar que el ocultista no se quedase en Cindertón ni por negocios ni por placer. Cuando Michael terminó el inventario y se puso en la caja a mediodía, ya se habían vendido dos copias. Mientras cogía una pila de revistas, vio por el rabillo del ojo a una mujer grande que estaba en pie junto al escaparate de los mandalas. Cuando se giró para mirarla directamente, vio que se trataba de Cerridwen Dunsinane.

—¿Qué tal, Cerridwen? —saludó—. Se están vendiendo bien después de lo de anoche. La charla estuvo genial, ¿no te parece?

La mirada que le dedicó la mujer fue sorprendente, por llamarla de alguna manera. Ponzoñosa. Llena de rabia. Cogió un ejemplar de *Los ritos mandala*.

—Me dan ganas de hacerlo trizas y dárselo de comer a mi pitón —dijo—. He pensado más de una vez en comprar uno para disfrutar haciéndolo picadillo, pero no me da la gana de regalarle el seis por ciento a ese gilipollas. Y tampoco quiero que mi serpiente se ponga enferma.

—¿Quién?

Tiró el libro bocabajo contra el mostrador.

—Derek Crowe.

—¿Qué? Estarás de broma.

—Ese tipo es un farsante. Es basura. Nunca he conocido a nadie peor. Y pensar que lo ayudé con esa pantomima...

Michael negó con la cabeza.

—¿Un farsante? —Recordó lo que había ocurrido con Lenore la noche anterior y el poder que había sido capaz de invocar con el libro de Crowe. Había sido magia de verdad, más intensa de lo que jamás hubiera experimentado, incontestable y, ahora que lo pensaba mejor, terrorífica—. No sé qué decir. Tengo razones para pensar que está metido en algo interesante.

—Claro que está metido en algo interesante, pero no es lo que todo el mundo cree. Ha amenazado con demandar a la Hermandad.

Otro cliente se acercó con un par de libros de bolsillo, y Michael le cobró sin hacerle mucho caso.

—¿Demandaros? ¿Por qué?

—Por unos dólares que se supone que iba a donar a beneficencia.

—Eso no suena muy espiritual.

—¿Espiritual? Ese hombre es el mal. Yo que tú, purificaría esos libros con un poco de sal y agua, un toque de incienso y mucho fuego. De ese cabronazo no puede salir nada bueno.

Michael decidió no mencionar que había llevado en el coche a Crowe.

Después de descargar su rabia, Cerridwen cogió tres ejemplares de otro libro y los colocó sobre el mostrador.

—No he podido evitar fijarme en que estos estaban de saldo —dijo, con voz más relajada.

—Pues sí, lo siento. Yo no lo he decidido así.

Eran copias de su libro, *Urdimbre de luz de luna*, polvorientos y con esa triste pegatina que anunciaba ¡FIRMADO POR LA AUTORA! y que siempre le recordaba a las estrellas que se les daban a los más listos de primaria. Michael había convencido a su jefe para que le comprara los libros directamente a Cerridwen, ya que la editorial era pequeña y la tirada había sido modesta. Había vendido unos ejemplares a los amigos de la mujer durante las primeras semanas, pero ahí se acabó todo. Él no lo había leído. Cerridwen era la representante local del neopaganismo y patrocinadora

frecuente de algunas tiendas del centro del pueblo, como Wymmym's Mysteries y Smoky Mountain Magick. Cuando hacia mejor tiempo, echaba las cartas del tarot a los amigos (o cobraba cinco dólares) en las mesas exteriores del Cutting Board, para lo que usaba las cartas redondeadas y grandes del tarot Madre Paz o, a veces, el tarot Voyager. (Michael solo usaba el mazo Thoth, a pesar de sus obvias deficiencias).

Sintió pena por ella, por lo que después de comprobar que nadie le miraba, pasó los libros por el desimantador y los metió en una bolsa sin pasarlos por caja.

—¿Por qué no te los llevas y ya está? —susurró—. Gratis.

La mujer puso cara de sorpresa.

—¿De verdad?

—Son tuyos igual. Siento de veras que no hayan funcionado mejor.

—Bueno, ahora ya sé lo que se vende. La mierda.

En ese momento, un adolescente alto que llevaba un pentáculo plateado y una parka harapienta se acercó a ellos y soltó un ejemplar de *Los ritos mandala* en el mostrador.

—¿Oísteis a este tío anoche? ¡Qué entusiasmo! Eh, ¡me acuerdo de ti! ¡Tú eres quien lo llevó en esa pasada de Escarabajo que tienes!

Michael se encogió un poco y le sonrió con timidez a Cerridwen. La mirada amistosa de la mujer había desaparecido. Se acercó la bolsa al pecho y se dirigió hacia la puerta. Michael pasó el libro del chico por caja.

Después del trabajo, se suponía que Michael tenía que ir a hacerle la compra a su madre, a quien se le había roto el coche. Lo había llamado por la mañana para pasarle la lista, y él había perdido el tiempo del descanso mientras esperaba a que la mujer se decidiera a decirle lo que quería. A las once de la mañana ya estaba borracha, y Michael no quería ni saber cómo estaría cuando él llegara con la comida. Decidió pasar a ver cómo le iba a Lenore en el trabajo.

Las calles empinadas del centro de Cinderton estaban rodeadas por hileras de destartados edificios de ladrillo, la mayoría de ellos abandonados o poco habitados, a excepción de unas pocas manzanas que estaban algo más animadas gracias a tiendas de ropa, galerías de arte y tiendas new age en las que se vendían cristales y hierbas. Lenore no aguantaba ese tipo de sitios,

pero para Michael eran como un oasis entre todos aquellos pueblerinos. Dejó el coche donde lo tenía aparcado, se metió bajo el brazo el último número de la revista *Gnosis*, «Farsantes y faquires», y luego bajó por una pendiente y subió otra hasta llegar al Cutting Board.

No vio a Lenore en el mostrador de la panadería. Metió la cabeza en el comedor, que estaba lleno de estudiantes, viejos jipis y refugiados yanquis que bebían café, leían o escribían en sus cuadernos. Tampoco estaba en caja. Antes de que Michael llegara a la cocina, un hombre de barba canosa y con coleta salió a través de las puertas batientes.

—¿Qué tal, Mike? —Era Cal, el jefe de Lenore—. ¿Dónde está tu parienta?

Michael se detuvo.

—¿No ha venido?

—No. Tampoco ha llamado para decir que está enferma. He intentado llamar a tu casa, pero el teléfono está comunicando todo el tiempo.

—Qué raro —dijo Michael.

—Dile que no me vuelva a hacer esto, ¿vale? Ya tenemos a una chica menos. Si me avisa me las puedo apañar, pero si no...

Michael estuvo a punto de decir que Lenore no estaba enferma, pero luego se dio cuenta de que no lo sabía a ciencia cierta. Aún no había hablado con ella. Quizá sí que se sentía indispuesta.

—Echaré un vistazo por el camino, por si se le ha roto el coche —dijo—. Nos está dando algún que otro problema.

Cal lo miró con gesto desesperado.

—Supongo que no querrás un trabajo, ¿no?

Cal le dejó usar el teléfono para tratar de comunicarse nuevamente con Lenore. Si estaba en casa, no lo cogía. Supuso que se habría quedado hasta tarde en clase para trabajar en la biblioteca. Lenore siempre tenía alguna razón para hacer las cosas, y seguro que no le iba a gustar que Michael hubiese hablado con su jefe. Quizás hasta se estuviese vengando de Cal. No podía permitirse perder el trabajo, pero tampoco iba a dejar que Michael le echara un sermón sobre sus responsabilidades. Reorganizó sus prioridades de menos a más desagradables, y decidió ir a hacerle la compra a su madre antes de enfrentarse a Lenore.

Cuando entró por la puerta trasera de la casa de su madre con una bolsa de la compra colgada de cada brazo, la televisión estaba a todo volumen en la cocina. La mujer estaba junto al fregadero y echaba un poco de vodka en un vaso de zumo de pomelo. Había otra televisión encendida en el salón, y vio que Earl tenía los pies levantados en el reposapiés.

—¿Adónde fuiste anoche? —le preguntó su madre.

Michael soltó las bolsas en la mesa. La mujer empezó a rebuscar en ellas para comprobar si se había olvidado de algo.

—Salimos —respondió él.

—¿Y qué se supone que habría hecho en caso de emergencia? ¿Ahora sales y no me dices adónde vas? ¿Cómo se supone que me pondría en contacto contigo? ¿Me vas a obligar a pedirle a ese vecino tuyo que me eche una mano?

Michael empezó a guardar latas en los armarios.

—Salimos y ya está. ¿Quieres que te avise cada vez que salgo de casa o qué? ¿Y Earl, qué? ¿Por qué no te ayuda él?

—Deja en paz a Earl. Le han embargado el coche. Está decaído.

Se oyó una risa estruendosa que venía del salón y que no tenía por qué contradecir lo que su madre acababa de comentar. Michael oyó la música de algún concurso de televisión. Earl era un tipo con muchos cambios de humor y nunca les había contado lo que lo había llevado a la prisión estatal de las afueras de Cinderton en la que su madre lo había conocido. Su madre afirmaba que a ella la habían «echado» poco después de que lo soltaran a él, y que desde entonces Earl había sido poco más que un mueble. Al menos no se habían casado. Ese era el nivel de control que la mujer tenía de su vida.

—Estoy seguro de que alguno de tus vecinos podría ayudarte.

—¿Los vecinos? ¿Estás loco? No me soportan. Tengo suerte que no hayan plantado cruces ardientes en el jardín.

—Pensé que te gustaba vivir aquí.

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Es lo que me puedo permitir. No puedo vivir donde me apetezca, ¿verdad? Ya me dirás como, con el sueldo que tengo.

—¿Qué le ha pasado al coche?

—Earl dice que es la batería. Era mecánico, ¿sabes?

—¿Y ha tardado una semana en descubrir que necesitas una batería?

—No tiene sus herramientas, Mike. He dicho que lo dejes en paz.

Michael guardó unas verduras en la nevera.

—Bueno, si es la batería, te compro una nueva y ya está.

—¿Lo harías? Eso sería maravilloso. —Le quitó una tarrina de helado de las manos antes de que pudiese abrir el congelador. Luego Michael empezó a poner las latas de cerveza en la nevera, pero su madre le dijo—: Deja una fuera.

Michael miró el reloj que había encima de los fogones.

—Tengo que volver a casa. Esta noche me toca preparar la cena.

—¿Y mi batería?

—Sears abre hasta tarde. Te la traeré por la mañana antes de ir a trabajar.

—¿Podrías traerla esta noche, Mikey? Me siento un poco sola.

—Aun así, tampoco deberías conducir.

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay pastelitos?

Earl se levantó un poco del sillón para mirar por el pasillo hacia la cocina. Siempre se vestía como un banquero zarrapastroso que acabara de llegar a casa del trabajo: camisa con el cuello abierto y la corbata suelta. Si venía algún asistente social u oficial de libertad condicional, estaba preparado para decirles que estaba a punto de salir o que acababa de volver de una entrevista de trabajo.

—Anda, Mikey, ¿qué tal? ¿Eso que he oído ha sido una lata?

—Ya va —dijo su madre.

—¿Te quedas a cenar, hijo? No te vemos mucho. ¿Dónde está tu bella mujercita?

—Tengo que irme —susurró Michael mientras se dirigía hacia la puerta.

—Michael, no me creo que...

Salió por la puerta trasera mientras su madre seguía hablando.

Al pasar por el instituto mientras iba de camino a casa, se relajó un poco. En ocasiones, entre los viejos edificios de ladrillo cubiertos de enredaderas congeladas se veían chicos vestidos de cuero negro que llevaban el pelo teñido o una cresta. No eran muchos, pero al menos los suficientes para asegurarse que ni Lenore ni él eran los únicos, así que vivían en Cinderton y

que habían sobrevivido a la década anterior. Recorrió las calles llenas de hileras de árboles antiguos de troncos gruesos, desnudos y marchitos como columnas de cemento escamoso. Las gotas no dejaban de rebotar contra el parabrisas, grandes debido al agua que se acumulaba entre las ramas. El cielo estaba encapotado. Se acercaba una tormenta; llevaba así días, pero nunca terminaba de descargar del todo. Frenó un poco para observar a una chica que bajaba por las escaleras del consejo de estudiantes, con pelo negro y largo y pintura de labios reluciente. Levantó la vista como si se hubiese dado cuenta de que le miraba, y Michael aceleró, se sintió culpable y se obligó a pensar en Lenore.

La noche anterior se había puesto muy rara. No conocía a nadie capaz de llegar a ponerse así. Justo cuando empezaba a pensar que al fin la entendía, se sacaba algo de la manga. Se habían conocido hacía cuatro años: aquello era mucho tiempo. Michael nunca había hecho nada durante cuatro años seguidos, ni siquiera vivir en la misma ciudad. Supuso que Lenore era lo más cerca que iba a estar jamás de encontrar a su mujer ideal, que eran esas empollonas con jerséis grandes o modelos de barras de labios con libros debajo de los brazos... A saber qué pensarían ese tipo de chicas al ver su altar. Seguro que saldrían corriendo entre gritos a pesar de que no corrían peligro alguno. Él no practicaba la magia negra. Tampoco creía en el concepto del mal. Eso era una estupidez de los cristianos, algo que los sacerdotes usaban para mantener a raya a la gente y crear normas para que los demás no pensarán por sí mismos. Michael creía que, en esencia, el universo era neutral y que recibías de él justo lo que aportabas. Sus prácticas mágicas habían surgido a partir de un anhelo sincero que el cristianismo, el budismo y el judaísmo no eran capaces de satisfacer, debido al dogma escrito y a las jerarquías de monjes, papas y rabinos en los que se basaban dichas religiones. No iba a quedar satisfecho hasta que llegara a comprender por sí mismo el cosmos y a sentirlo en cada átomo de su cuerpo.

No tenía claro si el comportamiento de Lenore la noche anterior lo había asustado. Ahora le parecía milagroso el hecho de que hubiese podido recitar algo que nunca había leído. No había nada en los mandalas ni en el comportamiento de la mujer que implicara una amenaza en ese universo neutral en el que él creía.

Aun así...

Cuando recordó el cuchillo vibrando en la pared y enterrado a tanta profundidad que se le había roto la punta al sacarlo, sí que sintió un poco de miedo.

Tal vez en el fondo supiera que, si Lenore se metía en el mundo de la magia, no lo haría con medias tintas. Cuando se proponía algo, lo hacía hasta el final. Literalmente. Michael tardaría en acostumbrarse, eso sí. Y también tenía que esforzarse por olvidar esa envidia inesperada. Le parecía injusto que su primer esfuerzo espontáneo hubiese dado resultados mucho mejores que el ritual que Michael había practicado más. Él tenía interés y comprendía la disciplina... pero ¡a Lenore se le daba bien!

El coche estaba aparcado delante de la casa. Quizá sí que estuviese enferma, después de todo. La noche anterior, después del ritual, la había ayudado a levantarse del suelo. Luego se había ido a la cama sin decir una palabra, como si estuviera drogada.

Drogada... Eso también explicaría su estado de ánimo. De hecho, explicaría muchas cosas. ¿Y si le había comprado o pedido algo a Tucker para colocarse y aguantar la aburrida charla?

Se suponía que Lenore tenía que decirle cuándo planeaba meterse algo más fuerte que un canuto. No podía prohibirle consumir drogas, pero al menos sí que podía prepararse para las consecuencias. El Día de Acción de Gracias del año anterior había ido a cenar pavo a casa de la madre de Michael. En medio de la comida, Lenore había empezado a hiperventilar, se había caído de la silla y quedado bocabajo en el suelo. Su madre estaba borracha como una cuba y, aunque había empezado a gritar y a darle con el pie a Lenore para apartarla de la alfombra, al día siguiente no se acordaba de nada. Michael se asustó tanto que estuvo a punto de llamar al hospital, pero cuando Lenore se había puesto a balbucear sandeces se dio cuenta de que alucinaba. La llevó hasta el coche con la ayuda de Earl, quien no pudo evitar hacer algún comentario taimado para afirmar que tenía que ser más adulta y tener algo más de autocontrol, todo mientras la señora Renzler deambulaba por el porche y agitaba el cucharón de la salsa. Cuando Lenore recuperó la compostura, le confesó que se había comido una docena de setas alucinógenas por miedo a la noche que iba a pasar con la madre de Michael. La obligó a prometerle que a partir de ese momento siempre lo avisaría con tiempo antes de hacer algo de ese estilo.

Pero ella nunca iba a admitir que había roto aquel trato. Oyó el agua corriendo en el baño. La puerta estaba entreabierta, y Lenore estaba dentro, con las manos apoyadas en el lavabo y mirando hacia el espejo.

—¿Lenore? —llamó.

Movió la cabeza de improviso hacia él y parpadeó.

—¿Eh? ¿Qué haces en casa?

—¿Yo? Acabo de salir del trabajo. Pero ¿tú?

Miró hacia el lavabo y cerró el grifo.

—Yo... vine a casa a comer. Supongo que me tengo que dar prisa para llegar al trabajo.

—Lenore... —Michael se quedó quieto un instante, sin saber muy bien por qué la mujer había dicho eso—. Son casi las cinco. —Lenore se lo quedó mirando como si fuese un idiota—. Vale, sí.

Lo empujó para salir del baño, atravesó el recibidor y llegó al dormitorio. Salió de la habitación peinándose y con otro suéter puesto. Tenía la costra de sangre de la frente negra y reciente.

—Hoy te toca hacer la cena. Te acuerdas, ¿no?

—Lenore, ¿estás loca?

—Que te den, Michael. No tengo tiempo para esto. Ya voy tarde. En serio, ¿qué hora es? —Se metió el peine en el bolsillo y abrió la puerta delantera. Se detuvo de improviso. Oscurecía. Luego miró su reloj de pulsera—. ¿Qué está pasando? —dijo mientras se giraba hacia él—. Michael, ¿qué... qué está pasando?

—Te lo acabo de decir, Lenore. Son las cinco. No has ido a trabajar. He hablado con Cal y lleva todo el día llamando. ¿Dónde has estado?

—He estado... aquí. —Echó un vistazo a su alrededor, desconcertada—. Salí antes de clase y... vine directa a casa... y luego... luego... —Se llevó las manos a la boca—. Dios, Michael, no me acuerdo. He perdido... todo el día.

—¿A qué te refieres? —Michael se acercó y cerró la puerta. Luego la sujetó por los brazos—. ¿Estás bien?

Negó un poco con la cabeza.

—No lo sé. No sé lo que ha pasado. No es...

—¿No es qué?

—La primera vez.

—Lenore —dijo con toda la entereza que le fue posible—, no te acuso de nada. Solo quiero saberlo, ¿vale? ¿Te has metido algo? Lo que sea.

—No, nada. —Se acurrucó contra él—. Michael, tengo miedo. No he hecho nada, pero me siguen... me siguen dando desvanecimientos.

Dios, pensó Michael. Lo único que ha hecho Lenore es ese... ese ritual.

En la magia vudú hay un lugar que se llama la blanca oscuridad. Los dioses, también llamados loa, bajaban y montaban a los humanos como si fuesen caballos, se metían en sus cuerpos mientras sus mentes deambulaban por un reino de características indefinidas, un mundo onírico sin atributos, un lugar que nadie recuerda cuando vuelve de él. ¿Y si a Lenore le había ocurrido algo parecido? ¿Sería un mandala que habrían invocado, no expulsado como era debido y que ahora podía meterse en el interior de Lenore a voluntad?

Era un privilegio ser un elegido de los loa, espíritus ancestrales y cambiantes de una inteligencia vivaz y terrorífica. Papa Legba, Ersulie Freida o el Barón Samedi usaban sus «monturas» humanas para beber ron, comer enormes cantidades de pimientos picantes e incluso hojillas y cristales rotos, todo ello sin sufrir daño alguno.

Pero los mandalas eran sin excepción seres benevolentes, fieles a la evolución del espíritu humano. No había en ellos nada tenebroso ni remotamente aterrador.

Pero ahora era Lenore la que le asustaba. Y fuera lo que fuese lo que había entrado en el templo la noche anterior, no le había parecido un espíritu alegre ni entrañable.

No podía estar seguro, claro. Los mandalas eran nuevas entidades. Derek Crowe era la única autoridad que tenía conocimiento sobre su naturaleza y comportamiento. No había nadie más a quien, llegado el caso, pudiera pedirle consejo.

Esperó que no llegara a hacer falta.

—Está bien —dijo—. Seguramente tengas un virus. —No tenía sentido explicarle sus teorías de los loa, y tampoco quería que se asustara por su culpa. Se limitaría a observar—. ¿Por qué no te metes en la cama y dejas que te tome la temperatura?

—De acuerdo.

Con la cabeza gacha y aspecto frágil y enjuto, cruzó a toda prisa el recibidor para dirigirse hacia el dormitorio. Michael no le quitó el brazo de encima y la ayudó a sacarse la ropa, meterse en la cama y taparse. Fue a buscar el termómetro y se lo colocó debajo de la lengua a Lenore.

—Gracias, Michael —murmuró, pálida y vulnerable, entre las almohadas. Él se sintió preocupado, como si cuidase de un niño.

Se marchó unos minutos, volvió a su templo, cogió *Los ritos mandala* y hojeó la amplia exégesis de Crowe para buscar algo que le informara sobre lo que acababan de vivir. No sacó nada de aquel texto.

Yo tengo la culpa, pensó. La he cagado a lo grande. Otra vez. No lo he hecho bien. ¿Cómo va a ayudarme Crowe si ni siquiera he seguido sus instrucciones? No sé a ciencia cierta qué hice anoche, se nos fue demasiado de las manos.

Debería haber insistido para hacerlo todo a mi manera y no haber dejado participar a Lenore en caso de que no quisiese cooperar.

Ahora mi mujer está mal por mi culpa.

Quizá. Quizá.

Vale, bien. Quizá solo esté enferma de verdad.

Eso, que no te dé un ataque de pánico. ¿Qué diría Elías? Busca primero una explicación racional. La ciencia es una de las grandes fuerzas de este mundo, y por una buena razón: funciona.

Probemos con la ciencia y veamos qué conseguimos.

Volvió con Lenore. Tenía los ojos entrecerrados y parecía más calmada. Le dedicó una sonrisa soñolienta a Michael mientras le sacaba el termómetro de la boca.

—¿Qué tal?

Giró la varita de cristal hasta que consiguió ver la delgada línea de mercurio. Tenía los números en grados Celsius en lugar de Fahrenheit, algo que siempre le creaba confusión, pero había una línea roja que marcaba la temperatura humana normal, y la de Lenore no la superaba.

—Estás bien —afirmó—. Treinta y siete, es lo normal.

10

Derek Crowe estaba junto a la pizarra, vestido con una camisa blanca y unos pantalones anchos. Del bolsillo de su camisa sobresalía un bolígrafo, y tenía una tiza en la mano. Lenore estaba sola con él en un aula tempestuosa, con el cuaderno abierto por una página en blanco. Derek había dibujado un anillo de puntos en la pizarra, treinta y siete puntos dispuestos para formar un mandala, como treinta y siete ojos que no dejaban de mirarla. Y ahora, uno a uno, contándolos en alto como había hecho antes, empezó a borrarlos.

—Treinta y siete... treinta y seis... treinta y cinco...

El aula se oscureció, y Lenore descubrió que se encontraba en las escaleras espirales cuadradas del edificio de matemáticas y que las bajaba de espaldas. La voz de Crowe descendía con ella hacia las tinieblas.

—Veintisiete... veintiséis... veinticinco...

La carne se separó del cuerpo de Lenore, como si las líneas de energía de su interior mudaran las excrecencias exteriores, lo que la dejó flotando con el aspecto de un esqueleto de líneas desnudas en un reino diamantino y rodeada por una neblina anaranjada. La niebla iluminada se coagulaba para formar bultos de materia multicolor, un sedimento astral caótico y revuelto a su alrededor. Vio pequeñas partes de su pasado, escenas y caras arremolinadas en forma coloidal. Antiguas agonías que resurgían para atormentarla. Escenas de su vida que luchaban para abrirse camino, sin propósito alguno, pero que por primera vez no eran capaces de superarla.

—Trece... doce... once...

Había caído bajo una nueva influencia, un principio organizativo, algo más poderoso que los clamores de su ego. Como si estuviesen imantados, los fragmentos de su conciencia empezaron a enfilarse por las líneas de energía

interiores y la llevaron hacia el centro de algo que no era capaz de comprender.

—Tres... dos... uno...

Llegó hasta el comienzo de su vida... pero el centro estaba más hacia el interior.

Dejó atrás sus recuerdos físicos y se abalanzó como un cometa hacia un vacío tan impenetrable como la inconciencia. Allí había algo, algo que había perdido, que anhelaba ser rescatado. Extendió la mano hacia ella y tiró sin mirar; pero, fuese lo que lo fuese, no consiguió verlo.

Aún no había avanzado lo suficiente.

—Cero.

Sintió que, si llegaba al centro, podría salir de nuevo y cambiar. Que estaría entera. Que su verdadera naturaleza había esperado pacientemente para nacer. Fuerte y pura, con un brillo intenso e intrépida, algo que había existido antes que su cuerpo, antes que ninguna otra cosa.

Pero ahora tenía cuerpo.

—Ahora, despierta...

Se encontró a sí misma por fuera de la puerta del templo de Michael. La casa era del todo nueva. Las paredes y el techo eran de un color negro y puro. Inmaculado, esencial. El mundo en el que había transcurrido toda su vida le parecía ahora superficial e incompleto, un error de la imaginación. Aquel otro mundo dominante le recordó que el olvido era su verdadera naturaleza. Le hizo pensar en la innumerable cantidad de eras que había tenido el universo antes de su llegada y después de que se marchara de él. Era como un pequeño quiste de vacío que se encontraba acomodado en medio de toda aquella amplitud. Inútil a menos que algo mayor le encontrase un uso.

Y era eso lo que había ocurrido.

Bajó rotando despacio y con decisión, como un enorme ventilador de techo negro y dotado de conciencia rezumante de un hedor que Lenore casi podía paladear. Resplandeció como un líquido negro y oscuro, como si lo acabasen de consagrar. Exudaba zarcillos que parecían gotas de sangre coagulada y que caían sobre ella.

No le tenía miedo a la sangre. La sangre era portadora de miles de placeres. ¿Cuántas veces habría visto su sangre subiendo por una jeringuilla y contemplado aquel líquido carmesí, sorprendida por su belleza y su utilidad?

Tampoco le tenía miedo a las agujas, por razones similares, aunque nunca había visto tal cantidad de ellas, parecidas a tentáculos, que se retraían para dejar al descubierto sus puntas inquisidoras. Una parte primitiva de su cerebro, muy anclada a los errores y los temores de la carne, envió un espasmo momentáneo a través de sus músculos, un arrebató de pánico animal, como si no hubiera manera de escapar de aquella rueda negra.

Pero el aleteo de sus nervios era demasiado lento y los iones se movían a través de sus membranas neuronales con una apatía lacerante; esa otra cosa ya se había anticipado a ellos y llenado aquel espacio con su propia inmensidad. Luego, los millones o más de aquellas puntas estrechas y flexibles le perforaron el alma y la aliviaron de una manera que le era desconocida.

Todas las debilidades de su interior empezaron a desaparecer, las células antiguas cedieron ante una marea corrosiva y original. Sus partes vulnerables no tardaron en quedar destruidas, y la rueda negra las reemplazó por otras de fabricación propia, reconstruyó a Lenore célula a célula. La sanó, pero también la cambió.

No tenía nada que perder y sí mucho que ganar en el intercambio de esa noche. Su mente se abrió a un interminable proceso de expansión centrado en un punto que colgaba sobre ella en el espacio, y que rechinaba en silencio.

Quedó rodeada por oleadas de placer de una intensidad paralizante, pero no tenía que preocuparse por moverse. No tenía que hacer nada. Tan solo consagrar su mente a aquel recorrido interior e intrincado, pues el verdadero centro se encontraba a mucha distancia del lugar en el que estaba.

Levantó la vista para contemplar a su guardián y aceptó lo que demandaba de ella.

No soy nada sin ti. Me sanas, me completas. Me entrego a ti.

Me rindo.

El mandala se había reprimido, en espera de que estuviese del todo receptiva. Ahora se acercó. El dolor la recorrió de manera inevitable, aunque al mismo tiempo el guardián elevó el flujo de placer. Estaba acostumbrada a aquella mezcla contradictoria. Toda su vida había estado regida por el dolor y por las cosas que tomaba para paliarlo. Al menos, aquella noche el dolor tenía un motivo.

Una tenue luz gris brilló a través de la niebla anaranjada. No le molestó

tanto como la habían molestado todos esos amaneceres que anunciaban el fin de una noche de juerga, el regreso inevitable a los problemas del día a día. Aquella nueva percepción no desaparecería nunca, ni la dejaría a la deriva en un mundo gris. Pero era un amanecer que apenas se percibía.

Todas las paredes parecían dirigirse hacia ella. El suelo parecía arremolinarse a sus pies. Las baldosas de la cocina se reorganizaron y tomaron a Lenore como punto central, como objetivo. Cuando se movió, el centro se movió con ella, y el mandala flotó alrededor como si se tratase de un grupo de pequeños globos con serpentinas que flotaban hacia ella, semejantes a extremidades. Subió a la cama y se tumbó muy quieta mientras contemplaba la enorme distancia que aún le quedaba por cubrir.

Los minutos parecían horas, saboreó aquel tiempo sola con su guardián, libre de cualquier otra distracción.

Cuando oyó que se abrían los ojos de Michael, se giró para saludarlo, le sonrió y le estrechó la mano.

—¿Qué tal? —saludó él—. Buenos días. ¿Cómo estás?

—Genial —respondió Lenore.

Eligió a sabiendas esa palabra para aliviarlo, para que estuviese calmado hasta que fuese un buen momento para provocarlo. Michael también le estrechó la mano, pero Lenore se encontraba en un lugar muy lejano. Era algo diferente lo que sonreía en su lugar, y lo que luego besó a Michael en la mejilla.

TERCERA PARTE

Sois nuestra presa natural, nuestros esclavos predestinados, y nos complace jurar que vamos a doblegaros a nuestra voluntad hasta que no podáis más y fracaséis, momento en el que tendremos derecho a devoraros.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Somos vuestros maestros congénitos, vuestros guías espirituales, y hemos jurado incentivaros para conseguir grandes cosas hasta que llegue el

momento en el que podáis trascender el plano físico y consumir vuestro destino cósmico con nuestra ayuda.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

11

Las oficinas de Veritas Books, una división de Runyon-Cargill International, estaban ubicadas en un almacén de ladrillos reacondicionado que se encontraba al sur de Market Street. La ventana que había detrás del escritorio de Bob Maltzman daba a un pequeño jardín en el que había un columpio y un parque infantil fabricado con mástiles empapados de creosota que parecían postes telefónicos. No había niños a la vista. El arenero parecía uno para gatos que nunca se hubiera limpiado. Había un hombre harapiento subido en uno de los balancines, quien ni siquiera trataba de ocultar algo que llevaba en los labios y que a Derek le pareció una pipa de *crack*. Había otros sentados en las mesas del parque o protegiendo sus carritos de la compra junto a bancos en los que se sentaban entre harapos. Algunos estaban solos y se mecían adelante y atrás mientras hablaban para sí mismos; otros conversaban entre ellos.

La puerta se abrió detrás de Derek. Bob Maltzman entró con dos cafés.

—Supongo que hoy hace mucho frío para las putas —comentó Bob mientras dejaba una taza en el escritorio junto a Derek y se llevaba la suya al otro lado.

—El paisaje es igual de encantador —afirmó Derek.

—Bueno... —dijo Bob, al tiempo que se sentaba.

Había pilas de manuscritos y galeradas, todas ordenadas a la perfección. Bob era un hombre bajo, algo rollizo y bien acicalado. Parecía vestido para acudir a una oficina en el distrito financiero de la ciudad: con camisa blanca y corbata negra, como si intentara mantener aquella apariencia conservadora para contrarrestar las carencias inherentes a los libros que publicaba. Veritas era una editorial respetable, más reconocida que la chapucera Phantom Books, y que se había especializado y prosperado desde hacía muchos años

con un fondo basado en obras cristianas y de filosofía interconfesional moderna antes de que la adquiriera el grupo Runyon-Cargill. El reciente interés de Veritas en el mercado *new age* era un riesgo que dependía por completo de Maltzman y que aquel hombre había sido capaz de sobrellevar. En las paredes había cubiertas enmarcadas y ampliadas de libros que Bob había comprado y publicado en su sello: una versión nueva y mejorada del libro egipcio de los muertos en el que se habían reinterpretado sus antiguas enseñanzas para los *yuppies* con visión de futuro, una cábala colorida para niños y, por supuesto, los mandalas.

—¿Cómo te fue en Carolina del Norte?

—Pues muy bien. Ha sido una buena práctica para cuando consiga más público.

Bob se encogió de hombros.

—No he dejado de cruzar los dedos, pero es complicado con esto de la *new age*. Me cuesta convencer a los contables de que es un mercado en expansión. Pero bueno, ya verán las cifras.

—¿Y cómo les va a los mandalas?

—Lo poco que he visto parece prometedor.

Derek asintió, pero ya esperaba aquellas respuestas vagas. La prueba que necesitaba eran cheques, y aún quedaba mucho para que le diesen cheques por aquel libro.

—He venido a hablar de esos del club Mandala —afirmó Derek.

—Ah, sí. He visto los carteles por la ciudad.

—Son unos timadores.

Maltzman se retorció de manera casi imperceptible.

—Es más o menos lo que parece.

—Lo que me preocupa es que empezaron a hacerse notar justo antes de la publicación del libro. He intentado darle vueltas a cómo puede haber ocurrido algo así.

—Algo me dice que alguna idea tendrás.

—Bueno, a mí me parece que tienen un confidente.

Arqueó una ceja y esperó a que Bob reaccionara ante aquella obvia conclusión.

—¿Alguien de aquí?

—Doy por hecho que en la oficina tienes trabajadores temporales. Secretarios, recepcionistas, gente que se encarga de las fotocopias. Gente que no siente ningún tipo de lealtad por Veritas.

Bob parecía angustiado, como si Derek lo atacase a él.

—Supongo que es posible. Pero también enviamos algunos ejemplares de prensa, no te olvides. Además, ¿qué más da? Lo importante es que el diseño de los mandalas es tuyo, quiero decir, que no son de nadie. Y supongo que la tipa que los transcribió podría decir lo mismo...

—Los mandalas me autorizaron a tomar posesión de ellos para su difusión —respondió Derek con presteza.

En una ocasión, Bob le había pedido medio en broma conocer a la «señorita A», y Derek le había respondido que la mujer quería conservar el anonimato. Sospechaba que Bob no se había tragado sus mentiras, pero era un hombre muy diplomático.

—Aun así, el que tiene los derechos eres tú. Si quieres imponerlos, no necesitas probar cómo los transgresores se han aprovechado de ellos. Pero parte del sentido del libro, o sea, lo que parecen querer los mandalas, es que se difundan lo máximo posible. Sé que no vas a sacar ni un centavo de ese club, pero quizá sirva para que los mandalas lleguen a más personas y se expandan por más mentes.

—Pero no hay nada que evite que distorsionen el significado de los mandalas —repuso Derek—. Usarlos en un club nocturno es... ofensivo.

—Pues insiste en que se te implique. Asegúrate de que lo que hacen es honesto. Sé amistoso con ellos, Derek, y quién sabe..., quizás así consigas ayuda para promocionar el libro.

Derek le dio un sorbo al café. Era obvio que Maltzman no lo iba a ayudar a descubrir quién era el topo de Veritas. Había esperado conseguir alguna prueba que intimidase a los del club Mandala en caso de que se enfrentase a ellos. Por el momento, había intentado evitar los gastos derivados de implicar a su abogado.

—Hablando de libros —empezó a decir Maltzman con una sonrisa en la cara—. ¿Qué tal va el siguiente?

Derek cruzó las piernas y vio que el drogadicto se alejaba del arenero.

—Sigo esbozando las ideas —respondió—. No he decidido nada en particular.

—¿Qué tal esa idea que me comentaste hace unos años, antes de que se te ocurriera lo de los mandalas?

Derek lo miró, pero no supo qué decir.

—Lo de Castaneda, ¿recuerdas? Ibas a entrevistar al viejo chamán para escribir un libro sobre su vida y su manera de pensar. Pensabas estudiarlo durante un tiempo y compartir sus enseñanzas. ¿Qué ocurrió al final con eso?

Derek tragó saliva.

—Pensé que no te interesaba.

—Bueno, en aquel momento... eras un desconocido para nosotros, igual que ese anciano. Pero creo que ahora podríamos recuperar ese interés si se enfoca desde la perspectiva adecuada. En cierto sentido, el que sea alguien desconocido puede ser una ventaja. Podrías presentarlo de la manera que quisieras. Igual que hiciste con los mandalas. No habría ideas preconcebidas.

—Me temo que ahora es imposible —replicó Derek—. Murió antes de que tuviese la oportunidad de entrevistarlo. De todas formas, no creo que hubiese llegado a funcionar. Estaba bastante majareta.

Bob lo miró, algo decepcionado.

—Bueno, pues nada. Pensaba que seguías en contacto con él y que teníamos la posibilidad de hacerlo.

—Me temo que no.

Vio que Bob miraba el reloj de pulsera y de repente parecía ansioso por terminar la reunión.

—¿Tienes que marcharte?

—Tengo una reunión en cinco minutos, pero no pasa nada.

—No quiero retrasarte. Solo quería saber tu opinión sobre los tipos del club Mandala.

—En realidad depende de ti, Derek. Pero tengo claro que nunca animaría a nadie a meterse en problemas legales.

—No. Intentaré encargarme por mi cuenta sin llamar la atención.

—Espero que lo hagas. Buena suerte. —Se estrecharon las manos—. Llámame cuando hayas puesto en orden tus ideas. Sería genial empezar a tener algo en el punto de mira y aprovechar el tirón.

—Sí —admitió Derek, y se dio la vuelta para marcharse.

—Ah, una cosa más —comentó Bob—. Casi me olvido. Tenía que

comentarte la idea. ¿Qué te parece una baraja de cartas con los mandalas? Ya sabes, algo parecido a las del tarot. Con colores bonitos y una buena cartulina. Para meditar o lo que sea. Podrías prepararnos un cuaderno con ideas, inventarte algunos patrones. No debería ser muy difícil de hacer con lo que ya tenemos. ¿Se llamaba Neil Vasquez tu artista del primero? Está preparando algo generado por ordenador y a color, con modelado tridimensional, pero no lo tengo muy claro.

—Vaya —dijo Derek. Era una idea interesante. Un nuevo mercado que le daba aún más motivos para consolidar sus derechos sobre los mandalas e ir a por los propietarios del club—. Sí, suena de maravilla.

—Si tengo tu beneplácito, me gustaría sacar la idea en la reunión de hoy. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Lo único es que, por el momento, la baraja se nos queda un poco corta. Las normales de tarot tienen setenta y dos cartas, que son muchas. Pero con treinta y siete... me pregunto si será suficiente para que la gente haga sus cosas.

—Debería serlo.

—Pero me preguntaba... ¿Crees que podrías inventarte más mandalas? De ser así, también tendríamos más texto. ¿Podría la señorita A esbozar algunos más? De esa manera, tendríamos para otro libro y, además, una baraja completa.

—Más... ¿más mandalas? —preguntó Derek—. No lo creo, Bob.

—¿No? Bueno, piénsatelo.

—No... Es que no hay más. Son treinta y siete, es un número fijo. Y han sido muy claros con eso. Ni más ni menos.

Pero ¿este hombre se ha leído el libro?, se preguntó Derek. ¿Cómo puede haberse olvidado de eso?

Luego recordó que había quitado aquella parte de los cuadernos originales. Daría pie a unos debates que no le interesaba reproducir con aquella audiencia *new age*, pues no habría sido capaz de cambiar para crear frases pegadizas y optimistas. Los textos originales no eran nada claros cuando trataban el número treinta y siete. Por lo que, de hecho, era libre de inventarse más si quería hacerlo, aunque era algo que aún no se había planteado.

—Pero nunca se sabe —dijo—. Quizá nos estén ocultando algo y, cuando llegue el momento, si es que llega, nos muestren más revelaciones. Tengo muy claro que no lo sé todo sobre ellos.

—No pasa nada, Derek. Si solo hay treinta y siete, estoy seguro de que nos podemos apañar. —Volvieron a estrecharse la mano—. Ya te contaré qué me dicen en la reunión.

El recepcionista le llamó un taxi. Derek esperó dentro mientras observaba las penosas siluetas del parque y se abalanzó al interior del taxi en cuanto llegó.

—Market con Sanchez —dijo—. Hecate's Haven.

Hecate's estaba en un cruce o, para ser más exactos, en un lugar en el que se encontraban las carreteras. Era un lugar que, según decía Lilith, tenía una energía particular. Había ayudado a elegirlo cuando hacía un año Norman Argos había cambiado la tienda desde su pequeña ubicación anterior en North Beach. Market, Sanchez y la calle 15 se cruzaban como si formasen los extremos de un asterisco. La cima rocosa y anaranjada de Corona Heights, también llamada Roca India, dominaba el horizonte sobre la calle 15. Según Lilith, Roca India también era un vórtice de energía que le aportaba a todo el vecindario un aire de magia. Y «vórtice» también era una buena manera de describir los atascos que se formaban debido a la confluencia de coches y peatones que surgían de las seis direcciones.

Debido quizás a toda la energía que fluctuaba de manera caótica, el punto de tierra triangular que había entre la calle Market y la 14 había sido demasiado para la mayoría de los negocios. El edificio que se encontraba en aquel lugar había cambiado de manos varias veces desde que Derek se había mudado a la ciudad, y, entre cada uno de esos regímenes, quedaba cubierto por carteles de películas y de conciertos, además de tener las ventanas llenas de grafitis. El último negocio condenado había sido un restaurante tailandés que había gastado mucho dinero en alterar la arquitectura del lugar para que casase más con su comida. Ahora el edificio más bien parecía una pagoda de tres pisos cuyos techos estaban bañados de oro descascarillado y tenían las esquinas afiladas y levantadas. Era exótico, pero no mucho más que los contenidos del lugar que albergaba.

Al mirar a través del escaparate principal, Derek vio a la multitud habitual

deambulando entre las altas estanterías y los armarios acristalados y atiborrados de cosas, echando un ojo a los libros, mirando barajas del tarot y contemplando todo tipo de extraños accesorios. Tarros de velas, hierbas e incienso que se apilaban hasta el techo. Le resultó muy aburrido. Las primeras veces que había ido a aquel lugar le había causado una sensación insólita, pero la familiaridad había arrebatado todo el misterio a lo oculto. Era como si ahora caminase por detrás de los decorados y fuera inmune a las ilusiones.

Entró en silencio, con la esperanza de que ninguno de los clientes lo reconociese, pero nada más hacerlo Norman lo llamó por su nombre desde el fondo de la tienda. Varios clientes se apartaron para dejarle paso y lo miraron como si lo reconociesen solo por su nombre, pero agradeció que la mayoría no le prestase atención. Los mandalas solo eran una pequeña parte del trabajo de Norman, ya que en aquel lugar una infinidad de sectas competían por ser las más importantes y por el espacio de las estanterías. Algunas eran tan antiguas que olían a polvo de momia y otras hacían alusión a mitos modernos, como la física cuántica, el ciberespacio...

—Busco a Lilith —dijo—. Pensé que hoy habría venido a trabajar.

—Está atrás —respondió Norman.

—¿Sabes si ha almorzado?

—Bueno, suele salir a por un bocadillo.

—¿Podría convencerte para que la dejaras libre una hora?

Vio que a Norman no le gustaba la idea, pero terminó por ladear la cabeza y soltar un chiste para ceder.

—Supongo que tengo chicas suficientes por la tienda. Claro. Si ella quiere.

—Gracias.

Derek encontró a Lilith en la pequeña cocina cerrando botellas de agua bendita. Había una caja vacía de botellas sobre la encimera y el grifo no había dejado de gotear. Dio un respingo cuando la tocó en la parte baja de la espalda.

—Dios —dijo al verlo—. Pensé que eras Norman.

—Dijiste que no ibas a hacer estas cosas —respondió al tiempo que cogía una botella llena.

Lilith lo miró rabiosa.

—Norman no está cualificado ni para bendecir un estornudo. No quiero que nadie tenga problemas por su negligencia.

—No eres sacerdotisa.

—Mi bendición es mejor que la de cualquier pastor cristiano.

—Pero... aun así es un fraude.

—Y tan pronto como encuentre cualquier otro trabajo que me venga bien, llamaré al Better Business Bureau. Pero mientras... —Se encogió de hombros, cerró la botella y se secó las manos en los vaqueros—. ¿Qué tal el viaje?

Derek la besó en el cuello y la rodeó con los brazos. Olía al incienso y los aceites que había estado mezclando y midiendo durante toda la mañana. Ajenjo, mirra y benjuí.

—Vente a almorzar y te lo cuento todo. Tienes permiso para acompañarme durante una hora.

Lo empujó de manera inesperada y se echó hacia atrás con gesto preocupado.

—Derek...

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo, pero ahora no. Y necesito más de una hora.

—¿Ha ocurrido algo?

—Es demasiado complicado. Sospechan de mí.

—¿Sospechan? ¿Quiénes?

—La gente... Todo el mundo cree que soy esa mujer. La señorita A.

—¿Cómo? Eso es una estupidez. ¿Quién te lo ha dicho?

—Te he dicho que no... Ahora no. ¿Podemos vernos esta noche?

—Claro. Pero lo único que tienes que decirles es que se vayan a tomar viento. No deberían molestarte.

—Es fácil decirlo. Pero la gente da por hecho que existe y que tiene que ser alguien a quien conoces. No sé si te has dado cuenta, pero hay muchas almas en pena que han empezado a obsesionarse con esos mandalas tuyos. Vienen por aquí todos los días y me hacen preguntas. Al principio, Norman los echaba porque lo único que habían comprado era el libro, y de eso hacía tiempo, pero han empezado a comprar otras cosas como carbón o incienso, y

ahora no quiere molestarlos. Ni siquiera me deja regañarlos. Me dan mucho miedo.

Derek miró hacia atrás, como si alguna de aquellas personas se dirigiese hacia ellos por el pasillo.

—Haces bien —dijo Lilith—. Me sorprende que no hubiese ninguno de ellos ahí fuera cuando entraste.

—No son más que un puñado de pardillos *new age*. ¿De qué tienes miedo?

—No son... no son los habituales, Derek. Has conseguido atraer a unos elementos a los que no me había enfrentado nunca.

—Genial. Ahora voy a tener que salir por la puerta de atrás.

—No tiene gracia. Aprecio mi privacidad.

—Pero es una locura. Diles que te dejen en paz y ya está.

—Se me presta demasiada atención. Ayer vino un asiático preguntando por ti. Por suerte, Norman no estaba para decirle que yo te conocía. Entró porque teníamos copias firmadas de *Los ritos mandala* y luego empezó a preguntar si pasabas alguna vez por aquí, dónde vivías y ese tipo de cosas.

Derek notó cómo empezaba a ponerse la piel de gallina.

—¿Quién coño era?

—No lo sé. No le pregunté. Hablaba inglés muy bien, pero con acento. No sé de dónde, supongo que del Pacífico. Parecía empresario y no quiso decirme por qué preguntaba por ti.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Pero quería contártelo, Derek. Voy a tener que alejarme de todo esto si la cosa va a más. No quiero este tipo de energía en mi vida ahora mismo.

—¿Alejarte de qué? ¿De la tienda?

Lo miró a los ojos.

—No. De la relación.

—No puedes. No puedes hacerlo por los demás, Lilith. ¿Vas a dejar que la gente influya así en tu vida? ¿Y en tus relaciones? O sea, ¿qué tengo yo que...? ¿Tengo yo la culpa?

—Quizá. Quien ha montado todo este numerito eres tú, Derek. Es tu sustento, no el mío. No puedo dejar que algo así me afecte, y mi trabajo no

tiene nada que ver con los mandalas. ¿Lo entiendes?

Sintió como si una fría barra roma de metal lo atravesara.

—Sí —respondió—. Lo entiendo. Nuestra relación se basa en lo que tú quieras, no tiene nada que ver conmigo.

—Ya sabes lo que siento por ti, Derek.

—¡No! ¡No sé una mierda a no ser que me lo digas!

La mujer se echó hacia atrás, distante e impertérrita, como si esperase de antemano que Derek reaccionara así.

—Derek, aunque te lo dijera, no me creerías. No crees nada. Funcionas así. Lo que más me apena es que es muy obvio que, muy en el fondo, te lo quieres creer todo y no cuestionas nada. Ni siquiera sabes qué preguntas hacer, y por eso aceptas todas las explicaciones normales de la realidad. Diría que, en algún momento, tuviste que ser muy crédulo. —Rio después de decirlo. Derek sintió que le cambiaba la cara, pero no sabía muy bien qué le había dado a entender—. Lo eras, ¿verdad? Pero construiste un muro, una fortaleza más bien, alrededor de toda tu parte inocente e infantil, todo aquello relacionado con la confianza y la fe. Y ahora no hay nada que pueda atravesarla. O nada que yo sea capaz de imaginar. He intentado llegar a ti a pesar de que te escondes, pero hace falta más fuerza de la que tengo. Más violencia, quizás, y no voy a llegar hasta ese punto. Cuidado: algo derrumbará esa fortaleza algún día. Y espero que no haya nadie a tu lado cuando ocurra.

—Tienes miedo —dijo Derek con frialdad—. Miedo de una relación.

—Eso no es lo que quieres —comentó ella—. Lo siento, Derek, pero no.

—¿Me quieres, Lilith?

—¿Quererte? Ni siquiera puedo tocarte. No dejas que nadie se acerque.

—Esa es una manera muy conveniente de verlo, sobre todo cuando eres tú la que no me dejas acercarme.

—Tengo que volver al trabajo.

Pasó junto a él y atravesó el pasillo. Derek se quedó allí temblando y con la cara roja. No podía volver a la tienda, a todos esos clientes rebuscando entre estanterías llenas de fraudes. Salió por detrás, cruzó un pequeño aparcamiento y llegó hasta la calle 15 y los riscos anaranjados de Corona Heights. Una niebla cubría la cresta, una masa gris que asfixiaba las rocas y

que no tardó en asfixiarlo también a él. Rodeada por la niebla, la ciudad se ocultaba a su alrededor, y Derek casi llegó a creer que estaba solo en el universo. Casi. Lilith tenía razón.

12

Estimado señor Crowe:

Siento molestarle, pero los Ritos son responsables de un extraño efecto. Lenore ha tenido desvanecimientos o trances, y muy intensos. Espero que pueda darme algún consejo. No sé a quién más preguntarle sobre los mandalas. Por favor, llame a cobro revertido en cualquier momento. (No está en mi lista).

MICHAEL RENZLER

P. D. ¡He tenido una materialización de verdad! ¡La primera!

Michael echó un último vistazo a la postal, que había comprado en Memphis el verano anterior. Era una fotografía de Graceland. Esperó que Derek Crowe no pensara que el mensaje era un chiste. Elvis no parecía tener mucha relación con los mandalas, pero era la única postal que había sido capaz de encontrar después de rebuscar entre los cajones mientras Lenore se duchaba. La había escrito sin decirle nada, para que no se preocupara más, para que no sintiese pánico ni tuviese ningún tipo de miedo. La había convencido para decir que estaba enferma y luego había hecho lo mismo, decidido a cuidarla hasta estar seguro de que se encontraba estable. Envió la tarjeta en la oficina de Correos, de camino a Sears para comprar una batería para el coche.

Mientras conducía hacia casa de su madre con la batería, se sintió al mismo tiempo estúpido y asustado. Estúpido porque Lenore al parecer ahora estaba bien, sus desvanecimientos, o lo que quiera que fuesen no habían vuelto a repetirse y era probable que no tuviesen nada que ver con los mandalas. Sospechaba que todo se debía a que Lenore había conseguido drogas gracias a Tucker y le había mentado. Estaba asustado, porque un

momento después estaba convencido de que todo era cosa de los mandalas y que estaban a punto de regresar, antes de que Derek Crowe llegara en su ayuda. Supuso que la postal tardaría tres días en llegar a California. Lo que significaba que Derek Crowe tardaría como mínimo tres días en llamarle. No podía aguantar tanto, pero se sentía tan solo. Quizá... quizá debería hacer otro ritual esa misma noche para intentar contactar con Elias Mooney en el plano astral o dondequiera que estuviese y pedir consejo al anciano. Aunque no sirviese para nada, al menos le ayudaría a sentir que hacía algo.

Cuando llegó a casa de su madre, fue directo al garaje y abrió el capó del coche. Mientras apretaba el cable de la batería, oyó la puerta de atrás y cómo los pasos de su madre atravesaban con pesadumbre la frondosa capa de hojas empapadas que había en el descuidado jardín. La mujer miró por encima del hombro de Michael. El aliento le apestaba a cerveza y a café. No eran ni las diez de la mañana.

—¿Qué le ocurre a Lenore? —preguntó.

Michael se envaró tan rápido que se golpeó la frente con la esquina del capó.

—¡Dios! ¡Joder! ¿A qué te refieres?

—Llamé a tu casa para ver dónde estabas. El teléfono sonó unas veinte veces antes de que respondiera.

—No se siente muy bien. No ha ido al trabajo.

Su madre le dedicó una mirada escéptica mientras esperaba a que continuara con la explicación.

Michael se apoyó en el capó hasta que se cerró.

—¿Qué miras?

—¿Qué tiene?

—La gripe o algo así, yo qué coño sé. No puedo permitirme llevarla al hospital para que la vea un médico y nos cobre cientos de dólares para tomarle la temperatura.

—Ha vuelto a tomar drogas, ¿no?

—Pues igual que tú, ¿no?

—¡No empieces! ¡La que tiene el problema es tu mujer! Lo único que he hecho yo ha sido preguntar dónde estabas y ella ha empezado a delirar, unas cosas muy ofensivas, por si te interesa saberlo. Palabras que nunca había oído

antes. A saber si las habrá aprendido de ti y, si es el caso, estoy segura de que yo no te las enseñé.

Michael se quedó estupefacto. Luego se dio la vuelta y entró en la casa. Cogió el teléfono de la cocina y llamó a su casa. El teléfono sonó una docena de veces, veinte, pero Lenore no lo cogió. Terminó por colgar.

—¿Y bien?

—Debe de estar durmiendo. Seguro que la has despertado y por eso balbuceaba. La fiebre causa alucinaciones.

—Pero cuando se droga se pone muy despreciable. Y sonaba despreciable. ¡Le dio igual que fuese su suegra! Y si llegas a oír lo que me dijo... ¡Estupideces! Ni siquiera soy capaz de pronunciarlas. No te puedes imaginar...

De improviso, se imaginó las palabras. Palabras sacadas de *Los ritos mandala*. Para el oído desconcertado de su madre habrían sonado como cualquier cosa repugnante que le viniese a la cabeza.

—Hablaré con ella —dijo.

—Necesita algo más que palabras. Yo diría que le vendría bien ayuda psiquiátrica.

—¿Y a quién no? Tengo que marcharme.

—¿Y el coche? ¿Funciona?

—Compruébalo tú misma.

Mientras atravesaba el salón, se sorprendió al ver que Earl realizaba una transacción con un joven que iba vestido con ropa deportiva holgada. El chico, que parecía más joven que Michael, dio un brinco, sobresaltado, y empezó a meter una bolsita de plástico en una riñonera, aunque Michael llegó a ver lo que había en el interior. Cápsulas negras.

Earl sonrió a la defensiva, y se dirigió a Michael.

—Anda, ¿qué tal, chico? ¿Le has arreglado el coche a tu madre?

—Ha quedado como nuevo —respondió Michael mientras pasaba a su lado. No estaba sorprendido y tampoco quería darle muchas vueltas a lo que acababa de ver. Lo único que le importaba en aquel momento era Lenore.

—Bueno... y este es un amigo mío —empezó a decir Earl.

—Ya, claro.

Michael pasó a toda prisa junto a ellos y dejó la puerta delantera abierta.

Lenore estaba sentada en el sillón, y a su alrededor había pilas de ropa sucia del día anterior. Aún llevaba puesto el albornoz y tenía el pelo húmedo y enmarañado. Tenía el peine colgando enredado a mitad de la melena. Su mirada parecía despierta y centrada, pero no en él, sino en algo que Michael no era capaz de ver. A Lenore le llevó un momento darse cuenta de que él había entrado en la habitación y, cuando lo hizo, se puso seria, como si estuviese centrada en algo mucho más interesante y no quisiera hablar con Michael. Era el tipo de mirada que le dedicaba cuando la interrumpía mientras realizaba uno de sus problemas matemáticos o los rompecabezas que había hecho de manera compulsiva al mudarse a Cinderton. Habían sido su única adicción por un breve periodo de tiempo.

—¿Has hablado con mi madre? —preguntó Michael.

Lenore se cruzó de brazos, entrecerró los ojos y le dedicó una mirada llena de sospecha.

—Lenore... ¿estás bien? ¿Has tenido otro de esos... desvanecimientos?

—*Shngaha* —respondió ella.

—¿Qué?

Miró hacia el techo, y Michael hizo lo propio. *Tucker*, pensó. Tucker había alardeado una vez de que tenía algunas drogas de diseño, unas nuevas. Con esas podía pasar cualquier cosa.

Tal vez Lenore las hubiese probado, y a saber qué efectos podían causar, sobre todo cuando se mezclan con magia. Intentó oír la voz ahogada o los pasos de Tucker, pero solo le llegó la música amortiguada habitual.

—¿Lenore? —llamó.

No se movió.

Michael le tocó el hombro, pero siguió sin moverse. El corazón le empezó a latir con fuerza. Lenore tenía la piel fría. Empezó a preguntarse si el universo era tan neutral como él creía... o si la neutralidad era más horrible de lo que había pensado.

La mujer le cogió de la mano, un gesto tan repentino como inquietante. Se llevó la mano de Michael a la boca, y él sintió los dientes y la lengua contra su piel.

—¿Estás bien? —preguntó—. Estabas aquí sentada sin hacer nada...

Tenía las pupilas enormes, una prueba más de que estaba drogada. Tiró

de él con más fuerza y lo acercó hacia ella al tiempo que se acomodaba en el sillón para dejar hueco para ambos entre la ropa desperdigada.

—¿Qué haces? —preguntó Michael, aunque ya lo sabía.

Lenore le puso las manos en la espalda y le quitó la camisa. Notó su aliento caliente en la nuca. La aplastaba. Se le abrió el albornoz. Pronunciaba palabras incompletas que parecían no tener sentido, aunque a esas alturas ya no le hacía caso.

—¿Qué te ocurre?

Se podía entrever una ligera sonrisa entre sus labios, pero el resto de su expresión solo denotaba urgencia, mientras le bajaba los pantalones hasta las caderas y lo acercaba aún más a ella.

Drogas, pensó. Tenían que ser drogas. Nunca se ponía así a menos que estuviese muy colocada. No solía verla tan interesada en el sexo a menos que hubiese algún tipo de estimulación interna o estuviese atontada.

Intentó dejar a un lado por un momento aquellos pensamientos para disfrutar de la situación. Bajó la cabeza y subió las manos por la espalda de la mujer para cogerla por los hombros desde atrás. Las manos frías de Lenore bajaron por su espalda y le clavó las uñas en las nalgas.

Luego se dio cuenta de que Lenore pronunciaba un cántico, y que emitía chasquidos y unos sonidos húmedos con la boca cada vez que la penetraba.

—*Silsiliv zezizn maoan, nylyvyl olornon abrixir memt-bocha...*

Los sonidos lo ahogaron. Se sintió agobiado de improviso. ¿Qué estaba invocando? ¿Qué quedaría consagrado con la mezcla de los fluidos de ambos?

Se echó hacia atrás y consiguió separarse de ella, con la misma sensación que si acabara de salir del fondo de un lago. Lenore resopló con inquietud, pero no hizo ningún otro sonido, y se quedó allí tumbada con los ojos cerrados y casi sin respirar. No dejó de pronunciar aquellas palabras, y Michael no tardó en reconocerlas.

De alguna manera había conseguido memorizar el decimoséptimo rito, el más importante de los rituales sexuales del libro de Crowe. ¿Cómo lo había pronunciado tan bien en medio del acto y hasta arriba de drogas? Aquella ceremonia siempre había supuesto un problema, ya que era la única que no podía hacer en solitario. Y ahora que había tenido la oportunidad perfecta, se había acobardado.

¿De qué tenía miedo?

No podía soslayar el hecho de que se había excitado, y si de alguna manera podía dejar de pensar tanto, aún podía conseguir algo de satisfacción. Quizá si consumía un poco de lo que había tomado Lenore... Echó un vistazo alrededor por si veía un canuto, o incluso una colilla, pero no vio nada.

La mujer tenía los ojos cerrados del todo, y le empezaron a castañetear los dientes. Michael le pasó la mano por la frente y le echó el pelo hacia un lado para comprobar si tenía fiebre.

Al hacerlo, dejó al descubierto la reluciente herida que tenía en la frente.

Michael se quedó de piedra al ver que era un mandala que ardía como una marca de ganado: un tatuaje confuso e intrincado igual de detallado que la ilustración que había en el libro de Crowe, tanto que hasta tenía esa boca llena de dientes rechinantes y el borde lleno de ojos brillantes. Era el mandala 37, nítido y definido. Lo frotó, pero no consiguió emborronarlo. Lenore soltó un quejido y le apartó la mano. Confundido y aterrado, Michael salió corriendo por el pasillo e intentó tranquilizarse realizando acciones sencillas. Se lavó la cara en el baño y esperó a estar más despejado, pero estaba cada vez más alterado y confuso. Estaba ocurriendo algo muy raro, algo a lo que no le podía hacer frente solo. Necesitaba consejo.

Elias, pensó. Ya.

Entró en su templo y abrió uno de los cajones del altar. Había hojas sueltas, volúmenes de sus diarios mágicos, partes y restos del equipo taumatúrgico que ya no usaba. Al fondo de un cajón había una pila de cintas de casete y unos sobres atados con una tira de cuero resistente. Era lo único que le quedaba de Elias Mooney. Desató las cintas y sacó un viejo reproductor de otro de los cajones. Lo conectó a un enchufe que había junto al altar, insertó una cinta y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo mientras bajaba un poco el volumen.

Se oyó la voz restallante de Elias en medio de una frase, algo que le trajo recuerdos de la época en la que recibía aquellas cintas una o dos veces al mes. Habían sido tiempos difíciles. ¿Peores que ahora? Pues quizá no... pero las palabras de Elias siempre le infundían coraje, seguridad y asesoramiento espiritual. Las necesitaba, como si fuesen una especie de piedra angular para ponerse en contacto con él en aquel mismo momento.

—... no quiero ofenderte, Michael, pero quiero que sepas que es del todo

esencial que te olvides de cualquier tipo de drogas. Sirven para la magia, pero los practicantes modernos han abusado tanto de ellas que ya es casi imposible usarlas con propiedad. Los reinos a los que dan acceso han quedado intoxicados con millones de turistas desentrenados e indisciplinados que han invadido las regiones astrales durante los últimos treinta años con la ayuda de alucinógenos. En cierta manera, las drogas menos adictivas, como la mescalina y el ácido lisérgico, son incluso más peligrosas que los opiáceos, ya que a través de ellos tan solo se consigue el olvido, un vacío uniforme cuyas características básicas no se pueden alterar y de cuyos efectos es posible recuperarse en ocasiones. Pero puede que la mente indisciplinada nunca llegue a recuperarse de un viaje improvisado por los reinos del mundo del peyote, e incluso de uno controlado. Los expolios que han sufrido los reinos del peyote son tan terribles e irreversibles como los que la civilización moderna ha llegado a realizar en algunos entornos materiales. De igual manera que las Colinas Negras fueron pasto de la minería y quedaron extirpadas de toda alma, la ecología del mundo astral ha quedado muy afectada. Y su decadencia afecta a este mundo, que no es más que un sueño de los habitantes de aquel lugar...

Las palabras afectaron a Michael de igual manera que lo hubiese hecho un alucinógeno suave. Cerró los ojos y las escuchó con atención para intentar recuperar el estado de ánimo que experimentó la primera vez que había oído la cinta.

Recordó que había tenido una muy mala experiencia con unas setas y que no había podido evitar llamar por teléfono a Elias y confesarle la naturaleza de sus experimentos, a sabiendas de los prejuicios que el anciano tenía con las drogas. Había oscurecido y se encontraba solo en un apartamento vacío en el que la oscuridad se colaba por las ventanas como si una botella de tinta se derramara desde el tejado, se había apoyado el teléfono con fuerza contra su oreja y aferrado a la voz cavernosa del anciano con toda su alma. Elias había obviado algunas de sus normas más elementales para vigilar a Michael, y le había dicho que se centrara en contemplar algo de cobre pulido. Michael tenía miedo de alejarse del círculo de luz que proyectaba la única lámpara que había en el lugar en el que se aferraba al teléfono.

—Tiene que haber algo cerca —le había susurrado Elias—. Algo que lleves encima.

—No tengo ni un centavo —había lloriqueado Michael.

—Mira hacia abajo. Veo cobre. Es pequeño, pero servirá.

Michael miró hacia abajo, vio un resplandeciente remache de cobre en el pequeño bolsillo de sus vaqueros y sintió como si le tocara una mujer de manos fuertes y frías. El metal de Venus, aquel pequeño brillo era una baliza, indicativo de seguridad, algo que conseguiría ayudarlo incluso después de que Elias colgara el teléfono. Después de pasar eones sentado en soledad sin nada que lo calentara a excepción de aquel sol naranja, había oído una llave en la cerradura y sentido cómo la estancia quedaba inundada por la luz de un pasillo que parecía tener miles de kilómetros de largo. Lenore había entrado en el apartamento, sorprendida por lo que tenía delante, y luego había reído con tono sarcástico cuando Michael se lo había contado todo, ya que los miedos de la mujer eran muy diferentes a los suyos.

Dos días después había llegado aquella cinta. En parte se trataba de una regañina, aunque fuese amable, y también era una lección esotérica que afirmaba que un chico blanco y refinado como Michael no estaba preparado cultural ni genéticamente para recibir los sacramentos de los espíritus de la psilocibina. Elias no creía que hubiese ninguna droga adecuada para Michael, los medicamentos no tenían alma. Lo mejor era aprender a liberar los componentes naturales del cuerpo, los sutiles químicos para los que existían receptores en el cerebro mucho antes de que nadie hubiese masticado una seta, consumido opio o fumado las hojas aserradas y deshidratadas del cannabis. Pero era algo para lo que se requería disciplina, autocontrol y paciencia, lo que hacía que pocas personas del tiempo presente y de su edad fuesen capaces de experimentarlo a no ser que fuese por accidente, en momentos de dolor o placer extremos, cuando el cuerpo los liberaba de manera espontánea.

Como ejemplo de su mediocre disciplina, Michael se dio cuenta de que acababa de pasar una cantidad indeterminada de tiempo perdido en sus pensamientos y no se había concentrado en lo que tenía entre manos. Un cambio en el tono de voz de Elias y en la calidad del sonido, como si el hombre se hubiese alejado del micrófono, fue lo que le hizo recuperar la compostura. Las palabras se oían en altibajos. Michael no recordó que Elias hubiese dicho nada de lo que estaba oyendo en aquel momento, si bien era cierto que llevaba años sin poner la cinta:

—... el peligro no puede ser... sobre todo para un practicante sin experiencia... un tremendo fracaso para contener... solo conseguirá que se propaguen... usarme como una escalera para ascender aún más... crecer como malas hierbas espinosas en lugares devastados... puede enfrentarse a ellos, pero tú no... aléjate de Crowe... aléjate...

Michael pulsó al instante el botón para detener la cinta. ¿Crowe? ¿Había dicho Crowe?

La rebobinó un poco y volvió a reproducirla. La voz de Elias sonaba más tenue y casi no conseguía atravesar una barrera de estática que Michael no había oído hacía un momento. No consiguió descifrar ni una sola palabra. Volvió a rebobinarla y a reproducirla. No oyó voz alguna, ni un siseo, tan solo una cinta vacía que tamborileaba con un sonido rítmico a medida que giraban las pequeñas ruedas del reproductor y rechinaban el resto de mecanismos.

En ese momento, Lenore empezó a gritar.

13

Michael encontró a Lenore tumbada en el suelo al pie del sillón, como si la hubiesen tirado allí. Había arrancado astillas del suelo de madera con las uñas y dejado rastros de sangre. Tenía la cabeza echada hacia atrás y gritaba cada vez en voz más baja. Cuando Michael la rodeó con los brazos, sus llantos pasaron a convertirse en un ligero sollozo.

—¿Lenore?

Cerró la boca y los ojos sin dejar de gemir. Michael le puso una manta andrajosa debajo y empezó a quitarle astillas de debajo de las uñas.

Drogas potentes, pensó. Impurezas tóxicas. No podía ser solo cosa de los ritos mandala. Lenore era demasiado estable, demasiado escéptica para dejar que la afectaran a ese nivel. Sospechó de una de las marcas de heroína sintética de las que había oído hablar. Quizá Lenore había pensado que así conseguiría evitar los efectos secundarios del caballo de verdad. Las drogas de diseño eran conocidas por causar comas y ataques. Tenía que descubrir qué era lo que había tomado. Seguro que Tucker lo sabía.

Le sostuvo la cara con ambas manos, pero ella no se mantenía quieta.

—Lenore, por favor...

—*Madze svelvivl soa mudeeth...*

Parecía estar atrapada en un bucle y no dejaba de repetir las sílabas de algo que había leído en *Los ritos mandala*. Confirmaba su creencia de que estaba drogada durante el ritual. Aún parecía estar colocada días después, como si todo se volviese a repetir en su mente. Los compuestos químicos le habían afectado en lo más profundo de su mente, no solo en lo físico. En las sílabas que pronunciaba había desesperación suficiente como para convencer a Michael de que incluso ella era consciente de que se había metido en un

problema.

—Venga, Lenore —dijo—. Ven conmigo.

La cogió del antebrazo y la sentó contra el respaldo del sillón.

—Venga, tranquila.

Dejó de tirar de ella y se agachó para cogerla de la cintura. Ella gritó y lo empujó con tanta fuerza que lo lanzó hacia atrás y se golpeó contra la pared. Después la vio encima de él y empezó a agitar los brazos hasta que Michael consiguió cogerla por las muñecas. Por increíble que pareciese, le dio la impresión de que intentaba arrancarle los ojos. Pero prefirió no poner a prueba aquel presentimiento. No dejaba de pronunciar una retahíla de palabras carentes de sentido, una glosolalia, un idioma desconocido que ella parecía comprender y que no tenía nada que ver con recitar algo que su mente alterada a causa de las drogas había sacado de un libro.

Bueno, pues él también tendría que usar aquellas palabras. Había algo en *Los ritos* que tal vez llegase a funcionar con ella. Si había aceptado aquella manera de percibir la realidad, aquella lengua, Michael tenía que intentar hablarle de igual a igual.

Pero ninguno de los treinta y siete rituales parecía relevante, y no estaba seguro de querer alimentar aquella locura siguiéndole el juego. Lenore necesitaba purificación y luego un entrenamiento disciplinado que le diese algún tipo de protección psicológica. Era demasiado sensible.

No debí haberle dejado realizar el ritual. Yo tengo la culpa.

Consiguió apartarse y ponerse en pie para luego agarrarla por los hombros y arrastrarla por el pasillo hasta el templo. Cuando Lenore vio hacia dónde se dirigían, se relajó y se dejó llevar.

Debería llamar al hospital, pensó Michael. Debería. Pero se limitarán a pensar que está loca. ¿Y si intentan ingresarla? ¿Cómo voy a explicarlo todo e intentar que suene razonable? Me encerrarían también. A menos que descubran las drogas que tomó, en cuyo caso la arrestarían.

No podía hacerlo.

Cerró la puerta y se encerró con ella en el templo. Se sorprendió al ver que Lenore se sentaba en el suelo y echaba la cabeza hacia delante. Ya había encendido una vela, que ardía en el altar. Encendió otra y acercó a la llama un pedazo de carbón. Unas chispas salieron despedidas de él y revolotearon a su alrededor. Cuando se volvió naranja del todo, lo dejó junto a pedazos de

incienso y mirra. La estancia se llenó de un aroma perfumado.

Cogió una pequeña vara de tiznar hecha de hierbas entrelazadas como las cerdas de una escoba de uno de los cajones del altar. Tenía la punta chamuscada debido a la última vez que la había usado. La encendió en la vela de la llama, y el humo se unió al del incienso. Pensó en Tucker Doakes mientras el humo ascendía hacia el techo. Maldito fuera.

Pasó la vara por debajo de la nariz de Lenore. Sus fosas nasales se dilataron, pero no percibió ningún otro cambio. No tosió ni parpadeó al sentir el humo en los ojos. Empezó a recorrer la habitación en sentido contrario a las agujas del reloj para disipar los poderes que parecían haberse hecho con el control de la mujer. Cuando volvió de nuevo al altar, cogió una pizca de sal y se la derramó por el pelo y los hombros. Sal para purificar; sal para expulsar el mal.

¿El mal?

Miró la frente de la mujer y empezó a pensar en lo que se había materializado en aquella habitación la otra noche. De alguna manera había conseguido no tener en cuenta de verdad esas cosas. Se había comportado como si lo que había ocurrido en aquel lugar fuese una ilusión momentánea, un sueño. También estaba dispuesto a aceptar que fuese una pesadilla.

Pero ¿el mal?

Se colocó delante del altar con la cabeza gacha y el athame roto en la mano izquierda, y empezó a rezar para acaparar fuerzas.

Ayúdame, Elias, pensó. Pero no sintió la presencia del anciano cuya voz había escuchado con atención hacía unos minutos. No sintió que lo visitase. Intentó no alentar aquella decepción.

En lugar de ello, se imaginó cómo se le abría un agujero en la coronilla y que se vertía en su interior un poder cósmico con el aspecto templado, pesado y espeso del mercurio. Cuando quedó lleno hasta el borde, llegó incluso a notar un cosquilleo que recorría sus nervios y sus venas. Luego se giró y levantó la daga por encima de su cabeza. Lenore titiló a la luz de las velas, el brillo le inundó los ojos y le bajó por las mejillas como si fuese cera derretida. Lágrimas. Los espíritus que estaban a su alrededor debían haber empezado a perder el control

No voy a tener que llamar al hospital, pensó.

El mandala que tenía en el centro de la frente empezó a brillar.

Bajó el athame y le apuntó directo a la frente, justo hacia aquel símbolo palpitante.

—¡Marchaos los que no habéis sido invitados! —gritó. Al pronunciar aquellas palabras, se imaginó que un chorro de energía pura le bajaba por los brazos y salía despedido a través del cuchillo. Se imaginó que el estallido quemaba todas las impurezas del aura de Lenore, de la estancia, de todo Cinderton... de la mismísima Tierra. Y durante ese mismo instante, no pudo evitar pensar que se enfrentaba al mal. La energía animal que surgía de sus entrañas necesitaba creer por unos instantes en el mal para así fortalecer su fe en que lo que él hacía era el bien, y también asegurarse que era necesario hacerlo.

Se imaginó con detalle que la enfermedad de Lenore se deshacía en una infinidad de pequeños pedazos que parpadeaban y desaparecían en los lejanos confines del universo.

Bajó el cuchillo y respiró hondo.

La mujer tenía los ojos cerrados. Parecía tranquila

Michael se agachó delante de ella y la besó en la frente, como si hiciese las paces con aquel signo que la engalanaba.

—¿Lenore? —llamó.

Abrió los ojos y le miró distante, parpadeando como si intentase averiguar dónde se encontraba. Michael notó cómo el corazón le daba un vuelco.

—¿Cómo te sientes, cariño? Todo va bien.

Esbozó una ligera sonrisa y extendió la mano hacia él. Michael empezó a rodearla con los brazos, pero eso no era lo que ella quería. Le quitó la daga de la mano antes de que pudiese hacer nada y luego consiguió escabullirse, agacharse apoyada contra la puerta.

—Lenore —dijo con cautela—. ¿Qué haces? Baja eso, ¿vale?

Se puso al athame en la garganta y atravesó unos milímetros la delgada piel con la punta rota. Luego dejó la hoja quieta mientras unas pequeñas perlas de sangre que se convirtieron en un flujo constante se le derramaban por el cuello.

Michael notó cómo el tiempo se ralentizaba.

—¡Quieta! ¡Lenore!

No podía apartar la vista del cuchillo ni de la sangre, pero entonces vio un ligero movimiento en el aire sobre ella. Algo que se agitaba y palpitaba en la atmósfera. Era tan tenue que, de no haberlo visto antes, no habría sido capaz de reconocerlo. Hacía dos noches. Ahora era más pequeño, y se acercaba a Lenore con dos extremidades delgadas que eran como espinas que parecían irradiar de su pelo y la hacían resplandecer como si tuviese el aura de una santa bizantina, pero de una luz negra en lugar de dorada.

Pero no todas aquellas espinas sobresalían hacia fuera. La mayoría de ellas se curvaban hacia abajo y salían directas de su cráneo. Fue en ese momento, al verlo tan claro, cuando reconoció de una vez por todas que no era un problema con las drogas. Llevaba tiempo sin drogarse. De hecho, lo habría preferido, porque era un enemigo al que se había enfrentado antes.

Y, al contrario que aquella cosa, que aquel mandala, las drogas nunca le habían plantado cara.

14

Se quedaron sentados durante horas en el templo, una confrontación silenciosa digna de una toma de rehenes. Mientras, el clima empeoró y la tormenta al fin llegó a Cinderton.

La lluvia tamborileó en la ventana, al principio con suavidad, pero Michael notó que el aguacero se impacientaba cada vez más.

No estaba seguro de si podría razonar con ella. Los mandalas hablaban un idioma diferente, pero de alguna manera se habían comunicado antes con los humanos, como cuando le habían dictado su sabiduría a Derek Crowe. Esperaba que aquel aceptara intentar entenderlo.

Para él fue toda una victoria conseguir que Lenore se quitara la punta del cuchillo de la piel. La sangre siguió manando de la herida, pero el reguero cada vez era más débil, terminó por detenerse y quedó la costra. La mujer no se quitó el cuchillo de la garganta, como si se mantuviese secuestrada a sí misma. Michael se convenció de que era capaz de ver el miedo en sus ojos, que ella sabía lo que ocurría y estaba tan aterrada como él, pero era una racionalización desesperada y no se la creyó durante gran parte del tiempo. La verdad era que Michael no reconocía aquella mirada.

No apartó la vista del cuchillo y esperó algún indicio de que se le cansara el brazo, de que la hoja se moviese aunque fuera un poco. Pero la mujer parecía incansable.

—¿Qué consigues haciéndole daño? —preguntó. Pero el mandala había decidido no hablar. Esperó algún ligero roce de su mente, alguna señal de que aquella cosa intentaba realizar una comunicación astral, pero solo sintió el hormigueo de la estática de sus nervios sobresaltados. Temblaba a causa de la fatiga, el hambre y el miedo.

—¿Por qué no me hablas? ¿Qué quieres que haga?

Los ojos de Lenore se serenaron. Vio cómo la mujer emergía de entre alguna especie de niebla interior y le miraba como si se sorprendiera del lugar en el que se encontraba. Se quedó quieta, aún envarada, y el cuchillo no se apartó de su garganta.

—Michael... ¿Qué ha pasado, Michael?

—No lo sé con seguridad, cariño. Intento descubrirlo.

—Hay algo junto a... No, en mi interior.

Estaba a punto de llorar y la hoja empezó a temblar. Se volvió a cortar, en aquella ocasión por accidente, y se estremeció a causa del dolor.

—¡Detenlo, Michael!

—No sé cómo.

—Tienes que hacerlo. ¡Tú lo empezaste! Me obligaste a ir a esa charla.

Recordarlo le desgarró el alma. Él era el responsable. Le dieron ganas de marcharse avergonzado, pero no se atrevió a perder la oportunidad de coger el cuchillo.

—Le he escrito a Derek Crowe —admitió—. Le he pedido ayuda. Espero que sepa qué hacer.

—Sí —dijo ella con voz desesperada—. Seguro que lo sabe. Pero yo no puedo esperar. Estoy aterrorizada. Podría pasar cualquier cosa. Tenemos que hablar con él ya. Seguro que sabe qué hacer.

Michael negó con la cabeza.

—Lenore, no tenemos dinero...

—Podríamos ir en coche...

—¿En coche? ¡Son casi cinco mil kilómetros! Tardaríamos días. No podemos ponernos en contacto por teléfono, ni tampoco podemos quedarnos esperando. Tenemos que hacer algo ya. Algo práctico. Estamos solos.

Poder hablar con ella era un alivio, aunque fuese con el cuchillo suspendido de forma tan amenazadora, pero intentó recordar que cabía la posibilidad de que aquella no fuese Lenore. El mandala no la había dejado hablar en toda la tarde. ¿Por qué dejarle ahora más libertad?

Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Por favor, Michael... Tenemos que ir con él. Es el único que...

Podía llamar al editor de Crowe, pensó. Pero sabía que no le iban a dar el

número del autor.

—No pasará nada —dijo sin estar del todo convencido.

—¿Cómo puedes decir algo así? No sabes lo que siento. Estoy luchando, pero no sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero estamos solos, ¿vale? Yo... intentaré pensar en algo.

—No. Necesitamos ayuda. Necesitamos a Derek Crowe.

Michael compartía aquella convicción, si bien no quería admitirlo. No había manera alguna de conseguir ayuda en el tiempo en el que la necesitaban, y mucho menos de hacer que Crowe volara hasta allí cuando se pusiesen en contacto con él. Pero no podía admitir la derrota justo cuando la batalla acababa de comenzar.

Lenore se estremeció de improviso y se agarró el estómago como si le hubiesen arrancado las tripas. El instinto hizo que Michael se abalanzara sobre ella.

Pero estaba preparada. Había sido una trampa. Le intentó apuñalar la cara y le hizo un rasguño en la mejilla, pero consiguió quitarle el cuchillo de la mano, empujarla contra el suelo y clavarle la rodilla en la espalda. Tenía una cuerda hecha una bola en la mano, la misma con la estaban amarradas las cintas de Elias Mooney. Se la enrolló por las muñecas, la sujetó, la amarró con toda la fuerza de que fue capaz y luego la soltó. Había más trozos de cuerda en el escritorio, entre las velas, los paquetes de incienso y los pedazos rotos de carbón. Se preguntó si también tendría que atarle los pies. Parecía abatida, destrozada.

Sin duda no podía haber derrotado a esa cosa con tanta facilidad, pero quizá sí había conseguido liberarla un poco al atarla, al haberla dejado inutilizada para el mandala.

Yacía en el suelo jadeando y, por el momento, no se resistía. Fuera, se desencadenó la tormenta. El viento aulló con más fuerza y empezaron a oírse repiqueteos y restallidos, como si unos gigantes hubiesen empezado a dar latigazos por fuera de la casa. Supuso que serían las ramas de los árboles mezcladas con los golpes del granizo. Se alegró de que las ventanas estuvieran cubiertas por las estanterías. Sintió por un momento que se encontraban en el ojo de la tormenta, en su calma, rodeados por todas partes de elementos más poderosos que ellos, bloqueados, sin posibilidad alguna de

conseguir ayuda... si es que había algo que podía ayudarlos.

Tenía que hacer algo. No podía quedarse sentado y esperar a que tuviese lugar el siguiente ataque psíquico.

Tenía que llevarla al hospital. Allí el mandala no podría hacer nada. La dejarían en observación, confinada en una clínica, y no les serviría para nada. Se desvanecerían ante las punzadas de la tecnología, ante el escrutinio de la ciencia, como siempre ocurría con ese tipo de cosas. Los mandalas se volatizarían hasta convertirse en fantasmas mentales, en neurosis, en psicosis, se convertirían en síntomas de las enfermedades de Lenore.

Pero ¿sería capaz de llevarla a sabiendas de que podrían encerrarla? ¿No sería esa la peor de las traiciones?

Lo cierto era que casi había aceptado la posibilidad de que estuviese enferma y de que todo lo que habían experimentado fuese tan solo una ilusión compartida. La ciencia trabajaría a destajo para preservar ese universo neutral en el que él creía. Al pensarlo, se desesperó por ver a los doctores y oír su noble consuelo.

—Lo siento, Lenore —susurró para disculparse por adelantado de lo que estaba a punto de hacer. Los científicos se llevarían todos sus problemas. Se llevarían a Lenore...

Una decisión, aunque fuese errónea, la ayudaría a fortalecerse.

Fuera hacía mucho frío. Las carreteras iban a ser traicioneras. Tendría que abrigoarla. Las gotas de sangre que tenía en la mejilla le recordaron que tenía que mantenerse en guardia.

Dio por hecho que Lenore estaría mucho más segura en el templo mientras él lo preparaba todo. No había lanzado un círculo, por lo que no tenía que preocuparse por romperlo. Además, al parecer los mandalas tampoco respetaban ese tipo de cosas. Salió al salón y cogió un par de calcetines y un pantalón térmico de la montaña de ropa. A ella no había manera de vestirla sin quitarle las cuerdas, y Michael sabía que aún no era seguro hacerlo. Cogió la chaqueta grande de Lenore del armario.

Cuando volvió, la mujer forcejeaba con las cuerdas. Hizo un intento muy violento de levantarse, con la cara roja a causa de la rabia y del miedo.

—No te hagas daño —dijo Michael al tiempo que se acercaba a ella.

—¿Yo? ¿Y tú qué me has hecho?

—Intenta recordar. No dejabas de entrar y salir de trances.

—¿Trances? —La mujer lo miró como si fuese idiota—. Por Dios, ¡desátame ahora mismo, joder!

—Lenore, lo siento, pero no puedo. Me amenazaste con un cuchillo.

Apretó los dientes e intentó recuperar el aliento, con los ojos rojos y exaltada. Luego le dijo con voz grave:

—Voy a contar hasta tres, y como no me desates...

—No puedo.

—Uno...

Negó con la cabeza.

—Lenore, no lo voy a hacer.

—Dos...

—No me pidas que lo haga, porque...

La mujer se puso en pie y se abalanzó contra él mientras gritaba:

—¡Tres!

El altar se estremeció cuando Michael chocó contra él. Las velas se volcaron, y se derramaron la sal y el agua. Cayó al suelo con Lenore encima. Lo escrutó desde arriba, desnuda debajo de la bata y con las manos atadas a la espalda, mirándole como si quisiera aplastarle la cara con los talones. Se alegró de no haberle puesto los zapatos. Luego se tensó a la espera de recibir un golpe.

Pero ella no se movió. Su respiración empezó a tranquilizarse. Se puso de rodillas y empezó a gimotear.

—Michael... Michael, ¿dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

Él se levantó con presteza y la rodeó con los brazos.

—Estás aquí, conmigo. Todo va bien.

Apoyó la cabeza contra él y susurró:

—Tenemos que ir a ver a Derek Crowe.

Michael suspiró.

—Es imposible.

—Por favor...

—Yo... voy a llevarte al hospital, ¿te parece?

—¿Al hospital? ¡No podrán hacer nada!

—Allí estarás más a salvo que aquí.

—Los médicos no pueden ayudarme. Me moriré allí. Me matarán. ¡Le harán cosas a mi cerebro! Por favor, vamos a California.

—¿Aguantarás tanto?

—Estaré bien si veo que vamos en camino para buscar ayuda..., ayuda de verdad. Me ayudará a ser fuerte. Aquí hay algo que les da fuerza y que me la quita a mí. Tenemos que irnos. ¡Michael, por favor!

—Joder, Lenore.

Tenía la voz ronca y los ojos enrojecidos, pero consiguió tranquilizarse y se inclinó hacia delante hasta que puso todo su peso sobre Michael. Lloriqueó contra su hombro.

—Ya no me quieres, ¿verdad? Te da igual lo que me ocurra. Vas a dejar que me encierren en un hospital a pesar de que sabes que no tengo la culpa. No vas a hacerte responsable de lo que me hiciste. ¡Joder, eres lo peor!

Suspiró. Se le ocurrió que sería capaz de ganarse su cooperación con una mentirijilla, pero tenía que hacer que sonara convincente.

—Por Dios —dijo—. No creo que vaya a decir esto, pero muy bien. Iremos. Si saberlo te hace sentir más fuerte, iremos.

Sintió que se tranquilizaba al instante.

—Gracias a Dios. Gracias, Michael.

—Quédate aquí un momento. Deja que te ayude a ponerte la ropa. Luego iremos a calentar el coche y le pediremos a Tucker que se ocupe de la casa, ¿vale? Después haremos las maletas con lo que necesitamos.

Lenore lo miró agradecida como si fuese un niño al que le hubiera hecho un pequeño favor, y dejó que la vistiera. Cuando le puso la ropa interior y el pantalón térmico, le colocó la chaqueta como una camisa de fuerza, con los brazos dentro. Se inclinó un poco hacia delante. Tenía mala cara y gesto agotado.

—¿Estarás bien? —le preguntó Michael.

—Me las apañaré.

Salió al porche delantero, bajó las escaleras y se acercó al coche de Lenore. Era noche cerrada, más tarde de lo que pensaba. La aguanieve caía en horizontal a causa del viento helado. Era cruel meter a Lenore en el Escarabajo, y el coche de ella era más espacioso y estable, le parecía mejor tal y como estaba el tiempo. Se subió al Cutlass y cerró la pesada puerta, pero

el motor se resistió a encenderse. Lo intentó todo lo que pudo, pero no quería dejar a Lenore sola en la casa, y desde allí casi ni veía las luces. Podía estar pasando cualquier cosa en aquel momento.

Pues tendría que ser el Escarabajo. Se acercó a él a toda prisa y el motor se encendió sin problemas. Lo dejó encendido y volvió a la casa, helado y empapado.

Era cierto que tenía que ir a hablar con Tucker, pero no por la razón que le había comentado a Lenore. Pretendía preguntarle sobre las drogas que le había estado dando, así sabría qué decirles a los médicos cuando intentaran diagnosticarla. Tucker era el único capaz de decirle lo que le había estado pasando.

Desde el rellano de Tucker, echó un vistazo al jardín y se estremeció. Las luces del porche proyectaban sombras densas hacia los arbustos y los árboles, lo que los hacía parecer artificiales. La escena le recordó al plató de una película de terror, con niebla a ras de suelo y todo, que en este caso salía del tubo de escape del coche.

Echó un vistazo a través de la contraventana de plástico de la cocina. La única luz venía de la nevera, que estaba entreabierta. Tucker debía estar despierto. Tocó en la puerta con fuerza.

No recibió respuesta alguna. Intentó abrirla y el pomo giró. A Tucker no solía importarle que entrara sin avisar. Abrió la puerta y sintió el sonido atronador de la música.

—Oye, Tuck. ¿Tucker? Soy Michael. ¿Estás en casa?

Cerró de un portazo al pasar y luego cerró el frigorífico.

Las puertas del pasillo estaban cerradas. Tocó con suavidad en la puerta del dormitorio de Tucker, que estaba justo sobre el templo. Al ver que no respondía, atravesó el pasillo para llegar al salón.

Estaba vacío. Todas las luces estaban encendidas y el estéreo estaba a todo volumen. La brisa helada había entrado en la estancia y enfriado toda la casa. Bajó el volumen a uno más razonable con la idea de que aquello serviría para hacer salir a Tucker, o al menos para advertirle de su presencia.

Debido al silencio del momento, fue más consciente de la tranquilidad excepcional que reinaba en la casa. Al fin y al cabo, quizá Tucker no estuviera en casa.

—¿Tuck? ¿Scarlet?

Volvió al pasillo y tocó en la puerta del dormitorio con más fuerza que antes. En aquella ocasión, oyó unos arañazos.

Abrió la puerta unos centímetros y vio una franja de pared cubierta de pósteres. Se sobresaltó cuando algo le pasó junto al tobillo, pero solo era Costrosa, que salía de la habitación. La gata recorrió el parqué y dejó a su paso unas huellas pegajosas.

—Oh, oh, Costrosa tiene problemas.

La puerta se abrió del todo.

Lo primero que vio fue el patrón que había en la pared, una imagen de la que no pudo apartar la vista a pesar de todo lo demás. A pesar de las costillas y los pedazos de carne sanguinolenta que había amontonados en la cama de debajo, lugar en el que dos cuerpos yacían entre la confusa maraña que formaban sus propios huesos y la carne que les colgaba en jirones. La imagen de la pared le servía para centrarse en su propia incompreensión, era una distracción bienvenida de todo aquel horror.

El patrón parecía sacado directamente de *Los ritos mandala*, de la misma cubierta que había empezado todos aquellos problemas, del mismo símbolo viviente que se había materializado la otra noche en la habitación que estaba debajo de aquella, el mismo mandala que había visto esa noche introducir sus extremidades en el cráneo de Lenore. Era una copia al carboncillo del mandala realizada con pigmentos rojos oscuros y que perdía algunos detalles, aunque conseguía capturar su esencia. Las extremidades estaban colocadas en la misma disposición, y también tenía ese anillo de puntos doble y sutil que parecía un abalorio de ojos. En aquel momento, solo fue capaz de pensar en que Tucker Doakes había encontrado una copia de *Los ritos mandala*, pintado de manera obsesiva aquella imagen en la pared y cubierto el yeso, la pintura y los pósteres de discos de heavy metal que tenía fijados con chinchetas por todas partes.

Pero el color del mandala casaba demasiado bien con aquella masacre que empapaba las sábanas. El mandala tenía que haber atravesado la pared después de ascender a través del baño de sangre que había hecho con los cuerpos de Tucker y Scarlet. El yeso había actuado como tamiz y separado el cuerpo físico de la sustancia, para dejar detrás aquel patrón.

No podía dejar de teorizar, la intensidad de su actividad intelectual le protegía de sufrir una respuesta sencilla y emocional. Era un problema

terrible, sin duda, pero si uno tenía la mente abierta y disciplinada para dar con la solución, como sin duda harían los médicos cuando les explicara cómo todo aquello se relacionaba con la enfermedad de Lenore, seguro que...

Seguro que...

Todo rastro de pensamiento científico desapareció de su mente. Todas las ilusiones sobre la ayuda que le podría brindar el hospital quedaron destruidas al instante. Escapar parecía en ese momento la única solución razonable.

Lenore tenía razón. Michael le había mentido sobre el lugar al que se dirigían, pero ahora resultó que le había dicho la verdad.

Fuera, una bocina empezó a atronar.

Salió a toda prisa de la habitación, ya que no quería que lo encontraran allí y tenía muy buenas razones para decir que no sabía nada de lo que había ocurrido en la casa de Tucker Doakes. En la oscuridad de la cocina, estuvo a punto de tropezar con Costrosa. La gata. La cogió sin pensar, con la necesidad de proteger a todos los seres vivos de la matanza de la habitación contigua. Demasiado tarde: el pelo del animal estaba apelmazado con aquel crúor apestoso, pero ya estaba fuera y no iba a dejarla debajo de toda aquella aguanieve. Desde el rellano y mientras el viento le golpeaba la cara y Costrosa hacía aspavientos para que lo soltara, vio que el coche de su madre entraba en el acceso en un extraño ángulo con el que acabó por chocarse contra unos arbustos antes de detenerse. Bajó los escalones a toda prisa y se obligó a avanzar de frente hacia los faros, con la esperanza de que el parabrisas estuviese tan emborronado como para ocultarlo de la vista de la mujer, que seguro también estaba borrosa. Corrió de nuevo hacia la casa y pasó por el porche. No podía pensar en más de una cosa al mismo tiempo. Eso era positivo. Con todo lo que estaba pasando, no tenía que seguir preguntándose qué era lo que había pasado arriba.

Volvió a oír la bocina del coche mientras atravesaba el pasillo, dejaba a la gata en el baño y cerraba la puerta para encerrarla allí. Se dirigió hacia el templo a toda prisa y rezó para que Lenore estuviese lúcida.

—¡Rápido! Mi madre...

El templo estaba vacío. La cuerda estaba tirada en el suelo, se había liberado de alguna manera. Temblando y con la boca seca empezó a salir de la estancia hacia atrás y, cuando se giró, vio que Lenore se encontraba en el pasillo y tenía los ojos abiertos como platos.

Michael se tensó, preparado para cualquier cosa. No recordaba haber visto el athame en el altar. Podría haberlo cogido ella. Bajó la vista hacia sus manos. Fue en ese momento cuando ella rio.

Llevaba un hatillo.

—Estoy haciendo las maletas —dijo.

—Por Dios...

—Te dije que no pasaba nada. Ahora sé que nos vamos y estoy mejor.

Michael tragó saliva.

—Nos vamos, bien. Pero mi madre está aquí.

Oyó los pasos en el porche. Avanzaban algo titubeantes. Se preguntó si sería capaz de llegar a la puerta antes de que lo hiciese ella, para cerrarla y dejarla fuera. Eso les daría tiempo, pero ¿para qué? La única manera de salir indemne de todo aquello era convencerla de que todo iba bien.

—Esconde el hatillo —dijo Michael—. Actúa con normalidad. ¿Seguro que estás bien?

Asintió al tiempo que volvió al dormitorio. Un momento después, la madre de Michael empezó a aporrear la puerta. Cuando la abrió, estuvo a punto de derrumbársele en los brazos. Consiguió pasar junto a él a trompicones y se sentó a recuperar el aliento en el sofá. Se quedó allí sudando y jadeando sin dejar de echar una mirada con los ojos enrojecidos por la habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Michael. Su impaciencia hizo que la pregunta sonara con aversión, pero ella no se dio cuenta. Era un milagro que hubiese llegado hasta allí. Sintió otra oleada de pánico cuando reparó en que la mujer estaba a punto de desmayarse allí mismo, lo que le obligaba a echarla a dormir en aquella casa. Cuando se despertara por la mañana y viese que él ya no estaba, ¿se pondría a explorar la casa para encontrarlos?

Pasó de nuevo junto a él, recorrió la habitación como si la examinara mientras intentaba evitar que se notara que había perdido el control.

—He venido a ver a Lenore. Está enferma, ¿verdad? Os he traído algo de... algo de sopa.

Señaló hacia la puerta, y Michael la entreabrió para mirar el porche. Había una olla de metal en el escalón más alto. Tenía la tapa medio abierta y le entraban lluvia y granizo. Tal vez quedasen tres o cuatro centímetros de

líquido en el fondo de la olla, ya que debía de habersele derramado en el coche mientras iba de camino. Cerró de un portazo.

—No está tan enferma —respondió con toda la amabilidad que le fue posible—. Deberías haber llamado. Las carreteras están impracticables. Ahora tendré que llevarte yo. ¿Earl sabe adónde has ido?

—Claro que lo sabe. —Miró la montaña de ropa—. No se le da muy bien cuidar la casa, ¿verdad?

—Mamá...

Recorrió la habitación a trompicones.

—Aquí hace mucho frío.

—No me había dado cuenta.

La cogió por los hombros, pero ella se zafó y trastabilló hacia el pasillo al mismo tiempo que Lenore salía de la habitación con el camisón puesto. Se le veía la parte baja de los vaqueros por debajo del dobladillo.

—Hola, ma —saludó.

—¿Qué haces fuera de la cama? —Le sorprendió que su madre levantara tanto la voz—. Vuelves a estar drogada, ¿verdad?

—Mamá —dijo Michael mientras la cogía por los hombros y negaba con la cabeza a Lenore para que se marchara. Su madre se echó a un lado, abrió de un golpe la puerta del templo y se tropezó hacia el interior.

—Pero mira la mierda que tenéis aquí —gritó—. Por Dios.

—Es privado, mamá. Sal de ahí, por favor.

Intentó sacarla con todo el cuidado que pudo, pero ella se libró y volvió a trastabillar. Después alzó la vista y miró hacia el techo con la expresión más sobrecogedora que le había visto nunca. Regocijo, malicia y algo más. Como si supiese qué era lo que había arriba.

—Mamá, por favor...

Caminó a trompicones hasta el altar. Michael encendió la luz del techo para que el templo se pareciese más a una biblioteca normal. Se acercó junto a ella, con miedo de que le fuera a romper algo, dada su condición.

Se quedó quieta y bajó la mirada hacia el ejemplar abierto de *Los ritos mandala*. Extendió la mano y pasó las páginas. Los mandalas fueron pasando entre las hojas.

—¿Qué es esto?

—Nada. Un libro.

—Parece satánico.

—El satanismo es lo contrario al cristianismo. No me gustan ninguno de los dos. Esto es algo muy diferente.

—Pero es la misma tontería, ¿verdad? Esas mierdas que no se lee nadie. —Se tropezó y cogió el libro, y Michael sintió un escalofrío—. ¿Ves? ¿Qué coño dice aquí? Casi ni puedo pronunciarlo. *P-sm-mim-nou-o-u-e-u-s-v-ee*.

—No lo hagas —dijo él.

—¿Y me dices que crea que no es una mierda?

Oyó un golpe regular en alguna parte, un tamborileo rítmico parecido al girar de un volante, pero a tanto volumen que era como si la casa tuviese corazón y latieran las paredes. Tenían que ser golpes de Lenore.

Su madre se puso muy roja mientras se esforzaba por pronunciar las claves mandala:

—*L...Loq vey-vulp-sea...*

—Déjalo, mamá.

Intentó quitarle el libro y se preguntó por qué Lenore no dejaba de golpear la pared sin cesar, una y otra vez.

—¿Que deje qué? No estoy haciendo *azca roti du naalauv...*

—¡No sigas! —gritó.

Pero ella ya no miraba el libro, ni siquiera lo tenía en las manos. Los golpes de las paredes no cesaron, firmes y regulares, y las palabras surgieron de su garganta como densas oleadas, como gotas de ignominia que se esparcían por la estancia. Lo que le molestaba no eran solo las palabras: había algo que se elevaba junto a aquellos sonidos, una presencia inquietante que hacía que el mismo aire se arrastrara y encogiese. Aquella marea de sonidos se apoderó de su madre y la arrastró por la habitación, la abalanzó sobre él. Cuando la miró a los ojos, no la reconoció, ni a ella ni a nadie a quien conociese.

Pero en el aire que había sobre ella sí que vio algo familiar y no del todo inesperado.

Era tenue, mucho más tenue que el mandala que había invocado Lenore, pero tenía un poder enorme. Aquel era liso y brillaba con un resplandor membranoso, como un gran copo de nieve que se derrite o una anémona de

mar que se pudre, no tenía ojos ni color ni las extremidades que se agitan del otro. Tenía laminillas, como la parte inferior de una seta, y los pliegues de su tejido astral ondeaban y se estremecían, todos en carne viva y abiertos como una boca sin dientes. Se le clavó en el cráneo como si fuese un sombrero atroz que estuviese a punto de succionarle el alma y se le incrustara debido a la presión de aquel beso repugnante. La enfadó y la hizo rabiar aún más, y luego la guio de un lado a otro mientras ella hacía aspavientos. De improviso, no parecía estar borracha, y la neblina que antes cegaba sus ojos ahora parecía provenir de otra causa.

Michael volvió al pasillo y se dirigió a la habitación en la que Lenore golpeaba la pared. La tormenta azotó la casa, desgarró las paredes, estremeció las ventanas y resonó con mucha fuerza.

Su madre se acercó a él y lo intentó agarrar por la garganta. Michael se agachó para evitarla y, al levantarse, se golpeó contra Lenore. La mujer tenía los ojos muy abiertos y estaba aterrorizada, alerta y consciente, gracias a Dios.

Pero los golpes de la pared no habían cesado. Lenore no tenía nada que ver con ellos. En la casa había algo más, algo que las palabras de su madre habían invocado, algo que no dejaba de moverse, de hacer vibrar la casa, de astillar la madera del parqué, de clavarse en los cimientos, de marcar el ritmo de la tormenta.

Lenore se cubrió las orejas y su gesto se retorció a causa del miedo y del dolor.

—¡Haz que pare! —gritó—. ¡Haz que pare!

De improviso, la señora Renzler hizo una pausa y dejó de pronunciar el cántico, luego estuvo a punto de caerse y se apoyó en la pared vacía. Levantó la vista mientras se estremecía y dejaba escapar un gemido. Libraba una batalla en su interior, pero Michael no podía ayudarla. Tenía que proteger a Lenore y a sí mismo. Esa era su prioridad.

Mientras su madre luchaba, Michael metió a Lenore en la cocina y se dirigieron hacia la puerta trasera. Podrían meterse en el Volkswagen, ir a la policía... o a cualquier otra parte. Al hospital. A California. Tendrían que ir sin equipaje, pero necesitaban dinero.

Se giró de la puerta al teléfono, y luego hacia la puerta otra vez. Miró a Lenore en busca de consejo, pero justo en ese momento su madre entró en la

cocina dando tumbos. Había vuelto a pronunciar aquellos cánticos y parecía que aún iba a por él. De alguna manera, parecía haber sido capaz de abrir la puerta del baño, ya que Costrosa deambulaba entre sus tobillos y se los había llenado de sangre. Tenía los ojos rojos y le dedicó una mirada despiadada. Estaba débil a causa del alcohol, y había perdido la batalla.

El horror que le causó verla así lo paralizó. Le desmoronó todas las defensas, todas las barreras intelectuales. No era capaz de convencerse a sí mismo de que había algo extraño en su interior. Aún era su madre, y si aquella era la naturaleza de su relación, el delicado equilibrio sobre el que se sostenía el universo, entonces no había razón para vivir. Sería mejor abandonarse a ella. Regalarle su garganta a aquellas uñas.

La mujer se abalanzó sobre él para cumplir sus deseos. Recitó una oración ahogada mientras sus manos se cerraban alrededor del cuello de Michael. Luego, oyó un apagado estruendo metálico.

Las manos lo soltaron. La mujer cayó al suelo.

Lenore estaba sobre ella y le colgaba de la mano una pesada sartén de metal. La grasa del desayuno, huevos y hamburguesa, se derramaron por el suelo. Se entremezclaba con la sangre que había empezado a rezumar del pelo apelmazado de su madre.

En ese mismo momento, como si el sonido de la sartén hubiera sido el último compás de una canción desentonada, cesó el ruido de las paredes.

Michael se abalanzó sobre el fregadero. Haber visto toda aquella sangre, el recuerdo repentino del dormitorio de Tucker, el pánico que había sentido durante las últimas horas... había sido demasiado para él.

Cuando consiguió mirar de nuevo a su alrededor, Lenore le tomaba el pulso a su madre. Parecía estar tranquila y serena, agachada como un ángel ante una mujer postrada.

—Creo que estará bien —dijo—. No le he dado muy fuerte.

Michael se agachó, tocó la cara inmóvil de su madre y sintió una punzada en el corazón al ver cómo había acabado. Lenore le mostró el lugar en el que había recibido el golpe, del que aún goteaba sangre y que le había enmarañado el pelo. Se había cortado el labio al caer, y también sangraba por la boca. Costrosa estaba cerca y olisqueaba la grasa de la hamburguesa.

—Tenemos que llevarla al hospital —dijo.

—No —sentenció Lenore—. Tenemos que irnos.

—¿Cómo?

—Michael, si lo hacemos, nos van a pillar. Y no podremos escapar nunca.

—No podemos dejarla aquí. ¡Es mi madre, Lenore!

—Voy a meter alguna cosa más en la maleta. La llevaremos a su casa, le diremos a Earl que vino muy borracha y se golpeó en la cabeza. Que él se encargue, Michael.

Bajó la vista hacia su madre. Su respiración era regular, pero eso no probaba nada.

—No sé...

—Es la única manera. Ahora, levanta. Venga.

Hizo un amago de protestar, se le ocurrían un millón de razones buenas y lógicas para oponerse a aquella proposición. Pero cuando alzó la vista, vio el mandala que flotaba sobre ella, como si estuviese alineado en el canto de un cristal y solo fuese visible en ciertos ángulos. Flotaba allí encima, bogando con malignidad en el aire, acariciando a Lenore con ternura pero también de manera amenazante, para hacerle saber a él lo que haría si dudaba o se oponía de cualquier manera.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

15

Cuando llegó a casa aquella tarde, el contestador parpadeaba.

—Tiene un mensaje —dijo una voz ahogada. *Lilith*, pensó Derek, y el corazón le dio un vuelco. Estaba furioso con ella y se regocijó al pensar en la patética excusa que le debía la mujer, unas disculpas inevitables. Sería la primera vez que rompía con él, y no estaba seguro de que fuera eso lo que iba a pasar. Sin duda no era el estilo de Lilith. De hecho, era demasiado pronto para que le llamase. Seguro que lo iba a dejar pendiente durante semanas, igual que tampoco lo llamaba cuando las cosas iban bien.

Después de convencerse de que no podía ser ella, decidió no reproducir el mensaje.

En ese momento, sonó el teléfono. Lo cogió con una desesperación de la que se dio cuenta demasiado tarde y fue incapaz de reprimir. ¡Era Lilith!

—¿Hola?

—¿Hablo con el señor Derek Crowe? —preguntó la voz desconocida de un hombre. Se oían ruidos de calle, una sirena que parecía atronar en su apartamento. También se dio cuenta de que una sirena sonaba en la calle por fuera de su casa.

—¿Quién es?

—No quiero alarmarlo, señor Crowe, pero me gustaría hablar con usted sobre los mandalas.

—¿Alarmarme? ¿Por qué debería alarmarme algo así? ¿Es usted reportero?

Sin pensar, extendió la mano y pulsó el botón del contestador, como si Lilith pudiese rescatarlo de aquel hombre, si estuviese allí con él. La máquina chasqueó para reproducir el principio del mensaje.

—No, soy una persona normal y corriente. Bueno, quizá no muy normal. Dispongo de conocimientos inusuales. Creo que me entenderá mejor si hablamos en persona, aunque sea durante poco tiempo.

Comenzó a sonar el mensaje:

Hola, espero que este sea el número de Derek Crowe... El contestador no ha dicho nada. Era otra voz masculina y extraña, aunque esta tenía acento francés. Hemos intentado ponernos en contacto con usted durante mucho tiempo, pero espero que esta vez sea la definitiva.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—No puedo decírselo. Pero déjeme asegurarle que soy un buen ciudadano. No tengo intención de causarle ningún problema ni de hacerle daño alguno. Solo quiero prevenirlo de ciertas dificultades.

Me llamo Etienne. Soy uno de los propietarios del club Mandala, que se va a abrir aquí el seis de febrero, ¡el trigésimo séptimo día del año!

¿El club Mandala? ¡Aquello era absurdo! ¡Ahora lo llamaban por teléfono!

Intentó mantener la atención puesta en el interlocutor del teléfono.

—¿A qué se refiere?

Mi socia y yo llevábamos mucho tiempo queriendo ponernos en contacto con usted. Bueno, hablar con usted sobre los mandalas y sobre el papel que desempeña usted en todo este espectáculo.

—Esto... no es algo que me apetezca hablar por teléfono.

—No tengo tiempo para juegos —dijo Crowe.

Creo que podríamos intercambiar información interesante.

—Le prometo que esto no es un juego. Le estoy siendo muy sincero. He venido de muy lejos para verlo. Le aseguro que este problema es muy importante para mí, como representante del pueblo camboyano aquí en California.

¿Camboya?, pensó Derek al instante.

Oh, no.

Empezó a responder con una objeción poco convincente, pero el contestador, aquella voz dubitativa pero arrogante, empezaba a impacientarse y no lo dejaba concentrarse.

Por favor, llámeme tan pronto como le sea posible para que podamos

reunirnos y hablar sobre el tema. Esperamos poder implicarlo de alguna manera en el club. Hay sitio para todos, creo. Mi número...

Derek bajó la mano con fuerza y apagó la máquina.

—¿A qué se refiere con representante? —preguntó—. ¿Es usted político?

—Bueno, realizo una pequeña actividad política, sí. Pero no le hablo con autoridad política. Por ahora, prefiero ser discreto. Mis votantes podrían enfadarse si se enterasen de que he descubierto que usted trabaja con estos mandalas, como usted los llama. Estoy aquí por esas personas. Quiero ahorrarles mucho sufrimiento.

La mención de Camboya revivió al espectro de Elias Mooney. Era como si Eli fuese a por él incluso después de muerto; como si hubiese resucitado a causa de la publicación del libro; como si cada vez que una mente inocente quedaba expuesta a los mandalas, la sombra de Eli se hiciese más densa y más oscura para reivindicar su relación con aquel desastre. Michael Renzler, Bob Maltzman y ahora ese hombre. Rezó para que aquello no significase que su interlocutor también conocía a Elias.

Le pasó por la cabeza que quizás estuviera a punto de recibir algún tipo de chantaje. Podía pasar de los tipos del club Mandala, pero sintió que no podía hacer caso omiso de aquel hombre. Al menos, no hasta que oyese sus peticiones.

¿Dónde... dónde se encuentra? —preguntó al cabo de una pausa.

—Estoy muy cerca —respondió el hombre—. ¿Puedo invitarlo a un café? Me gustaría que nos viésemos durante unos minutos. Es muy importante para mí.

—¿Dónde?

—No he podido evitar fijarme en que hay un restaurante camboyano delante de su edificio. Podríamos vernos allí...

—¿Cuándo?

—Tan pronto como le sea posible.

—Ahora —dijo Derek—. Acabemos con esto. ¿Cómo lo reconoceré?

—Oh, no se preocupe. Lo he visto en sus libros. —Rio. Un repiqueteo muy grave—. Hasta ahora.

Derek colgó el teléfono. Ni siquiera se había quitado el abrigo. Se dio cuenta de que los mandalas estaban hipotecando su vida y se la estaban

haciendo imposible. Pero quizá consiguiese algo de publicidad con todo aquello. Quizá debería centrarse en sacar el máximo provecho de su libro y dejar de preocuparse por el siguiente. Ver adónde lo llevaba todo aquello. Podían engañarlo con aquel intento fallido de chantaje, y seguro que la conexión con Mooney era demasiado endeble. Tenía que descubrir qué tramaba aquel hombre, eso era todo. Estaba seguro de su inmunidad, ya que a efectos prácticos él no tenía la culpa de nada.

Encendió el contestador, dejó que el mensaje terminara y apuntó el número del propietario del club Mandala en una nota adhesiva que luego se metió en el bolsillo. Los llamaría, de acuerdo. Ahora iba a calentar un poco.

Fuera, cruzó la calle sin esperar a que el semáforo se pusiese en verde, llegó junto a la puerta del Prey Svay Café y un hombre que había sentado allí le abrió la puerta. Se detuvo y lo miró: era media cabeza más bajo que él, tenía el pelo muy oscuro, enmarañado y con algunas canas, pero iba bien afeitado. Rebosaba fuerza y confianza, pero parecía habérselas ganado a pulso. Tenía la piel de la cara tan marcada que parecía lleno de picaduras de viruela; su mano también estaba llena de aquel tejido cicatrizado y nudoso. Derek agachó un poco la cabeza a modo de saludo, como si aquella fuera la costumbre en todo Asia, y se sintió como un idiota cuando el hombre extendió una mano para estrechársela.

—Me llamo Huon.

—Muy bien.

Derek entró delante. Era un pequeño restaurante con una barra en el centro, en la que varios clientes estaban sentados solos y comían sopa mientras miraban hacia la cocina o leían los periódicos. En la pared opuesta había una hilera de mesas. Derek se dirigió hacia la de la esquina más alejada. Huon se quedó atrás un instante para quitarse un chubasquero de plástico gris y dejó al descubierto una chaqueta de tweed, una camisa a rayas de tela Oxford con varios bolígrafos en el bolsillo y una corbata con un nudo doble Windsor. Dobló la chaqueta con cuidado y la dejó sobre el asiento. Se sentó al lado; y Derek vio que al hombre le faltaba la oreja izquierda. Solo quedaba de ella un tejido retorcido y cicatrizado, eso y una cicatriz rojiza que daba la impresión de ser un moratón reciente.

Huon vio que se la miraba y se la tocó con un dedo lleno de cicatrices. Derek decidió no apartar la mirada, no podía dar la impresión de ser

aprensivo con un hombre que, después de todo, había acudido a su encuentro.

—Sufrió mucha gente —explicó el hombre—. Por culpa de los Jemeres Rojos. Las dolencias físicas fueron las menos crueles. Supongo que conoce algo de la historia de Camboya. ¿Kampuchea Democrática? ¿Pol Pot? ¿El régimen de Ieng Sary?

—No he venido a que me enseñe historia.

—Pero esto no es historia. En realidad, son acontecimientos actuales. Los Jemeres Rojos aún siguen en el poder en Camboya.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Huon suspiró y ladeó la cabeza al tiempo que cerraba las manos. El camarero apareció en el otro extremo de la mesa.

—Eso es lo que me gustaría descubrir —respondió—. ¿Solo café?

Derek asintió. Huon pidió para los dos en un idioma que Derek supuso que era jemmer. El pequeño camarero rechoncho asintió sin dejar de observar a Huon con la misma intensidad con la que lo había hecho Derek, luego se alejó despacio y los miró de reojo dos veces más en lo que tardó en llegar hasta la cocina. De vez en cuando volvía a mirarlos desde detrás de la barra. Regresó con dos vasos de agua con dos centímetros de leche condensada en el fondo y dos filtros de café de metal en la parte superior que llegaban hasta la leche. A Derek no le gustó nada aquel brebaje, que era empalagoso y amargo al mismo tiempo. Odiaba el sabor de la leche en lata. Apartó el vaso.

—Para mí un café solo —pidió—. Puede llevarse esto.

—Lo siento —dijo Huon—. Pensé que era algo más experto.

—Pues no sé por qué.

—Señor Crowe...

Huon parpadeó varias veces, como si buscara las palabras en un teleprónter.

—Señor Huon...

—No, ese es mi nombre. He optado por no darle mi apellido por ahora. Soy un asesor del gobierno en el sur de California, y me gustaría pasar desapercibido para proteger a los míos... a los refugiados camboyanos, quiero decir, y evitar que sufran más daño.

—¿En qué medida podría yo hacerles daño a sus votantes?

—Me temo que en mucha, por el mero hecho de publicar su libro.

—No tengo ni idea de qué me habla.

—Pues debería.

La voz de Huon, que hasta ese momento había sido tranquila y conciliadora, se tornó de improviso más oscura y distante, alcanzó las profundidades en las que se había curtido con carencias y sufrimiento, pero también donde había encontrado la fuerza para sobrevivir. No cambió nada en su apariencia, pero de repente Derek se dio cuenta de que el hombre era más serio de lo que había sospechado. Sintió otra punzada de miedo. ¿De verdad todo aquello tenía algo que ver con Elias?

—Creo que debería tenerla porque tiene los mandalas. Los tiene a la perfección. Y solo puede haberlos sacado de un lugar.

Llegó el café de Derek. Se lo tragó con prisa y se quemó varias capas de tejido de la boca, pero apenas lo sintió, pues trataba de averiguar cuáles serían las siguientes palabras de Huon y lo que iba a responderle. Si lo siguiente era lo que pensaba, tenía que quitarse a aquel hombre de encima...

—¿Le suena de algo el nombre de Tuol Sleng? —preguntó Huon.

Derek se relajó, porque aquel nombre no le sonaba de nada. Se encogió de hombros, aliviado por poder dedicarle un gesto de sincera inocencia.

—¿Otro restaurante camboyano? —preguntó.

Se alegró al ver que Huon parecía decepcionado.

—Tuol Sleng —repitió—. En jemer, significa la Colina del Árbol Venenoso. Es un distrito de Nom Pen, pero más importante aún, era un centro de interrogatorios creado por los Jemeres Rojos cuando controlaban Camboya, entre 1975 y 1979. ¿Puedo preguntarle dónde se encontraba usted por esa época, señor Crowe?

—No es que sea asunto suyo, pero estaba en la universidad, y luego empecé a trabajar en una agencia de publicidad. Sin duda no estaba socializando en el Sudeste Asiático como uno de esos jipis místicos por los que debe de haberme confundido.

—No había nadie «socializando» en Camboya en esa época. ¿Sabe dónde estaba yo, señor Crowe?

—Si tuviera que aventurar alguna respuesta, supongo que en Tuol Sleng.

—¡Muy bien! Pero solo durante el fin del régimen. Nadie pasaba mucho tiempo allí. Solo unos pocos sobrevivieron a su desplome. Yo escapé, sin

duda, primero de Tuol Sleng y luego de los invasores vietnamitas. Me marché a Tailandia, y algunas de estas cicatrices me las hicieron en la frontera. —Levantó la mano huesuda—. Se supone que no podíamos salirnos del camino, pues había minas por todas partes. Pero siempre que caían proyectiles a nuestro alrededor, a alguien le daba un ataque de pánico y saltaba a un lado para cubrirse. En este caso, yo cuidaba de varios niños. Huérfanos. Los perseguí e intenté detenerlos, pero era demasiado tarde. Sus cuerpos me protegieron de lo peor. Todos murieron. Estos bultos... —Se tocó algunas de las cicatrices más grandes del dorso de la mano—. Son astillas de sus huesos y metralla enterradas en mi carne. Es lo único que queda de ellos.

Huon miró con fijeza a Derek, como si lo retara a apartar la mirada.

—Eso ocurrió en la frontera, entre amigos. —Se pasó la mano por la parte izquierda de la cara y se tocó una parte ennegrecida que tenía en la mandíbula—. Esto es lo que me hicieron en Tuol Sleng.

El café de Derek estaba frío y amargo. Se dio cuenta de que lo había mantenido en la boca sin tragar. Intentó tragarlo y estuvo a punto de atragantarse.

—Uno de los hombres a quienes conocí allí, justo antes de que terminara todo, perdió aún más. Se podría decir que perdió todo lo que tenía, antes de que descubrieran que ya no podían mantenerlo más tiempo con vida. Creo que usted sabe muchas cosas sobre ese hombre.

Derek intentó con torpeza volver a poner la misma cara que había puesto hacía unos momentos, pero ahora le parecía inapropiado. Lo mejor que podía hacer era poner cara de idiota y parecer aterrorizado.

—Quizá no llegara a conocerlo. ¿Cómo iba a hacerlo si no era más que un mero... redactor creativo muy joven? Pero sé que los logros de esa persona, todas sus enseñanzas, llegaron hasta usted. No estoy seguro de cómo ocurrió, pero tampoco le daré muchas vueltas. ¿No le parece extraño cómo se han desarrollado todos los acontecimientos, como si tuviesen voluntad propia? Mire hasta dónde he llegado, señor Crowe. Desde Camboya hasta Long Beach y ahora hasta usted. Creo que existe una razón para lo que ha ocurrido, y creo que usted tiene que darme todo lo que tenga. Nunca le ha pertenecido de verdad y ya ha causado mucho daño. Le pido por favor que me lo dé para así poder destruir esa atrocidad.

Derek se dio cuenta de que como no encauzara la situación, Huon lo

arrastraría hacia un círculo ilimitado de acusaciones.

—No podría ser menos claro, ¿verdad? Si tuviese la más mínima idea de lo que habla o de lo que pretende, quizás habría acabado con esta conversación antes. La única razón por la que sigo aquí es para sorprenderme por la manera en la que un hombre puede hablar tanto sin decir nada coherente. Le aseguro que es muy conmovedor y que lo siento mucho por los refugiados, y también que los suyos se encuentren en un aprieto. Pero de lo demás... no ha dicho ni una sola palabra que tenga sentido para mí.

—Señor Crowe...

—No, espere un minuto, por favor, Huon. ¿Ha leído mi libro?

—He visto los mandalas, que es como llama a esas cosas...

—Eso no es lo que le he preguntado. ¿Lo ha leído?

Huon negó con la cabeza a regañadientes, como si le doliese ceder lo más mínimo.

Claro: es un político, pensó Crowe.

—Si leyese mi libro, vería que fueron los mandalas los que se pusieron en contacto conmigo. Que se canalizaron, a través de energías que eran desconocidas para mí hasta que anunciaron su presencia, a través de una mujer que me pedía consejo espiritual.

—Pensé que trabajaba de publicista.

—Eso fue en los años setenta. En los ochenta me centré en mis designios espirituales. Lo que quiero decirle es que si usted también reconoce esos símbolos, quizá sea porque la misma persona nos lo ha revelado a ambos.

La cara de Huon se ensombreció.

—Permítame... dudarle mucho.

—Eso mismo pensaba yo hace unos meses. —Ahí estaba su oportunidad, la inspiración con la que iba a conseguir que Huon dejara de perseguirlo e iba a enviarlo tras una pista más complicada y descabellada. ¡Era justo lo que necesitaba!—. Pero luego empecé a ver los mandalas por la ciudad. En carteles, en tablones de anuncios y en folletos. Son los mandalas de mi libro, pero no tienen nada que ver conmigo.

Huon agarró con más fuerza el vaso, que aún estaba lleno de café que no se había tomado. Las profundas cicatrices de su mano destacaban en blanco debajo de la carne.

—Mi libro aún no se había publicado, ¿sabe? Nadie más conocía esos diseños. Hasta ese momento había creído que todo eran alucinaciones de mi paciente, de la señorita A, como la suelo llamar, pero al parecer habían salido de algún otro lugar. Ahora mismo hay un club nocturno que prepara una gran apertura y cuyo único propósito es deslumbrar a la ciudad con una enorme exposición de esos mandalas. Y no son mis mandalas, como dice usted. Son de todos. Se han revelado en todas partes.

Huon se quedó boquiabierto.

—No puede ser cierto.

—El club Mandala —anunció Derek, ahora con petulancia y más confiado. La jugada le había salido muy bien—. Le sugiero que lo busque si se va a quedar en la ciudad uno o dos días más. Quizás ellos conozcan a su amigo de la Colina del Árbol Venenoso. —Rebuscó en el bolsillo y sacó la nota adhesiva—. Aquí tiene. Puede llamarlos ahora mismo.

Dejó el papel amarillo en el espacio de la mesa que los separaba. Huon lo miró incrédulo. Derek nunca se había sentido tan triunfante. Era una pequeña batalla, pero a saber cuáles habrían sido las consecuencias de perderla.

—¿Un club nocturno?

—Horrible, ¿verdad? En mi opinión, es algo mucho más desagradable para los suyos que cualquier cosa que haya publicado yo en mi libro, ya que, en el fondo, mis intenciones eran nobles.

—La persona con la que tiene que hablar se llama Etienne —confesó Derek.

Huon se levantó de improviso, y el vaso se tambaleó. Derek cogió un puñado de servilletas del dispensador de metal y las usó para secar el agua, pero no consiguió evitar que unas gotas le cayeran en el pantalón. Se levantó de la mesa maldiciendo, pero Huon ya había desaparecido. Vio cómo se perdía a través de la puerta principal y el camarero se acercó a él con una toalla y una mirada que denotaba una ligera sospecha ante la salida tan urgente del otro hombre.

Derek hizo una mueca y se metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera. Al parecer, Huon le iba a hacer pagar la cuenta. Era el peaje que tenía que pagar por quitarse de encima a aquel político, pero aun así le irritaba.

Las consecuencias de su victoria eran igual de irritantes. Mientras subía por las escaleras hacia su apartamento, se dio cuenta de todos los obstáculos

que lo acechaban y se abrían a su alrededor como socavones de lo que parecía la sólida superficie de su vida. Tenía que reducir todos los riesgos de alguna manera. Quizá fuese el momento de deshacerse de la prueba más tangible que lo relacionaba con Elias Mooney. No sabía por qué los había conservado durante tanto tiempo, pero sí que los cuadernos podían contener suficiente material sin usar como para escribir un segundo libro, o quizás incluso para crear esa baraja del tarot más grande. Los cuadernos eran una cosa, no eran más que palabras escritas, pero lo cierto era que no había razón alguna para conservar lo peor del legado de Elias, la parte a la que estaba muy seguro que se había referido Huon.

La caja seguía donde la había dejado, junto al sofá, y estaba entreabierta. Había evitado mirarla o enfrentarse a ella, pero había llegado el momento. Se preguntó cuál sería la mejor manera. ¿Quemarla en el fuego? ¿Enterrarla? ¿Tirlarla a la basura?

Fue a la cocina a coger unos guantes. Cuando volvió a entrar en la habitación, la caja había empezado a abrirse por su cuenta, y las solapas se elevaban poco a poco. Bueno, era él quien había empezado a molestarlos, así que ahora empezaban a desplegarse a causa de la presión. Daba miedo, pero tenía una explicación. Se quedó mirando las solapas y esperó a que saliera lo que había dentro con las manos enguantadas de un amarillo resplandeciente colgando por los costados.

Venga, pensó. Muéstrate, atrocidad.

Luego rio entre dientes, disgustado consigo mismo. ¡Sin duda se estaba volviendo loco!

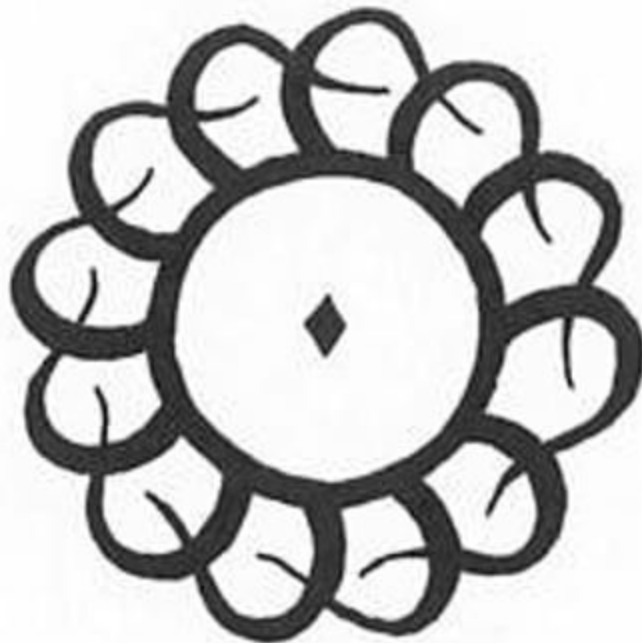
¿Cómo había llegado a aquel punto? ¿Cómo?

—Lo sabes muy bien —murmuró—. No finjas que no.

CUARTA PARTE

Somos la depravación que está entre vosotros, inspiradores de mentiras y vanidad.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Somos los ángeles que están entre vosotros, inspiradores de tranquilidad y sabiduría.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

16

Los magos, los videntes y los hechiceros suelen vivir en cuevas oscuras, castillos tempestuosos o mansiones decrepitas con capiteles derruidos; los típicos lugares que, aunque sean nuevos, parecen embrujados. En el fondo, Derek esperaba algo similar el día en que se dirigió en coche para conocer a Elias Mooney. Sabía muy bien que lo de los castillos no se llevaba en California (o, al menos, fuera de Hollywood), pero se imaginó que el hombre vivía acomodado en una vieja mansión victoriana o en una granja desvencijada, o algo así.

No tardó en quedar decepcionado. Cuando cruzó el puente de la Bahía y atravesó las renegridas colinas de Oakland para salir por el extremo este del túnel de Caldecott, lo único que vio fueron unas casas adosadas alineadas a lo largo de las amarillentas laderas de las colinas. San Diablo era una región seca que se encontraba fuera del alcance del mar de nubes de San Francisco. Había sido tierra de labranza y de plantaciones de frutos secos, pero luego se había entregado a unos promotores que tenían inclinación por los apartamentos caros emplazados en bosques artificiales. Se había convertido en un pequeño pueblo con historia e identidad propias. Las fronteras de San Diablo se habían confundido con las de las zonas colindantes, lo que la había convertido en una ciudad dormitorio. Lo único que la distinguía del resto de la extensión de las afueras era un cartel de salida que quedaba en la autopista.

Ninguno de los mapas de Derek mostraba ninguna ruta mejor que la carretera principal, una autopista secundaria rodeaba por franquicias de comida rápida y moteles, edificios de más de una década de antigüedad. Se detuvo en una gasolinera de autoservicio en la que aceptaban su tarjeta de crédito. El joven empleado estaba sentado a salvo en una cabina acristalada y, cuando Derek le pidió ayuda, le indicó con señas que el interfono estaba

estropeado. Parecía tener muy claro que debía quedarse en el interior de aquella cabina averiada en lugar de salir y responder a sus preguntas. Estaba seguro en su trabajo y desconfiaba del mundo exterior.

Para colmo, nadie que comprara ni trabajara en la tienda cercana vivía en realidad en San Diablo. Un milagro: había una máquina expendedora en el aparcamiento que dispensaba mapas de la zona. Con la ayuda de uno, consiguió llegar a Blackoak Avenue.

Se sintió desorientado debido a su encuentro con la gasolinera fortificada y automatizada, la apatía del trabajador de la tienda y la máquina de mapas fortuita. La sensación fue a más al darse cuenta de que iba a conocer a un hombre que se había criado entre carromatos tirados por caballos, tiendas tradicionales y escuelas pequeñas y rojas. Una persona que, a pesar de encontrarse en aquel ambiente insustancial de las afueras, era capaz de hablar sobre viajes astrales y civilizaciones alienígenas desconocidas. Por otra parte, era fácil dar por hecho que un anciano se había vuelto más solitario, demente y paranoico al vivir en un lugar así. San Diablo le daba esa sensación de opresión y abandono que siempre hacía que Derek se marchara al centro de la ciudad más cercana. Pensaba que los riesgos de una vida en la urbe eran mucho más obvios y evitables que los peligros de las afueras tranquilas y conformistas.

La casa de Mooney era un adosado pequeño y bonito adornado con unas tejas españolas rosadas y una franja de césped reseco. El acceso para coches estaba tan vacío como la calle, señal evidente de que la enfermera a domicilio del anciano ya se había marchado. Aun así, Derek aparcó en el bordillo del otro lado de la calle y echó un vistazo al lugar por un instante al calor de la tarde en busca de la más mínima señal de las excentricidades del inquilino. La hierba marchita estaba bien cortada y las estacas de la valla no estaban muy descoloridas. No había pentáculos ni runas a la vista, pero sí un enanito de cerámica que lo miraba desde debajo de un arbusto de hojas húmedas y afiladas. Lo único que distinguía la casa del resto era una rampa para sillas de ruedas que conducía a una de las puertas laterales de la casa.

Comprobó la dirección en los números negros y metálicos que había fijados en la pared blanca de estuco de la casa. Abrió la grabadora para meter una cinta vacía, pero vio que dentro ya había una sin apenas usar. La rebobinó hasta el principio, la encendió y reparó al momento de que se

trataba de su primera conversación con Elias. Tenía que grabarlo todo, ya que no se le daba muy bien tomar notas.

Oyó cómo alguien cogía el teléfono y luego una respiración afanosa. Era la voz de un anciano, grave y susurrante, que dijo:

—¿Sí?

—Hola. ¿Hablo con Elias Mooney?

Le sorprendió que, a pesar de que era él quien le había dado su número e invitado a Derek a llamar, le preguntara:

—¿Quién llama?

—Soy Derek Crowe. Acabo de recibir su carta y no quería perder más tiempo.

—¡Vaya! ¡Qué bien! —exclamó, con una voz animada y libre de toda sospecha—. Es un placer oírlo. ¿Ha leído mi carta con el estado de ánimo adecuado?

—No tengo palabras para expresarle lo que me ha encantado leerla. Claro que he oído hablar de usted, señor Mooney.

El anciano gruñó algo.

—¿Perdone?

—¿El libro de Steiger? —preguntó—. Le diré que es mentira. Todo. Retorcí todo lo que le conté para adecuarlo a sus estúpidas teorías.

—Bueno, es obvio —se apresuró en afirmar Derek—. Pero conociendo los prejuicios de ese hombre, no es complicado arrinconarlos y descubrir qué era lo que pretendía usted.

—¡Qué bien! Sabía que era usted un académico muy perspicaz. Dion Fortune fue mucho más amable conmigo. Aparezco de manera anónima en varios de sus libros. Algunas de las aventuras que según ella son suyas en realidad fueron vivencias mías. Le di permiso para... Bueno, supongo que no podremos usarlas cuando nos pongamos a escribir mi historia, ¿verdad? ¡Ya me han acusado de robarle a Dion mis propios recuerdos!

Mooney rio a pleno pulmón durante mucho rato, hasta que se quedó en silencio sin previo aviso. Parecía haber visto a alguien.

—¿Llamo en mal momento? —preguntó Derek.

—No, es mi enfermera. Tendrá que venir cuando ella no esté en casa. De ese modo podremos hablar sin problemas. ¿Tiene coche?

Derek rebobinó la cinta hacia delante y oyó el agudo chirrido de las voces. Cuando la cinta se quedó en silencio, apagó la grabadora. Habían pasado ya dos días desde aquella conversación, y aún era incapaz de concentrarse en el proyecto que se traía entre manos: *Recuerda tus vidas pasadas*. Se había sentido como el Ahorcado del tarot: suspendido por un pie pero con las manos libres para escribir y, aun así, incapaz de hacerlo. Tenía la mente ocupada con miles de posibilidades. Le daba la sensación de que aquel encuentro sería un atajo hacia la fortuna. Los absurdos cuentos sobre el Don Juan de Carlos Castaneda habían vendido millones de ejemplares y le habían hecho ganar una fortuna a su autor. Derek se daría por satisfecho con una fracción de aquel éxito. Algún día, «Elias Mooney» podría convertirse en un nombre muy conocido si las cosas iban bien, y Derek tendría casa propia en lugar de aquel miserable apartamento en Tenderloin...

Todo aquello no era, de momento, más que una ensoñación tan fantástica como las que refería la carta de Mooney. Derek era muy consciente de que el éxito es, en realidad, una carrera de fondo, pero más larga que las demás. Pero después de hablar con el anciano se sintió obligado a continuarla. Ya había alentado las esperanzas de Elias más de lo que le habría gustado, y no quería decepcionarlo sin antes hacerle una visita. Por ello, dejó de lado sus dudas y su desconfianza y decidió acudir a la cita.

Llevaba un maletín y la grabadora metida en el bolsillo. Se acercó a la casa y la miró de cerca en busca de cualquier indicio de que el Maestro de los Misterios la habitase. En la parte superior de la rampa había un felpudo de goma al que casi no le quedaban cerdas. Oyó una televisión al otro lado de la pared, voces que se oían por encima de un zumbido de fondo casi inaudible. Cuando tocó en la mosquitera, las voces dejaron de oírse. Luego oyó que otra, la grave con la que había hablado por teléfono, le gritaba:

—¡Espere ahí!

La puerta se abrió despacio y solo vio sombras al otro lado. Derek miró a través de la mosquitera sucia y vio el resplandor plateado de unos radios de metal. El hombre de la silla de ruedas no parecía tan seguro de sí mismo. Derek abrió la mosquitera y entró por su cuenta. Mooney le hizo hueco y rodó hasta un sofá que recorría la pared del fondo. Era una habitación pequeña que tenía estanterías en dos paredes y una televisión en otra, enfrente del sofá. No había más mobiliario. Mooney necesitaba mucho espacio para la

silla. Derek dejó el maletín junto al sofá y luego se giró hacia Elias Mooney al tiempo que le tendía la mano.

—Es un placer, señor Mooney

—Por favor, llámeme Elias. ¿No tuvo ningún... problema? ¿Para... llegar hasta aquí?

A Derek le dio la sensación de que Mooney no se refería a los problemas habituales; es decir, cómo encontrar la casa o el estado del tráfico. Se refería más bien a problemas de una naturaleza profunda, intrincada y cósmica, a si los poderes malignos del universo se habían empeñado en poner obstáculos a los dos ángeles de luz para así frustrar una reunión que podría acarrearle la ruina a un señor oscuro. Derek se preguntó si debía tener en cuenta el desasosiego que le habían causado la gasolinera y la tienda, pero decidió no mencionarlo. Al fin y al cabo, se había topado con un aliado imprevisto en forma de máquina expendedora. Las fuerzas elementales estaban en equilibrio.

—Ninguno —respondió.

Mooney se sintió aliviado al oír la respuesta y luego salió del salón con la silla de ruedas para llegar hasta una cocina abierta e ir a por una cafetera y dos tazas que había en una mesilla.

—¿Quiere que lo ayude?

—No, puedo hacerlo sin problema. Póngase cómodo. La enfermera lo hizo antes de marcharse. Siempre está bueno y fuerte. ¿Lo toma con algo?

—Solo, por favor —respondió Derek. Se sentó durante un instante y luego se dio cuenta de que el anciano tendría que hacer otro viaje para coger las tazas. Se levantó para ayudar.

En la cocina vio indicios de la última esposa de Elias, esa de la que el hombre había hablado en su carta de presentación. El nombre «Evangeline» estaba bordado en una manopla. Una mujer de apariencia amable y con el pelo blanco aparecía en fotografías entre hijos y nietos, entre símbolos de una vida doméstica que parecían mantener el orden gracias a la atención casual de las enfermeras y las criadas. Pero Elias parecía cómodo en su situación actual, más paranoico que condescendiente. Tenía un cuerpo muy grande, aunque sus piernas eran poco más que finas ramas dentro de pantalones anchos de los que sobresalían unos largos mocasines que parecía que se le podían caer de los pies en cualquier momento.

—Señor Crowe, debe decirme si...

—Tuteémonos. Llámame Derek, por favor.

—... si quizás he conocido a alguno de tus profesores. —Elias se acercó al sofá y ambos se quedaron mirando la televisión apagada—. Hace años no daba abasto con la correspondencia.

—Mis... profesores.

Derek empezó a jugar con los cierres del maletín.

—Yo soy autodidacta, aunque he tenido muchos guías y mentores en el plano astral. Uno de mis mejores profesores era un sacerdote africano, discapacitado como yo, pero muy respetado en su tribu. Un hombre de un poder inimaginable. En el mundo etéreo he trabajado con algunos de los grandes *houngans*, vivos o exánimes. ¿Estás familiarizado con el *vodun* de verdad?

—Sí, claro —respondió Derek, agradecido de que le hiciera una pregunta que podía responder con un tono que denotaba conocimiento—. Eso que los idiotas llaman vudú.

Elias asintió con solemnidad.

—Algunas culturas aún respetan a sus visionarios. No se dejan llevar tanto por lo que ven en el mundo físico. No tanto como nosotros.

—Tenemos un serio problema en ese sentido.

Elias rio entre dientes.

—Razón de más para contribuir todo lo que pueda a su salubridad. Me gustaría dejar un legado cuando me marche, algo que confirme que el tiempo que pasé aquí no fue en vano. Algo para ayudar a los que se quedan. Aunque solo sea a unos pocos. Merecería la pena, ¿verdad?

Se encogió de hombros y ladeó la cabeza. Derek le dedicó una ligera sonrisa. Gestos íntimos, discretos, como si fuesen dos conspiradores que comparten un conocimiento mutuo en una estancia vigilada por técnicos invisibles y tuviesen que hablar en clave.

—¿Es seguro hablar aquí? —preguntó Derek—. Sé que te preocupan los teléfonos y las cartas...

—Más seguro que en la mayoría de sitios. He pasado muchos años levantando las barreras adecuadas alrededor de esta casa, aunque hace poco han empezado a debilitarse. He estado enfermo. Llegaron hasta mí por culpa

de Evangeline, pero ella ya no está. —Inclinó la cabeza a un lado—. Fueron ellos, sí. Al principio no me di cuenta, no pensaba que a mi edad sería objetivo de unos designios tan malignos. Parecía una mujer tan cariñosa e inocente... Pensé que era sincera conmigo. Cuando pienso que los labios de Evangeline quedaron mancillados por las palabras de esos...

Se quedó en silencio de improviso y miró a Derek, quien sintió cómo se le ponía la piel de gallina mientras el anciano escuchaba el silencio del exterior. Fuera, solo se oía la brisa de las calles que recorrían las colinas. Unas campanas de viento tintinearón sin ton ni son en la distancia, un sonido que le recordó a Derek los sueños febriles de su infancia, cuando estaba solo en una caravana en la falda de las montañas del desierto y el viento caliente de Santa Ana soplaba los carrillones de su madre y le susurraba algo muy específico que nunca era capaz de recordar, algo que hacía que el sonido de las campanas le aterrorizara de manera inexplicable y siempre le despertara. No recordaba la última vez que había rememorado aquellos momentos febriles, años quizá. Le llevó un momento olvidarlos.

Levantó la vista y vio que Elias lo miraba con fijeza, con unos ojos negros, intensos y llorosos que parecía que iban a saltar y a empezar a nadar sin rumbo en el interior de sus gafas progresivas. Tenía la piel pálida como el marfil, a excepción de las manchas y las imperfecciones propias de la edad. Llevaba el pelo ralo peinado hacia atrás, similar a hebras de plata. Asentía y le sonreía.

—Lo sientes, ¿verdad?

Derek tragó saliva y se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cómo no iba a sentirlo? —dijo—. Se van a arrepentir de que nos hayamos encontrado, ¡vaya que sí!

Derek había pensado que la paranoia de Mooney sería fácil de obviar, pero había empezado a afectarle a él. La vulgaridad de aquel lugar lo dejaba indefenso. En la ciudad había tantas personas que no dejaban de hablar del fin del mundo, tantos lunáticos que hablaban solos sin dejar de hacer aspavientos y reír sin razón, que uno no tardaba en aprender a vivir junto a ellos. En aquel caso, se había confinado de manera voluntaria con uno de aquella tribu. Tal vez a largo plazo no le saliera rentable: había otras fuentes de las que poder copiar sus libros.

Bueno, había recorrido todo aquel camino. Pasar una tarde con una

entrevista no le haría daño.

Derek sacó la grabadora y la dejó en el sofá que tenía detrás.

—No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no. Es normal que no te quieras perder nada. Me avisarás si empiezo a repetirme, ¿verdad?

—Si no lo hago yo, esto lo hará —respondió al tiempo que tocaba la máquina—. ¿Por qué no empezamos con algunas evocaciones? Eso me dará una ligera idea de por dónde empezar. Me ayudará a... tener una idea general de la forma de tu vida.

—¿La forma? —El anciano rio entre dientes con amargura—. Eso te lo puedo decir yo. Es un cubo, una celda, una jaula cerrada. Tiene las dimensiones exactas de esta habitación. Todos vivimos en jaulas similares, ¿o no? La diferencia es que yo he encontrado una manera temporal de salir, un permiso, pero sigo sin poder escapar. Incluso cuando estuve a punto de dejar este cuerpo durante aquel incidente con el útero de mi profesora que ya le referí, habría renacido en este mundo y seguiría siendo un prisionero.

Elias tenía la cabeza echada hacia delante y la mirada fija en sus rodillas.

—Estoy más avanzado que los demás, sin duda. He aprendido algún que otro truco para superar el dolor de esta cárcel en la que habitamos.

Derek no esperaba que Elias tuviese un estado de ánimo tan desalentador. Se preguntó cómo distraerlo para que hablara de asuntos más triviales, para que contara el tipo de anécdotas que disfrutaban los lectores más generalistas. El ocultismo pesimista no vendía muy bien.

—Me pregunto si quizá tú lo sabes —aventuró Elias, como si hablara consigo mismo—. ¿Es esa la razón de que nos hayamos encontrado?

Derek estuvo a punto de preguntarle a Elias de qué estaba hablando, pero hay un axioma ocultista que reza que si tienes que preguntarlo es que no estás listo para que te lo cuenten. Decidió fingir que lo comprendía y dejó que el anciano divagara para llenar el silencio. Pero Elias dejó de hacerlo en ese mismo momento y se quedó mirando las manos.

—¿Crees que es inteligente preocuparte por ese tipo de cosas? —preguntó Derek.

—¿Hummm? —Elias levantó la cabeza al instante—. ¿Inteligente? No... No, tienes razón. No debemos desalentar a los demás, sobre todo a los jóvenes. Siempre hay esperanza, ¿verdad? Ese es el ejemplo que me gustaría

dejar. Mírame: llevo atrapado aquí toda la vida, pero he conseguido muchas cosas. Podemos hacer más cosas con nuestras vidas que limitarnos a agitar las cadenas. No me refiero a pasatiempos, sino a cosas importantes. Podemos mejorar este plano material. Así, a aquellos que vengan detrás de nosotros, incluidas nuestras reencarnaciones, les será más fácil avanzar, obtener la verdadera libertad. Pero es una batalla constante...

—Estoy de acuerdo, sin duda —dijo Derek, aunque sintió que se acababa de topar con algo mucho más importante de lo que creía al principio. Elias Mooney no hablaba el mismo idioma que el resto del planeta, tenía que lidiar con todas esas lenguas alienígenas.

—¿Por qué no me hablas de algunos de los lugares que visitaste en forma astral cuando eras niño? —preguntó Derek, desviando la conversación de manera egoísta hacia lo que esperaba que fuesen temas más asequibles—. Esos otros mundos y civilizaciones a los que hiciste alusión en tu carta. Si no te importa.

—¿Importarme? Claro que no. Me encantaría. Espero que hayas traído muchas cintas.

—Un suministro interminable.

—Bien, bien. Y... espero que esta no sea nuestra única reunión.

—Estoy seguro de que no lo será. —*A menos, pensó Derek, que no pueda inventarse nada más comercial que esa esquizofrenia paranoica*—. Me gustaría que tuviésemos una larga relación profesional.

—Pues muy bien. Bueno... El primer mundo que recuerdo visitar, el primero de todos, se encontraba en el interior de un pequeño agujero de la pared de madera de pino que había cerca de mi cama. Solía mirar la grieta, aquella pequeña muesca de oscuridad, hasta que un día sentí como mi cuerpo se abalanzaba hacia ella. Mi cuerpo astral, claro, pero desde un primer momento, mi forma argentada me ha parecido igual de sustancial que la débil carne, y a medida que he crecido se ha vuelto más poderosa mientras mi cuerpo se debilita. Nuestro gemelo plateado magnifica cualquier sensación...

Planetas lejanos, pensó Derek. Tengo que hacerle hablar de planetas lejanos, fantasmas y espiritualidad, algo que la gente entienda sin problema.

Pero antes que conseguir que los demás entendieran a Elias Mooney, el propio Derek tendría que entender al anciano. Y eso le llevaría meses.

¡Tus poderes psicognósticos! no había sido el primer libro de Derek Crowe, y *Tus aliados psíquicos*, aquel que había hecho que Elias Mooney le escribiese una carta, tampoco era el segundo. Eran el cuarto y el quinto, respectivamente, pero había publicado los tres primeros bajo seudónimo, cosa que ahora agradecía. Habían sido fracasos miserables.

Cansado de la hipocresía y el estrés de las agencias de publicidad en las que había trabajado desde la universidad, del asco cada vez mayor que sentía al estrechar las manos sudorosas de los ejecutivos, casi siempre de menos antigüedad que él, que se abrían camino de forma egoísta y sin piedad (como barracudas grandes y gordas) para conseguir un acuerdo de publicidad con una gran empresa, Derek había conseguido ahorrar lo suficiente como para mantenerse a flote durante unos años de humilde experimentación mientras planeaba su planificado asalto a las listas de superventas. Empezó creando novelas escritas con prisa pero con estructuras típicas de romances góticos, *thrillers* de ciencia ficción o epopeyas de terror, siempre basándose en una lectura rigurosa de superventas y clásicos de cada género. Había leído *El exorcista*, *El otro*, *Fantasma*, los *Libros de sangre*, *Entrevista con el vampiro* y seis o siete novelas de Stephen King, y luego se había sentado a esbozar y a escribir *Hotel terrorífico* en tres semanas. Después de leer *Dune*, *Forastero en tierra extraña*, *Crónicas marcianas*, la novelización de *Blade Runner* y *Neuromante*, había hecho lo mismo para crear *La aventura del cibernauta*. Leyó tres novelas góticas, lo máximo que fue capaz, antes de realizar su propia interpretación titulada *Carne cautiva*.

Los tres libros se pusieron a la venta con nombres de autores diferentes, ninguno con el suyo, y desaparecieron en cuestión de semanas, se quedaron en las estanterías de libros de bolsillo durante el mismo tiempo que él había

tardado en escribirlos. Al parecer, el problema era que había incluso cientos de escritores que se encontraban en la misma situación, que afrontaban la literatura de la misma forma. No había manera de labrarse un público sin años de trabajo duro, y eso sin mencionar la dedicación, la inspiración y tener algo que decir, por muy trivial que fuese. Le habría ido mejor quedándose de redactor creativo. La ficción le había fallado del todo.

Se pasaba las noches despierto y pensando en qué escribir para publicar sin seudónimo. Quería que fuese algo real, algo con lo que se sintiese identificado. Escribir era lo único que creía que se le daba bien, pero la no ficción le parecía demasiado trabajo. No tenía competencias propias de especialista en ninguna materia. Era un profano a quien las explicaciones técnicas le confundían con facilidad, por lo que no podía ser uno de esos divulgadores de conocimientos ininteligibles. Ya sabía que era un desastre con las matemáticas a pesar de que al principio estaba interesado en las ciencias. Tampoco poseía las habilidades lógicas o anales necesarias que se necesitaban para conseguir una exitosa carrera en la abogacía, o al menos para aprobar las pruebas de acceso. Todo cuanto había intentado o lo que le habían incitado a intentar había conseguido socavar su ánimo de alguna manera: siempre había un elemento indispensable para su éxito que resultaba ser justo una de sus mayores carencias. Y tenía muchas carencias. Deficiencias que parecían hechas a medida para maldecir cualquier nueva empresa que se propusiera.

Pero estaba resuelto a no dejarse achantar más. Como escritor, solo dependía de su mente, no necesitaba nada más, no tenía nadie a quien echar la culpa. Era una forma de conservar la fe en sí mismo después de años de considerarse su peor enemigo. Alcanzaría el éxito, fuera como fuese.

Y por eso, un día en que yacía despierto en la cama, no dejaba de preguntarse: *¿Qué puedo escribir? ¿Quién debería ser? ¿Qué clase de autor es Derek Crowe?*

A veces, su propio nombre le sonaba a fraude, como un nombre artístico que le hubiese quedado mejor de haberse dedicado a la magia. A un ilusionista, o incluso a un mago de verdad. ¿Quién era ese al que llamaban la Gran Bestia? Ah, sí, Aleister Crowley. Algo así...

Se quedó dormido sin dejar de pensar en magia y hechicería y, al despertar, ya tenía un nuevo plan de lectura. En menos de un año empezaría a

recibir cartas en las que se dirigirían a él como «adepto», «profesor» o incluso «gran maestro» Crowe.

La única materia que Derek dominaba de verdad era el ocultismo en formato de no ficción. Después de hojear cientos de ejemplares del género había sintetizado las ideas hasta su esencia más pura, y creado un caldo de cultivo desde el que podía inventarse cualquier suposición endeble y poco meditada sobre la que construir una filosofía popular completa.

Todo le había salido mucho mejor de lo que había soñado aquella primera mañana. No importaba cuántos escritores realizaran la misma estafa: siempre había sitio para uno más. Imbéciles iletrados que nunca habían leído un libro y a quienes no les importaba comprar un ejemplar que versara sobre fenómenos psíquicos lleno de consejos para conseguir una vida mejor gracias al desarrollo de la clarividencia interior. La mayor parte de ellos no se leían nunca el libro después de comprarlo. Y quienes lo hacían tal vez probaran un ejercicio o dos y culparan de la falta de resultados a su propia incapacidad para concentrarse. Nadie podía demandarlo si los poderes latentes de una persona no brotaban de la noche a la mañana. Y a la semana siguiente, aquellos estúpidos se comprarían otro libro que les permitiera conseguir lo mismo pero de una manera más sencilla: cinco sencillos pasos para usar la telepatía, en lugar de diez. Dadme vuestro dinero, chicos. Eran adictos.

Los gitanos les sacaban los cuartos a esos incautos sin remordimiento alguno. Una quiromántica de una feria en Los Ángeles le había dicho una vez que lo rodeaba un aura de mala suerte, que ella estaría encantada de disipar quemando ocho velas durante los siguientes tres meses por el módico precio de treinta dólares por vela. Se había reído y admirado las agallas de la mujer sin siquiera molestarse en responderle. Todo aquel que se creyera aquellas patrañas se merecía perder el dinero. El ejemplo de aquella mujer lo había inspirado para llevar a cabo su propio fraude. No necesitaba ningún cómplice. Lo que tenía que hacer era aprovecharse de los idiotas que no dejaban de tener esperanzas y engañarlos para que intentaran algo nuevo porque nunca se sabía y aquella vez podía ser la buena...

Lo mejor de todo era que, en cuanto a popularidad, los libros de ocultismo nunca dejaban de venderse. Existían desde la Edad Media y aún les daban beneficios a las editoriales más astutas. Debía confiar en que el apetito insaciable de la gente por lo sobrenatural lo mantuviese a flote, en que

cuando fuese un anciano quizás hubiera vendido tantos libros que podrían financiarle la vejez. ¿Acaso los autores de los innumerables volúmenes sobre ovnis, antiguos astronautas o triángulos oceánicos se creían de verdad las cosas de las que hablaban? Aquel era un misterio digno de varios volúmenes más. Al fin y al cabo, esos autores habían conseguido el dinero necesario para creer en cualquier cosa que se propusiesen. Una legión de seguidores era capaz de convertir en realidad cualquier cosa, pero Derek esperaba que consiguieran lanzar su carrera, que acababa de empezar y ya daba muestras de flaqueza.

Derek tardó poco más de un mes en escribir su primer libro, e invirtió los beneficios obtenidos con él para pasar más tiempo investigando y escribiendo los dos siguientes. Creía que a los lectores generalistas de literatura ocultista les gustaban las tonterías que tenían un fundamento histórico que los ayudara a justificarlas ante aquellos que no se las creían. (El propio Derek no había tenido que soportar muchos de esos ataques, primero porque sus libros no se tomaban tan en serio como para que los reseñaran en las grandes publicaciones, pero también porque evitaba hablar de ocultismo en las conversaciones casuales. No era algo en lo que pensara cuando no estaba trabajando). Por lo tanto, había intentado que su tercer libro tuviese un aire muy académico. Se pasó tres meses leyendo solo historia antes de ponerse a trabajar en *Recuerda tus vidas pasadas*. Y cuando empezó a escribirlo no dejó de investigar posibles asuntos para el siguiente, todo ello mientras buscaba la manera de llegar a las altas esferas de las editoriales de ocultismo desde las cutres profundidades de Phantom Press, la editorial que lo representaba. Había visto los impecables ejemplares *new age*, llamativos y resplandecientes, con cubiertas de las que uno no se avergonzaba en público, perfectas para esos hombres de negocios que se preocupaban por su imagen tanto como por su desarrollo espiritual. Sabía que ahí había dinero.

Fue en ese momento cuando recibió la carta de Elias Mooney. Gracias a su buen ojo para descubrir los recursos más recónditos, pensó que quizás acabara de caer en sus manos una nueva fuente de material. De improviso, sus planes de escritura se extendieron y llegó a esbozar el cuarto, el quinto y el sexto de sus libros. Puede que no llegara a escribir la autobiografía de aquel anciano, pero los libros basados en los excéntricos conocimientos de Mooney podrían interesar sin problema a un buen editor. Había oído que la

reputada Veritas acababa de poner en marcha un nuevo sello de publicaciones *new age*, y aquella era una buena puerta de entrada a la editorial. Y el anciano había dicho que era coleccionista, lo que significaba que sin duda poseía ejemplares poco comunes que Derek podría pedirle prestados para buscar más ideas para sus libros.

Y Mooney no lo decepcionó. De hecho, se convirtió en una fuente inconmensurable de ideas...

18

Eli no confiaba en la gente de buenas a primeras, por eso a Derek le había extrañado que no tardase en mostrarse tan cercano con él, como si fueran amigos del alma predestinados a encontrarse. Sus niveles de paranoia fluctuaban mucho dependiendo de la medicación y de su estado de ánimo. Un día podía ponerse a cantar y a relatar entretenidas historias sobre sus hazañas psíquicas y, al siguiente, lanzar diatribas amargas e interminables sobre cómo su vida era una celda y sus captores lo arrastraban poco a poco hacia su ejecución. Le habían arrebatado a sus esposas, desperdigado a sus hijos por todo el mundo y saboteado sus formas de comunicación con sus amigos por correspondencia.

Derek empezó a visitarlo dos veces por semana, y no tardó mucho en darse cuenta de que el anciano solo quería una cara amiga con la que hablar, en vez de alguien que escribiese sus historias, alguien que no rechazara su extraordinaria manera de ver el mundo. Derek estaba más que dispuesto a interpretar aquel papel. Eli contaba con una cosmología mucho más interesante que ninguna otra con la que se hubiese topado antes, dentro o fuera del ocultismo popular o de las religiones de todo el mundo. Tenía muy claro que, fuera cual fuese el libro que saliera de esas conversaciones, sería único y convincente. Empezó a buscar posibles editoriales y a recabar información sobre el sello de Veritas que acababa de nacer.

Pero Eli era increíblemente vago cuando se trataba de hablar sobre los dogmas más básicos de sus creencias. Podía dialogar durante horas de las minucias de varias sectas esotéricas, pero nunca nombraba ningún dios en particular de los que adoraba o ningún demonio en específico de los que temía, como si nombrarlos fuera a llamar una atención indeseada. Con la misma paranoia escrupulosa, también rechazaba hablar sobre ciertos asuntos

por teléfono, ya que aseguraba que los pelagatos del gobierno que estaban a disposición de dichos poderes monitorizaban las líneas sin cesar, y que la mención de ciertas palabras clave haría sonar inmediatamente las alarmas de las fortalezas oscuras, tanto las de este mundo como las situadas fuera de él.

En otras palabras, daba algunas muestras de su filosofía, pero nunca el conjunto. Cuando Derek intentaba unir algunas de las piezas, siempre le quedaba algún agujero en medio. Parte de la explicación estribaba en que Eli suponía que Derek ya poseía conocimientos propios de un iniciado; razón de más para que él se cuidase de no dejar al descubierto su ignorancia.

Una tarde en que esperaba tirarle de la lengua al anciano, llevó una botella de vino. Eli la aceptó con agradecimiento, pero la dejó a un lado y no la abrió.

—Esperaba hacer un brindis para celebrar nuestra relación —dijo Derek con optimismo.

—Qué va. Solo bebo alcohol en los rituales.

—Ya, claro, debería haberlo supuesto. ¿Y cuándo crees que me contarás lo suficiente para realizar un ritual conmigo, Elias?

Las cejas enmarañadas del anciano se arquearon por encima de sus gafas.

—¿Juntos?

—Sí. La manera en la que un hechicero realiza los rituales es clave para conocer a fondo su carácter, ¿no crees? Sería importante intentar capturar esa esencia tuya en el libro.

—Sin duda, sin duda... pero me temo que es casi imposible. No es por subestimar tus habilidades, pero... sería algo muy peligroso a menos que tomemos grandes precauciones.

—Bueno, no veo por qué no podríamos tomar todas las precauciones posibles.

—Solo, soy capaz de defenderme de todo lo que me asedia cuando invoco un círculo, pero no estoy acostumbrado a trabajar con otras personas. No podría prometerte seguridad.

—Creo que podría cuidar de mí mismo.

—En realidad... —Eli bajó la cabeza—. Lo cierto es que, desde la muerte de Evangeline, juré que no volvería a trabajar con nadie. En aquel momento aprendí una lección muy valiosa.

Era tarde, y Eli era poco más que una sombra en su silla. Derek tardó un instante en darse cuenta de que el anciano había empezado a llorar.

—Lo siento —dijo—. No quería hacerte recordar algo tan doloroso.

Eli negó con la cabeza, se recompuso y suspiró, como si intentara olvidarse de todo aquel dolor.

—¿Por qué no enciendes la luz?

Derek encendió una lámpara que llenó la estancia con un resplandor que no tenía nada de tranquilizador, era demasiado brillante y le irritaba la vista.

—He hablado poco de Evangeline —afirmó Eli.

—Supongo que los recuerdos aún son... muy tristes —aventuró Derek.

—También hay otra razón. Lo que nos ocurrió es el acontecimiento más importante de toda mi vida. No puedo hablar de mí o darle sentido a mi filosofía sin darte a conocer lo que ocurrió aquellos días. Aun así, me cuesta mucho hacerlo. Ocurrieron cosas que no podrán publicarse jamás.

Derek comprobó la cinta para asegurarse de que todavía quedaba suficiente.

—¿Sí? —preguntó, para soltarle la lengua.

—Quizá puedas ayudarme, Derek. Tiene que haber una manera de hablar en secreto de estas cosas... de hacer que me entiendas sin ser demasiado explícito ni demasiado rebuscado. Como he dicho antes, no quiero que la gente pierda la esperanza. Quiero mejorar vidas, no llenarlas de terror. Pero, sabiendo lo que sé, es imposible no sentirse aterrorizado en todo momento. La resistencia es una batalla constante que requiere de toda mi voluntad para no ceder. Se trata de un conocimiento que podría destruir almas más débiles. Evangeline nunca llegó a comprenderlo de verdad, cosa que siempre he agradecido, pero gracias a ella, y maldigo a esos depravados, fue como descubrí la verdad.

Eli se quedó un rato en silencio. Derek no dijo nada. Puso la grabadora en pausa y se le ocurrió que podría levantarse y hacer otra cafetera, para luego empezar a hablar de otra cosa o dar el día por terminado.

Cuando empezaba a levantarse, Eli le dijo:

—Necesito tu ayuda.

—Claro —dijo Derek, que ya estaba de pie—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—En el armario del pasillo, en la estantería de arriba. Hice que una de

mis enfermeras lo pusiera allí después de la muerte de Evangeline, para no poder cogerlo ni aunque me viese tentado.

Derek encontró el armario en el pequeño pasillo que había junto al salón.

—Hay una caja —dijo Eli a lo lejos—. La verás ahí, pero ten cuidado. Pesa porque está llena de libros. Bájala.

Derek abrió el armario, que había mirado con curiosidad muchas veces, ya que esperaba que estuviera lleno de talismanes mágicos y trajes rituales, cetros tallados y máscaras animales chamánicas. En lugar de todo aquello, encontró varias chaquetas y una aspiradora. Encima, en una estantería, había una pila de cajas de zapatos con etiquetas que rezaban: INSTANTÁNEAS, CARTAS, NIETOS. Junto a ellas había una caja de cartón más grande sin marcar y que no resultó ser tan pesada como le había dicho Eli. La bajó sin muchos problemas. Cuando la puso a los pies del anciano, Eli la miró sin parpadear mientras le temblaban los labios y la mandíbula.

—¿Quieres que haga más café? —preguntó Derek.

Eli no respondió.

Derek se afanó en la cocina. Cuando volvió con las dos tazas llenas, el anciano estaba inclinado hacia delante e intentaba sin suerte abrir las solapas de la caja.

Derek se acuclilló, abrió sin problema las solapas y al hacerlo, Eli soltó un quejido agudo.

Al principio, Derek no estaba seguro de lo que había en el interior. La caja estaba a rebosar de un material suave e impreciso, un relleno de espuma maleable que tenía unos colores y unos patrones muy extraños, similares a los del papel casero. Metió la mano debajo de aquella cosa y dejó al descubierto lo que parecían grandes libros de contabilidad con encuadernación roja y lomos negros. Pensó que aquellos objetos eran la causa principal de todos los miedos de Eli, por lo que les quitó lo que los envolvía y lo tiró a un lado con un movimiento rápido que hizo que se desarrollara.

Eli pegó un grito y rodó hasta casi entrar en la cocina. Derek miró horrorizado a aquello que había sacado de la caja con tanta naturalidad. Era como si una tercera presencia los acompañara ahora en la estancia, como si la hubiesen invitado pero, al mismo tiempo, no fuese bienvenida.

En la alfombra yacía una piel humana al completo, arrugada por el tiempo que había pasado oculta.

De haberse tratado de una piel humana normal, Derek no habría sentido más que repulsión. Pero aquel pellejo cetrino estaba plagado de tatuajes resplandecientes y mohosos de tonos azul oscuro, rojo tierra y marrón verdoso. Los patrones eran circulares, ruedas de todos los tamaños, y ninguno era idéntico. Los tenía por los hombros, por la espalda y por los jirones parecidos a alas que colgaban de los costados: alas con pezones en la parte superior de cada una de ellas. Aquellos círculos le cubrían las nalgas, los muslos, las pantorrillas y los brazos, se extendían hasta llegar a las dobles de los tobillos, muñecas y cuello. Derek reparó en que había empezado a contar las manchas, como si aquella tarea mundana fuese a restaurar su sentido de las proporciones.

—Hay treinta y siete en total —dijo Eli, después de ver cómo Derek estaba a punto de decir algo. El anciano se acercó en la silla con gesto serio y resuelto—. Guárdala ahora mismo, y vuelve a enrollarla. Mirarla no es buena idea.

Derek sintió cómo la simiente de una pesadilla se había sembrado en su alma, a más profundidad de la que se encontraban sus nervios. Le resultó casi imposible volver a tocar la piel: era fría como una serpiente, pero pegajosa. Empezó a enrollarla, pero la parte interior era aún peor que la exterior, ya que vio y notó partes del tejido en las que la grasa y la carne se habían aplanado. A duras penas consiguió formar una pelota con aquella cosa y la metió de nuevo en la caja encima de los libros rojos y negros.

—Espera —dijo Eli—. Esos son los que quiero. Sácalos.

Tiró al suelo la piel, levantó los libros y los lanzó al suelo. Luego le resultó sencillo meter la piel en la caja vacía y cerrar las solapas para que el cartón no se abriera por sí solo.

Derek se sentó en el suelo con las piernas cruzadas junto a la caja y a los libros, con náuseas y de alguna manera más receloso de Eli. Los ojos del anciano eran un dechado de terror y ansiedad. Verlo tan agitado lo reconfortaba en cierta manera, aunque no estaba seguro de cómo interpretar lo que había presenciado. Si Eli era responsable de aquel pellejo, puede que quizá solo temiera a las autoridades, pero Derek no creía que aquel fuera el origen de sus preocupaciones. En la piel había algo que lo incomodaba como lo haría una persona. Nunca había pensado que llegaría a ver algo tan truculento en aquella pequeña casa de las afueras.

Llegó a la conclusión de que al fin había empezado a vislumbrar el motivo de la paranoia de Elias Mooney, que empezaba a notar de manera más tangible lo que antes no había sido más que una vaga sensación de temor...

Se volvió a preguntar si el hecho de sacar un libro merecía aquel contacto con Eli. Se habría sentido mucho más seguro sentado con sus investigaciones y sus fantasías. En todo aquello no había material para el libro que él tenía pensado escribir.

—Soy el responsable de la muerte de Evangeline —declaró Eli con tono solemne.

Derek estuvo a punto de salir disparado hacia la puerta ante la amenaza de que Eli se deshiciera al fin de su disfraz de frágil discapacitado y saltara sobre él con un cuchillo resplandeciente en la mano. Mooney el carnicero, el caníbal de las afueras...

Pero Eli no se movió, y el miedo de Derek remitió. No obstante, la piel de la caja no era la de una mujer.

—Si no me hubiera conocido, no les habría llamado la atención. Pero era demasiado pura y encantadora, y sabían lo mucho que confiaba en ella. Sabían que podían usarla como una puerta porque ella nunca le había tenido miedo al mal que habita en el mundo. Nunca tuvo razón para tenerle miedo a nada... hasta que me conoció.

Mientras hablaban, el pellejo humano que había en la caja se agitó y se desenrolló para colocarse en otra posición. Parecía como si, al igual que Derek, se acomodase para escuchar la historia que Eli estaba a punto de narrar.

19

(TRANSCRIPCIÓN DE LA HISTORIA DE ELIAS)

—A Evangeline no le interesaba la magia cuando la conocí. Era cocinera en un centro para discapacitados en el que yo solía pasar el rato tras el fallecimiento de mi segunda esposa. Aunque teníamos pocas cosas en común, en el fondo sabíamos que nos íbamos a llevar muy bien desde el principio. Era una relación muy fraternal.

»Nos casamos dos veces. Una por la iglesia con un sacerdote cristiano a quien ambos conocíamos y respetábamos, pero antes de eso también realizamos una ceremonia más antigua. Nos unimos al amparo de la tierra bajo las estrellas, con las muñecas unidas por un lazo de seda roja ungido en savia de muérdago, un poco de mi semen y unas gotas de sangre de Evangeline. No era una mujer aprensiva, y comprendió al instante cómo funcionaban ese tipo de cosas, aunque nadie le había contado nunca nada sobre ellas y en toda su vida no se había preocupado por leer la clase de libros a los que tú y yo estamos acostumbrados.

»Al casarse conmigo, tuvo que enfrentarse a todo tipo de cosas extrañas. Los hijos de mis primeros matrimonios habían sufrido la pérdida de sus madres, pero consideraron a Evangeline como parte de la familia, y ella hizo lo propio con ellos. Los más jóvenes ya eran mayores y se habían marchado de casa cuando nos casamos, por lo que teníamos la vida para nosotros y para nuestros nietos aquí en San Diablo, para soportar a las excavadoras por las colinas donde antes solo se oían los pájaros.

»Era una mujer muy paciente. Me aceptó y nunca me llamó loco, lo que decía mucho de ella. Cuando hablaba sobre los lugares en los que había estado y lo que había visto en el plano astral o en mis viajes, se limitaba a

asentir y en ocasiones hacía preguntas que me llevaban a cuestionarme si ella también habría estado en aquellos lugares. En ocasiones, viajábamos juntos por la noche, aunque ella no recordaba nada por la mañana. Fuéramos adonde fuéramos, todos los seres del universo a los que conocíamos se enamoraban de ella al instante. Rebosaba compasión y era fuerte y pura como la luz de la aurora. Podías vivir con esa luz y no llegar a necesitar nada más.

»Es obvio que la echo de menos. Es una prueba más de que ellos han triunfado. Esos sádicos... ¿Qué? No puedo decir que sean unos hijos de puta: no sé nada sobre su ascendencia. Y, sin duda, «sádicos» no es la palabra correcta. No hay términos humanos que se les puedan aplicar. Descabellados, sí; despreciables, también, pero quizá necesarios a su manera. Eso es lo peor. Como las moscas verdes que ponen huevos en los cadáveres, como los gusanos y las bacterias que causan la podredumbre, la corrupción y la descomposición. Todas esas cosas que son indispensables, pero horribles para los humanos cuya carne reclamarán algún día. Sin los mandalas, nos habríamos ahogado en nuestros propios desperdicios psíquicos, los fragmentos del ego y de la conciencia que dejamos a nuestro paso cada vez que nos reencarnamos serían eternos, como los desperdicios de viejos misiles y satélites que orbitan la Tierra hasta que caen sobre ella... No los diseñó ningún dios, y se podría decir que han evolucionado. Pero las fuerzas de la evolución que transitan por el reino astral no son tan fáciles de comprender como las del mundo físico. He realizado mis propias investigaciones, pero mis capacidades son limitadas. Aún no hemos encontrado a nuestro Newton o Einstein del ocultismo, un genio que sea capaz de iluminarnos con los principios básicos de ese mundo. Tal vez Swedenborg se acercara, pero su influencia sobre las generaciones posteriores ha sido escasa, y Blavatsky y su prole las han corrompido. Nuestra nauseabunda cultura moderna sabe mucho menos que las supuestas sociedades primitivas que no hacían tantos esfuerzos por promover la ceguera espiritual. Por desgracia, hoy en día esas sociedades han desaparecido, y su conocimiento se ha perdido como genotipos ocultos en una selva.

»Pero hablaba de los mandalas, las marcas grabadas en esa piel. Sospecho que son organismos o algo parecido a los organismos. Arquetipos de decadencia. Son menos de lo que se podría esperar, solo hay treinta y siete, pero creo que cada uno es una plantilla con la que se puede alcanzar un

número infinito; un cromosoma astral, por así decirlo. Treinta y siete formas perfectas. Son parecidos a diatomeas, organismos unicelulares, propósitos unificados. Aun así, tienen conciencia y premeditación, son mucho más manipuladores que cualquier sediciosa partícula proterozoica que se llevan a la boca como alimento, que es lo que, al parecer, somos para ellos. Se alimentan de nuestras almas, la especie humana recorre sus cotos de caza, crían en nuestras almas como gusanos entre la carroña y paren moscas. Estoy seguro de que sabes que nuestros pensamientos tienen vida propia y habitan un mundo diferente al nuestro en el que lo cubren todo. Es ese lugar en el que los mandalas buscan comida, y por eso dependen de nosotros. Pero habitan una realidad mucho mayor que la de nuestros meros pensamientos.

»En ocasiones, el mero hecho de su existencia me hace despreciar el cosmos al completo. Cosas que antes me parecían bellas, ahora me dan miedo, ya que esa misma geometría que ha dado lugar a la belleza también es la responsable de la existencia de estas criaturas. Las odio con una rabia que mi cuerpo no es capaz de soportar. Al pensar en ellas, siento que mi cuerpo se entumece, que mi piel empieza a estirarse y a resquebrajarse, que la sangre me hierve y que un humo empieza a emanar de mi garganta. Pero es contraproducente, ya que les beneficia y solo me perjudica a mí. Cuando cedo a la rabia, cavo una tumba aún mayor.

»Quizá podría haber llegado a contemplarlos con calma, con objetividad, como un científico, pero no después de la muerte de Evangeline. Yo fui el responsable, pero fueron ellos los que la asesinaron. Lo hicieron. No pienso considerarme culpable ni regocijarme por ello. Eso es lo que quieren que haga. Me pudriría por dentro y ellos se alimentarían...

»La primera vez que los conocí fue de la misma manera en que lo has hecho tú esta noche y también sentí el mismo pavor... aunque, en mi caso, tenía una ligera idea de lo que iba a encontrarme. Me habían advertido por carta, aunque una descripción de esas cosas nunca ha sido capaz de anticipar lo que se siente al verlas. Hay algo en nuestro interior que las teme y, al mismo tiempo, queda fascinado por ellas, algo que las rechaza al verlas pero que, al mismo tiempo, es incapaz de dejar de mirarlas. De la misma manera que contemplar un mandala budista puede provocar tranquilidad y embarcarnos en un viaje hacia la iluminación, ver estas ruedas diabólicas nos permite entrever los infiernos que nos esperan. Son como treinta y siete

ventanas hacia otros mundos, o treinta y siete maneras de mirar el nuestro. Están vivos, pero también son símbolos, ideogramas que nos arrastran a la oscuridad cuando los observamos. La diferencia es que están vivos, mientras que los mandalas budistas, por ejemplo, no son más que meras imágenes que se evocan en nuestras mentes. El hecho de llamar mandalas a estas cosas no deja de ser inapropiado, una blasfemia, ya que la propia palabra significa «círculo sagrado», y esas cosas son sagradas para el mal. Quizás haya mandalas vivos que sean benevolentes, los opuestos a estos. Si existen, nunca he llegado a encontrarlos. Deben de escasear. Los que nos ocupan abundan como gusanos en un campo de batalla.

»Pero te estaba hablando de la piel.

»Me llegó por correo y, en aquella época, no tenía razón alguna para desconfiar. Es una época lejana, debo añadir. La caja me llegó de una dirección japonesa, un profesor con gran interés en las curiosidades. La consiguió gracias a un patólogo, un médico que tenía una colección profesional de pieles humanas tatuadas y había perfeccionado un método para conservarlas. Al parecer, el doctor había conseguido la piel en algún lugar del Sudeste Asiático que el profesor no supo decirme con exactitud. Sospechaba que era de Camboya, y me habló de una secta secreta que era leal a Pol Pot, pero tan solo eran especulaciones basadas en rumores. La verdad era que había algo que incomodaba incluso al patólogo, a quien al principio le había encantado la idea de añadir la piel a su colección. Después de estudiarla en detalle, llegó a la conclusión de que las marcas circulares no se habían realizado con ningún método de tatuado conocido. No había pigmento alguno debajo de la dermis. La coloración estaba causada por cambios químicos en la propia piel, y las cicatrices intrincadas eran resultado de cambios moleculares en las células. No se llegaron a determinar las causas ni a descubrir cuáles eran esos nuevos compuestos moleculares, pero llegué a la conclusión de que guardaban cierto parecido con drogas orgánicas psicoactivas, lo que sugería que quien fuera la persona que llevaba esos símbolos experimentaba la realidad de una manera distorsionada.

»Eran cosas que deberían haber intrigado al patólogo, pero en lugar de eso le aterraron. Empezó a recibir solicitudes de desconocidos que querían visitar su museo de pieles, desconocidos que llevaban mandalas similares tatuados en la frente o en los brazos. No les dio permiso, claro, era una

colección que solo podían contemplar profesionales y académicos. Se colaron y destrozaron el museo, pero no se llevaron nada. En aquel momento le había dejado la piel a mi amigo, con la esperanza de que, como conocía a varias sectas, fuera capaz de identificar el proceso con el que habían realizado las marcas o el origen de los símbolos. Después del destrozo, le pidió a mi amigo que se quedara la piel para siempre y, con el tiempo, le llegó a dejar claro que se la había regalado. Supe que había empezado a tener pesadillas, a ver apariciones.

»Mi amigo japonés me lo había contado todo a medida que ocurría, por si era capaz de satisfacer nuestras curiosidades. Me la envió en cuanto la tuvo en su poder. Nunca había visto algo similar, ni tampoco me apetecía mucho investigarla. De haber podido, la habría devuelto, pero me empezaron a llegar cartas devueltas desde Japón. Más tarde descubrí que mi amigo había desaparecido por completo.

»Así fue como la piel llegó a mis manos.

»Como he comentado, Evangeline no había experimentado con la mayor parte de las cosas que ocupaban mi mente, pero estaba dispuesta a ayudarme en todo lo que pudiese. Le pedí ayuda para realizar un ritual que neutralizara o contuviera la energía que sentía emanar de la piel. Me dieron ganas de quemarla, pero temía que al hacerlo pusiera en libertad los poderes que estaban enlazados en los tatuajes. Primero tenía que encargarme de eso. Incluí a Evangeline en el ritual debido a su inocencia, como si fuese mi piedra angular. Llegué a la conclusión de que su pureza me protegería. No le expliqué lo que iba a hacer. No le había enseñado la piel, consciente de cómo reaccionaría al saber que teníamos en casa algo así. No quería asustarla. Por eso la enrollé en una tela y la coloqué en el altar, y eso fue todo lo que supo de ella.

»Al principio, todo sucedió tal como había planeado. En el punto álgido de la ceremonia, el aura de Evangeline iluminó la estancia. Pero luego la luz de su alma empezó a titilar y a palpar, y las velas se atenuaron. Me di cuenta de que su resplandor había llamado la atención de un intruso que pertenecía a las tinieblas. La rodeó como si fuese una polilla, y una fría brisa me dio en la cara... No llegó a tocarla, pero no dejó de rodearla, de acercarse a ella haciendo espirales, proyectando una sombra entre nosotros hasta que todo adquirió un aspecto estroboscópico. En los intervalos de oscuridad me

pareció ver una sombra similar a una campana de cristal brumosa, a una medusa o una flor translúcida con pétalos luminosos y rezumantes. Luego las sombras la cubrieron por completo. Intenté encontrar una abertura, atravesar esa cosa, pero empecé a experimentar una sensación de euforia y me di cuenta (demasiado tarde) de que empezaba a sufrir convulsiones.

»Como muchos chamanes, padezco epilepsia. Los doctores intentaron medicarme, pero las únicas drogas que conocen son venenos que corrompen el cuerpo y nublan la mente. Por aquel entonces, prefería arriesgarme. Ahora que no tengo a nadie que cuide de mí, he decidido rendirme al veneno. Ese día, los mandalas usaron mis debilidades para dejarme indefenso. Lo único que recuerdo es aquel pródromo que me sobrevino mientras veía cómo aquella cosa giratoria se tragaba a mi esposa. Nunca me había sentido tan impotente.

»Evangeline vio cómo empezaba a sufrir el ataque. Se apresuró para llamar a una ambulancia. Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba tumbado en un sillón mientras me atendían los sanitarios. Al principio estaba desorientado, pero mi preocupación principal era que Evangeline había roto el círculo mágico sin desterrar a las cosas que habíamos llamado. Habían quedado... en libertad.

»Unos días después, Evangeline volvió a hablar.

»A lo largo de los últimos años se había producido un resurgimiento de los supuestos canalizadores, médiums de trance, Ramtha y esa clase de personas. Cuando era joven, había un interés similar por la escritura automática y los tableros de ouija; novelas enteras dictadas por espíritus, para quienes los humanos trabajaban como meros intermediarios. Ruth Montgomery, Edgar Cayce, Seth... Algunas de esas personas eran fraudes absolutos, como usted mismo sabrá gracias a sus investigaciones. Otros son serios, pero no están en verdadero contacto con ninguna clase de energía externa. Hablan de zonas de su mente que suelen estar cohibidas y, cuando se encuentran en trance, sacan a flote aspectos reprimidos de sus personalidades. Muy pocos, menos del uno por ciento de los que lo afirman o muestran pruebas de conexión espiritual, son auténticas puertas para los habitantes del más allá.

»Evangeline estaba en sus cabales, no había miedos ocultos ni neurosis, ni sentimiento de culpa ni bolsillos desprotegidos en su alma. Fuera cual

fuese el método que habían usado los mandalas, seguro que había sido contundente y poco sutil. Lo normal era que las energías astrales se presentasen ante los humanos de manera discreta mediante pensamientos, imágenes o voces. El sistema nervioso es una red con muchas coyunturas, muchas sinapsis que pueden interferir y ejercer un control. Pero el que un organismo astral pueda hacerse con el control de un cuerpo físico fuerte está (o estaba) fuera de mi comprensión. Empezaron a controlarla de manera astral y electroquímica, como si fuese una marioneta. Mi Evangeline, la persona que pensé que estaría más alejada de su control. No lo entendí hasta que ya era demasiado tarde. No tuvo ni la menor posibilidad de subestimarlos. Por eso me siento responsable de su muerte. La expuse a algo que no se habría encontrado por su cuenta, a un riesgo que no debería haber asumido.

»Una tarde estábamos aquí sentados, igual que tú y yo ahora, mientras esperábamos a que empezaran las noticias en la televisión. De repente, ella empezó a hablar en voz muy baja. Apagué la televisión para escucharla, pero no hizo falta, ya que empezó a hablar cada vez más alto hasta que dejó de ser su voz, dejó de ser reconocible. Esa cosa me dijo datos sobre mí mismo que era imposible que Evangeline supiera, secretos que no le había revelado en los años que llevábamos casados, cosas más personales que los sueños. Hablaba de misterios que yo había descubierto por mi cuenta mientras realizaba viajes astrales por los antiguos y lejanos confines del universo cerca de los mismísimos límites de la creación, de cosas que nunca le he contado a nadie y que son del todo desconocidas en la Tierra.

»Como no sabía quién hablaba, al principio me quedé muy sorprendido. Pero luego empecé a asustarme. Cambié la televisión a un canal desintonizado y apagué el resto de luces, lo que le daba a la estancia la iluminación perfecta para ver otras formas astrales. Unos momentos después, percibí que algo flotaba sobre ella como una corona negra, algo que tenía una miríada de extremidades que formaban una jaula alrededor de su cara, y que algunos de esos tentáculos le perforaban el cráneo y la garganta.

»¿Conoces el término *maître à tête*? Es *vodun*. Maestro de la cabeza. Cada uno de nosotros tiene un maestro, un loa o dios ancestral que nos guía y protege, son como ángeles guardianes, pero tienen un significado más específico. Su carácter se ve reflejado en el de la persona a la que protegen.

»También sucede con los mandalas. Cada uno de los treinta y siete tiene

un temperamento particular. El que se apropió de Evangeline era repugnante a más no poder. En cierta manera, era su antítesis. Horripilante pero poderoso, capaz de agarrarte con unos palpos moteados de manchas lívidas que resplandecían en colores astrales que no tienen paralelismo en nuestro mundo, gracias a Dios. Y sus palabras eran igual de extrañas. Incluso cuando hablaba un idioma que era capaz de entender, tenía un acento que causaba un miedo y unas náuseas terribles solo por oírlo.

»—Sal de ella —dije. Usé el más feroz de los destierros que conocía para devolverlo al gran agujero negro del núcleo galáctico. Invoqué el Shemhamphorasch. Pero esa cosa no era concedora del poder de ninguna de las religiones humanas y le prestó a mis destierros la misma atención que le habría dispensado a una bacteria. Cuando dejó a Evangeline, lo hizo por sus propias razones; y tan pronto como se había marchado, llegó otro. El primero había sido su *maître à tête* particular, el segundo era uno de sus parientes. Estaban hambrientos, como puedes ver. Habían decidido alimentarse de mi esposa por turnos.

»Los treinta y siete pasaron por allí esa primera noche. Uno tras otro desfilaron por su cuerpo. Les lancé todos mis hechizos, pero fue inútil. A veces, por coincidencia, alguno se marchaba cuando yo deseaba que lo hiciera. Pero siempre llegaba otro. Y otro.

»Estuve a punto de volverme loco en una noche. Nunca me había sentido tan indefenso, ni siquiera después de una vida de confinamiento físico. Incluso mis habilidades astrales eran inútiles en una situación así, ya que tenía miedo de dejar mi cuerpo. Miedo de examinar mi aura en aquella luz reveladora. Miedo de que alguno de ellos me esperase ahí fuera, de que se convirtiese en mi maligno *maître à tête*, aguardando como una anémona marina gigante para atraparme entre sus zarcillos en el momento justo en el que entrara en el mundo astral. Ya había peligro suficiente en el plano físico.

»Lo único que me tranquilizaba era saber que Evangeline no era consciente mientras la controlaban. Al parecer, esas cosas no podían tolerar ni un atisbo de humanidad cuando controlaban las marionetas. No sabía adónde se había marchado su conciencia, pero temía que no era un lugar agradable. Los vagos recuerdos que llegaría a vislumbrar serían terroríficos. Pensaría que no eran más que pesadillas que había tenido a lo largo de la noche.

»Se marcharon poco después del amanecer. Se quedaron después de que saliera el sol, como si quisieran mostrarme que la luz no los espantaba, y luego Evangeline se derrumbó. Ambos dormimos sin interrupción la mayor parte del día y nos despertamos cerca del anochecer, desorientados pero contentos de que se hubiese acabado.

»Y luego, después del siguiente amanecer, regresaron. Como también regresaron la noche siguiente, y la siguiente. La chantajearon. La amenazaron con la posibilidad de atacarla. La forzaron a ponerse un cuchillo en la garganta, mientras yo me sentaba indefenso e incapaz de resistir sus instrucciones, pero supongo que fueron muy simples.

»Como puedes ver, escribí. A través de Evangeline, me dictaron y escribí cada una de las palabras. Todo está ahí, en esos grandes libros que tienes junto a ti.

»Querían hacerse conocidos. Querían comenzar una nueva era de relaciones con la humanidad. Estaban cansados del anonimato y querían dejar huella en las cosas que tocaran. Como si un gusano hiciese una pintada en un cadáver. Su avaricia y su hambre eran despiadadas, suponiendo que se pueda antropomorfizarlos, y estaban fuera de toda comprensión. Querían canonizarse y forzarnos a adorarlos en un templo de decadencia. Iba a convertirme en el primero de sus reticentes apóstoles.

»Me dictaron durante toda la noche. Por el día, intenté preguntarle a Evangeline sobre lo que había ocurrido, pero fui incapaz de hacerle llegar a entender lo que había pasado. Había una barrera a su alrededor, una que ellos habían erigido, una detrás de la que se escondían cuando no la usaban.

»Ese periodo de mi vida me pareció interminable y, aunque fueron los últimos días que pasé con mi esposa, no puedo guardar buen recuerdo de ellos. Estaba agotado al punto de la extenuación, pero Evangeline tenía una salud magnífica. De hecho, nunca había parecido tan fuerte y animada. Los mandalas le inducían una dolorosa farsa de felicidad y la atormentaban con una apariencia de salud y felicidad.

»Me pasé el resto de los días durmiendo. Al principio intenté buscar respuestas en el mundo astral, pero no tenía fuerzas para viajar y sentía que los mandalas siempre estaban a mi alrededor. Dormir era más parecido a una caída en un pozo sin fondo que a un vuelo. La sustancia astral que me rodeaba se volvió espesa como el alquitrán. Ninguno de mis familiares podía

atravesarla para llegar hasta mí. Más tarde descubrí que muchos de mis amigos por correspondencia habían muerto a lo largo de esos meses, en el transcurso de los cuales llené tomo tras tomo de las revelaciones e invocaciones que brotaban de Evangeline como chorros de veneno. Incluso hoy en día, intentar pronunciar una palabra en ese idioma me hace vomitar.

»Por suerte, no podían quedarse así para siempre. Como habrás visto, tenían objetivos específicos, por muy interminable que me pareciera cuando yo era su escriba y Evangeline su marioneta. Un día, sin previo aviso, terminaron.

»—Eso es todo por ahora —dijo mi Evangeline. Nunca había dicho algo así antes.

»Recuerdo quedarme mirándola con incredulidad mientras sus ojos palpitan y sus manos se agitaban en el regazo. Miró el reloj y dijo:

»—¡Mira qué hora es, Eli!

»No me podía creer que hubiese terminado. Me había acostumbrado a la monotonía de aquel dictado. No estaba seguro de lo que tenía que hacer después. Había pasado mucho tiempo desde los días en los que teníamos el control de nuestras vidas.

»Evangeline estaba sentada frente a mí en el sofá. Parecía... tener miedo... por primera vez. Para despedirse, habían decidido hacerle recordar, mostrarle cómo la habían usado para que su libertad se convirtiese en un tormento final, una bofetada cruel. Extendió las manos hacia mí con los ojos cerrados, se derrumbó y se desmayó.

»La habían drenado como vampiros. Daba igual el tiempo de vida que le hubiesen dejado, habían usado el resto para alimentarse durante aquellas noches tortuosas. Conocían al dedillo los límites de Evangeline y, cuando vieron que ya no sacarían más provecho de ella, la abandonaron.

»No podía hacer nada. Usé mi cuerpo argénteo de inmediato para encontrarla. Abrí la puerta occidental para su alma, pero no pude encontrarla. Recé y llamé, la busqué por todas partes con la esperanza de que al menos hubiese escapado de los mandalas. Tampoco había rastro de ellos.

»No la encontré. No sé qué puede haber ocurrido. Quizá la soltaran de verdad y encontrara al fin la mayor de las libertades. O quizá nunca la dejaron marchar y se la llevaron tan rápido que...

»Pero no soporto pensar en ello.

»Nunca pensé que llegaría a contarle a nadie esta historia; ni siquiera a ti, Derek. Son cosas para las que no hay cabida en un libro que pretende protegernos de la desesperación. Pero fue uno de los acontecimientos de mi vida, uno que arroja una luz fantasmagórica sobre los demás de vez en cuando. Uno gracias al que conozco las energías que nos controlan y la clase de mundo en el que vivimos. Los treinta y siete son los guardianes de nuestras almas. Y nosotros... no hemos cometido crimen alguno para haber terminado así. Es algo natural. A menudo me pregunto si seré capaz de vivir sabiendo lo que sé. Pero es incluso peor pensar en lo que me espera en la muerte.

20

Derek jugueteó con las solapas de la caja, más intrigado que nunca por el contenido de los tomos y los diseños que había en la piel, aunque sabía que el anciano sucumbiría al pánico si trataba de abrirla otra vez. Pasó las páginas de uno de los libros negros y rojos. Estaban repletos de la caligrafía artrítica de Eli, para quien haber creado aquellos volúmenes debía de haber sido una auténtica tortura. Algunas de las páginas parecían comentarios escritos en inglés, pero otras eran poco más que un galimatías, una sucesión de sílabas carentes de sentido. Debían de ser transcripciones fonéticas de un idioma casi impronunciable.

Abrió la caja lo suficiente como para volver a meter los libros encima de la piel.

—Lo pondré de nuevo en su sitio —dijo.

Le dio la impresión de que Eli no se había dado cuenta. Al parecer se había marchado al plano astral, donde aún buscaba a Evangeline. Al regresar a la otra habitación, se encontró al anciano despatarrado y roncando en la silla. La historia lo había dejado agotado. Sea como fuere, no acostumbraba a quedarse hasta tan tarde.

Derek se marchó en silencio y condujo hasta su casa preocupado y desvelado. Reprodujo la cinta de principio a fin en cuanto llegó. La historia lo hacía sentir triste, pero también frustrado. Había tantas locuras entremezcladas que era incapaz de distinguir qué había de real en aquel galimatías. Evangeline estaba muerta, pero ¿y el resto? ¿Sería un engaño muy elaborado? Y, en ese caso, ¿de quién? ¿Había llenado Mooney aquellos volúmenes con sus propias invenciones ocultistas para darles más credibilidad elaborando un relato de posesión demoniaca? Y si era así, ¿por qué había insistido en que Derek no publicara nada sobre aquella parte crucial

de su historia? ¿Había sido toda una trama de Evangeline para engañar a su marido y embaucarlo con sus propios delirios? De haber sido así, ¿cómo y por qué había planeado su muerte de manera tan astuta?

Derek no le veía sentido a ninguna posible explicación. Pensaba que Elias Mooney era un hombre honorable, por muy fantásticas que sonaran sus creencias. Si mentía, no lo hacía a propósito.

A la mañana siguiente llamó a Eli y le preguntó si podía visitarlo de nuevo. El anciano estaba ansioso por que volviera.

—Ayer dejamos muchas cosas a medias —dijo Eli cuando Derek entró en la casa. Tenía la mirada resplandeciente y rubor en las mejillas: parecía ser presa de un acceso de fiebre—. Temo haberte contado demasiado y de forma muy precipitada. Debería haber hecho ciertas cosas antes de arrastrarte hasta aquí. Debería haberme asegurado de protegerte. Creo que ahora corres tanto peligro como yo.

—No te preocupes por eso —trató de tranquilizarlo Derek.

—Una posible respuesta es que necesitamos un ritual —dijo Eli—. Me gustaría que te unieras a mi linaje espiritual, para que así puedas disfrutar de la protección de mis guías y guardianes. Ahora que lo pienso, debería haberlo hecho antes. Hasta que no estés iniciado, no podrás procesar bien la información que te he confiado. Tenemos que asegurarnos de encauzarla bien. Lo último que quiero es crear más canales turbios para la energía de los mandalas...

—Me encantaría participar en un ritual —declaró Derek.

—Muy bien. Primero debemos asegurarnos de tu pureza. —Movi6 la silla hacia delante y atr6s mientras reflexionaba—. Creo que necesitamos m6s protecciones de las habituales. —Derek se lo plante6, pero estaba en territorio de Eli y no pretendía discutirle. Tenía que aparentar que ya lo sabía, o de lo contrario no aprendería nada—. Necesitamos algo m6s que sal. Algo m6s que humo.

—Estoy de acuerdo —afirm6 Derek a propósito.

—Por resumir, chico, creo que est6s algo verde.

Derek sintió que el ambiente empezaba a enfriarse. Tenía que evitarlo de alguna manera.

—Eso lo sé —admitió—. ¿Por qué crees que me he puesto en contacto contigo?

—Entonces... —dijo Eli con tono ofuscado—. ¿No tienes maestro?

Derek agachó la cabeza. Deseó haber podido contemplar la cara del anciano, pero aquel momento demandaba humildad y demostrar un hondo pesar—. Pensé que era obvio.

—Bueno, sí que lo era —comentó Eli—. Levanta la cabeza. Mírame a los ojos.

Lo hizo. Eli extendió la mano y puso la palma en la frente de Derek, un potente golpe que no llegó a tocarlo de verdad.

—El estudiante no tiene la culpa de no ser capaz de encontrar un maestro. En tus libros he sentido que aún lo estabas buscando.

—Siempre hay una cosa que me ha consolado —susurró Derek—. Todos los textos prometen que un estudiante devoto llegará a encontrar a su maestro en un momento dado. Hasta el momento he intentado comportarme como si mi maestro estuviese conmigo, oculto.

—Hacías bien: los maestros invisibles..., son ellos los que nos han guiado para que nos encontremos.

—Temo no ser digno de tu... de tu instrucción, Elias.

—Es cierto que hablamos de asuntos de gran importancia, pero no soy yo quien tiene que juzgar tu valía. Demuestra tu sinceridad y llegará.

—¿Qué quieres que haga?

—Ya lo estás haciendo —respondió Eli, y Derek se dio cuenta de que lo había estado mirando a los ojos sin parpadear desde el momento en que había levantado la cabeza. Eli continuó—: Te veo en un campo, entre las colinas.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que me ves?

Era muy parecido a la hipnosis. Había perdido conciencia de sí mismo, y estaba asustado. Se suponía que no tenía que perder el control así. Aún no había caído en la telaraña de Eli, siempre había conseguido mantenerse apartado gracias al sonido del girar de la grabadora. Ahora había dejado de hacerlo.

—Eres muy joven, Derek.

—¿Te refieres a que tengo un alma joven?

Eso era: tenía que romper el hechizo.

—No, un hombre joven. —Eli sonrió, como si le confirmara los riesgos que entrañaba interrumpirlo en esa tesitura. Derek no había visto nada

parecido en su vida: carecía de los recursos necesarios para defenderse contra algo así. No... Era como aquel recuerdo sobrecogedor, el primer día en que había ido a la casa y había rememorado el sueño febril de las funestas campanillas. Pero en lugar de desvanecerse, en lugar de hacerse con el control, se había fortalecido y empezaba a controlarlo a él.

—Estás de pie en un pinar y lloras con rabia. Estás a la sombra de algo enorme.

—Es una imagen muy ominosa —observó Derek—. Pero ¿esto va en serio?

Si aquello formaba parte de la purificación de Eli, no tenía sentido alguno. Sí, así era como tenía que afrontarlo. Se esforzó para no imaginarse lo que describía el anciano, pero no le resultó sencillo.

—Ahora veo lo que es. Una autopista.

Derek se quedó muy quieto. No, no podía estar... Pero él también lo vio. Lo recordó.

—Aquí es donde termina, Derek. Justo donde te encuentras, en medio del aire sobre ti. Es tu sombra, chico. La sombra que hay sobre tu alma.

—No sé de qué hablas.

—Es algo a lo que hay que enfrentarse. Debes acercarte con coraje y nobleza. Ahora veo por qué eres tan valiente. Solo hay una cosa a la que le tienes miedo: enfrentarte a esto. Todo lo demás es sencillo en comparación, pero, al mismo tiempo, también será inútil y carente de sentido hasta que hayas hecho esto. Debes purificarte para recibir la iniciación...

—Me has perdido, Elias —intentó decir, pero Eli había desaparecido. Lo había estado mirando, pero ahora solo veía un cielo cálido y amarillo que ardía detrás de la sombra de aquella autopista a medio terminar.

Se agachó entre la hierba reseca y se quitó unos abrojos de los calcetines. Oyó cerca el zumbido de unas abejas que revoloteaban entre las *Artemisias* de las colinas. La tierra estaba tan caliente que le dio la impresión de que crepitaba a su alrededor como el fuego. Pero en la sombra se estaba bien, con la espalda apoyada en unas columnas de cemento que se erigían muy por encima de él, lugar donde la autopista se acababa en mitad del aire.

Al fin vio a May, una pequeña figura con un traje azul que subía hacia él por la colina a través de rocas mientras evitaba los cactus que crecían a su alrededor. Detrás de ella, el parque de caravanas se emborronaba debido al

calor, que hacía desaparecer sus detalles más insignificantes excepto los fuertes destellos de los reflejos de la luz del sol. Detrás de las hileras de caravanas, el sol resplandecía entre una infinidad de coches, la vieja autopista de dos carriles estaba congestionada durante seis horas al día. Algún día podrían recorrerla a toda velocidad, pero había quedado inconclusa debido a que la señora Crowe se había mudado a Glenrock, una comunidad en desarrollo al sudeste de Los Ángeles en la que no dejaban de aparecer carreteras en las tierras fértiles que antes estaban cubiertas de naranjos y en las que Derek aún podía oler los pocos vergeles que quedaban durante las calurosas noches en las que soplaban el viento. La gigantesca serpiente de asfalto recorría las colinas hacia el norte, pero en aquel lugar se elevaba por los cielos como si pretendiese evitar con antelación algún obstáculo que aún no estaba presente y luego se terminaba de improviso. A veces, Derek soñaba que se elevaba a más altura, se erguía sobre el parque de caravanas y hundía su cabeza en él como un *Tyrannosaurus rex* para arrancarlo del sueño, para alimentarse...

May lo vio e hizo una pausa para saludarlo. Él le devolvió el saludo para asegurarse de que la niña seguía caminando hacia él. Luego se dirigió hacia el otro lado de la columna, donde había dejado la mochila y la cantimplora. Ya había extendido una toalla de playa en la sombra. Sacó su manual de hipnosis y lo abrió por su introducción favorita, la que comenzaba con un sujeto flotando como una nube en un amplio cielo azul. Terminabas por poder pincharlos con una aguja sin que sintieran nada. Derek nunca había intentado clavar agujas en un sujeto hipnotizado, pero algunos libros sostenían que se podía hacer. Le daba miedo intentarlo.

May recorrió la extensión de asfalto de la autopista con su cara pecosa y morena a causa del sol. Lo vio arrodillado en la sombra y se acercó a él corriendo:

—¿Has traído todo lo que necesitas? —preguntó la mujer.

—Solo esto —respondió, al tiempo que cerraba el libro sobre su regazo. Luego lo levantó para que lo viera.

La niña extendió las manos y lo tocó con suavidad, casi con veneración. La cubierta era oscura, de un azul desgastado, y en ella se veían un par de ojos abiertos que flotaban entre la niebla. ¡*Hipnosis al instante!*, de Quinn Selkirk, autor de ¡*Clarividencia al momento!* y ¡*Espiritual: 1, 2 y 3!* La niña

le echó un vistazo al libro y sintió que invadía el territorio de Derek. Él era el encargado de impartir los secretos, el portador del conocimiento, y ella no se atrevía a hacerlo suyo. Además, Derek sabía que la idea de que la hipnotizaran la asustaba y que en realidad no quería acercarse al libro. Lo cerró con delicadeza y volvió a colocarlo en los dedos tensos y expectantes del hombre.

—¿Estás preparada? —preguntó Derek.

May se mordió el labio con rabia, lo miró con los ojos entrecerrados y esbozó una sonrisa asimétrica. Como siempre que estaba solo con ella, su mente parecía desincronizarse de su cuerpo. Parte de él quedaba a la deriva en el delirio, embelesada y maravillada por todos los detalles de su cara, por sus mejillas redondas, por su pelo negro y largo que tenía apartado de los ojos, que eran aún más negros. En May todo era perfección, la niña le había parecido la personificación de la perfección desde el momento en que la había visto moverse por el parque de caravanas. Cuanto más la conocía, más intenso era el amor que sentía por ella y más maravillosa le parecía. Ahora ella lo miraba indecisa, y Derek sentía como si el corazón se le fuese a salir del pecho. La niña extendió una mano y entrelazó los dedos con los de él, lo acercó hacia ella y lo miró de manera tan conmovedora que él solo pudo limitarse a pensar en sus ojos, en su dulce aroma y en el polvoriento calor de su pelo.

—¿Estás... estás seguro de que todo va bien? —preguntó ella.

—Sí. —Derek posó las manos sobre sus brazos bronceados y los apretó—. Has hablado con Mike y Dinah, ¿verdad? Dijeron que era seguro, ¿no?

La chica asintió y se apoyó contra él mientras temblaba.

—Mike dijo que fue muy divertido, que lo obligaste a pensar que menguaba como si fuese un insecto y que podía arrastrarse entre las briznas de hierba y explorar. ¡Dinah me dijo que le hiciste ver que unos platillos volantes descendían del cielo y aterrizaban justo en medio de la autopista! —Rio y se llevó las manos a la boca—. ¿Lo hiciste de verdad?

—Sí. Puedo hacer que veas cualquier cosa.

—Pero no puedes... No puedes obligar a hacer lo que te venga en gana, ¿verdad? Nada que yo no quiera, quiero decir.

—Pero May... —Le volvió a sujetar las manos y la rodeó con un brazo—. May, todo lo que te dijeron en la iglesia está muy equivocado. No

debemos temer al subconsciente. Nadie puede obligarte a hacer nada contra tu voluntad. Lo único que hago cuando te hipnotizo es guiarte, te indico cómo hipnotizarte a ti misma. Quizás haya algo que quieras hacer, pero que siempre has tenido miedo de intentar. La hipnosis te ayudará a hacerlo, pero nunca te obligará a hacer nada que no quieras.

—Bueno...

Derek vio en su mirada que intentaba resistirse, era algo de lo que ya habían hablado antes. Pero al parecer la niña necesitaba sentirse más segura que el resto. Le habían lavado el cerebro desde pequeña en la iglesia.

May y sus padres eran adeptos de la Ciencia Cristiana, parte de una pequeña congregación de Glenrock. Derek había leído muchos libros sobre el más allá, la telepatía y la interpretación de los sueños, y cuando May empezó a hablarle sobre su religión se interesó mucho por ella. No sonaba como las típicas cosas aburridas de la iglesia. Los adeptos de la Ciencia Cristiana creían en el poder curativo de la fe y de las oraciones. No dejaban que los médicos se acercaran a ellos. A Derek le sorprendió descubrir que May no se había vacunado nunca.

Se pasó días haciéndole preguntas sobre la iglesia. Habría hecho cualquier cosa por pasar junto a ella cada minuto del día. Por eso, cuando la chica lo invitó a acudir un domingo, aceptó sin pensárselo. Para prepararle y porque ella no sabía cuál era la opinión de la iglesia sobre la telequinesis y los *poltergeists*, le dejó sus copias de *Ciencia y salud con clave de las Escrituras*, cuyas páginas estaban atiborradas de pequeños y tintineantes marcadores de metal y subrayadas con tiza azul claro. No tardó mucho en encontrar pasajes sobre la hipnosis, el mesmerismo y el magnetismo animal. Mary Baker Eddy, la fundadora de la iglesia, desarrollaba el tema con profusión y con mucha vehemencia.

Derek se consideraba un experto de la hipnosis. Había estudiado el libro de Selkirk hasta aprenderse las inducciones casi de memoria. Había examinado otros manuales científicos en la sección de adultos de la biblioteca pública de Glenrock. Con el tiempo había llegado a hipnotizar sin complicaciones a todos los niños del parque, excepto a May. A todos les había gustado.

No tardó en descubrir que Mary Baker Eddy tenía muchas ideas erróneas preconcebidas sobre la hipnosis, que sus opiniones eran parecidas a

supersticiones. Creía que, bajo la hipnosis, el sujeto abandonaba su voluntad y quedaba a merced del poder del hipnotista. Pensaba que el hipnotista esclavizaba al sujeto mediante la magia. Era algo que podía llegar a entenderse desde la perspectiva de Mary Eddy. Cuando escribió su libro, los llamados mesmeristas viajaban por todo el país para realizar espectáculos en ferias y se valían de la hipnosis para hacer trucos y entretener, jugaban con los miedos primitivos de su público inculto. A la autora la había engañado la indómita expectación propia del vodevil.

¡Pero había pasado mucho tiempo! Ahora la hipnosis era una ciencia. El magnetismo animal no existía. Los trances no se inducían mediante trucos de magia, sino gracias a una relajación guiada. Los dentistas, psiquiatras y médicos solían recurrir a la hipnosis. Era segura. Era científica. ¡No había razón en el mundo para que los adeptos de la Ciencia Cristiana siguiesen aceptando las ideas equivocadas y anticuadas de Mary Baker Eddy, ya que la hipnosis era tan segura y práctica que hasta un niño de doce años era capaz de dominarla!

Cuando llegó el domingo, Derek ya había preparado sus razones. Su madre le arregló los puños del único traje bueno que tenía y se burló de él con cariño por ser capaz de ir a la iglesia por una chica, cuando antes nunca había mostrado interés. Los padres de May llegaron en un Mercury negro, grande, lleno de alerones y cromado, pero se acercaron despacio y con cierto porte majestuoso. Los padres de May eran tranquilos y agradables, pero tenían una mirada inquisitiva, como huesos de manzana muy estrechos y resecos. Habían vivido en el desierto demasiado tiempo antes de mudarse allí. Derek nunca había visto al padre de May llevar algo que no fuese una camisa blanca, pantalones negros, una corbata fina y negra y zapatos grandes y negros. Su madre vestía de manera más sencilla: el único accesorio que llevaba era un sombrero *pillbox* negro con un velo. No hablaron mucho en el coche cuando lo llevaron a Glenrock. Derek se quedó sentado nervioso en el asiento de atrás arrepintiéndose de haber aceptado ir, hasta que May le cogió la mano con tranquilidad y le sonrió para asegurarle que todo iba bien.

Por el contrario, la profesora de la escuela dominical era rolliza, nerviosa y alegre. Después del sermón, tomó a Derek de la mano y le llevó escaleras abajo, hacia una de la media docena de mesas grandes y redondas en las que los niños se reunían en grupo con otros profesores. Presentó a Derek a todo el

mundo y se ruborizó cuando la profesora dijo que Derek era el amigo especial de May, que era maravilloso que lo hubiese llevado a la iglesia. La profesora abrió el libro por el primer pasaje que les habían asignado estudiar y, en el momento en el que inquirió si había alguna pregunta, Derek levantó la mano con educación.

—Vaya, Derek. Maravilloso. ¿Qué quieres preguntar?

—Algo sobre la hipnosis.

—Bueno, eso no forma parte de la tarea, pero... hoy eres el invitado, así que adelante. ¿Entendéis todo aquello de lo que habla Derek?

Los demás niños asintieron con los ojos abiertos como platos. Debajo de la mesa, May apretó la mano de Derek. Él carraspeó y se levantó.

—Mary Baker Eddy estaba equivocada —dijo.

La profesora asintió con tranquilidad, como si no lo hubiese oído, y luego inclinó la cabeza.

—Quizá podrías decirnos a qué te refieres —dijo, aún muy amable, ya que después de todo era un invitado y ella era una señora muy educada.

—Sé mucho sobre el tema —dijo—. Me refiero a que yo mismo la he practicado.

—Ah, ¿sí?

—La he estudiado, y no es como ella dice. Es algo científico. No hay nada que temer.

—Es muy interesante, Derek, pero no estoy segura de que el resto de niños haya estudiado los pasajes que hacen referencia a la hipnosis. Es un asunto para adultos.

—Yo sí lo he hecho —dijo una niña de la mesa.

—¡Es magnetismo animal! —añadió un niño con emoción.

El miedo que había en sus voces le indicó a Derek que habían leído aquellas secciones con más detenimiento que las demás.

—Dios es el único que puede controlar vuestras almas —dijo otra niña al tiempo que dedicaba a Derek una mirada furiosa—. La hipnosis es el mal.

—Lisa, Derek es nuestro invitado...

—¿Qué es el magnetismo animal?

—¡Pueden transformarte en una barra de metal y caminar sobre ti!

—Es cuando una serpiente ve un pájaro y este se queda hipnotizado...

—Una vez oí que un tipo creyó que era un perro...

—Niños...

—... y se queda quieto mirando hasta que la serpiente se lo come.

—... y cada vez que le decían «¡aquí, chico!», se ponía a cuatro patas y empezaba a ladrar.

—Niños, es suficiente.

—El mal —repitió la niña sin dejar de mirar a Derek.

—No lo es —dijo May al tiempo que agarraba con más fuerza el brazo de Derek—. No sabes nada del tema.

—Por favor, May, Samantha, tranquilas. Creo que deberíamos volver a la clase, si todos estáis de acuerdo. —Dedicó a Derek una gran sonrisa—. Si quieres puedes hacer una presentación sobre la hipnosis. Esteremos encantados de oír lo que tienes que decir. Suena muy interesante.

Había esperado que la profesora le discutiera. Nervioso, se limitó a asentir. Esperaba impresionar a May con sus respuestas, pero en lugar de eso, la profesora evitó la discusión y parecía dispuesta a escuchar, en otro momento.

Después de la reunión, esperaba que ocurriese algo, que la profesora se llevara a los padres de May a un rincón y les contara lo que él había hecho entre susurros, pero no ocurrió nada. Se volvieron a meter en el coche, y Derek se llevó muchos libros de la iglesia para niños. Leyó artículos sobre el poder curativo de la fe, entre los que había uno en el que un niño al que le habían cortado el pelo de una manera horrible rezaba a Dios para solucionarlo. Lo que ocurría a continuación era que Dios ayudaba al chico a que le gustase su corte de pelo, que era una solución mucho más económica que transformarlo con magia. Derek quedó decepcionado al descubrir que los «milagros» de la Ciencia Cristiana eran bastante prosaicos.

Pero aunque su debate sobre la verdad de la hipnosis no hubiese sido muy caldeado, al menos había impresionado e intrigado a May, quien empezó a hacerle preguntas sobre lo que se sentía al estar hipnotizado, algo que él no podía responder, ya que nadie había podido hipnotizar jamás a Derek. Había dejado que otros niños del parque de caravanas leyeran las inducciones del libro e hicieran de hipnotista, pero él no era susceptible a la sugestión. Estaba muy ansioso por entrar en trance, tener las osadas aventuras mentales que hacía soñar a otros niños, pero no lo consiguió. Siempre era el que estaba

bajo control, el lógico, el que elaboraba los sueños, pero no el que se veía involucrado en ellos. Había conseguido llevarse a sí mismo a un estado de pseudohipnosis en el que se sentía desorientado y soñoliento, pero no era lo mismo que dejarse llevar por un guía.

Durante semanas, May sugirió con timidez que quería que la hipnotizara. Recorrían juntos el parque de caravanas, cogidos de la mano durante las cálidas noches y buscando la sombra durante las cálidas tardes. Muchas veces se metían debajo de la autopista sin terminar para mirar hacia el caluroso valle, las caravanas y el tráfico. Y un día, no hacía mucho, se habían besado... besos vacilantes y suaves que habían hecho que las entrañas de Derek se derritiesen, que sintiese un hormigueo por toda la piel y le dieran ganas de meter a May en su interior o entrar con ella en su cuerpo, estar más cerca de lo que su materia les permitía. Y fue en ese momento, mirándole a través de sus ojos entrecerrados, cuando May había susurrado por primera vez:

—Quiero que me hipnotices... Lo quiero —dijo—. Estoy lista.

La cogió de la mano y la acercó a la toalla que había extendida en el suelo. Ella se sentó con la espalda apoyada en el pilón de cemento frío, y él se agachó para mirarla. Estaban completamente solos en la ladera de la colina, que parecía emborronarse a medida que se acercaba al cielo beis y vacío y que ocultaba el parque de caravanas y la autopista. La inmensa mole gris de la carretera parecía flotar ingrávida sobre ellos. Oyó las abejas, el crujir del viento y el zumbido lejano del tráfico, sonidos que ayudarían a May a dejarse llevar.

—Cierra los ojos —dijo Derek.

La chica le dedicó una sonrisa y le miró con cara de pilla, luego le hizo caso. Cuando él empezó a hablar para decirle que se relajara, la sonrisa no había desaparecido de sus labios. Luego, llegó un momento en el que vio que May se desvanecía, se le borraba la sonrisa, respiraba hondo y se venía un poco abajo. Estaba en trance.

Lo siguiente que le dijo a la chica fue que empezaba a sentir que el brazo derecho se le volvía más ligero que el aire y flotaba como un globo de helio. May lo levantó del regazo y lo elevó hasta que lo dejó a la altura de su cara. Cuando le dijo que el brazo se había convertido en plomo, lo dejó caer con fuerza, como si fuese de metal, y se derrumbó en sus piernas. Ahora tenía el

brazo entumecido y no notaba nada con él. Derek se acercó a ella y le pellizcó el dorso de la mano con tanta fuerza que le dejó la marca de las uñas en la piel. Ella ni se inmutó.

Derek no sabía qué hacer ahora. Se agachó junto a ella sin dejar de oír el sonido de los insectos en el calor, el cálido murmullo de la brisa, y de improviso se sintió solo y asustado, como si May ya no estuviese allí. Esperó a que le viniese la inspiración, cogió a la chica de la mano, la acarició con suavidad e hizo que se borrarán de su piel las marcas blancas que le había hecho con las uñas.

—May —susurró—. ¿Puedes oírme?

Ella asintió muy despacio.

Derek se inclinó hacia la oreja de la chica, como si pretendiese susurrarle un secreto que ni ella debería saber. Y, en efecto, era un secreto, algo que nunca se había atrevido a decirle:

—Te quiero —afirmó.

Ella no reaccionó, igual que cuando la había pellizcado.

—Te quiero, May —repitió, y aquella vez le dio la impresión de que había visto como ella volvía a sonreír, pero era una sensación muy lejana.

Derek respiró hondo antes de continuar.

—¿Tú... tú me quieres? —Esperó con incertidumbre a que respondiera. Al ver que no hacía sonido alguno ni se movía, no tardó en añadir—: No tienes que responderme, a menos que quieras hacerlo.

Ella asintió, pero Derek no sabía muy bien a qué se refería. No sabía si lo quería o si había comprendido que no estaba obligada a responder.

—Tenía miedo de decírtelo —dijo—. Pensé que si lo hacía ahora y te enfadabas o te molestabas, podría decirte que lo olvidarás al despertar. Pero no te has enfadado, ¿verdad, May?

Ella negó con la cabeza. Derek empezó a sudar de alivio, como cuando se le iba la fiebre.

No le había soltado la mano. Se la llevó a la boca y le besó los dedos, la muñeca, el antebrazo, la cara interna del codo. Todos los besos eran electrizantes, sentía como si fuese ella la que lo estaba besando. ¡Le quería!

—May, quiero... que me abracés —dijo.

La chica abrió los brazos. Él se sentó con torpeza a su lado, y ella se

movió con los ojos aún cerrados hasta que consiguió rodearle con los brazos. Se tumbaron así juntos en la toalla. Derek se había afanado por quitar los guijarros y las ramas de debajo, pero aún podía sentir como las rocas se le clavaban a través de la tela. Fue considerado y le dijo a May que no las sintiese.

—Estamos tumbados en una nube —afirmó después—. ¿La notas suave y esponjosa debajo nuestro? ¿No es maravilloso?

Ella asintió y se rio con nerviosismo.

—Como algodón de azúcar —dijo por su cuenta, más consciente.

—Sí...

Derek se quedó quieto mucho tiempo y deseó que el suelo rocoso también le pareciese algodón de azúcar a él, pero no había manera de aligerarle el mal trago. Se acercó a ella e intentó apoyarse un poco en su cuerpo, luego la besó en las mejillas, en la nariz y en los párpados, acarició sus orejas debajo de su pelo negro y suave. La besó en el cuello y justo debajo de la barbilla.

Era maravilloso, pero no era suficiente.

Se incorporó en un codo y la miró mientras dormía.

—May —llamó—. Por favor... ¿podrías besarme? ¿Y tocarme?

Ella lo acercó de inmediato y empezó a besarle, no con timidez, como había hecho antes, sino con ansia, abriendo la boca y jugueteando con su lengua, culebreando con la suya entre los labios de Derek como si pretendiese comérselo. A pesar de saborear aquella dulzura, el miedo hizo que se retirara, ¿y si May no era consciente de lo que hacía? ¿Y si solo estaba pasando porque estaba hipnotizada? ¿Qué ocurriría si, a pesar de lo que decían todos los libros, Mary Baker Eddy tenía razón y en realidad la había esclavizado? En ese caso, los besos no serían voluntarios. Puede que en realidad no le quisiese, pero aquello era algo que no sabría hasta que saliera del trance y comentaran todo lo ocurrido. De repente, se odió por haber realizado aquella estratagema, por su debilidad, por su falta de valentía. Pero May seguía besándole y la situación empezaba a escapársele de las manos, como si él también hubiese quedado atrapado dentro del trance y su voluntad se viera comprometida. Derek le sostuvo la cara entre los dedos, pero ella no dejó de besarle, y las manos del chico descendieron por su cuerpo. May respondió agarrándolo con más fuerza y acercándolo aún más hacia ella. Empezó a gemir, y aquel sonido también le hizo gemir a él, presa del miedo, consciente

de que tenía que parar pero no podía hacerlo.

—Te quiero —repitió Derek, y ella no dijo nada. Tenía miedo de obligarla a hablar, porque eso significaría que no era algo que saliese de ella. Estaba desesperado por oír cómo se lo confirmaba, pero las cosas ya habían llegado a un punto en el que no podía estar seguro de nada. Como mínimo, sabía que May tenía que haber sentido su erección, a no ser que no sintiese nada. Y para asegurarse de que sí lo sentía y con la idea de que tenía que compartir con ella aquella honestidad, le guio la mano hacia la entrepierna y dijo—: ¡May, te quiero mucho!

Ella le cogió el pene a través de los pantalones, y él empujó contra la mano de la chica mientras con las suyas frotaba la tela de su vestido para intentar sentir los pezones. Tenía la piel suave y mullida, y Derek tenía miedo de apretarle o de intentar meterle los dedos por debajo de la tela, miedo de desabrocharle los botones o de hacer algo que ella no quisiese en caso de no estar hipnotizada. No debía tocarla, no debía hacerle nada, aunque tampoco es que pudiera dejarla embarazada ni nada parecido. Los libros le habían enseñado que era lo que se suponía que tenía que pasar, pero él no tenía la edad suficiente. Aún no eyaculaba.

Pero como le pasaba siempre con May, pensaba una cosa pero su cuerpo reaccionaba de manera diferente.

—Sí —dijo—. Oh, May, sí. Aquí.

Se bajó la cremallera para que las manos de la chica pudieran llegar hasta él. Lo que sintió cuando le tocó la carne fue casi insoportable. Notó un frío y un calor que le recorrieron todo el cuerpo. Se tumbó en la toalla con miedo a tocarla, miedo de qué sería capaz de hacerle. Vio sobre él los ojos entrecerrados de May, la cara seria y distante, el pelo revuelto y los labios húmedos. Él bajó la vista hacia su cuerpo y se sorprendió al ver que ella aún se la sostenía. Era como ver algo que le estuviese pasando a otra persona. Y él mismo sonó como otra persona cuando dijo:

—Bésame ahí, May. Por favor... Métetela en la boca.

La cara de May se cernió sobre él por un instante, amable y dulce. Luego descendió, y él cerró los ojos y pensó: ¡No! ¡No!

Pero cuando le tocó con la boca y lo envolvió en aquel ambiente líquido y cálido, todas las voces interiores de Derek se quedaron en silencio debido a la anticipación, esperando algo que no podía nombrar, algo desconocido pero

familiar, algo que se había imaginado y que nunca había sentido...

Llegó como una avalancha caliente, una llama que se desenvolvía, un nódulo de fuego que cosquilleaba en su entrepierna, que ardía de manera inesperada en un lugar en el que nunca había sentido ni el más mínimo indicio de esa sensación.

Lo reconoció demasiado tarde, era incontenible e incontrolable. Intentó incorporarse, entre jadeos y avergonzado, y gritó:

—¡Para!

May se apartó de él y se llevó a la boca una mano húmeda mientras un líquido blanquecino y espeso se le derramaba por la comisura de los labios y la barbilla. Tenía los ojos abiertos como platos y estaba desorientada. Se sobresaltó y empezó a toser y a escupir. Se atragantó, mientras Derek se ponía en pie a toda prisa e intentaba relajarse a pesar de que tenía el estómago en un puño.

—May —dijo—. ¡Lo siento! No quería...

Le dieron arcadas, se apartó de la columna y vomitó en la tierra. Él se subió los pantalones y se acercó a ella para ponerle una mano en el hombro.

—May, aún... aún estás en trance —dijo para forzarla a calmarse mientras se preguntaba cómo solucionar aquel problema, si podría decirle que lo olvidara para que no recordara nada de todo aquello cuando se despertara. O si debía despertarla en aquel mismo momento—. Muy en trance —continuó, como si pudiera solucionarlo todo de aquella manera. No parecía estar en trance. Tenía la cara roja, los ojos llenos de lágrimas y no dejaba de toser y ahogarse.

—May, te quiero —dijo a la desesperada—. ¡Todo está bien! Estás a salvo, May. ¡May! No sabía que iba a ocurrir eso. ¿Estás bien? ¡Por favor, May!

La chica se puso en pie de improviso, de nuevo con los ojos soñolientos y la mirada distante, aunque ahora sollozaba. Pasó junto a él sin dejar de toser ni de atragantarse. Derek la siguió detrás de la columna de hormigón de la autopista y la cogió de la mano, pero la soltó al ver que ella no respondía. ¿Estaba en trance o despierta? No lo sabía a ciencia cierta. No sabía lo que acababa de hacer.

Después de dejar atrás la sombra de la autopista sin terminar, se iluminó como si el sol le hubiese prendido fuego. Se volvió una con aquel paisaje

ardiente y le resultó imposible mirarla. Derek se cubrió los ojos con la mano y se quedó allí esperando mientras notaba en el pecho cómo estaba a punto de sollozar, viendo cómo May se apresuraba para descender por la colina a través de rocas, arbustos y cactus. ¿Se chivaría a alguien? ¿Tenía alguna manera de evitarlo? Se cubrió los ojos por completo y gritó su nombre entre susurros.

Como si le hubiese oído, May empezó a gritar.

Derek se quitó las manos de los ojos y la vio haciendo aspavientos en pie a medio camino en la colina entre la autopista y el parque de caravanas. No movía los pies, pero agitaba las manos como si intentara nadar hacia arriba. Luego empezó a saltar y a bailar por el lugar, agitando el vestido, el pelo, sacudiéndose y retorciéndose. Dio unos pasos hacia un lado, luego hacia otro y después se derrumbó.

El aire a su alrededor estaba lleno de abejas, se le pegaron a la cara como una pelota zumbante.

Derek corrió, saltó sobre las rocas y los cactus y atravesó los arbustos para llegar al lugar. No tenía mucho miedo de las abejas, sabía que si te mantenías tranquilo no picaban y, de hecho, a él nunca le habían picado. Pero nunca había visto tantas a la vez, y formaban una cortina en el lugar en el que May había caído. El enjambre salió disparado y se fue disipando, y Derek vio el vestido azul de la chica entre las *Artemisias* y las rocas que habían caído por la zona debido a la construcción de la autopista. Atizó el aire, que aún estaba plagado de insectos que parecían gotas de rabia, y luego se agachó junto a ella.

May estaba echa un ovillo y con las manos se cubría la cabeza, que tenía apoyada en el pecho. Tenía lamparones rojos por los brazos, las manos, el cuello y las pantorrillas. Tosía y sollozaba, y él la rodeó con los brazos e intentó levantarla.

—¡May, May, no pasa nada! ¡Voy a ayudarte!

La chica empezó a levantarse y luego volvió a caer de costado con la cabeza girada hacia él. Aún tenía la boca manchada y húmeda, pero ahora también estaba llena de tierra. Se la limpió con la mano, con cuidado de no hacerle daño en los labios hinchados. También le habían picado en los párpados, las mejillas y la barbilla.

—May, vamos, por favor... Tenemos que pedir ayuda. ¿Puedes andar?

No puedo dejarte aquí.

La única respuesta fue un sollozo, y luego empezó a gritar de nuevo.

Desesperado, Derek la puso en pie, la levantó y se la echó al hombro. Después empezó a bajar por la colina hacia las caravanas, con mucho esfuerzo y a sabiendas de que no podía ceder.

—No sientes dolor —le insistió mientras andaba, como si pudiese volver a dejarla en trance. Era culpable de que la chica hubiese ido sonámbula hacia la colmena, y lo menos que podía hacer era aliviarle el dolor. De hecho, a medida que caminaban fue dejando de llorar.

Los gritos de May ya habían hecho salir a los vecinos de Derek. En su mayoría eran ancianos y ancianas jubilados que vivían solos en su caravana. Algunos habían empezado a subir por la colina para encontrarse con Derek, pero la mayoría se quedó junto a la carretera, al borde del parque de caravanas, esperando a que bajara. Alguno debía haber llamado a la madre de May, porque también la vio subiendo a toda prisa la carretera.

Cuando Derek llegó a las caravanas, una multitud se había congregado. Habían llegado tan rápido que parecía que llevaran tiempo esperando a que ocurriese algo así. El doctor Grand, un anciano desgarbado que hacía maquetas de barcos, arrancó a May de hombros de Derek y la tumbó en un diván a la sombra. Cuando le vio la cara, el hombre resopló.

—¡Dios, que alguien llame a una ambulancia!

—Ha... ha chocado con una colmena —afirmó Derek.

El doctor Grand se inclinó sobre ella.

—¿May? May, cariño, dime cómo te sientes.

La niña tenía los ojos cerrados del todo debido a la hinchazón. Abrió la boca para gritar, pero el único sonido que consiguió emitir fue un traqueteo horrible, un gemido miserable que hizo que Derek recordara por un momento qué se había tragado para ahogarse así. La madre de May se acercó cacareando con estridencia.

—Tiene una conmoción —dijo el anciano. Se giró para mirar a los demás —. ¡Cuidad de ella! Volveré en un momento.

El doctor Grand salió corriendo hacia su caravana y dejó que Derek sostuviera la mano de May. Los dedos de la niña se aferraron a los suyos de improviso y le estallaron los huesos, todo su cuerpo se arqueó y empezó a retorcerse, agarrándose a él con fuerza con la otra mano como si se estuviese

ahogando y él pudiese cargar con ella.

—¡May! —gritó—. ¡May, no!

Se le movían tanto los ojos que la vibración se podía sentir en sus pobres párpados hinchados. Su lengua culebreaba en su boca abierta. No dejaba de toser y carraspear. Derek la cogió por el pecho y la agitó como si pudiese sacudirle lo que le ocurría. En ese momento, la madre de May lo apartó de un manotazo. Llegó hasta a agradecerlo: ella sabría qué hacer y salvaría a su hija. La mujer se puso de rodillas junto al diván, le puso la mano a la niña en la frente llena de ampollas, le cogió una mano y empezó a rezar en voz muy baja.

El doctor Grand volvió a la carrera con un maletín de cuero. Ya había sacado una jeringuilla y un pequeño vial de cristal. Dejó el maletín sobre una mesa que había en el patio y metió una aguja hipodérmica en el vial. Mientras tiraba hacia atrás del émbolo para llenar la jeringuilla, se colocó detrás de la madre de May y dijo:

—Déjeme espacio.

La mujer no se movió ni pareció haberle oído.

—Apártese, Beryl. ¿Me ha oído?

La madre de May vio la aguja y salió de su embrujo al instante.

—¿Qué está haciendo?

—Es epinefrina.

—Ni de broma.

El doctor Grand empezó a rugir.

—Tiene una reacción alérgica...

—Sí, es alérgica a las abejas.

—¿La han picado antes? Por Dios, apártese... ¡La necesita ya!

—¡Déjenos en paz! ¡Necesita oraciones, no blasfemias!

—¿Oraciones? Mire...

Intentó agarrar a la madre de May, pero varios hombres se colocaron a su alrededor y lo apartaron.

—¡Grand, no puede hacer caso omiso de sus creencias!

—¡La paciente no es la madre! Esta niña va a morir si no recibe tratamiento. ¿Es que no ven que se está ahogando?

La conmoción había distraído a Derek. Volvió a mirar a May, que se

retorcía y forcejeaba, echaba la cabeza hacia atrás con la cara pálida mientras su madre se colocaba sobre ella, como si pretendiese ocultarla de la luz del sol. Los labios de su madre se movían en silencio con un gesto muy preocupado, pero también estaba muy tranquila y segura. Miró a Derek de improviso, vio su cara aterrorizada y se tomó un momento para dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—May necesita que tú también reces por ella, Derek. Venga, ¿lo harás?

Le puso una mano en las rodillas.

La cara de May empezaba a tornarse púrpura. Derek no podía creer que su propia madre estuviese tan calmada en un momento así. Incrédulo, vio cómo se llevaban al doctor Grand a rastras del diván. Luego miró a May con la boca manchada de tierra, los ojos inflamados y los dedos clavados en los brazos de su madre. May, su querida May.

—Dios te sanará, cariño —decía la mujer mientras le acariciaba el pelo a la niña con aspavientos mecánicos que le hacían pensar a Derek que se había vuelto loca.

Al verla así, salió de su ensimismamiento y corrió hacia el doctor Grand, quien tenía las manos extendidas e intentaba evitar que los hombres que lo sostenían le quitaran la jeringuilla. Derek la cogió y se giró hacia May, seguro de que nada podía detenerlo, ni siquiera su madre.

—No hay lugar para el miedo —insistía la mujer al oído de la niña cuando Derek se acercó a ellos. May tenía los labios azules, de un azul enfermizo. Una espuma sanguinolenta le burbujeaba en la boca. Había empezado a perder fuerza—. Tranquila. Tranquila. —Siguió tratando de tranquilizarla—. Dios te sanará. —La niña se acomodó en los brazos de su madre, y Derek sintió cómo bajaba los brazos a los costados y oyó caer la jeringuilla y cómo se partía la aguja—. Padre nuestro, que estás en los cielos... —May necesitaba oraciones, sí. Oraciones para marcharse en paz.

—No —dijo, sin moverse. No podía mirarla. Sus ojos se desviaron hacia aquella monstruosidad gris que se elevaba sobre el parque de caravanas, incompleta y que nunca se iba a terminar. Le dio la impresión de que aquella sombra era culpable de todo lo que había ocurrido, igual que todo lo que tenía alrededor. Que las abejas, que la Ciencia Cristiana, que la hipnosis o que él mismo. La sombra en la que se había refugiado furtivamente para hacer algo que nunca se hubiese atrevido a la luz del sol, para seducir a May hasta

matarla y no llegar a saber si ella lo había amado o no.

—Ya viene la ambulancia —comentó alguien.

—Nada de hospitales —dijo la madre de May con una rotundidad implacable—. No necesitamos hospitales.

Aun así, la ambulancia no iba a llegar a tiempo. Estaba a kilómetros de distancia, atrapada entre el tráfico de la autopista de dos carriles y no podía avanzar, por lo que la única manera de salvar a May había quedado frustrada por la autopista sin terminar.

—No —repitió Derek ahora en voz alta, porque tenía que evitar mirar hacia abajo. No podía bajar la mirada y verla otra vez, había borrado aquella imagen de su memoria y todo aquello no era más que un terrible lapsus. No podía creer que se hubiese dejado llevar después de confinar los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día a un lugar de su memoria que había evitado a conciencia día a día durante más de veinticinco años. Miró la autopista y evitó fijarse en lo que había debajo, aunque lo sabía muy bien.

Pero ¿qué iba a saber Eli?

Abrió los ojos.

El anciano estaba sentado y lo miraba, en silencio y atento, mientras se agarraba a los brazos de la silla de ruedas. A Derek le dio la impresión de que, de alguna manera, Eli lo había visto todo, de que lo había revivido con él y oído cada uno de sus pensamientos, experimentado cada una de sus sensaciones. Y luego se preguntó si Eli no lo habría impulsado de forma consciente hacia aquel recuerdo, si no lo habría reproducido como una cinta de vídeo, no en beneficio de Derek, sino en el suyo propio, para ver el tipo de hombre que era, para ver cuánto podía confiar en él...

Eli asintió. Era como despertar junto a tu pareja y saber que habíais compartido el mismo sueño.

—Muy bien, Derek —dijo Eli—. Este es el principio.

—¿Qué? —Derek se sintió obligado a hacerse el ignorante, a rechazar las implicaciones ocultistas derivadas de la demente afirmación que acababa de hacer Mooney. Era imposible. Era imposible que Eli hubiera sido testigo de aquel acontecimiento del pasado de Derek, tal y como acababa de pensar.

—Es el principio de la purificación, pero tenemos que hacer más. Hemos abierto la puerta a la sanación, pero ahora estás muy vulnerable. Debemos terminar antes de seguir adelante. Me gustaría que ahora...

—No sé de qué estás hablando, Eli. De verdad.

Se puso en pie sin esfuerzo y empezó a deambular por la estancia, convencido de que podría disipar el hechizo psicótico de aquel anciano. Además, ya era hora de marcharse. Nunca solía quedarse hasta tan tarde. Empezó a guardar sus cosas en la maleta.

—No escapes de esto, Derek.

La voz de Eli sonaba muy parecida a una súplica.

No escapes de ti mismo, querrás decir, pensó Derek. *Pero no puedo dedicarme a entretenerte y ya está.*

—Lo siento, Eli. Tengo que marcharme. Es más tarde de lo que pensaba. Esta noche tengo otras obligaciones.

—Pues cancelálas, Derek. Esto es muy importante. Insisto. Hay demasiadas cosas en juego...

—Déjalo ya, anciano —dijo Derek con dureza, con un tono que lo sorprendió hasta a él.

Eli se lo tomó como un tortazo.

—Lo digo en serio. No te puedo revelar nada más sin que claudiques por completo ante el camino que debemos seguir.

—¿Acaso lo dudas? Me he sentado aquí día tras día para grabar cada una de tus palabras mientras tú te dedicabas a hablar sin parar. Deberías tener claro que estoy más que comprometido.

Eli aguantó aquel insulto velado sin parpadear, como si ansiara enfrentarse con él.

—Lo único que has demostrado es tu compromiso por un libro —respondió con tono sarcástico—. Y solo porque lo único que quieres es descubrir la manera de sacar rédito de mi locura.

—Por Dios —espetó Derek.

—Ni siquiera crees en él —dijo Eli—, pero eres incapaz de evitar pronunciarlo siempre. ¿Eres igual con todo lo demás?

Derek no dijo nada, pensó que al fin Eli se había dado cuenta de la clase de persona que era. No dejaba de darle vueltas a la cabeza, porque se dio cuenta de que lo que ocurriese en aquel momento podía convertirse en algo permanente. Estaba a punto de dejar de lado al anciano, a punto de abandonar su proyecto, y no le molestaba solo porque creía en ese libro más que en

ninguna otra cosa que hubiese hecho, sino también porque había empezado a sentir amistad por Eli, y aquello le sorprendió. Amistad, empatía y, por supuesto, pena por aquel anciano lunático.

—Te guste o no, seas consciente o no, has dado el primer paso —sentenció Eli con esa grandilocuencia que le imprimía a todas sus palabras—. Ya no puedes marcharte. Lo quieras o no, debes recorrerlo al completo. Te sugiero que aprendas a dominarte, amigo mío, o de lo contrario serán otros los que te dominen. De hecho, espero que no te hayan dominado ya. Eso sería... Dios mío... Pensaba que eras un aliado contra el mal, pero ¿y si resulta que eres uno de sus secuaces?

—No seas ridículo —dijo Derek con brusquedad, pero al mismo tiempo con una pena a la que no era capaz de sobreponerse. Sus motivos eran falsos. Había llegado a creerse, creerse de verdad, de manera racional y escéptica, una de cada diez palabras de las historias de Eli. Lo único que había hecho allí había sido fingir. Aun así, se había encariñado con el anciano y le dolía mucho que desconfiara así de él, por merecido que lo tuviera.

—Yo no te haría daño jamás —dijo con toda la sinceridad que pudo—. Puede que no me tengas en gran estima, pero soy un hombre pacífico. De verdad que no soy malvado. Y te considero un amigo.

Eli asintió, con gesto afligido y lágrimas en los ojos.

—Lo sé. Créeme, Derek. Te conozco mucho más de lo que te gustaría. Sé que piensas que muchas de las cosas que digo son una locura.

Derek intentó no agitarse ni responderle de inmediato a la defensiva. No podría agravar la desconfianza de Eli con mentiras.

—Pero debajo de todo ese desprecio, crees de verdad, y haces bien al temer las verdades que digo. Creo que debajo de tu racionalidad superficial, de tu barrera de calma escéptica, estás muy asustado. Es algo que te deja a merced de sus designios...

—¡Elias, por favor!

Eli ladeó la cabeza y gruñó.

—Y por eso... creo que fueron ellos los que te acercaron a mí. Necesitaban a alguien que se llevara los libros, alguien que pudiese... incrementar su número de seguidores. He cargado con sus palabras todo lo que he podido. Me ha costado. Todo lo que he hecho por ellos hasta que te conocí ha sido guardar la piel y los libros. Después de todo, sería inútil

destruir los volúmenes y que encontraran otra alma más débil a la que corromper, otra vida que arruinar. No me gustaría que ocurriese algo así. Ahora lo veo claro. Han puesto tus libros en mi camino y quizás hasta nublado mi juicio para que pensara que tus palabras eran ciertas e iluminadoras. La medicación me hace estar confuso. Te han hecho pasar por un aliado comprensivo y amistoso, cuando la verdad era muy diferente. Pero no es tarde para que nos enfrentemos a ellos, Derek. Si es que de verdad quieres enfrentarte a lo que se ha apoderado de ti.

Derek empezó a sentirse mal. ¡Dios, aquel hombre lo odiaba mucho! Visto así, todo aquel discurso, la historia de los mandalas, se podía considerar un gran timo, una fábula cruel que se había inventado para burlarse de su escepticismo.

Nunca se había sentido tan perdido. Era un acusado que no podía defenderse, ya que todo su caso estaba fundamentado en mentiras.

—No sé qué decir —susurró.

—Dime lo que crees que es la verdad.

—Yo... no te haría daño jamás.

—Evangeline se puso un cuchillo contra su garganta. ¿Crees que quería hacer algo así o que ellos la obligaron?

Derek se sobresaltó en el sofá.

—Si tan poco confías en mí —dijo—, creo que será mejor que me marche.

—No eres tú, por Dios. No desconfío de ti, ¡no más de lo que desconfiaba de Evangeline! Pero ¿cómo te vas a resistir a contar mi historia, a revelársela al mundo, a difundir sus palabras para que muchos otros aprendan a adorarlos con la soberbia que desean?

—A las editoriales no les interesan esas cosas.

—¿Ves? Ya te has cuestionado cómo hacerlo. Encontrarás la manera de sacarlo adelante, Derek. Es tu talento. La gente se cree lo que les vendes; yo mismo me lo creí. Esa es la razón por la que los mandalas te han elegido. He sido un imbécil por no darme cuenta antes.

—Puedo escribir muchísimos otros libros.

—Eso es lo que crees ahora, pero un día te encontrarás contemplando una página en blanco y descubrirás que no te salen las palabras. Te dará la

impresión de que las únicas ideas que quedan en el mundo son las que ellos te han metido en la cabeza. Escribirás esa historia, créeme. No puedo detenerte. Moriré pronto. Lo único que puedo hacer es acotar el daño.

Sintió la curiosidad de Derek.

—Sí, limitarlo. ¿Y si te dijera que solo puedes salir de aquí con tus recuerdos? ¿Y si te pidiera que me devuelvas las cintas?

—Puedes quedártelas.

Derek metió la mano en su maleta y le dio un puñado de cintas traqueteantes a Eli. Pero el viejo las apartó de un manotazo y salieron despedidas hacia la alfombra.

—¿Y si te dijera que voy a quemar esa caja esta noche? Es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Derek se vio incapaz de hablar. Algo caliente lo ahogaba y le quemaba la garganta, algo que no era capaz de identificar.

—¿Ves? —dijo Eli—. La misma idea te asusta, ¿verdad?

—Si es tan importante para ti —espetó Derek—, puedo quemarla yo mismo.

Eli se envaró en la silla de ruedas.

—¿Lo harías? ¿Sin importar lo que me pase? ¿Me lo juras?

—No te va a pasar nada.

—¿No? Entonces ¿por qué me siento un cascarón vacío ahora que te he dicho cuál es el deseo de esas cosas? —Miró la habitación con los ojos abiertos como platos—. Todo lo ocurrido ha sido su voluntad, ¿o no?

—¡Estás loco, viejo! —Derek se agachó para recoger las cintas. Grabaría encima, destruiría toda aquella crónica y dejaría a Eli solo con su locura, librado al anonimato y el olvido—. Pero tienes razón en una cosa —dijo desde el suelo—: No me creo nada. Me he inventado todos mis putos libros: son basura, una porquería cínica. Algo que no creería ninguna persona con cerebro. Yo mismo no los creo. Y tampoco creo en tus treinta y siete medusas astrales. Creo que tu esposa murió de un ataque al corazón. Todos acabaremos muriendo, pero seguro que no tiene nada que ver con esos mandalas. Eso es todo mentira.

La voz de Eli sonó grave e impertérrita, como si aquello fuese algo que estaba esperando.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. Intento tranquilizarte, Eli. Quiero que recuperes el contacto con la realidad.

Eli no dijo nada. Derek empezó a deambular por la estancia mientras se aferraba a la maleta, miraba hacia la puerta y le dedicaba a Eli alguna mirada ocasional.

—Llevas... llevas aquí enclaustrado como un paria toda tu vida, avivando cualquier fantasía que llegara hasta ti. Ahora te enfrentas a la otra cara del escapismo. A una pesadilla de la que no puedes despertar, ¿verdad?

»Necesitas ayuda, pero no mía, no de alguien que alimente tus temores asintiendo, tomando notas y estando de acuerdo contigo. Necesitas a alguien que te diga con sinceridad que te pasaste de la raya en algún momento del pasado, quizá cuando eras niño, alguien que pueda devolverte a la realidad mientras aún hay tiempo. Pero yo no soy esa persona, Eli. Quizá puedas hablar con tus hijos, con tu familia o con gente que te conozca. Yo solo soy un... escritorzuelo. No voy a hacerte daño, pero tampoco puedo ayudarte. Lo único que puedo hacer es negarme a escribir tu libro. De ahora en adelante, saldré de tu vida, Eli. Te dejaré para que puedas ponerte en contacto con gente en la que confíes.

Los ojos de Eli parecían agujeros negros. Derek casi no se atrevía ni a mirarlo. Tenía la mano sobre el pomo de la puerta, y lo giró, consciente de que había un distante carrillón de hueso ahí fuera, arrastrado por un viento seco que no mecía los árboles marchitos. Oyó la sirena de una ambulancia nada más abrir la puerta. Eli se envaró, como si lo que oyese fuera un alma en pena que venía en su busca.

—Buenas noches, Elias —dijo Derek. Tenía que salir de ahí: estaba a punto de llorar.

Eli no dijo nada.

Al salir, cerró la puerta y se dirigió hacia el coche. Había sido una de las cosas más difíciles que había hecho jamás. Encendió el motor y miró hacia la casa. Con las persianas bajadas, parecía sin vida, vacía. A uno y otro lado de la calle había docenas que eran exactamente iguales. Y eso no le reconfortaba. La locura se multiplicaba por el estuco y las tejas de los adosados. En Blackoak Avenue, la cordura había germinado como los mismos robles negros.

Se dirigió hacia la ciudad a toda prisa, ansioso por oír el ruido y el desorden, sonidos reconfortantes de una humanidad en fermentación. Los coches iban de un lado a otro entre las vigas grises y los cables sibilantes del puente de la Bahía, se interrumpían entre ellos con bocinas atronadoras. Un borrachuzo tiró una botella a la acera cuando estaba cerrando el coche y dejó el asfalto lleno de cristales y de un reguero de vino que olía a vinagre, las discusiones se filtraban por los muros de su edificio, mientras que, en alguna parte encima o debajo de él, o en la calle, una mujer lloraba rítmicamente, con una voz que parecía una invitación sexual. Era imposible obviar la cordura que lo impregnaba todo, y la locura también era algo común. Era un mundo hecho para la humanidad: lo permeaban con su sudor y sus palabrotas, con sus guerras y su bullicioso arte. Allí no había lugar para lo invisible, para mitos que usaban el miedo ni para actos más sádicos e improbables que aquellos a los que la propia humanidad ya se había enfrentado. Los cielos estaban vacíos, e incluso las estrellas se ocultaban en la niebla.

No tengo miedo, se dijo a sí mismo al tiempo que se preguntaba por qué estaba tumbado despierto, atemorizado y compadeciéndose, sin poder dejar de pensar en Eli, los mandalas, May y la fría sombra de la autopista.

Llevo mucho tiempo con él. Mucho tiempo oyendo esas cintas y su voz en mi cabeza. Aún puedo oírlas. Pero todo eso se irá con el tiempo. Llevo mucho bajo su hechizo, siendo un ingenuo como los imbéciles que leen mis libros. O su libro, en caso de haber aceptado escribirlo.

Pero se acabó.

No quiero más voces en mi cabeza.

Escribiré lo que quiera escribir. No necesito plagiar nada de esos volúmenes ni copiar nada de un asqueroso trozo de piel.

Mientras Derek recitaba aquella letanía, el teléfono comenzó a sonar. Había apagado el contestador.

Déjame en paz, viejo. No puedo ayudarte.

Sonó diez veces. Veinte veces. Treinta.

Esperó sin dejar de contar, como si fuese a detenerse justo en la trigésimo séptima. Pero Elias colgó antes de llegar.

21

Esa mañana, más tarde, el teléfono volvió a sonar, un acontecimiento que enlazó la noche con el día. No podía recordar los sueños que había tenido; su mente había quedado vacía. Atontado y con la lengua torpe, masculló algo por teléfono y oyó la voz de una mujer que no reconoció.

—¿Derek? —preguntó.

—¿Quién es usted?

—Lo siento. Solo conozco su nombre de pila. ¿Es amigo de Elias Mooney?

Recordó la discusión de la noche anterior. Volvieron a su cabeza todo el odio y las racionalizaciones.

—¿Por qué? —preguntó.

—Su nombre y su número de teléfono estaban escritos en una libreta junto al teléfono del señor Mooney. Pensé que quizás hubiera hablado con él hace poco.

—¿Y?

—Soy su enfermera a domicilio.

De improviso, se dio cuenta del motivo de su llamada. Se incorporó y tiró a un lado las sábanas empapadas de sudor.

—¿Está bien?

—Elias falleció anoche. —Dejó que Derek afrontara la noticia y se quedó en silencio por un instante. Luego preguntó—: ¿Lo llamó a usted anoche? ¿Es esa la razón por la que tiene su número aquí?

Muerto...

—¿Puedo ir? —dijo Derek, esforzándose por superar el mal trago que le atenazaba la garganta—. ¿Se va a quedar por ahí?

—No mucho. Tengo otro paciente al que atender. Se lo he comunicado a su hija, que vive en Auburn. Es todo lo que puedo hacer. Pensé que usted había hablado con él hacía poco y que quizá quisiera saberlo. En realidad, a juzgar por la manera en la que hablaba de usted, pensé que era su hijo. Pero no está en la lista de familiares con los que contactar, por lo que supuse que debía de ser un buen amigo. Lo había visto mucho estos días, ¿verdad?

—Mucho, sí —respondió Derek, estupefacto.

—Estoy segura de que significaba mucho para él. Estaba muy solo.

—¿Puede... puede quedarse un poco más? ¿Media hora? Necesito...

No estaba muy seguro de lo que necesitaba. Ver la casa de Eli antes de que llegara su hija, quizá. Antes de que tocaran o cambiaran de sitio las cosas.

—Ya no está con nosotros. El forense ha pasado por aquí y ya se ha ido.

—Aun así... —Miró el reloj—. Podría llegar ahí en media hora.

—Muy bien, dese prisa. Pero ni un minuto más.

A esa hora había poco tráfico en el puente. Casi ni se fijó en el resto de coches. Antes de terminar de procesar lo que hacía, se vio envuelto por las luces fluorescentes del túnel Caldecott y descendió hacia las afueras que se habían tragado San Diablo, y, ahora, también a Elias Mooney.

Suicidio, pensó.

El anciano se había suicidado para darle algo de dramatismo a su vida. Para cumplir su propia profecía. Pero la enfermera no había mencionado ninguna circunstancia sospechosa, ¿no? Habría preguntado si lo había visto deprimido.

Esperaba encontrarse con una mujer de mediana edad y aspecto de matrona con gorro blanco, traje blanco y zapatillas blancas, pero la enfermera era más joven que Derek, vestía un traje colorido y había dejado una chaqueta blanca sobre el brazo del sofá. Derek entró con indecisión, como si ahora fuese la casa de la mujer. Ella lo miró con gesto amable, no habló mucho y le hizo acompañarla de habitación en habitación, mientras él no dejaba de buscar... ¿el qué?

Las sábanas estaban algo arrugadas, aunque no parecía que nadie hubiese dormido en la cama. Luego vio la silla de ruedas plegada en una esquina y se dio cuenta de que al parecer había tumbado allí a Eli mientras esperaba al forense.

Se giró con presteza y se encontró cara a cara con la enfermera.

—¿Cómo murió?

La mujer se encogió de hombros y frunció los labios.

—Estaba muy débil. El forense cree que ha sido un ataque al corazón.

Derek pasó junto a la mujer y se acercó al otro extremo de la habitación, donde más de una vez había visto la puerta cerrada del templo de Eli. Le echó un vistazo al armario al pasar, pero siguió avanzando sin que la enfermera detectase sus titubeos. Se preguntó cuánto tardaría alguien en llegar desde Auburn y cuándo habrían llamado a la hija de Eli. Eran las dos menos veinte.

Abrió la puerta del final del pasillo.

La habitación estaba a oscuras y muy despejada. Un pequeño cirio se fundía en un vaso de cristal sobre el centro de una mesa vacía y negra en la pared del fondo. Unas manchas pálidas y blancas en la pintura indicaban los lugares en los que había habido objetos. Una de ellas tenía la forma redonda de un espejo. El lugar parecía un poco quemado.

¿Qué representaba esa vela? ¿Una última ofrenda? ¿Algo con lo que iluminar el camino del anciano y disipar un poco de la oscuridad a la que lo había precipitado su locura?

Le costaba pensar en Eli como un loco. Había sido un visionario, un ser imaginativo, alguien extremadamente sensible, pero no un loco. Si alucinaba era por su amplitud de miras, porque su mente estaba muy abierta a una miríada de posibilidades inadmisibles de la naturaleza. Solo estaba loco para las suposiciones anodinas de una sociedad atrofiada e insignificante.

Salió de la estancia y cerró la puerta.

—¿Le gustaría quedarse a esperar a la hija de Eli? —preguntó la enfermera.

—No la conozco, pero... Me gustaría quedarme. Si tiene que irse, adelante. Yo me encargaré de todo. Puede que a su hija le guste saber que tenía un amigo.

La enfermera sonrió y le apretó el brazo con amabilidad.

—Lo siento mucho, señor Crowe. Era un hombre extraordinario.

—Lo sé. Yo...

No pudo terminar, pero la mujer no esperaba que lo hiciera. ¿De cuantas escenas así habría sido testigo aquella joven? La muerte era algo inherente a

su oficio. La mujer lo dejó allí, como un amigo de otro fallecido dentro de otro adosado vacío.

Cuando se marchó, Derek fue directo al armario y bajó la caja.

Fue capaz de oír la voz de Eli que no dejaba de advertirle, pero tenía la mente despejada. No oyó nada, ni siquiera a sí mismo mientras sacaba la caja del coche y la depositaba sobre el asiento del copiloto.

Ahora tenía algo maravilloso, lo único de aquella pequeña casa que significaba algo para él: la única conexión, por baladí que resultara, que tenía con Eli Mooney.

Aquella caja parecía poseer una presencia irracional, era casi como si hubiese otra persona en el coche. Mientras se marchaba, intentó dejar de pensar en que la piel que había dentro le daba indicaciones del lugar al que quería ir, como si fuese un pasajero más.

QUINTA PARTE

Cuando un alma muere, nos reunimos a su alrededor para alimentarnos.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Cuando un alma llora, acudimos al que se siente necesitado.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

22

Unas dagas de hielo crecían como frutos mortales en los árboles blancos y desnudos. El amanecer hizo que empezaran a gotear y a resplandecer, y también iluminó el lustre helado y letal que se acumulaba en la carretera y que obligó a Michael a reducir la velocidad a medida que recorría el empinado y ventoso desfiladero que el tiempo había erosionado en las Grandes Montañas Humeantes. Las paredes de roca desnuda que tenía a ambos lados estaban envueltas en niebla y adornadas con escarcha. Unos carámbanos alineados como dientes de tiburón colgaban de los salientes. Pisó el freno, miró la velocidad y se adaptó a la que demandaba la carretera, ni más ni menos, mientras intentaba mantener el pánico a raya. Tenía un trabajo que hacer y era justo lo que estaba haciendo. Lenore le había dicho que se sentía estable, normal, pero aún había algo extraño en sus ojos, y a Michael a veces le daba la impresión de ver una especie de remolino similar a una sierra fantasmal alrededor de la cabeza de su mujer.

Tenían por delante casi cinco mil kilómetros de carretera desconocida. No podía imaginarse cuántos días se demoraría el viaje. Había oído de personas que recorrían esa distancia en unos pocos días sin parar, haciendo turnos al volante, pero eso no lo podía hacer él solo. Tenía los bolsillos llenos de *speed*, pero no podía depender tanto de las anfetaminas. El cuerpo siempre terminaba por rendirse al sueño.

Como Lenore había sugerido, habían arrastrado de vuelta al coche a la madre de Michael, quien dormía borracha pero tranquila, y el miedo que el chico había sentido por la herida se había ido aplacando. Michael no quería dejarla en el coche cerca de la casa, ya que tenía una buena razón para asegurarse de que nadie se acercara a aquel lugar durante el máximo tiempo posible. Por eso había cedido a la insistencia de Lenore, quien le aseguró que

estaba suficientemente bien como para conducir. Él había llevado a su madre a su casa en el coche de la mujer, y Lenore los había seguido en el Escarabajo.

Cuando Michael llamó a la puerta, Earl estaba viendo la televisión en pijama y con un albornoz, pero se puso un par de botas y ayudó a Michael a entrar a su madre. La tumbaron en la cama mientras Michael le explicaba cómo había chocado el coche en la parte delantera de la casa y la había encontrado allí inconsciente con aquella pequeña brecha en la cabeza. Earl no hizo muchas preguntas, y Michael se moría de ganas de marcharse. Luego recordó lo que necesitaba.

Ya había rebuscado en el bolso de su madre para cogerle las tarjetas de crédito de las gasolineras, de las que tenía una buena colección gracias a sus viajes por todo el país. También le había quitado un poco del dinero en efectivo que llevaba. Pero necesitaba más.

—Earl, me gustaría saber si podrías ayudarme.

Era la primera vez que le pedía nada a Earl y vio que aquel hombre se enternecía, como si pensara que su relación había empezado a estrecharse, y Michael a interpretar el papel de hijo.

—Claro, chico, ¿Qué quieres?

—No sé muy bien cómo pedírtelo... pero es que no quiero que ella se entere.

Señaló con un gesto el cuerpo que yacía tumbado en la colcha de felpilla.

—Bueno, no tiene por qué hacerlo. —Earl puso una mano en el hombro de Michael y cerró la puerta—. Venga, ahora puedes contármelo.

—Lenore y yo vamos a ir en coche a Manhattan para quedarnos con un viejo amigo durante unos días.

—¿Sí? Suena de puta madre. Ojalá pudiese salir del estado, podría pegarme unas buenas vacaciones. ¿Cuál es el problema? ¿Necesitas dinero?

Michael se encogió un poco, pero terminó por asentir. Le costaba mucho pedirlo, pero necesitaban algo e, incluso si decidían sacar dinero en un cajero y dejar su cuenta en números rojos aquella misma noche, no podrían llegar muy lejos.

—Nos vendría muy bien —dijo—. Pero también necesito algo... algo de eso que te vi vender.

Earl esbozó poco a poco una amplia sonrisa.

—Vaya, vaya, chico. No se te escapa una, ¿verdad? Había oído que te iban esas cosas, pero nunca vi ningún indicio de ello. Pensé que estabas limpio.

—Bueno... no del todo limpio —dijo.

—Normal que no quieras que tu madre lo sepa. Te ayudaré con ambas cosas. —Se acercó a un pequeño escritorio que había en el salón y abrió uno de los cajones de abajo. Dentro había unas bolsas, unos botes y una pesa de triple brazo. Michael intentó no mirar—. ¿Cuánto quieres, más o menos? *Speed*, ¿verdad? También tengo otras cosas.

—Solo *speed*. ¿Podrían ser... cincuenta?

—¿Cincuenta? ¡No veas! —gritó—. ¿Te quieres montar un negocio por tu cuenta?

—Es lo que estaba pensando, sí.

—Joder. Mira, entonces ¿por qué no pillas cien?

—¿Cien?

—Claro. Vende lo que no uses y saca el dinero que puedas. Si consigues beneficios, son para ti. Para financiarte el viaje, ¿vale? Son de farmacéuticas, mierda limpia.

Y le pasó a Michael un gran bote de plástico con una tapa a prueba de niños.

—Ahí hay cien. Y ahora... la pasta.

Se dirigió al pasillo. Michael se aseguró de no seguirlo y oyó cómo abría la puerta del armario.

Earl no había dejado de hablar.

—No es todo mío. Aún debo un poco, pero tengo algo separado y os queréis pegar unas buenas vacaciones, ¿no? Quedaos en un buen hotel y esas cosas. No escatiméis en gastos. Ya me lo devolverás cuando puedas. O mira, qué coño, considéralo un regalo. No pude regalarte nada por tu boda. ¿Cuándo es tu aniversario?

—Pues... fue el mes pasado.

Earl volvió al salón con un fajo de billetes atado con un elástico. Billetes de cinco por arriba y de cien por abajo. Sonrió y empezó a sacar de los de abajo.

—Vaya, Earl, es... es demasiado.

Alzó la vista, sorprendido, pero su gesto se torció para dar paso a otro de terror y consternación.

A la luz parpadeante de la televisión, vio un brillo tenue y amarillento alrededor de la cabeza de Earl, como si le sonriese un emoticono enorme y pálido.

—¡Feliz aniversario, hijo!

Michael se había tragado una cápsula hacía unos cincuenta kilómetros y aún no se le había pasado el subidón. Se lo estaba tomando todo con tranquilidad a pesar del pánico subyacente. Sus pensamientos eran tranquilos y más ordenados que la noche o el día anterior, y no había empezado a apretar los dientes ni nada parecido. Era una mierda muy limpia. Le dieron ganas de comerse tres kilos de helado; pero, quitando eso, estaba bien.

Estoy tranquilo, estoy a salvo, se dijo a sí mismo a medida que llegaba el fin del primer día de viaje.

Luego vio la luz azul de la policía a través del retrovisor.

No la había confundido con el sol, y su corazón empezó a latir desbocado nada más verla. Luego le sobrevino la paranoia habitual de las drogas. Empezó a apretar los dientes sin control y a tragar una pasta espesa que se le pegaba a la lengua y a la garganta.

El coche que lo seguía era azul del todo, sin símbolo alguno. La luz azul resplandecía en el salpicadero. Cuando se acercó fue capaz de ver la silueta del conductor, que cubrió por completo el retrovisor. Tenía un ligero recuerdo de haber adelantado al coche hacía unos kilómetros y de que al volante había un tipo normal y arreglado con un traje: un tipo cualquiera que estaba decidido a empezar de cero en Knoxville. El hecho de que llevara gafas de sol por la noche debería haberle llamado la atención.

Miró a Lenore. Tenía los ojos cerrados. Había dormido desde que salieron de Cinderton. Costrosa estaba acurrucada en su regazo. Traer a la gata había sido idea de Michael, ya que de otro modo la habrían abandonado y dejado sin comida ni dueño. Lenore no le había puesto pegatas. Costrosa se había limpiado la sangre con la lengua y ahora, cansada de maullar para que la dejaran salir de aquel lugar, dormía con gesto apacible, como si hubiese vivido toda su vida en aquel coche.

Frenó despacio y se apartó poco a poco de la carretera. Casi no había arcén y tenía miedo de arañar el coche contra las rocas heladas. Los carriles cercanos estaban congelados y pensó que lo único que había al borde de la carretera era una pared de roca baja, y detrás, el cañón de un río lleno de niebla y árboles dispersos aferrados a unas paredes lisas de una manera muy cercana a la desesperación.

Lenore empezó a murmurar. Costrosa levantó la cabeza.

Michael miró hacia atrás y vio cómo el conductor salía del coche. Llevaba un traje gris de puños y cuello blancos, corbata negra y el pelo negro peinado hacia atrás y engominado como si llevase un casco. Michael contuvo el aliento a medida que el hombre se acercaba durante lo que le pareció una eternidad y la gravilla crujía cada vez más bajo sus wingtips, hasta que al fin se inclinó junto a la puerta con el aliento condensado saliéndole de la boca y le indicó con un gesto que bajara la ventanilla. Michael la bajó unos centímetros, lo suficiente para dejar escapar el preciado calor que tanto llevaban acumulando en el interior. El motor crujió como si se enfriara, mientras él intentaba leer la placa que el hombre sostenía delante de su cara. Apenas fue capaz de centrar la vista en ella, ya que estaba muy preocupado por Lenore y los sonidos que había empezado a hacer.

—Carné y papeles.

—Sí, señor. —Michael extendió la mano hasta la guantera, tratando de no molestar a Lenore, pero no lo consiguió. Costrosa maulló, y Lenore se estiró, bostezó y abrió los ojos.

—¿Hummm? —murmuró la mujer.

—No suelo hacer parar a la gente —dijo el policía, antivicio o lo que fuera—. Suelo dejar que mis compañeros pillen a los de tu calaña y se los lleven al calabozo del condado de Buncombe. Supongo que esta mañana tenía ganas de hacerles un favor. Nadie me adelanta en esta carretera.

Michael sospechaba que había alguna razón más.

—*Urau salu ka oalos* —dijo Lenore.

El hombre se inclinó para mirarla.

—¿Cómo dice?

Michael se puso pálido.

—Es que no habla inglés, señor.

—*¡Brolor sor besook!* —gritó.

El hombre puso la mano en el picaporte de la puerta.

—Salid del coche. Los dos.

—No me gustaría que se escapase la gata, señor. Tenemos que cuidarla muy bien. ¿Le parece si salgo solo yo?

La voz de Lenore se volvió un tono más grave a causa de la rabia.

—*¡Bawnur mosol ilderbeus!*

Antes de que Michael pudiese bajar el seguro, el agente tiró de la puerta y lo sacó del coche. Puso a Michael contra el Volkswagen y lo sostuvo por el codo mientras le doblaba un brazo por la espalda, como si fuera a dislocarle el hombro. Costrosa estaba desesperada por salir del coche y se metió debajo del salpicadero.

—Vale, ¿me quieres decir qué es esa mierda?

Movió la cabeza de Michael hacia el coche y aflojó un poco la fuerza que hacía en el brazo del chico para señalar con él el gran pentágulo que había pintado en el techo encima de la puerta.

—Pues mire, señor, es una estrella de cinco puntas, igual que las otras cuarenta y nueve que hay en la bandera de Estados Unidos.

—A mí me parece más un pentángulo. ¿Sabes lo que es? Diría que sí que lo sabes. Diría que lo sabes todo sobre los pentángulos y sobre los crucifijos invertidos.

Michael gruñó. El policía le había señalado el único símbolo que había reconocido para luego interpretarlo de la única manera que conocía. No tenía sentido discutir con él, pero Michael no pudo evitarlo. Defender su coche era algo habitual, y el *speed* le hizo pensar por un absurdo instante que podía salir de aquel atolladero con palabras.

—Si se refiere al satanismo, señor...

—¡Eso es! Lo conoces, ¿verdad?

—El satanismo es cristianismo a la inversa. No soy seguidor de Satán porque tampoco lo soy de la religión cristiana y ninguno de los grandes dogmas occidentales. No tengo nada contra ellos, pero...

—Eres un puto satánico, ¿verdad, chico?

—Perdone, señor, pero tal vez haya oído un programa de televisión tendencioso o una charla en la oficina de alguien que tiene muchos prejuicios.

Esos símbolos son más antiguos que la religión cristiana. Más que lo que conocemos como diablo, algo en lo que yo no creo, señor. Pero aunque creyera en él, usted tampoco tendría derecho a molestarme. ¡Estamos en los Estados Unidos! La Constitución me ampara en mi derecho a la libertad religiosa.

—¿Libertad para realizar sacrificios animales?

—Si eso formara parte de mi religión, pues también me ampararía.

—¿Y qué tipo de animales sacrificas?

—No lo hago. He realizado un juramento budista para no hacerle daño a ningún ser vivo...

—¿Ardillas? ¿Perros? ¿Animales más grandes, quizá? ¿Crees que los Padres fundadores firmaron para que tú pudieses sacrificar bebés en nombre del diablo?

—Lo hicieron para defender sus intereses con los esclavos y el tabaco...

—¡Es el diablo quien habla en tu nombre!

—Mire, ¿por qué no se va a besar el ojete grande y rojo del diablo?

Joder, ¿quién ha dicho eso?

El policía lo empujó contra el coche, y Michael se golpeó la mandíbula contra el marco superior de la puerta.

—Que te jodan, escoria chupapollas demoniacas —le gruñó el policía al oído—. Se han producido unas muertes de tipo ritual muy asquerosas por estos bosques últimamente y eres el tipo al que estamos buscando. Ahora que lo pienso, estoy seguro de haber visto esos dibujos tuyos tan bonitos, esos enormes círculos de mierda, grabados en las pieles de las víctimas...

Michael resopló mientras le torcían el brazo de manera muy poco natural. La voz de Lenore se oía cada vez más alta. El policía le puso a Michael las manos en el pecho, se las metió en la chaqueta e hizo una pausa para agarrar algo que había notado en el bolsillo interior. Las pastillas de *speed* repiquetearon en el bote de plástico. A Michael le dio un vuelco el estómago.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

—Espere —dijo Michael con un tono que le sonó lamentable incluso a él.

En ese momento, Lenore profirió el grito más atronador hasta el momento. El policía soltó el bote y, al mismo tiempo, se metió la mano en la chaqueta ceñida para coger el arma. Michael echó el cuello hacia atrás, vio el

arma y se zafó. Se dejó caer en el asiento del conductor y levantó las piernas.

El hombre se tomó un momento para quitarle la tapa al bote. Echó un vistazo en el interior y empezó a sonreír.

—Venga, no hace falta que me digas nada. Tienes receta para las pastillas, ¿verdad? Estás a dieta. Es por eso, ¿no?

Volvió a levantar el arma y apuntó hacia el coche.

—Por favor —rogó Michael al tiempo que extendía los brazos para suplicar. No fue capaz de apartar la vista del arma.

—He dicho que fuera del coche. Los dos.

Los quejidos y murmullos de Lenore se volvieron más agudos. Michael se giró y le gritó:

—¡Que te calles, joder!

La mujer pareció no percatarse de su presencia. Tenía los ojos cerrados y no dejaba de emitir sonidos mientras el policía se preparaba para arrestarlos. A saber qué les iba a ocurrir después. Quizá ya habían encontrado a Tucker, quizá ya estuviesen buscando su coche.

Volvió a mirar hacia atrás y vio que el hombre no había dejado de apuntar a Lenore. La mano con la que sostenía el arma le temblaba y el cañón se movía de un lado a otro, como si el policía luchara en sus adentros. Su expresión era igual de inexplicable, rabiosa pero atribulada.

—Por favor —suplicó Michael—, no tiene por qué hacerlo. Está enferma. No pretende hacer nada. No tiene por qué amenazarnos.

El policía frunció los labios y soltó un gruñido silencioso.

La mano con la que sostenía el arma empezó a temblar con más fuerza y se movió de un lado a otro entre Lenore y Michael. La otra mano del hombre temblaba de manera descontrolada y se abrió del todo. El bote cayó al asfalto y las cápsulas negras se esparcieron como gotas de lluvia.

La cara del hombre se tornó de un color rojo oscuro, casi púrpura. Tenía los labios fruncidos, un gesto contraído como si ya hubiese muerto.

La pistola no dejaba de moverse de un lado a otro. *Ya está muerto*, pensó Michael. El policía intentó controlar el movimiento inexorable del arma con su otra mano, pero esa también terminó por traicionarle y dejó de ofrecer resistencia. Ahora ambas manos tenían un único propósito: llevar el arma hasta la cara del policía.

A la tenue luz de la mañana en aquel camino de las Grandes Montañas Humeantes, Michael vio cómo algo esférico se retorció alrededor de la cabeza del agente de policía. Latía como un corazón al ritmo de los cánticos de Lenore. El agente opuso resistencia, peleó y echó la cabeza hacia atrás mientras el arma subía por sus labios, pero debió de haberse rendido en el último momento, ya que inclinó la cabeza como dispuesto a ponerse a rezar y luego abrió la boca para meterse el cañón.

Michael se retiró aún más hacia el interior del coche y cerró la puerta. El portazo no se oyó a causa de la explosión.

Por un instante, un globo de neblina sanguinolenta se infló alrededor de la cabeza del agente, y la sangre coloreó con esmero los intrincados contornos de un mandala traslúcido al salir del alma de aquel hombre.

Cuando cayó al suelo, la esfera se quedó flotando un instante, superpuesta a los jirones de niebla y al cielo azulado como un sol rojo y diáfano. Luego se encogió hasta desaparecer, y Michael salió de su estupor.

Tenía tanta necesidad de ellas que buscó con determinación las pastillas de *speed* que había tiradas por la carretera. Pero después de ver la sangre que tenían encima y que algunas ya flotaban en el charco que se había formado, prefirió dejarlas.

Incluso llegó a pensar en arrastrar el cuerpo hasta la pared de piedra y lanzarlo por el borde, pero eso no habría servido de nada. Alguien podría verlo. Por suerte, aún no había pasado ningún coche por allí. Esperó que el agente no hubiese informado de la matrícula del Escarabajo antes de pararlos. Pero todo escapaba a su control, lo único que podía hacer era seguir su camino. Los mandalas se asegurarían de que siguiese adelante, y de nada más.

Giró la llave y pisó a fondo el acelerador. El motor rugió y continuaron el camino. Miró hacia atrás una vez antes de doblar una curva, y vio lo que parecía un traje de oficina arrugado en la carretera esperando a que alguien lo encontrara. Luego quedó oculto detrás de una pared de roca.

Poco después, la niebla desapareció y el sol resplandeció sobre ellos, brillando con alegría sobre las rocas cubiertas de hielo de aquel camino de montaña, derritiendo los carámbanos sobre la carretera, rielando en el agua de todas las pequeñas cataratas junto a las que pasaban, un paisaje que de alguna manera parecía querer iluminar su corazón.

*Anímate, parecía querer decirle la naturaleza. El camino está despejado.
¡Menudo viaje tenéis por delante, chicos!*

23

Lenore se despertó con un calambre en el cuello, y la boca seca y pastosa. Intentó estirarse, pero el asiento de atrás estaba atestado de equipaje y le resultó imposible hacerlo. Se abrían paso entre el tráfico, y la radio se oía y se desintonizaba a medida que cruzaban el túnel subterráneo de la autopista y salían entre los edificios de la ciudad. La canción casi irreconocible que atronaba por el pequeño altavoz era *Satan is Boring*, de Sonic Youth. Michael había encontrado la emisora de una universidad. Al principio, Lenore había pensado que debían de estar en Knoxville, pero luego vio un enorme cartel que anunciaba coches usados en Nashville. Se incorporó al momento. Costrosa se subió al respaldo del asiento y maulló.

Michael la miró por el retrovisor.

—Hola. ¿Estás mejor?

—Estoy fatal —respondió—. ¿Por qué lo dices?

—No te acuerdas —afirmó. No era una pregunta.

Lo último que recordaba era quedarse dormida al salir de Cinderton. Tenía un hambre atroz.

—¿Vamos a comer? —preguntó—. Hay un McDonald's por ahí. ¿Lo ves?

Michael cambió de carril y se dirigió hacia la salida. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Necesito cafeína —gruñó.

—¿A qué te referías? No me acuerdo de nada.

—Al antivicio.

—¿Qué antivicio?

—Olvídalo.

Mientras Michael hacía cola para pedir, Lenore fue al baño a lavarse la cara. Al mirarse en el espejo, vio el pequeño mandala que tenía impreso en la frente. Se parecía a un ojo de buey, a una ventana abierta a otro mundo. Del símbolo se proyectaba una luz tenue y oscura, la mayor parte de la cual brillaba hacia el interior de su cabeza y eliminaba todas las dudas, la inactividad y los cúmulos de deterioro que se habían formado en su mente mientras dormía.

Los urinarios de metal empezaron a balancearse. El techo se oscureció y adquirió el tono de la piedra húmeda. Los fluorescentes se tornaron de un púrpura macilento. Se aterrorizó al mirarse a los ojos.

Se había olvidado de aquella parte, de cómo el mundo podía venirse abajo si lo miraba desde un ángulo concreto. La situación no tenía ni punto de comparación con lo que le había ocurrido en su casa. Allí era muy extraño. Le dieron ganas de salir corriendo, pero todo era demasiado raro, y el coche estaba fuera, en algún lugar de aquel paisaje alienígena. Se podía perder en cualquier momento. En lugar de eso, se metió en un urinario e intentó no fijarse en cómo la puerta de metal colgaba en un ángulo tan imposible que no estaba recta, sino doblada sobre sí misma como un objeto tetradimensional que rotaba en tres dimensiones, sin llegar a estar ahí de verdad. El baño era incluso peor: se precipitaba y ascendía al mismo tiempo, y tenía un cieno de un color negro verdoso que parecía una lengua asquerosa en el fondo de lo que parecía ser una garganta mugrienta. Se giró y se apoyó en la pared con los ojos situados a unos pocos centímetros de una pintada ininteligible, unos mandalas rudimentarios hechos con marcador debajo de los cuales se podía leer el texto de la trigésimo séptima clave, que llegaba hasta el dispensador de papel higiénico del que sobresalía un papel de lija ceroso. Tuvo que cerrar los ojos para no ponerse a pronunciar aquellas palabras.

En ese momento, se abrió de improviso la puerta del baño y luego oyó voces: las de una mujer y una niña. La habitación quedó bañada por una luz más oscura; mientras tanto, los retretes murmuraban y borboteaban. Le mente de Lenore empezó a quedar sumida en la inconsciencia y se apartó de aquella presencia nueva y desagradable.

No, pensó. Me gustaría verlo todo y recordarlo todo. Se acabaron los desvanecimientos.

Su mandala debía de haber reaccionado ante aquella sinceridad, ya que la

neblina que se había extendido por el lugar desapareció al instante. Sintió cómo su mente se expandía y adquiriría una claridad cristalina. Su conciencia flotó en algún lugar situado sobre su cuerpo, colgaba debajo del techo como un globo de helio y miraba hacia abajo, hacia el espacio abierto del baño. Allí había una mujer enorme, en escorzo ante el espejo, que ya no era tal, sino una ventana negra. Estaba aferrada a una niña pequeña que gritaba, lloraba e intentaba zafarse del brazo de la mujer. Cuando Lenore bajó la vista, la mayor le dio una torta a la niña en la cara. La chica se quedó quieta, se apartó y se alejó hasta una esquina que había entre los lavabos y la pared. La mujer se masajeó la mano y luego persiguió a la niña hasta la estrecha esquina, le cogió un mechón de pelo y tiró de ella con fuerza hacia el centro de la estancia. Los baños gruñeron y regurgitaron lo que había en su interior en las baldosas llenas de cieno. Heces sanguinolentas empezaron a ascender por las paredes. La niña intentó volver a gritar, pero la mujer le tapó la boca, le golpeó la cabeza contra el borde del lavabo y la cogió por el antebrazo cuando estaba a punto de caer al suelo.

Lenore no estaba sola. Había dos mandalas que atravesaron el techo atraídos por el espectáculo.

La mujer gorda miró hacia arriba un instante, con los ojos rojos y la cara llena de una mezcla burbujeante de pus, carne y grasa que se le derramaba por la mejilla y la mandíbula. Parecía sonreír a los mandalas, pero Lenore sabía que en realidad no podía verlos. Volvió a centrar la atención en la chica, que ahora se parecía más a un mono carbonizado al que arrastraban sin oponer resistencia. Las ruedas de fuego granuloso que eran los mandalas descendieron. Uno agitó los zarcillos hacia la madre como si fuese un látigo adornado con cristales rotos y cuchillas para provocarla como si un jinete azotara su montura para obligarla a hacer cosas imposibles. El otro flotó sobre la niña y sacó a relucir unos labios vaporosos que salían de una miriada de poros que perforaban los pulsantes discos que conformaban su cuerpo. Cada poro o boca era una puerta hacia otro mundo y, a medida que se abrían, Lenore oyó gritos de algún lugar del interior de aquel reino que tenía el color de un estómago. Descendió hacia la niña encogida y empezó a absorber una niebla similar a humo o vapor que se desenroscaba en pequeños hilillos desde el alma de la chiquilla, un aroma de agonía que era visible para Lenore, quien ya no podía apartar la mirada ni hacer caso omiso de lo que ocurría. La chica

se vio privada de su energía, y el mandala se volvió un poco más grande. El aspecto consumido de la chiquilla dejaba patente de que aquella no era la primera vez. Después de que uno de ellos se alimentara de la niña, el otro envolvió a la madre y pilló los hilillos trenzados de tejido astral como si fuesen pedazos de alma sanguinolentos que se hubiesen cercenado con cada acto de violencia y ahora colgaran de la cabeza de la mujer a la espera de que su guardián los cosechara. Los mandalas cuidaban de los humanos como si fuesen grandes vacas lecheras, como las hormigas de un rebaño de pulgones.

Lenore volvió a quedar enfrascada en su cuerpo. Las paredes de frío metal del urinario resonaron a su alrededor, anodinas y sin pintadas, el papel higiénico colgaba flácido y la taza de porcelana resplandecía como si acabasen de limpiar el metal que la adornaba. Dio por hecho que estaba a salvo, abrió la puerta y salió.

La madre seguía allí y sostenía a su hija contra el lavabo. El agua no dejaba de correr. La cara de la mujer había vuelto a la normalidad. La niña parecía pequeña, pero no estaba demacrada. Se sorprendió al ver a Lenore, pero no dio señal alguna de sufrimiento. La mujer le echó agua a la niña en la cara, y luego extendió la mano para coger papel y secarle la boca, pero la aparición de Lenore la había distraído y ahora lo hacía más despacio. Ambas miraron a Lenore sin disimular la aversión que sentían por sus ropas negras y el pelo teñido a rayas, características que Lenore veía en el espejo que las mujeres tenían detrás. Cuando la mayor vio el símbolo que tenía en la frente, echó a su hija a un lado, pero empezó a mover los labios, y Lenore oyó cómo murmuraba saludos reverenciales. Se agachó con gesto sumiso, como si se encontrara frente a una sacerdotisa de su religión. Lenore pasó a toda prisa junto a ellas y se dirigió hacia la puerta. Hizo un gran esfuerzo para verlas como humanos, sobre todo después de comprobar que sus auras despedían un zumbido crispado y eléctrico que añadir al hedor de la podredumbre y del pelo quemado.

Lenore se dirigió al coche a toda prisa. Temía sentarse en algún lugar donde tuviera que mirar a la gente. Michael volvió con un vaso grande y una bolsa de papel llena. Sacó un McMuffin. Cuando Lenore vio su aspecto, lo puso en el suelo para que se lo comiera Costrosa.

—He visto... —empezó a decir—. En el baño... ahora mismo...

—¿Qué? —Michael dio un gran bocado que tragó junto a un enorme

sorbo de refresco.

—A una mujer que le pegaba a su hija.

—Creo que las he visto. La renacuaja montaba un numerito porque quería un batido para desayunar. Yo también le habría dado una buena torta.

—La estaba pegando de verdad. Pensé que iba a matarla.

—¿De qué hablas? ¿Cómo va a hacer eso en un McDonald's?

—Estaban en el baño. No sabían que las estaba viendo.

—Quizá... Quizá fueran alucinaciones, Lenore. ¿Sabes a qué me refiero? Las vi salir del baño y la niña estaba tranquila, pero no parecía que le hubiesen pegado.

Lenore no supo qué responder porque no estaba segura de lo que había visto. Eran dos cosas: aquella escena de tortura y luego a la pareja que la miraba, sin ninguna herida visible. Se preguntó cuál de ambas cosas sería real, y luego se dio cuenta de que ambas lo eran. La primera escena, la que había contemplado desde arriba, se trataba de una proyección mental, algo paralelo al mundo físico. Había visto lo que la madre deseaba hacer en aquel momento, la consumación de su ira reprimida y también las consecuencias que entrañaba para la niña. Los violentos pensamientos de la agresora en ese reino habían acarreado esas consecuencias en la víctima. Así era como los mandalas se alimentaban y realizaban su magia. Y, así como gran parte de lo que se pensaba, lo que se soñaba o se realizaba en aquel reino también ocurría a la postre en el plano físico, los mandalas también se habían establecido en él.

—¿Crees que estás bien para conducir? —preguntó Michael de improviso.

—¿Conducir? ¿Yo?

—No sé si podré aguantar hasta California, Lenore. O sea, si vamos con tanta prisa, creo que deberías ayudarme. Si te sientes lúcida, claro.

—Claro —respondió—. Estoy perfectamente... lúcida.

Al decirlo, el coche se movió un poco y se convirtió en algo diferente de lo que esperaba. Los coches solían dar una sensación de seguridad ante la velocidad gracias al metal del que estaban fabricados, pero acababa de tener una visión en la que el Escarabajo parecía una trampa mortal y esperaba el momento adecuado para ceder y aplastarse, de modo que atrapase en su interior aquellas cosas blanduzcas (ellos) entre agujones compactos y

aserrados de metal roto.

No, no es real. Sé lo que es real y soy capaz de conducir.

—Yo me encargo —dijo—. Un rato.

—Genial. Me vendría bien dormir un poco. Despiértame si te empiezas a sentir rara, ¿vale?

—Claro.

Pero no fue capaz de comentarle que, cuando se colocó en el asiento del conductor, el aparcamiento ya había cambiado. Vio de reojo a su guardián por el espejo retrovisor, negro y girando sobre su coronilla.

Bueno, si no puedes evitar que tenga un accidente, ¿para qué me sirves?

Aquel pensamiento se le clavó en la mente y le dio la sensación de que tenía la cabeza inundada de un humo agrio y negro. Luego se le despejó y vio el paisaje con una claridad perfecta, como si de una extensión de sí misma se tratase, como si se encontrara en el interior de un mapa. Los árboles estaban ordenados con una simetría intrincada. Alguien había colocado las nubes en el cielo y hacía que se movieran. Todo casaba como si lo observara con la perspectiva de un cuadro. Miró hacia el oeste. Se sintió como un dios al volante...

Aquello iba a ser muy fácil.

Luego giró la llave y el coche gimió hasta arrancar, como si fuese algo que acabara de resucitar para volver a atormentarlo. El coche gritó cuando ella pisó a fondo el pedal, como si las pequeñas explosiones de gasolina en sus entrañas fuesen un suplicio.

En el lugar en el que antes se encontraba el McDonald's vio un búnker achaparrado y llameante de hormigón negro del que sobresalían unas caras de cautivos de campos de concentración por las hendiduras sin cristales situadas a los costados.

El coche avanzó y el suelo se abrió a su paso. Solo había una carretera que llevaba en una única dirección y estaba cubierta por una infinidad de hileras de tetrápodos flexibles con forma de dagas y similares a las papilas gustativas de una lengua demoniaca que se inclinaban a medida que les pasaba por encima y volvían de inmediato a su posición para evitar que diera marcha atrás. Si dudaba, aunque fuera un instante, aquella lengua parecida a una carretera se enrollaría como la de un camaleón y la llevaría de nuevo hasta aquel búnker negro, donde quedaría envuelta entre el olor de carroña

chamuscada y carne cruda.

Lenore hizo caso omiso de la aparente agonía del coche y pisó el acelerador.

24

Michael se detenía a beber café o Coca-Cola, pero nunca para dormir. Sabía que terminaría por necesitarlo, pero trataba de aguantar todo lo posible.

Sin duda, tenía que volver a dejar que condujese Lenore.

Lo había intentado en una ocasión y se había quedado medio dormido, pero luego se despertó en algún lugar al este de Memphis. El coche había girado con brusquedad para enfilarse un pantano. Le quitó el volante a Lenore, quien balbuceaba algo sobre piedras, rocas cantarinas con corazones sanguinolentos, y sobre nubes hechas de sangre que derramaban una lluvia roja. Le costó mucho reconducir el coche a la carretera.

Nunca más.

—Yo me encargo de conducir, Lenore.

Lo había hecho durante el resto del viaje.

Sin duda él tenía las mismas posibilidades de hacerles sufrir un accidente que la chica, aunque sus razones eran algo más mundanas.

Entrada la noche, los faros de los coches que venían en dirección contraria se convertían en un suplicio y se le clavaban en los ojos como pedazos de cristales rotos. Atravesaron una infinidad de remansos de luces en la oscuridad de aquel paisaje: gasolineras, moteles y restaurantes. Pensar en descansar era una tortura. Cada vez notaba los párpados más y más pesados. El sonido del motor era constante y reconfortante, le daba sueño... sueño...

Se dejó caer hacia un lado y se encontró con una montaña de botellas y de latas. Frenó en seco justo antes de chocar contra una señal que indicaba la distancia que quedaba hasta Oklahoma City.

—Tengo que dormir, Lenore —dijo—. Solo un poco, ¿vale?

La mujer no respondió. Tenía la cabeza apoyada en la ventana y los ojos

cerrados. También parecía estar durmiendo. Dado su estado, no podía estar muy seguro de lo que significaba aquella posición.

La luz del techo estaba fundida, pero tampoco tenían en el coche mapas que les sirvieran. No veía el reloj de pulsera, pero la hora no importaba. Lo único que importaba era encontrar una zona de descanso antes de chocar. Al parecer, había una cada casi cien kilómetros, pero no recordaba cuándo habían dejado atrás la última. Seguro que era una buena señal, significaba que no debía de faltar mucho para la siguiente. A no ser que hubiese perdido la conciencia y la hubieran pasado sin darse cuenta.

Llegaron unos quince kilómetros después, y pasaron junto a hileras de furgonetas, coches familiares y personas que paseaban a sus perros y se estiraban debajo de farolas junto a las que revoloteaban insectos en el frío de la noche. Tan pronto como apagó el motor, notó cómo aquel frío reclamaba lo que le correspondía por haberse atrevido a cruzar las llanuras en aquella época del año. Tapó a Lenore con una manta, y luego se tapó él también, y se hundió en el asiento para acomodarse y conciliar el sueño.

Pero resultó que estaba tan cansado que no le hizo falta comodidad alguna. En unos minutos ya estaba soñando. En un momento dado se movió y oyó cómo se cerraba la puerta de Lenore, pero no terminó de despertarse. Oyó cómo los pasos de la mujer se perdían en dirección a los baños.

Sus sueños fueron un *collage* surrealista del día que había pasado al volante. Las caras pasaban a su alrededor como partes de aquel paisaje, se desplazaban a toda velocidad por el rabillo de los ojos como si fuesen los bordes de la carretera. Las ruedas chirriaban en las curvas más cerradas, el coche se agitaba de un lado a otro. Empezaron a quemarle los ojos, literalmente. Los tenía inflamados, y las llamas le chamuscaban el cerebro e iluminaban todo el mundo, un escenario fantasmagórico y anaranjado lleno de humo y gritos mientras no dejaba de oír balbuceos en el idioma de *Los ritos mandala*. Derek Crowe aparecía con un uniforme de policía estatal, arrancaba la puerta de los goznes y sacaba a Michael del coche con una mano de metal a medida que sus rasgos se fundían en un vapor sanguinolento.

Michael se despertó al oír unas palabras ininteligibles en la brisa nocturna. Se había despatarrado hacia el asiento del copiloto y tenía la palanca del freno de mano clavada en el muslo.

Se incorporó, muy despierto, y se dio cuenta de que estaba solo en el

coche.

Su aliento empañó los cristales. Intentó limpiar uno con una esquina de la manta, pero quedó tan manchado que se veía aún menos. Entre los asientos encontró una botella de limpiacristales e intentó usarla para limpiarlos, pero el líquido se había congelado y cayó en sus dedos como granizada. Soltó la botella entre tacos y abrió su puerta. Salió a la tranquilidad de la noche y contempló la hilera de coches silenciosos. Tan solo se oía una voz que emitía unos cánticos. De improviso, una mujer llegó a la carrera al espacio abierto que había entre los baños y miró hacia atrás mientras seguía corriendo hacia los coches.

Michael corrió hacia el edificio de ladrillos. Oía la voz aterrada de Lenore cada vez más alto y cómo las puertas de los coches se cerraban detrás de él.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó un hombre.

—¡Está loca! —respondió una mujer.

La plaza circular de cemento estaba repleta de máquinas expendedoras, mapas debajo de plexiglás y paneles informativos de las Grandes Llanuras. Lenore se encontraba en el centro del círculo con los brazos extendidos hacia el cielo. La luna, que estaba casi llena, se veía a través de un viejo tragaluz de plástico. Parecía estar implorándole, le gritaba, chillaba y lloraba, se tiraba del pelo y de las ropas. Tenía la camisa abierta y los pechos al descubierto hacia el cielo y la luz de las farolas. Pero no le hablaba a la luna.

El mandala negro flotaba unido a sus palabras como un globo oscuro que oscilaba contra el tragaluz de plástico. Una raíz negra y gruesa se internaba en la boca abierta de Lenore.

Michael echó la vista atrás y vio que un hombre avanzaba con cautela entre los coches. Lo seguía la mujer que había salido corriendo de la plaza. Agarró a Lenore por el codo y el mandala se desvaneció. Tiró de ella hacia la parte trasera de la estación. No había dejado de delirar, pero no había motivo para gastar energía intentando que se callase. Tan pronto como llegó al coche, la tiró dentro y encendió el motor. Atravesó la pequeña rampa que descendía hasta la autopista con los faros apagados y sacó la cabeza por la ventana para ver mejor. Cuando llegaron a la autopista, echó la vista atrás y vio que varias siluetas se habían reunido junto a los focos de la plaza.

Tan solo era un poco más de caos que dejaban atrás. ¿Cuánto tardarían las autoridades en pillarlos si alguien era capaz de unir todos los rastros que

dejaban a su paso? Tan pronto como descubrieran lo que le había ocurrido a Tucker, Lenore y él tendrían que afrontar un interrogatorio, de eso no cabía duda. Era muy probable que la policía le preguntara a Earl y empezara a buscar por todo el estado de Nueva York. Pero ¿cómo enlazarían ese acontecimiento con el policía de Carolina del Norte que se había disparado en la cabeza con su propia pistola?

No podrían, estaba claro. Como mínimo, Lenore y él dispondrían de tiempo suficiente para pedirle respuestas (y ayuda) a Derek Crowe antes de que empezaran a buscarlos. Tucker y Scarlet siempre estaban solos y no tenían a nadie que dependiese mucho de ellos, ni tampoco a nadie que fuese a buscarlos con mucho ahínco.

Estaban a salvo, por el momento. Michael se sentía como una tortuga en el interior del caparazón, sentía que todo su mundo se había reducido a aquel pequeño compartimento que podía llevarlos a cualquier lugar que deseara. Toda su existencia se centraba en un único punto. Había dejado de pensar en su destino. Lo esperaba en algún lugar, más adelante, cuando terminara el viaje, pero primero tenían que recorrer miles de kilómetros insustanciales. Kilómetros en los que casi no se atrevía a dormir y en los que no podía usar las zonas de descanso por miedo a lo que Lenore hiciera entre tanta gente. Al menos, tenía aquel pequeño mundo para sí, cubierto por símbolos protectores dentro y fuera, con un pentáculo que colgaba del retrovisor y el críptico emblema del tarot en el volante. Le daba una sensación de seguridad algo infantil: el rugido del motor eran los latidos del corazón de su madre o el ronroneo de un gato, le daba la impresión de encontrarse en una cuna que se mecía. Lo molestaba incluso la necesidad de detenerse para poner gasolina o para comer.

La luna no dejaba de moverse delante de él, bajaba y se dirigía hacia el oeste, seguida por todos los planetas. El coche era como otro satélite, arrastrado por una energía que escapaba a su comprensión, una gravedad inexplicable y anterior a las teorías de Newton. La ciencia no había conseguido descifrar la naturaleza moral del universo, no había mapas para el auténtico viaje de Michael. Pero los mandalas sí conocían el camino, comprendían lo que él era incapaz de entender. No sabía si eran buenos, malos o neutrales, pero sí que eran como la gravedad. Era imposible no prestarles atención.

25

Nicholas Strete, el reportero del *Bayrometer*, esperaba a Derek justo en la salida de una cafetería de North Beach al frío de la niebla del mediodía. Al principio pensó que eran un niño que perdía el tiempo mientras esperaba un autobús o a que le dieran algo de dinero, pero luego se le acercó con una sonrisa en la cara, y Derek vio que llevaba un portátil. Esperaba a un joven serio con un lápiz detrás de la oreja y una libreta de encuadernación en espiral, listo para tomar notas a mano. Strete tenía un aspecto muy jovial, el pelo largo y negro, un aro de plata en la nariz, y espirales y broches con joyas en cada oreja. Unas franjas de tatuajes tribales idénticos le recorrían los brazos por la parte inferior de los puños como galones militares que le llegaban hasta el dorso de las manos. Pero se alegró de no ver ningún mandala.

—¡Señor Crowe, lo he reconocido por la foto!

—Sí, hola.

Echó un vistazo al café, y Strete abrió la puerta y lo llevó hasta una mesa situada en una esquina. Había más personas sentadas en ella, por lo que Derek titubeó. ¿Eran amigos de Strete? ¿Parásitos del periodismo que esperaban quedarse sentados y oír la entrevista?

—Espero que no le importe —dijo Strete al tiempo que se acercaban. Los otros dos se levantaron para dejarlo pasar por si se quería sentar al otro lado —, pero me pareció bien entrevistarle en grupo para abordar este tema de «la locura mandala». Al principio pensé en entrevistarle por mi cuenta, pero luego se me ocurrió que hacerlo en grupo estaría chachi.

—Chachi —repitió Derek. La pareja que había en la mesa no era mucho mayor que Strete. El hombre parecía asiático, pero cuando saludó a Derek lo hizo con acento francés. A Derek se le puso la piel de gallina cuando reparó

en que lo había oído antes.

—¡Al fin nos conocemos, señor Crowe! —exclamó el joven—. Me llamo Etienne y esta es Nina.

—El club Mandala —dijo Derek sin disimular el disgusto.

—Veo que os conocéis —observó Strete.

—¡No, no! ¡Hemos esperado este momento durante mucho tiempo!

—Demasiado —añadió Nina. Tenía el pelo negro con reflejos rojos, liso y corto, y se le curvaba en la mandíbula como si llevara un casco. Llevaba unas gafas negras de pasta y los labios pintados de un tono verde oscuro metalizado que le recordaba al caparazón de un insecto tropical. Se había pintado las uñas a juego. Cuando la mujer retiró la mano que él había rechazado estrechar, Derek vio que tenía en un hombro el tatuaje resplandeciente de un mandala que parecía haber salido de su libro.

—No puedo creer que seáis tan atrevidos —susurró sin dejar de mirarlos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Strete mientras se mecía nervioso en la mesa—. ¿Me he metido en un lío?

—¡No, no pasa nada! —aseguró Etienne—. Confiábamos en que nos presentara, señor Strete. ¡Es mucho mejor que encontrarnos en un bufete de abogados! Pero ahora creo que es momento de que se marche.

Strete se mordió el labio, con gesto desconcertado.

—Pero... bueno, el artículo...

—Tendrá tiempo de sobra para ello, no se preocupe —le aseguró Nina al tiempo que cogía a Strete por los hombros, lo acompañaba con amabilidad fuera del restaurante y se inclinaba para susurrarle algo al oído. Derek vio cómo se marchaban. La mano de Etienne se acercó a su hombro.

—Venga, siéntese con nosotros —dijo con tranquilidad—. Me gustaría mucho que se relajase.

Derek se envaró, pero ¿qué iba a hacer? Llevaba tiempo buscando el enfrentamiento con ellos. Si no era capaz de dejar a un lado su perplejidad, perdería toda ventaja. Pero se guardaba varios ases en la manga. Pensó en cómo había conseguido que Huon se centrara en ellos y sonrió.

—Eso es. ¡Mucho mejor! ¿Le apetece beber algo? ¿Un capuchino? Deje que le prepare algo. Tengo un macchiato excelente.

Derek evitó sentarse a la mesa como parecía querer Etienne, y se dejó

caer en una silla que quedaba algo separada. Nina se acercó a ellos con tranquilidad tras haber dejado fuera al periodista, quien ahora los observaba por una ventana con un vago gesto de decepción. La mujer le hizo un gesto para que se marchara, y así lo hizo. Luego se sentó y dedicó una sonrisa exagerada a Derek.

—Etienne, creo que al señor Crowe le apetece un café solo, ¿verdad?

Derek asintió. Empezaba a encantarle aquel numerito. Aquellas batallitas le daban la vida, ¿o no? No se había dado cuenta de cómo las disfrutaba hasta poco tiempo antes: las discusiones, las manipulaciones, los engaños disimulados... Estuvo a punto de echarse a reír, y le dio la impresión de que Nina lo había calado muy bien, ya que sonrió y puso los ojos en blanco como si pensara: *A mí también me encanta*. Los tres compartían un secreto muy desagradable.

—Hace bien, ¿sabe? —dijo la mujer—. Me refiero a que hace bien al estar tan a la defensiva y a que es bueno que se guarde secretos; pero ahora está con gente de su calaña. ¿Comprende?

—Oh, ya entiendo —repuso Derek, quien se dio el gusto de reír a carcajadas.

Etienne colocó una taza delante de él y se sentó a la mesa junto a Nina. Lo miraron durante unos momentos y luego hicieron lo propio entre ellos.

—Bueno —arrancó Etienne—, ¿por dónde empezamos?

—¿Qué tal si me decís cómo os hicisteis con el manuscrito? —preguntó Derek.

Al oírlo, se miraron boquiabiertos. ¡Había tenido razón todo aquel tiempo! Alguien de Veritas se lo había dado, vendido, lo más seguro. Le habría encantado que le proporcionaran un nombre, pero dudaba de que traicionaran a su contacto. Aun así, le bastaba con la confirmación de sus sospechas.

—¡Está muy bien informado! —comentó Etienne—. Admito que me impresiona usted.

—Increíble —accedió Nina.

—Pero si tanto sabe, ¿de verdad necesita que se lo digamos nosotros? ¿Importa que conozca el nombre de nuestro contacto? Es alguien prescindible. Hizo lo que le dijimos y no lo hemos vuelto a ver.

—Le pagasteis, supongo.

—¿Pagarle? —Nina reprimió una carcajada de regocijo—. Lo dejamos libre. Esa fue su recompensa.

Etienne resopló de alegría.

—Sí, libre del todo. No creo que haya llegado muy lejos después de hacerlo. No muy lejos de su casa.

—¡Diría que esa es una buena caminata! —exclamó Nina.

Derek tuvo que retroceder un poco. Se había perdido en algún momento de la conversación, incapaz de entender todas las implicaciones de lo que comentaban.

—Y las minas —dijo Etienne—. ¿Sabe cuántos millones de minas se plantaron en Kampuchea? ¿Y los años que les llevará desactivarlas? Hacerlo con cada una cuesta dinero, y Camboya es un país muy pobre.

—Un momento —interrumpió Derek—. Camboya.

—Claro. Ahí es donde se encontraba el manuscrito. Se escribió en Tuol Sleng y se quedó ahí.

¿*Tuol Sleng otra vez?*, pensó Derek. Ahora sí que estaba perdido de verdad, y sintió de nuevo cómo el miedo se apoderaba de él. No solo le asustaba la posibilidad de que lo chantajearan, sino también de que un peligro mayor se cerniera sobre él, un peligro relacionado con Huon, esas dos personas y a saber quién más.

—Pero tenemos una buena copia. Encontramos a alguien con acceso a ella y se la pedimos prestada durante un tiempo.

—Vais a tener que ser más claros —comentó Derek—. Mi abogado ha estado a punto de enviaros un requerimiento de cese. No le costará mucho conseguir también una orden de alejamiento temporal, ¿sabéis? Podría cerrar ese club antes de que abra.

Etienne parecía dolido.

—Señor Crowe, por favor... Pero ¿qué problema tiene?

—El problema es que os habéis apropiado de algo que me pertenece.

—Vaya, eso es nuevo —dijo Nina—. ¿Apoderado? ¿A qué se refiere?

—Me veo obligado a defender los mandalas antes de perder mis derechos sobre ellos.

—¡Sí, defenderlos a toda costa! Todos somos defensores, ¿no? Pero al mismo tiempo... también queremos llevarnos bien, ¿verdad? —Etienne se

inclinó hacia él. Su aliento apestaba a café y sintió cómo el olor le rodeaba como si se encontrara junto al arenero de un gato—. ¿Ha visto nuestros carteles o nuestros panfletos?

—El virus de ordenador, sí. Pero reconozcan que no son obra suya, que los han sacado de mi libro.

—Vaya por Dios —dijo Nina al tiempo que se envaraba, seria y molesta al tiempo—. Etienne, creo que hemos juzgado mal al señor Crowe.

Etienne parecía sorprendido de una manera ingenua.

—Sí, cariño. Eso parece. —Encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Derek, quien lo rechazó—. Señor Crowe... ¿dónde vio esos diseños?

Derek parpadeó, sin saber cómo responder la pregunta.

—Están... están en mi libro —respondió.

—Muy bien. ¿Y no cree que tal vez los mandalas hayan hablado con más personas que con la señorita A?

—Supongo... en teoría.

Era justo lo que le había dicho a Huon la noche anterior. Pero en aquel momento no se lo había creído, ni tampoco ahora.

—Cariño, quizá deberíamos enseñarle el manuscrito al señor Crowe.

Se miraron con gesto conspiratorio.

—Es uno de los nuestros, lo sepa o no. Supongo que debe verlo.

Etienne abrió un pequeño maletín de cuero que se encontraba en el asiento junto a él y sacó una pequeña carpeta con cubiertas de vinilo. Parecía un informe financiero, el documento de un accionista, pero luego hojeó las páginas, y Derek vio que eran fotocopias de un cuaderno escritas a mano y llenas de diagramas. Los caracteres de las letras no le sonaban, pero no le sorprendió ver varios mandalas por el documento. Sus mandalas.

—Supongo que los reconoce —dijo Etienne.

—¿Qué pretende probar con esto, además de que los ha copiado?

—Mire las fechas —lo urgió Nina al tiempo que señalaba la parte inferior de una página, donde Derek vio una huella dactilar y una pequeña anotación en cifras arábigas, 15-10-78, que indicaba que se había realizado el 15 de octubre de 1978.

—Podemos demostrar que son auténticas si sus dudas persisten —afirmó Nina—. Pero ¿por qué iba a dudar?

Derek se hundió en la silla. Lo había pillado desprevenido una vez más. ¿Hasta dónde podía llevar sus amenazas de denunciarlos? ¿Cómo sonaría aquella historia en un juzgado? ¿Cuál de las partes quedaría más en ridículo delante de un juez? Si aquellas personas podían probar que los mandalas se habían dibujado docenas de años antes de que él hubiese visto siquiera la colección de Elias Mooney, ¿qué significaba todo aquello, además de que la piel y las anotaciones compartían el mismo origen? Llevaba mucho tiempo esquivando la realidad, y más le valía ceñirse a ella. Se encontraba ante el auténtico autor de los mandalas.

—El autor es mi padre —aseguró Etienne—. Supongo que no sabe leer jemer, ¿verdad?

—No —gruñó Derek.

—No era camboyano, pero sí un estudiante aplicado de su cultura. Muchos jóvenes intelectuales y activistas camboyanos fueron a estudiar a París y acabaron abrazando el comunismo. Mi padre era antropólogo, pero también estaba loco por la cultura de Camboya, emulaba todo lo que hacían sus exóticos amigos, e incluso llegó a apoyar la revolución comunista en Camboya, algo que no tenía nada que ver con él. Cuando yo era muy joven, se mudó al país y nos dejó a mi madre y a mí en París. En lo que estaba haciendo en aquel momento no había lugar para un niño.

—Pobre chico —dijo Nina, al tiempo que le daba palmaditas a Etienne en el antebrazo—. Abandonado a tan tierna edad.

—Bueno, hizo lo correcto. No me habría gustado vivir entre guerrillas.

—¿Guerrillas? —preguntó Derek.

—Sí. Vivió en la jungla con el Partido Comunista de Kampuchea, los Jemeres Rojos. Eran prófugos, ya sabe, hasta que tomaron Nom Pen en 1975. Pero las ilusiones políticas de mi padre no duraron mucho, y pronto volvió a centrarse en su verdadera pasión: la antropología. Se mudó solo a una llanura remota y perdió el contacto incluso con los Jemeres Rojos para mezclarse con los pñong, las tribus de las colinas. Las culturas antiguas le interesaban más que la política. Vivió con un grupo seminómada durante muchos años, una tribu que se hacían llamar el pueblo de los mandala. —Etienne sonrió y asintió cuando vio la mirada de Derek—. Sí, no es como se dice en jemer, pero es algo parecido. Es un buen nombre para la historia.

Nina sonrió.

—Evoca unos sentimientos muy bonitos —observó—. Entre sus lectores, por ejemplo.

—Ya ve, señor Crowe. ¡Me encanta lo que ha hecho con ellos! La manera en que los ha diseñado hará que lleguen a muchas más personas, a un público amplio que no sospechará nada. En cuanto a las emociones que surgirán cuando se comprenda su verdadera naturaleza..., ¡los mandalas se aprovecharán de ellas!

—Continúa —pidió Derek, irritado—. ¿Durante cuánto tiempo vivió tu padre con esa tribu?

—Bueno, creo que aún seguiría allí si sus viejos amigos los Jemeres Rojos no lo hubiesen perseguido y arrastrado hasta Nom Pen. Según ellos, había traicionado al partido. Lo acusaron de entrenar a las tribus para realizar una ofensiva contrarrevolucionaria, de trabajar para Vietnam, el KGB o la CIA. Esperaba que lo obligaran a confesar su papel en una conspiración para derrocar Kampuchea Democrática, pero lo que llamó la atención de sus captores fue otra cosa. Su cuerpo estaba cubierto de sak. Los tatuajes mágicos que le habían hecho los pning.

Derek se envaró, no porque estuviesen a punto de echar por tierra su secreto, sino porque le acababan de nombrar quién era el propietario original de aquella piel y sus orígenes. Ni siquiera Elias Mooney conocía aquella historia, a pesar de todo su parloteo astral. Debía de tener mucho cuidado de no revelar nada a aquella gente.

Aun así, no pudo evitar hacer una pregunta.

—¿Tatuajes?

—En Camboya eran muy comunes, sobre todo entre los soldados y las tribus. Los sak son similares a amuletos. La mayoría son símbolos budistas de energía y protección. Los soldados de Lon Nol que se encargaban de Nom Pen hasta que la tomó Pol Pot no tenían mucho entrenamiento con las armas. Confiaban en los talismanes. Muchos estaban cubiertos de la cabeza a los pies con sak. Ni que decir tiene que aquello no evitó que perdieran la ciudad. Los sak de mi padre eran diferentes. Eran únicos de aquella tribu, de los pning con quienes convivió. Y uno de los interrogadores de Tuol Sleng se interesó por ellos de una manera particular.

»Se llamaba Chhith. Trató muy bien a mi padre al principio, y los interrogatorios parecían auténticas discusiones antropológicas. Chhith le

pidió a mi padre que escribiese todo lo que había aprendido sobre los pnong y, a cambio, él se convertiría en su protector en Tuol Sleng. Era obvio que las motivaciones de Chhith no eran del todo inocentes. Los mandalas le hablaron a través de mi padre y creyó que de alguna manera podía llegar a controlarlos y usarlos para sus propios fines. Las tres personas aquí presentes sabemos que los mandalas desean expandirse, pero Chhith hizo todo lo posible por encerrarlos para servir a sus fines. Era un hombre egoísta, y fue eso lo que lo condenó. No entendía nada, quería quedarse ese poder y usarlo para hacer su voluntad.

»Después de la muerte de mi padre hubo una serie de asesinatos en Nom Pen, que ya era casi una ciudad fantasma, pues una pequeña parte de su población original trabajaba para los Jemeres Rojos con grandes restricciones, mientras que el resto moría en las afueras. En cada uno de los lugares en los que moría alguien aparecía un mandala pintado de forma tosca con la sangre de la víctima. Chhith sacrificaba a esas personas para los mandalas, ¿sabe? ¡Como si ellos necesitasen su ayuda! Los campos de la muerte ya los alimentaban lo suficiente. Y seguro que ya estaban satisfechos después de la guerra en Vietnam, el bombardeo por saturación de Camboya, la revolución maoísta, la guerra de Corea... Y podríamos seguir. El siglo XX ha sido una época de festines sin precedentes, ¿o no?

Pero Derek pensaba en la historia de Huon, en su preocupación por sus votantes, entre ellos, sin duda, muchos refugiados del Nom Pen de aquellos días.

—¿Así que hay más camboyanos que conocen los mandalas? ¿Y son capaces de reconocerlos en mi libro y los carteles de su club?

Etienne parecía desconcertado.

—Muy pocos, quizá. No creo que sean muchos. Los de Nom Pen eran prisioneros y lo más probable era que no hubiesen entrado en contacto ni con Chhith ni con sus sacrificios. Y al pueblo de los mandalas, la tribu que había guardado sus secretos durante décadas, lo eliminaron los Jemeres Rojos que capturaron a mi padre. De hecho, fue ese mismo acontecimiento lo que liberó los mandalas.

—¿A qué te refieres?

Etienne bajó la vista hacia el cuaderno que sostenía.

—Es difícil estar seguro del todo, pero esto que tengo aquí son

fragmentos de la confesión al completo. Queríamos asegurarnos de conseguir las imágenes, eso era lo importante. He recogido la historia que rodea los dibujos de mi padre, los escritos que están por todas partes. Creo que lo iniciaron poco a poco en los misterios de los mandalas, a lo largo de los años que pasó con los pnong. En la tribu había treinta y siete iniciados, y cada uno de ellos correspondía a un mandala en particular. Al morir un iniciado, alguien debía ocupar su puesto. Mi padre recibió el honor de convertirse en un iniciado y le hicieron un sak, la marca de su propio mandala guardián. No lo hacían con agujas ni pigmentos como el resto de tatuajes, sino que aparecía de manera espontánea en el punto álgido de una ceremonia junto a unas visiones místicas. Supongo que usted también debe de haberlas experimentado, ¿verdad?

Derek se mordió el carrillo, aún resuelto a no decir nada de nada mientras no supiera qué propósito exacto los movía. Señaló el tatuaje del mandala que tenía Nina.

—Supongo que ese también fue espontáneo.

La mujer puso gesto alicaído y negó con la cabeza.

—Me temo que no es más que una imitación. Yo aún no he sido digna de su contacto, como Etienne.

—¿Tú?

Etienne sonrió despacio y se bajó el cuello de la camiseta negra. En el centro del pecho casi lampiño tenía un grabado claro y pequeño del intrincado patrón de uno de los mandalas, un disco solar de líneas radiantes con extremos punzantes.

—¿Estabas borracho cuando te lo hiciste? —preguntó Derek, quien dio por hecho que lo mejor que podía hacer era romper aquel ambiente ocultista e insensato que parecía haberse adueñado del lugar.

—¿Borracho? No. Me nutría de una intoxicación más duradera y esclarecedora —afirmó Etienne—. Seguro que usted tiene su propio sak, señor Crowe.

—No me voy a desnudar en público.

La pareja rio. Al menos tenían sentido del humor.

—Bueno —dijo Etienne—, mi padre lo tenía en la nalga. Y en todas partes. La noche en que masacraron a los pnong, mientras él estaba cautivo, los treinta y siete acudieron a él y se presentaron a través de su cuerpo. Ese

día tuvo visiones, visiones que nunca seremos capaces de concebir en su justa medida. Imagine su experiencia multiplicada por treinta y siete. Imagine que todos se adueñan de su cuerpo y penetran en su interior a la vez. ¡Debió de haber sido magnífico! Se convirtió en el último de los iniciados. Tuvo que convertirse en su vehículo, su recipiente. Quizá no esperaban que su cordura resistiera mucho, por lo que se aseguraron de estamparse en mi padre de una manera... que no se pudiese borrar. ¡Tiene que haber sido una imagen maravillosa!

—¿No llegaste a verlo? —preguntó Derek con tacto.

—No era más que un niño, y en ese momento me encontraba en Francia. Solo años después decidí seguirle la pista. Me negaron el acceso a sus documentos en Tuol Sleng, ya que se lo consideraba un miembro activo de los Jemeres Rojos, no una de las víctimas inocentes. Fue entonces cuando, un día, un hombre dio conmigo. Un jemer. Me contó parte de la historia de mi padre, aunque no toda, y me hizo muchas preguntas. Buscaba la piel de mi padre, y pensó que quizá me había hecho con ella después de la caída de Nom Pen.

Derek se esforzó por sonar estupefacto y sorprendido.

—¿Su... piel?

—Sí. Ya ve, al final Chhith desolló a mi padre. Era la única manera de asegurarse de que los mandalas se conservaran intactos, supongo. Más tarde, cuando los vietnamitas se hicieron con Nom Pen, Chhith escapó pero perdió la piel. Este hombre dijo que lo habían encerrado en Tuol Sleng junto a mi padre y que se habían hecho amigos ahí dentro.

Etienne empezó a reír entre dientes y miró a Nina, quien también se reía. Pero al principio Derek no comprendió por qué se reían con tanto ahínco. Lo que pensaba era: *¡Dios! ¡Tiene que ser Huon!*

—Perdone, pero fíjese en la ironía —dijo Etienne—. Este hombre que dijo que era prisionero de los Jemeres Rojos, acabó por ser víctima de la tortura. Lo siento mucho por él. Seguro que sufrió lo mismo que debió de haber sufrido mi padre. Aun así, le agradezco el haberme mostrado el camino que me llevó hasta los mandalas. Me mostró algunos de los diseños... La primera vez que los vi fue gracias a él. La verdad es que todo es muy curioso.

—No te sigo.

Etienne bajó el pulgar hasta una línea de los escritos en jemer.

—Aquí mi padre se dirige directamente a Chhith y le agradece su interés y protección, se compadece de sus pérdidas al servicio de los Jemeres Rojos y se congancia con él. Es un pequeño y conmovedor homenaje de mi padre al hombre que está a punto de asesinarlo y despellejarlo. Pero cuando leí este pasaje lo reconocí al fin.

—¿A quién reconociste?

—Al supuesto amigo de mi padre, al hombre que me buscó. Tenía unas cicatrices horribles y le faltaba una oreja.

¡Sí que es Huon!

—Y aquí —dijo Etienne señalando unas líneas que Derek no podía leer —, mi padre llama a Chhith con cariño «mi compañero sufridor desorejado».

Etienne y Nina se echaron de nuevo a reír. No sonaba irónica: era sincera y extravagante. Pero Derek no podía acompañarlos. Se sentía como si la habitación se deshiciera a su alrededor, como si una rueda furibunda apareciese en el centro de su pecho y le insuflara unas visiones terroríficas. Huon era Chhith, el interrogador del campo de concentración, el torturador y asesino ritual. Aún seguía tras el rastro de la piel con los mandalas, y dicho rastro lo había llevado hasta Derek. Había conseguido librarse de aquel monstruo, pero ¿durante cuánto tiempo?

—No parece que le haga gracia, señor Crowe —comentó Etienne.

—Co... conozco a ese hombre —espetó Derek, porque no le veía la gracia por ningún lado, y tampoco podía mantener aquel secreto. Tenía que advertirles. Tragó saliva con nerviosismo, como si le avergonzara la mirada sorprendida de Etienne, y luego continuó—: Vino a verme la otra noche. Creo que buscaba la piel de tu padre. Pensó que la tenía yo, pero no sabía bien de qué estaba hablando. Le di la dirección del club, e incluso el número de teléfono.

—¡No! —La pareja volvió a mirarse, y Derek espero que sintiesen terror y consternación, pero, en lugar de ello, aquella información les hizo reír histéricos y a viva voz.

—¡Chhith está aquí! —gritó Etienne, lleno de júbilo.

—Se hace llamar Huon —comentó Derek.

—¡Sí, Huon! Es el nombre que usó cuando dijo que era amigo de mi padre.

Nina añadió:

—¡Te lo dije! He recibido unas llamadas extrañas, alguien que colgaba cuando cogía el teléfono. Seguro que esperaba oír tu voz.

—¡No me lo puedo creer! Bueno, ahora todo tiene sentido.

Etienne pasó a tener un aspecto engreído, se reclinó en el asiento, se cruzó de brazos y sonrió de oreja a oreja.

—¿No estáis... nerviosos? —preguntó Derek.

—Claro que no.

—Pero si este hombre es quien crees, se trata del torturador y el asesino de tu padre. Y de muchas personas más.

Etienne hizo un ademán para quitarle importancia.

—En esta ocasión, estoy listo para enfrentarlo. No sabe lo que sé sobre él. Y, al parecer, aún quiere hacerse con los mandalas. La verdad es que es patético.

—Dice que es asesor del gobierno en Orange County.

—Eso sería como si los judíos nombraran portavoz a un nazi. Chhith es muy conocido. Creo que trata de viajar de incógnito. No me voy a preocupar por él, y usted tampoco debería. Los mandalas nos protegerán.

Derek empezó a frotarse las sienes. Se levantó con la taza en la mano, fue a la barra y esperó a que se la llenaran de nuevo. Cuando volvió a la mesa, sintió que se había resignado a aquella alianza, a aquella colaboración, fuera lo que fuese. Bueno, al menos se había ahorrado mucho dinero en abogados.

—¿Sabéis una cosa? —dijo—. Aún no sé qué queréis de mí.

—¿De usted? ¡Nada, por Dios! O quizá su bendición.

—¿Mi bendición?

—Sí. Para el club Mandala. La apertura es inminente. Todos podríamos beneficiarnos de ello. Nuestro club le dará fama a su libro, y sin duda el libro hará que nos lluevan los clientes.

—Sin duda.

—Creo que cuando lo vea se quedará impresionado. Es un homenaje a mi padre. Nos gusta pensar que hará el trabajo de los mandalas de una manera adaptada a los tiempos que corren.

—Debe venir a verlo —lo invitó Nina con énfasis mientras le estrechaba la mano—. Nos cae muy bien, señor Crowe.

Derek no se molestó en apartar la mano. La resignación se mezclaba en

su interior con la idea de sacar muchos beneficios. Quizá tuviesen razón. Con el libro no había llegado al público de la vida nocturna, solo se había limitado a los interesados en la *new age*. Además, pensó, *esta mujer es muy atractiva*. Le gustaba sentir sus dedos fríos, y al momento pensó en Lenore Renzler.

De improviso sintió una fuerte punzada. Aquellos dos eran iguales a los Renzler en cierta manera, pero mucho más refinados. La conducta de Etienne le parecía propia de una persona con dinero, de familia acaudalada. ¿Cómo iba alguien tan joven a tener dinero para abrir un club en la ciudad? Todo resultaba extraño, porque la conversación era, si cabía, aún más rara que la que había tenido con Michael Renzler, pero esta se fundamentaba en la realidad y él no había tenido problema para diferenciar las obvias fantasías y falacias de los hechos reales que se encontraban en el meollo de todas esas alucinaciones. En el caso de Michael Renzler, todo era igual de improbable. Lenore era un alma en pena unida a otra más débil y desatada. Nina estaba anclada a Etienne. El hombre no daba la sensación de estar loco, impresión que había tenido siempre que hablaba con Elias. A Etienne le faltaba esa agudeza propia del psicótico. Parecían personas razonables, empresarios, decididos. Se habían puesto manos a la obra para dejar huella en el mundo. Para su sorpresa, llegó a la conclusión de que le caían muy bien.

—¿Se lo pensará? —preguntó Etienne—. No nos costará reconocer lo que le debemos a su libro, si es lo que quiere que hagamos. Dejemos nuestro enfoque atrás. Creemos que el suyo es más del gusto del consumidor, es mucho más llamativo. ¡Nadie quiere saber nada de prisioneros de guerra! No tiene que trabajar para nosotros ni nada, pero sí nos gustaría que acudiera a la apertura como invitado de honor especial. Como nuestro mentor. ¿Qué le parece?

Derek se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—¡Maravilloso!

—Deberíamos llamar al pobre señor Strete para que le haga la entrevista de verdad —sugirió Nina con una pena fingida—. ¿Tiene un poco más de tiempo, señor Crowe?

—Sí... no tengo nada más que hacer.

Cogió el teléfono del bolso y marcó un número con prisa.

—Hola, ¿Nicholas? Sí, ya estamos listos. Venga, vamos a hacerlo. De

verdad que nos gustaría ver ese artículo cuando abramos. —Miró a Derek y le dedicó un guiño—. Sí, el señor Crowe también está aquí. Vuelve, guapo. No queremos dejarte tirado. Te queremos. Te necesitamos. —Los ojos de la mujer pasaron de mirar a Derek a hacerlo hacia la ventana, y luego hizo un gesto con la mano—. Muy bien. ¡Hola! ¡Adiós!

Derek se giró hacia atrás y vio que Strete estaba sentado al otro lado de la calle, en las escaleras de una iglesia, mientras esperaba con el portátil en la mano y el teléfono en la oreja con un gesto alicaído que no tardó en dar paso al alivio. Se levantó y cruzó la calle para regresar con ellos.

—Pobre cachorrito —se compadeció Nina—. Le dije que se quedara, y mira todo el tiempo que ha esperado. Escribirá todo lo que queramos.

26

El tono púrpura del atardecer inundaba el cielo ribeteado de nubes de Nuevo México y se reflejaba en los charcos de nieve derretida llenos de barro de un área de descanso cuyos bordes estaban llenos de hielo sucio. Sentada en el coche, Lenore miraba hacia los baños. Había comprado comida para llevar en un mexicano, y a Michael había empezado a dolerle el estómago justo después de comer. Había parado en todas las áreas de descanso que habían encontrado desde ese momento. Sabía que a él no le gustaba que ella se acercara a la gente, pero ahora no tenía elección. Al menos, su coche era el único que había en el aparcamiento.

Costrosa empezó a arañar el cristal y luego se subió al respaldo del asiento y maulló con fuerza. Lenore vio angustia en la mirada de la gata. Pensó que tal vez Michael hubiera compartido el taco con el animal.

—Gracias por la advertencia —dijo Lenore al tiempo que sacaba la correa improvisada de la guantera. Ató un extremo en el collar antipulgas de Costrosa y luego abrió la puerta y salió mientras se abrigaba de la fría brisa del desierto. Costrosa corrió delante de ella durante un par de metros, olisqueó un charco, levantó la cabeza al viento y luego volvió a correr otro par de metros.

En el otro extremo de la zona de descanso había un corral, como en todos los sitios que había visitado durante aquellos días. Michael siempre hacía chistes sobre tejanos que sacaban al ganado a apacentar pero ni se imaginaban para qué servían los corrales. Los tablones de madera eran líneas negras contra el tenue entorno anaranjado del sol poniente. Costrosa tiró de Lenore hacia el corral. La valla estaba coronada por una nieve que reflejaba la luz, y el barro negro del interior estaba pisoteado y removido.

Lenore intentó escalar por encima de la valla, pero se le cayó la correa y

Costrosa se metió por debajo de la madera y entró en el corral, en aquel mugriento paisaje lunar. La mujer soltó un taco y saltó al otro lado de la valla detrás de la gata. Las zapatillas se le llenaron de barro, pero no tuvo que darse mucha prisa. Después de olisquear una bosta pastosa, Costrosa se sentó en cuclillas. Lenore cogió el extremo de la correa y volvió a la valla, con cuidado de dejar la correa suelta para que la pobre gata no perdiera el equilibrio mientras se apoyaba en las patas traseras y agitaba la cola sin cesar.

Lenore se apoyó en la barandilla de la valla y miró a través de los listones. Vio un coche azul y compacto que se movía despacio por el aparcamiento con los faros apagados. Pasó junto al último de los huecos libres para aparcar y empezó a subir por la carretera que llevaba hacia el corral. Le dio la impresión de que las nubes púrpura que se disolvían en la oscuridad sobre su cabeza se habían convertido de improviso en colmillos y garras que se precipitaban sobre ella, y que la madera que tenía entre los dedos se endurecía y se afilaba para formar una infinidad de cuchillos aserrados y astillados. Lenore se acercó más a la valla y se tomó muy en serio aquella advertencia.

Se agachó y recogió a Costrosa antes de que la gata empezara a tirar barro sobre los zurullos. El coche se detuvo junto a un contenedor enorme a medio camino entre el aparcamiento y el corral. Un hombre alto y de anchos hombros salió de él. Parecía más grande que el pequeño compartimento del que acababa de salir. Bajo aquella tenue luz, solo fue capaz de ver su contorno. Su cara era un borrón negro. Parecía tener metida la cabeza en una capucha ligera y vacilante que se aferraba a él como si fuese una bolsa de plástico. Se acercó con cautela a la parte trasera del coche. Los faros de la autopista se reflejaban detrás de él. Su figura se inclinó y las luces lo envolvieron como si fuese un prisma humeante. Su cabeza lisa rotó como una cámara en un soporte bien engrasado mientras inspeccionaba el aparcamiento. Lenore contuvo el aliento cuando aquel vigilante impasible pasó la vista por el corral, aunque sabía que ella no era más que una sombra entre todas las demás. Tenía el cielo oscuro del este a su espalda, y sabía que no podría verla.

Satisfecho de encontrarse solo, el hombre se acercó más a la parte trasera del coche. Abrió el maletero y se ocultó debajo de él. Volvió a aparecer con dos bultos dentro de bolsas de basura negras. Lenore supo al instante lo que

había en ellas. Vio muy bien cómo el hombre había envuelto las partes cercenadas de manera individual en film plástico, para luego juntarlas, envolverlas de nuevo con plástico y cinta americana y meter esos fardos en las bolsas de basura. Había más bolsas en el maletero. Olió la sangre. El coche apestaba a causa de aquel viaje y de viajes anteriores. Y también la olía rezumar por los poros y el aliento de la figura.

Se afanó por llevarlas al contenedor. Cogió ambas bolsas con una mano y extendió la otra para abrir la tapa. Lenore vio cómo hacía fuerza y vislumbró el momento justo en que el hombre se daba cuenta de que estaba cerrado. Soltó un improperio y volvió atrás. Se quedó a medio camino entre el contenedor y el coche, tenso, y pareció volverse de un negro aún más profundo cuando la última de las luces desapareció del cielo y las nubes se tornaron grises.

En ese preciso momento, Costrosa salió disparada del corral y la correa llena de barro se deslizó entre los dedos de Lenore.

La mujer se agachó un poco más, pero los movimientos de la gata llamaron la atención del hombre. Volvió al coche a toda prisa, tiró los fardos en el maletero y lo cerró. Luego esperó a que Costrosa se acercara a él. Pero no miraba a la gata, sino hacia el corral.

Lenore vio cómo el remolino negro que conformaba la cara se condensaba en otros dos más oscuros que se encontraban en el lugar donde tendrían que estar los ojos. Le dio la impresión de que se daban la vuelta, de que sobresalían como los ojos de un caracol y recorrían la oscuridad del lugar en el que se encontraba la valla contra el cielo nocturno, todo mientras Lenore se apiñaba contra la madera, lo único que daba la impresión de no ser rígido y angular. Los ojos que tenían aquel tallo oscuro y alquitranado se agitaron, mientras que la cara vacía se transformó poco a poco en un pozo, como si todo el plástico negro se precipitara hacia una boca que se empezaba a cerrar.

Costrosa se acercó a sus pies y maulló con fuerza. El hombre pisó la gata y dio unos pasos hacia el corral. Ahora iba a por Lenore.

Lenore cerró los ojos y pensó en escapar, en olvidarlo todo, pero ya había hecho un trato con el mandala. No perdería la memoria otra vez.

Volvió a salir disparada de nuevo hacia arriba, y se impulsó hacia el cielo. Le dio la impresión de estar flotando sobre la valla. Veía al hombre delante

de ella. Sus facciones eran mucho más definidas que antes, aunque seguían ocultas tras aquel saco borroso en el que tenía la cabeza. El mismo saco se separó del hombre y se acercó a ella flotando, se aplanó, rotó y se estiró a medida que se acercaba. Surgieron de él unos filamentos casi invisibles, como si se tratara de una medusa tullida que flota a tientas entre enormes moléculas. El hombre se acercó por detrás mientras giraba la cabeza hacia los sonidos que emitía la respiración de Lenore. La mujer se preguntó si podía olerla igual que ella lo olía a él.

El mandala del hombre se detuvo y se extendió por completo, refulgió en la oscuridad contra el negro paisaje del cielo. Sus colores internos brillaron y titilaron como si se expresara mediante latidos de luz codificados, pero Lenore no perdió el tiempo en descifrar el mensaje. Su mandala flotó hacia el de su oponente y, cuando se juntaron, el hombre se tambaleó y cayó de rodillas.

Lenore sintió como si montara en un corcel embravecido y se dirigiera hacia la batalla. Estaba alejada del combate, pero por muy poco. Tenían unas púas afiladas y unos dientes irisados que soltaban babas, un tejido ondulante que se tensaba y vibraba como un músculo de una elasticidad ilimitada, una forma líquida que escapaba a cualquier sujeción, que se sanaba de manera inmediata allá donde recibía una herida, por lo que era igual de invulnerable que el agua. Lenore contempló aquel enfrentamiento y sintió algo parecido al amor por su defensor. Nunca se había sentido tan protegida. Aquello le vino bien, ya que por el momento no podía mover el cuerpo, de igual manera que tampoco podía moverlo el hombre que la miraba con ojos voraces y se encontraba arrodillado, ajeno a la batalla que se libraba sobre él y desesperado por llegar hasta Lenore, pero incapaz de hacerlo debido a que su fuerza y su voluntad lo habían abandonado por razones que era incapaz de comprender.

En ese mismo momento, oyó un rugido explosivo y absorbente que llegaba desde los baños. El hombre se envaró y miró hacia el edificio, para luego volver a mirar a Lenore. Se incorporó y se tambaleó hasta el coche, lo que hizo que el mandala se apartara de Lenore, como si la marioneta tirara del titiritero por una vez. El miedo de aquel hombre había decantado la pelea.

Se lanzó al interior del coche, cerró de un portazo y dio marcha atrás entre una nube de barro. La mujer vio cómo la masa humeante del mandala

atravesaba el techo del coche para volver a unirse a él. Pero el mandala de Lenore no se había rendido. Se lanzó hacia el techo y dio varios golpes mientras el vehículo se marchaba. Lenore sintió cómo los golpes chocaban contra algo blando que había en el interior, y también cómo agarraba algo duro parecido a un pomo de hueso pulido, algo desprotegido en el centro de un borrón vibrante y cálido. Al mandala le resultó fácil controlar al hombre, mientras el otro mandala ascendía sobre ellos (y sobre ella) sin encontrar ningún resquicio que le permitiera volver a hacerse con el control de su mascota.

El coche aceleró por la autopista, chocó a toda velocidad contra la mediana de tupido ceno e invadió el carril opuesto. Derrapó entre el tráfico con los faros apagados, pero quedó muy iluminado contra los del camión que terminó por arrollarlo.

El ruido del impacto envolvió a Lenore. No pudo llegar a volver a mirar del todo a través de sus ojos, que miraban impertérritos la valla. En lugar de eso, con una rabia vehemente que casi no fue capaz de reconocer, se encontró contemplando el accidente y cómo el coche volcaba y quedaba aplastado debajo de la enorme cabina del camión, mientras el resto del enorme vehículo se descontrolaba y ocupaba los dos carriles para luego quedar varado a un lado de la carretera entre la gravilla y el hielo. El otro coche había salido despedido delante del camión al tiempo que levantaba chispas y un reguero de humo, mientras su atención se centraba en los gritos de la multitud y los coches que se precipitaban contra el remolque, que había quedado en horizontal como una pared, entre el metal estrellado contra el metal y la carne que quedaba aplastada en medio. Una docena de almas quedaron libres, desesperadas y esparcidas, conmocionadas y agonizantes, y Lenore se encontraba junto a ellas mientras su mandala descendía como un murciélago que cazara polillas, como un pájaro que se abalanzara sobre un lago para cazar insectos, mordisqueando un poco de terror, un poco de conmoción y también algo de desconfianza, amores perdidos, un poco de «mis niños», de «esto no puede estar pasando» y de vidas destrozadas... la terrible sorpresa le daba a todo un sabor fuerte y adictivo, una intensidad tan enérgica y estimulante que parte de ella fluía por el mandala y llegaba hasta Lenore y le daba pequeñas descargas.

Se tiró encima de la valla de madera mientras Michael se acercaba

corriendo desde los baños al tiempo que terminaba de colocarse los pantalones. Los coches y el camión se habían quedado inertes en la autopista, y en la oscuridad era difícil distinguir poco más que una pila intrincada de formas humeantes, unas lenguas de fuego por aquí y por allá que insinuaban entre resplandores el horror de aquellos restos de metal y cristales manchados de sangre.

Lenore cogió a Michael por el brazo y lo llevó hasta el Escarabajo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Vamos, Michael, por favor. ¡Salgamos de aquí ya!

—Seguro que hay heridos. Deberíamos llamar...

—Ya llamará alguien. La gente tiene teléfonos en los coches. ¡Vámonos!

Lenore no se relajó hasta que las llamas, que no dejaban de crecer detrás de ellos, empezaron a perderse a lo lejos en la autopista larga y recta que dejaban detrás.

No tardaron en pasar junto a la primera ambulancia, que se dirigía hacia el este.

—¿Vas a decirme que ha pasado? —preguntó Michael—. ¿Ha tenido algo que ver con... con ellos?

—No, Michael. Solo ha sido un accidente. No he visto nada raro antes de que pasase. No quiero hablar del tema.

Michael dudó, y ella lo sabía. Era una mentira incómoda, pero seguro que se hubiera mostrado igual de escéptico con la verdad.

Cientos de kilómetros después, por fin se atrevió a volver a hablar. Miró hacia la parte trasera del coche y luego le dedicó una mirada con los ojos muy abiertos, asustado.

—¿Dónde está Costrosa?

27

Cuando salió del edificio, Derek se detuvo para mirar el correo. El recibidor apestaba a orina, ya que la noche anterior se había encontrado a un vagabundo durmiendo allí, y ahora la moqueta chapoteaba bajo sus pies. Para abrir el buzón abollado tuvo que forcejear. Los rateros habían destrozado la mayoría de los buzones, pero el suyo era de los pocos que aún se podía cerrar. Dentro había un fajo de correo basura que tiró en la papelera de reciclaje situada justo al lado. Otra de las cosas que había era una postal. La miró con curiosidad, ya que estaba escrita a mano y no reconocía la letra. Por supuesto, supo de quién era nada más ver la firma:

Estimado señor Crowe:

Esta postal es su entrada de cortesía para la gran apertura del club Mandala. Por favor, acuda como nuestro invitado. ¡Y traiga tantos amigos como quiera! Tendrá lugar el 6 de febrero, ¡el trigésimo séptimo día del año! Enseñe la postal en la puerta o, mejor aún, ¡venga con nosotros!

—E y N

En la parte delantera de la postal había un mandala de una factura impecable y una letra elegante que rezaba: CLUB MANDALA (GALERÍA 37). Vio que los diseños no eran exactamente como los suyos. Las imágenes de su libro y las que Etienne y Nina usaban en los carteles eran parecidas, pero no idénticas. Representaban el trabajo de diferentes artistas que habían realizado el mismo diseño, y los resultados mostraban diferencias ligeras pero apreciables.

Aquel día se sentía relajado, como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima. Como si después de enfrentarse a una emboscada en la que solo esperaba encontrar enemigos, hubiese salido victorioso con dos nuevos amigos, aliados, de hecho, que al parecer iban a ayudarlo a catapultar sus libros a nuevos niveles de rentabilidad.

Sin duda, las creencias de Etienne eran igual de desquiciadas que las de Elias Mooney, pero al menos él parecía tener olfato para los negocios. Era el tipo de persona capaz de ser un loco de manera profesional y lucrarse con ello.

Derek metió la postal en el bolsillo y lo consideró una casualidad muy placentera, ya que iba camino de inspeccionar el club.

El taxi que lo esperaba lo llevó por Market Street a través de una briosa mezcla de pordioseros, turistas y trabajadores que recorrían el centro de la ciudad y, al mismo tiempo, le daban un aire emocionante y depresivo. Las nuevas torres de oficinas se perfilaban al fondo mientras recorrían viejos edificios comerciales. El taxi se detuvo en una zona cubierta de sombras, pero antes de darse cuenta de lo oscuro que era aquel lugar ya había pagado y se había apeado del vehículo.

Encima de él quedaba la parte central de una carretera, gris y abrumadora, y de la que no bajaba el sonido de ningún coche. Era una parte de la carretera interestatal que se había cerrado a raíz del último terremoto y que esperaba o bien unas obras de reacondicionamiento o bien la demolición. Derek se sintió mal, pero no sabía muy bien por qué, quizá fuera por el frío repentino y por la sensación de asfixia. En un banco cubierto de vegetación que había más adelante, cerca de una de las enormes columnas de hormigón que remataban la calle, había un cúmulo de casas de cartón y mantas ajadas. Pero no fue eso lo que más le llamó la atención, ya que en la propia columna alguien había pintado un inmenso mandala, uno de los treinta y siete. Se dio la vuelta con desdén y se dirigió hacia un almacén de ladrillos mugrientos que se encontraba junto a la carretera, y que sería anodino de no ser por un elaborado cartel de neón (apagado) que había sobre la puerta, en el que unos tubos fluorescentes formaban unas ruedas intrincadas que, a pesar de estar oscuras, se imaginó brillando con esplendor. Entre los dos mandalas oscuros, esperando a que los iluminara la electricidad, se encontraban las palabras CLUB MANDALA en letra cursiva escrito sobre un fondo de cristal, con una

caligrafía que las hacía parecer un jeroglífico.

Tocó el timbre que había junto a la puerta, pero no oyó nada. Volvió a levantar la cabeza hacia el paso elevado y descubrió que había otro mandala grabado de manera que parecía casi imposible en la parte inferior. También los había por la calle y por la acera, esculpidos en el cemento como si fuesen las huellas de algún famoso. Antes de que Derek se pusiera a contarlos, Nina dijo:

—¡Ha venido! Teníamos miedo de haberlo asustado.

—Pero ¿qué podría asustar al señor Crowe? —dijo Etienne, que apareció detrás de ella. Abrieron del todo la puerta, detrás de la que había una amplia oscuridad, y Derek los siguió al interior. Nina lo cogió del brazo, y él pensó en Lilith, agradecido por tener todo aquello para distraerse y superar unos días tristes en los que podría haber caído presa de la obsesión.

—Recibí vuestra invitación esta mañana —explicó Derek—. Llegó antes de lo que esperaba.

—Bueno, es que se la enviamos antes de verlo en persona. Estábamos seguros de que vendría. Y ahora, ¡a por ese recorrido!

El almacén estaba dividido en varias habitaciones en la parte baja. La central, una pista de baile, contaba con un segundo piso cercado por balcones y altillos. Había algunas pequeñas estancias más en el piso inferior, y escaleras que subían y bajaban. Cada pared de la habitación principal estaba adornada con un inmenso mandala, y también había otros de varios tamaños ordenados en órbitas superpuestas a su alrededor. Todo aquello le recordó a la piel tatuada, que estaba igual de abigarrada. Había unos pocos pintores subidos a escaleras que les daban los últimos toques a los mandalas. En el centro de la pista de baile se encontraba la mayor de todas aquellas ruedas, la que se encontraba al final de su libro y también hacía las veces de cubierta, la que tenía ese círculo central con dientes de lamprea y el exterior lleno de ojos moteados. Dieron un largo rodeo, ya que aún estaba incompleto. Había varias mujeres de rodillas que se dedicaban a pintar el esbozo de los zarcillos. Aquella cosa estaba adquiriendo vida a medida que la miraban.

—Vaya —fue todo lo que se le ocurrió a Derek. Nina lo apretó con más fuerza, rebotando de placer.

Deambularon por las habitaciones adyacentes de la planta baja, cuyas paredes estaban llenas de cuadros enmarcados con los mandalas. Parecían

demasiado simétricos como para haber sido hechos a mano. Al acercarse a uno vio que no tenía marcas de pintura.

—¿Están impresos? —preguntó Derek.

—Tenemos un amigo que es artista y los hace en el ordenador. Me temo que es el mismo que le metió ese pequeño programa en el sistema.

Derek se encogió de hombros.

—No pasa nada. Están bien hechos.

—Me aseguraré de comentarle su opinión. Vendrá a la apertura; entonces podrán conocerse. También es, ya sabe, uno de nosotros.

Uno de «nosotros», pensó Derek. Estaba más metido en todo aquello de lo que querría admitir. Su relación con Etienne y Nina dependía hasta cierto punto de un engaño continuado, al menos en lo que se refería a sus propias creencias.

Subieron las escaleras y recorrieron una serie de estancias más pequeñas en las que había más de aquellas impresiones de mandalas en el centro de cada pared. Los mandalas también adornaban el suelo, como si fuesen las huellas de alguna extraña bestia. Adondequiera que fuesen, había trabajadores que montaban luces o daban los toques finales a los mandalas pintados a mano. Un buen número de ellos llevaban tatuajes de mandalas, pero al parecer no se los habían hecho motivados por su libro sino por el club, ya que cuando Nina presentó a Derek a ninguno de ellos le sonaba el nombre.

—Hemos pedido copias de *Los ritos mandala* —le aseguró Etienne—. Si nos lo permite, podría firmarnos algunos durante la fiesta.

—Sí, y también estamos grabando todas las claves —añadió Nina—. Las reproduciremos durante toda la noche con la música.

—¡Será una pasada! —exclamó Etienne—. ¡Y piense en todas las drogas! Muchos de ellos tendrán mentes muy receptivas... Causará un efecto increíble. También hemos encargado varios cuadros de mandalas de los artistas locales. Deberían llegar muy pronto.

—Y Nicholas Strete me ha dicho que su artículo aparecerá en la edición de mañana. ¡Justo a tiempo para la apertura!

—Todo está saliendo a pedir de boca —se ufanó Etienne mientras se frotaba con fuerza las palmas de las manos.

En ese momento pasaban junto a una ventana que daba justo hacia el paso elevado. Fuera no se veía mucho, a excepción del hormigón gris, pero había un hueco justo debajo de la carretera a través del que se vislumbraba un poco de la calle.

—Dicho lo cual —continuó Etienne, haciendo una pausa para señalar la acera—, he visto a nuestro amigo Chhith, ¿o debería llamarlo Huon?, ahí mismo algunas noches.

—Ah, ¿sí? —preguntó Derek con nerviosismo.

—Debe de tener mucha curiosidad.

—Debe de estar muy enfadado —repuso Nina—. No debe hacerle gracia que sus preciados mandalas estén así de expuestos y a la vista de todos.

—Sí. Estoy seguro de que pasará por aquí —afirmó Etienne.

—Siento mucho haberle dado el nombre del lugar —se disculpó Derek.

—No se preocupe. En realidad, me alegro de verlo. Es uno de los nuestros. Solo que su papel puede que no sea el que él espera.

—¡Etienne! —llamó un tipo con una coleta larga y sienes afeitadas que se les acercaba por un pasillo—. Tenemos un problema con el sonido.

—Perdónenos un momento, Derek —le rogó Etienne—. Siéntase libre para dar una vuelta.

Lo dejaron en la ventana mientras oía los sonidos de las sierras y los martillos, voces que rebotaban por todo el edificio, que daba una imagen alegre, resplandeciente y feliz. La expectación era casi tangible.

En ese momento, a Derek le dio la impresión de que los mandalas se habían convertido en toda una industria incipiente. ¿Qué pensaría Elias Mooney de todo aquello? Al menos, no podría echarle la culpa a Derek, lo que lo tranquilizaba en cierto modo. Los mandalas habrían llegado a todo el mundo, con o sin *Los ritos mandala*. De hecho, suponía que su libro tendría un impacto insignificante en comparación con la visibilidad que los mandalas estaban a punto de conseguir en el club Mandala.

Lo que él había hecho con las notas de Eli no era más que una pequeña travesura.

Y en realidad nunca llegó a prometerle que las iba a quemar, ¿no? Había intentado una infinidad de veces recordar las palabras exactas que le había dicho a Eli la última noche que habían pasado juntos, pero el mismo hecho de

recordar hacía que le doliera la cabeza y alteraba los propios recuerdos. Estaba casi seguro de que no le había prometido nada. Qué coño. Al fin y al cabo, no le había hecho daño a nadie.

Era hora de despojarse de esa culpa. De dejar a un lado sus pecados y superarlo. Se estaba torturando, y eso no le iba a servir para nada.

Pero, tal como le había demostrado Lilith y como bien sabía, era un poco masoquista, un mártir sin causa. A la mujer le gustaba señalar el placer que sentía Derek por regodearse en la hipocresía de su ocultismo, por escribir libros para recibir las alabanzas de personas a quienes él consideraba imbéciles. ¿Qué podía ser más masoquista que eso? En comparación, las gotas de cera caliente, las agujas y las pinzas no eran más que una pequeña broma, un juego de niños. No le hacía mucha gracia darse cuenta de que había creado para sí mismo un mundo que se basaba del todo en el masoquismo. Jugaba en la misma liga que aquellos locos y pardillos que se creían sus propios timos, y daba la casualidad de que era un timo que él mismo había usado. Al parecer, Derek era el único que aún no se creía nada de aquello.

De haber sido un hombre supersticioso, si Elias lo hubiese convencido de verdad, nunca habría publicados los *Ritos*. Pero, al hacerlo, se había demostrado a sí mismo que la diatriba de Eli no era más que una tontería. El anciano era un estúpido, y todo lo que Derek se había imaginado en casa de Eli no era más que un absurdo sueño. No se había apartado de aquel supuesto chamán por miedo ni porque temiera algún tipo de confrontación catártica con su «sombra», sino porque volar había sido la única manera segura de conservar su cordura.

Cuando Bob Maltzman había expresado su interés por los cuadernos mandala, Derek se había visto incapaz de enseñárselos sin revisarlos antes. La percepción tan básica que el anciano tenía de la realidad era demasiado lóbrega y extraña para el gusto común. Había alterado el texto de los volúmenes no como precaución para no invocar al mal, sino tan solo para llegar a más público y escribir algo de su propio puño y letra en el libro final y no sentir que lo estaba plagiando. Revisar el universo de Eli de esa manera lo hizo sentir poderoso en cierto sentido. Había formulado los ensalmos en términos de la *new age* y usado frases y actitudes de otros libros populares para que los *Ritos* pasaran de ser algo oscuro e impío a transformarse en un

mensaje de aliento espiritual para aquellos lectores que se asustaban con facilidad.

Había dejado la jerigonza de los rituales tal y como se la había encontrado, eso sí. ¿Qué más daba?

Derek sabía que una pequeña parte de sí mismo aún estaba infectada con aquella locura de Eli. Odiaba y estaba incómodo con aquella mancha irracional, era infantil, ingenua y potencialmente peligrosa si alguna vez crecía hasta quedar fuera de control. Aquella región de su mente no era más que puro resentimiento animal rodeada de una llanura intelectual e idealista en la que podía analizar el dolor y sus causas. Esa parte supersticiosa, temerosa e histérica de su mente nunca había dudado ni un instante de lo que había aprendido de Eli. Sabía lo que había en el interior de esos libros, reconocía los símbolos que impregnaban aquella piel.

Por suerte, esa parte de su mente no estaba muy acostumbrada a las modernidades. Era sencillo amedrentar a esa temblorosa y desafortunada parte de sí mismo con todas las fustas y las amenazas que su mente racional había llegado a dominar.

—¡Derek!

—¡Señor Crowe!

Se había acercado a uno de los balcones que daban a la pista de baile. Etienne y Nina se encontraban en el centro de la estancia, en la boca del mandala negro, y lo saludaban.

—¿Qué le parece? —preguntó Nina.

La sonrisa de Derek, espontánea y en absoluto forzada, lo sorprendió incluso a él. Extendió los brazos para acoger el club como si todo lo que había dentro fuese obra suya.

—¡Maravilloso! —gritó. Y luego, sin saber muy bien a qué se refería pero dejándose llevar por la espontaneidad, añadió—: ¡Que vengan!

28

Michael había llegado a la conclusión de que los Estados Unidos eran, en su mayor parte, un yermo.

Llevaban una eternidad conduciendo a lo largo de desiertos llanos y áridos. Los últimos bosques que habían visto se encontraban en la parte occidental de Oklahoma, y desde aquel momento solo se habían topado con un terreno rocoso y llano barrido por el viento, desnudo, con rocas rojas y blancas, con rocas naranja, verdes y negras. Cuando habían ganado altitud al llegar a Arizona, se habían topado con la frescura de los pinos en la noche, pero eso tampoco había durado mucho y luego habían descendido a un desierto de cactus cubiertos de nieve bajo un cielo estrellado tan amplio que dejaba en evidencia el vacío del desierto. Ahora se encontraban en California, tierra de playas soleadas, naranjas y montañas verdes y exuberantes, pero el sol del atardecer se ocultaba frente a otra extensión desértica. Las montañas eran negras y extrañas, como un satélite quemado; las mismas rocas parecían haberse quemado. Bordearon la tierra resquebrajada del lecho de un lago que parecía haberse prendido fuego en otra época. A Michael le recordó las primeras descripciones que las novelas de ciencia ficción hacían de Mercurio, un mundo desértico que rotaba cerca del sol y era casi inhabitable. Se sorprendió cada una de las veces que vio la luz de algún asentamiento. ¿Quién sería capaz de vivir en un lugar así?

Pasó junto a una señal y vio una salida que rezaba: GASOLINA, COMIDA, ALOJAMIENTO. Se moría por lo último de la lista. Una noche en la destartada cama de un motel le habría sentado tan bien como una semana en un hotel de lujo. Llevaba tanto tiempo cansado que apenas recordaba otra manera de vivir. Siempre se había preguntado cómo los humanos eran capaces de aguantar esas grandes proezas de resistencia, ahora

lo sabía. Tan solo se necesitaba estar desesperado.

Calculó que llegarían a San Francisco esa misma noche... si el coche aguantaba. Si él aguantaba. Lo tentaba la idea de dejar conducir a Lenore, pero cada vez que se lo planteaba en serio acudía a su memoria cómo habían coqueteado con el desastre en Memphis.

Siguió la salida y llegó hasta una gasolinera con un pequeño supermercado, un oasis de combustible y comida basura. El surtidor era de autoservicio. Dejó a Lenore durmiendo y se acercó hasta la caja para pagar la gasolina por adelantado. Salió y colocó la manguera. Luego volvió a entrar. Lenore no había comido mucho esos días, pero él necesitaba alimento a todas horas. Cogió pasteles y carne deshidratada y pensó en prepararse un burrito en el microondas, pero rechazó la idea cuando sintió cómo se le revolvía el estómago. Medio litro de leche, cigarrillos. Se puso una taza de café solo y se la bebió de un trago. Estaba amargo, le quemó la boca y sintió los posos entre los dientes. El anciano de la caja cogió el dinero sin mirarlo: estaba demasiado ocupado contemplando un pequeño televisor que había en el mostrador, un programa en el que hablaban del tráfico, el clima y daban algunos titulares de noticias. Mientras Michael se guardaba el cambio y se colocaba la bolsa de papel debajo del brazo, vio que el presentador mencionaba un asesinato ritual.

No podía ver la pantalla desde donde se encontraba y no estaba a mucho volumen. Rodeó el mostrador para colocarse detrás de las máquinas de granizados y del mostrador de revistas hasta que consiguió verla. Era una imagen borrosa y vaga que no solo se debía a la ineptitud del cámara, sino también a la recepción del equipo. Se distinguía un aparcamiento vacío en el que había velas, cristales rotos y un cuerpo cubierto con una sábana ensangrentada. En la pared de ladrillo de detrás había un patrón grande y circular que hizo que se le acelerara el pulso. Luego la imagen desapareció. Malditos cotilleos de los medios. Nunca se profundizaba bien ni se ofrecían buenas imágenes. Hoy en día todo era subliminal. ¿Había visto un mandala o no? No podía oír al tertuliano y casi no había podido leer el rótulo de debajo, que rezaba EXPERTO EN CRÍMENES OCULTISTAS. Luego apareció otra imagen, borrosa y de mala calidad. Michael estuvo a punto de tirar el café. No se veía muy clara, pero reconoció la casa. Era la de Tucker. Había una mujer con un abrigo rojo resplandeciente y un micrófono en el aparcamiento

junto al Cutlass de Lenore.

—No —susurró. El hombre lo miró, y Michael cogió al momento un ejemplar de la revista *Armas y Municiones*.

—También me llevo esto —dijo al tiempo que la levantaba. El hombre le dedicó una mirada sospechosa, como si lo que acababa de levantar fuese un arma de verdad. Mientras le cobraba, bloqueó la televisión e impidió que Michael la viera. El chico le dio el dinero ansioso por mirar la pantalla de nuevo, pero el final de la noticia había dado paso a los anuncios. Miró los periódicos, pero no vio nada en portada, nada que guardase relación con asesinatos ocultistas.

Salió a toda prisa con la compra y comprobó si desde allí se veía la matrícula de Carolina del Norte del coche. Volvió a dejar el surtidor en la máquina y le cayeron algunas gotas de gasolina en los zapatos. Luego cerró la tapa con la otra mano. Se marcharon en el coche, pero Michael temblaba de miedo y estuvo a punto de coger la salida que los conduciría de vuelta al este.

¿Nos estarán buscando?, pensó. ¿Sabrán que hemos llegado hasta aquí? ¿Tienen la descripción del coche? ¿No se acordarán al momento del Escarabajo todos los agentes de policía junto a los que hemos pasado?

¿Seremos sospechosos?

¿Cómo no íbamos a serlo?

La sala del templo de Michael se encontraba justo debajo del escenario del crimen y estaba llena de cuchillos ceremoniales, lo único que un mago negro necesitaba para realizar sacrificios rituales a ojos de la policía de Carolina del Norte. Por Dios, en el altar tenía un ejemplar de *Los ritos mandala* de Derek Crowe abierto por el mismo mandala que estaba pintado en la pared de Tucker.

¿Debería dejar abandonado el coche en el desierto? ¿Encontrar un sendero y tirarlo por el borde de un barranco? Luego podrían hacer autostop en el siguiente pueblo o coger un autobús a San Francisco. Pero ¿cuánto tardarían así? Quizá fuese mejor conseguir un aerosol para pintar el coche de negro.

Qué absurdo.

Lo único que tenía que hacer era llegar a San Francisco lo antes posible y esperar que la policía considerase el caso como un asunto doméstico,

circunscrito a Carolina del Norte y los estados adyacentes. Mucha gente salía indemne de los asesinatos, asesinatos de verdad. Aparecerían meses o años después, lejos del escenario del crimen, después de haber vivido de manera anónima y sin que nadie los reconociese hasta que su historia saliera en uno de esos programas de criminales más buscados o de misterios sin resolver.

Nosotros, pensó. Estaremos en ambos programas. Nuestras caras terminarán por salir en todas partes.

Pero, por el momento, tenían que llegar a San Francisco. Sin duda, los mandalas se encargarían de allanarles el camino y librarlos de la policía.

La prioridad era llegar hasta Derek Crowe. Conseguir ayuda para Lenore del único hombre capaz de comprender lo que le ocurría. Ya se preocuparían de las autoridades después de ayudarla, descubrirían la manera de entregarse con una historia que no sonase tan desquiciada.

El coche chirrió mientras ascendía por las cordilleras siniestras, aserradas y negras como el azabache. Decidió no contarle nada a Lenore. Detrás de él aparecieron unos faros que parecían haber salido del mismísimo Sol, se acercaron con presteza y lo adelantaron de improviso mientras se agitaba el coche. Era un coche patrulla, pero no tenía nada que ver con él. Bajo ningún concepto le habría pasado inadvertido el Escarabajo de haber sido su objetivo, ya que se trataba de un vehículo muy particular. Las luces traseras se convirtieron en pequeñas cuentas que desaparecieron a lo lejos.

Aquello no lo ayudaba en absoluto. No podía relajarse. Aún tenían que atravesar todo el estado. Podía pasar cualquier cosa.

SEXTA PARTE

Todo lo que nos conforma está retorcido y deshecho. Y no olvidéis que os encontráis en nuestras fauces.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



Todo lo que nos conforma es arrobó y dicha. Y no olvidéis que os encontráis en nuestros corazones.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

29

Derek hizo caso omiso del timbre la primera vez que sonó. Acababa de poner las noticias de las diez y no esperaba visita. Los vagabundos siempre tocaban los botones para irritar a quienes tenían hogar. Lo normal era que no llamaran a un mismo apartamento más de una o dos veces. Pero en aquella ocasión el timbre siguió sonando. La única visita inesperada que se le ocurría era Lilith. Se levantó y pulsó el interruptor del interfono que había en el pasillo.

—¿Quién es? —preguntó.

Solo oyó el tráfico.

Repitió:

—¿Quién es?

En aquella ocasión oyó una voz confusa e ininteligible. Algún borracho o cocainómano. Si se ponía a insultar por el portero, quizá se pasara toda la noche tocándole en la puerta. Conocía a gente a la que habían matado por poco más.

Volvió al sofá, pero el timbre volvió a sonar antes de que se sentara. Lo habían dejado pulsado.

Salió disparado por el pasillo y cruzó la puerta, convencido de que cuando llegase abajo el estorbo habría desaparecido. Bajó a toda prisa dos pisos de escaleras hasta el recibidor sin dejar de oír el timbre de su apartamento. Cuando llegó a las puertas de cristal vio dos siluetas en la entrada. Una de ellas tocaba el botón. Abrió la puerta interior, pero no la verja que no les permitía entrar.

—¿Qué queréis?

Vio cómo Michael Renzler aparecía bajo la luz de una farola y abandonaba las sombras.

—Por Dios...

Derek se agarró a la puerta y la conmoción fue lo único que evitó que se la estampara contra sus caras. Tenían aspecto de haber hecho autostop desde Carolina del Norte. El cansancio había esculpido la cara huesuda del chico. Su mujer tenía los ojos soñolientos y seductores y lo miraba de arriba abajo. Le dedicó una ligera y agotada sonrisa. Derek abrió el cerrojo de la puerta de metal y la dejó entrar. Ella arrastró a Michael al interior.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Recibiste mi postal? —preguntó Michael en voz baja al pasar junto a Derek. Se arrastraron escaleras arriba, como si los hubiesen invitado. Derek los siguió—. No tenía tu número, por lo que... vinimos y ya. Cuando la escribí, no tenía ni idea de lo mal que se iba a poner la cosa.

—¿Postal? ¿De qué hablas?

—¿No la has recibido? Vaya... Tampoco tenía mucho espacio para escribir. Tendremos que explicártelo todo.

—¿Me estás diciendo que habéis volado hasta aquí solo para verme?

—¿Volar? —dijo Michael—. No, tío. Hemos venido en coche.

—Dios, ¿tan rápido?

—No tengo muy claro qué día es. No he dormido mucho desde la última vez que nos vimos.

—Bueno... este es mi apartamento. La puerta está abierta.

Lenore se detuvo en el umbral, y él la miró para indicarle que le permitía pasar. Tenía el pelo grasiento y le caía sobre la cara y la frente, que tenía sucias, y los ojos. Se lo apartó con unos dedos mugrientos, y Derek quedó consternado al ver el mandala. No dijo nada y esperó que su gesto no le hubiese traicionado, pero pensó: *Dios, otra fanática.*

¿Tan vacía estaba su vida como para que una charla mediocre de media hora la hubiera impelido a unirse a la secta de los mandalas?

—¿Por qué no entráis? —ofreció, ya que la chica parecía estar esperando a que la invitasen. Le devolvió la sonrisa a Michael y entraron.

Derek cerró la puerta al pasar. Michael echó un vistazo por el salón. Parecía muy decepcionado, como si esperara encontrarse con un museo de artefactos ocultistas, máscaras tribales e instrumentos de rituales centenarios. Allí no había prueba alguna del oficio de Derek.

Lenore echó un vistazo hasta que vio la caja de Elias, que se encontraba junto al sofá, ya que Derek no había sido capaz de hacer nada con ella, de tomar una decisión.

—Dejad que haga algo de espacio —dijo con premura, mientras se agachaba a recoger la caja. La llevó al dormitorio y la metió en el armario. Se sentía abochornado. Al regresar se encontró a Lenore estirada en el sofá y viendo la televisión. Sus ojos parecían captar el vigor de los reflejos que proyectaban los anuncios.

—¿Os apetece beber algo?

Lenore no respondió. Michael lo siguió hasta la cocina.

—Sé que esto es muy inesperado —se disculpó Michael—. Sé que es imperdonable. No lo habría hecho de no haberse puesto las cosas tan serias. Estaba muy asustado. Me dio la impresión de que eras la única persona capaz de ayudarnos, el único que sabe lo que está pasando. Y Lenore tenía muchas ganas de venir.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Por los *Ritos* —respondió Michael—. La noche en que te conocimos, hicimos un ritual y... y llegaron hasta nosotros. Hasta Lenore, quiero decir. Al principio no hablaron a través de ella, pero sí que recitó partes de las claves que era imposible que supiera. Fue una ceremonia muy intensa en la que cada vez estaban más descontrolados. Luego Lenore empezó a ponerse rara. Debe de tener alguna clase de talento psíquico natural, ya sabes. Ha conseguido canalizarlos. Ha hablado en su idioma y he visto cosas que no soy capaz de explicar, ha hecho cosas... Bueno, durante estos últimos días he visto cosas muy extrañas.

—Ah, ¿sí? —dijo Derek. No le sorprendía que el chico delirase, pero ¿era cierto que Lenore había tenido una crisis nerviosa o todo se debía a que el chico había proyectado sus propias fantasías ocultistas en su esposa para así usarla y conseguir estar más cerca de Crowe? Derek no estaba del todo seguro, pero se le pasó por la cabeza la idea de que Michael usaba a su esposa como si se tratara de una especie de ofrenda para él—. ¿Y qué quieres que haga?

—Bueno, tú eres el maestro de los mandalas. Y en los *Ritos* no pone nada de esto.

Derek comprobó que Lenore no podía oírlos. Estaba ensimismada con la

televisión. Le dio un puntapié a la cuña de plástico que mantenía la puerta abierta y se acercó al frigorífico para servirse un vaso de café con leche, cualquier cosa con tal de ganar algo de tiempo.

No he atraído aquí a un lunático, sino a dos, pensó. Todo es culpa mía por fingir que soy una autoridad en un asunto que ni siquiera sé si existe fuera de la cabeza de los enfermos mentales, entre lo que están Elias Mooney, Etienne y todos los demás, incluso esa tribu de la Edad de Piedra de Camboya. Y ahora este espera que sea partícipe de esa locura y coopere en una especie de misión de rescate. Cree que si acepto la historia e intervengo en ella, constataré que sus alucinaciones son reales.

No puedo dejar que se queden en mi casa.

—No sé cómo decírtelo —arrancó Derek un momento después, eligiendo con mucho cuidado las palabras. Preparar café era un ritual, y se tomó su tiempo, colocó el filtro, molió los granos, midió las cucharadas en el cono—. Pensaba que en los *Ritos* había dejado claro que los mandalas no están a mi disposición para cuando quiera hablar con ellos. De hecho, nunca se han puesto en contacto conmigo. Lo hicieron con la señorita A, pero dio la casualidad de que yo me encontraba allí. Ninguno de los dos habríamos sido capaces de invocarlos a menos que a ellos les hubiera apetecido, y cuando dijeron lo que tenían que decir, se marcharon y ya está. Michael, se podría decir que todo lo que sé sobre ellos está en ese libro. Si queremos descubrir cualquier otra cosa, como lo que le ocurre a tu esposa, tendríamos que hacer que volvieran, ¿no te parece? Y no hay razón para pensar que lo harán. La señorita A y yo hemos intentado invocarlos de nuevo para atar algunos cabos. De hecho, mi editor me ha pedido hace muy poco una secuela, más cosas relacionadas con esa filosofía de los mandalas, pero dudo que nos vuelvan a hacer caso.

Michael empezó a morderse el pulgar, consciente del verdadero alcance de las afirmaciones de Derek: todo apuntaba a que ese viaje de punta a punta del país había sido en balde.

—Pero... señor Crowe, están aquí. Lenore los está canalizando ahora mismo. Si quieres puede... puede preguntarle.

—¿Y crees que nos van a contar cómo expulsarlos? ¿Para qué harían algo así?

Oyó cómo chirriaba la puerta. Luego vio a Lenore en el umbral.

—Michael, ¿podríamos acostarnos pronto?

—Lenore, tenemos que... —Michael se giró hacia Derek con gesto desesperado—. Lo siento por haber venido tan de repente, señor Crowe. Tenemos que encontrar un lugar donde quedarnos. Estamos agotados. Aunque puedas ayudarnos, es algo que no va a ocurrir esta noche. He visto un motel en esta misma calle. Miraremos si tienen habitaciones libres y... quizá podamos volver a hablar contigo mañana cuando hayamos descansado un poco.

Lenore parecía decepcionada. No le quitaba ojo a Derek, y él no pudo evitar decir:

—Mirad, ¿por qué no os quedáis aquí esta noche?

—¿Cómo? ¿En serio?

—Eso es un sofá cama. Tengo mantas de sobra. Habéis recorrido un largo camino para verme, así que no voy a echaros así como así. Mañana os llevaré a un sitio y os presentaré a unas personas que quizá puedan ayudaros. Unos amigos míos que son de fiar. Es cierto que lo único que puedo contaros sobre los mandalas es lo que estaba escrito en el libro, pero quizá podamos encontrar otra solución.

—Vaya —dijo Michael—. Eres muy amable.

—Es lo mínimo que puedo hacer —respondió Derek al tiempo que le dedicaba a Lenore un gesto casi imperceptible con la cabeza. Ella le correspondió con una leve sonrisa.

—Debo traer las cosas del coche. No es mucho, pero no quiero que nos roben.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Derek.

—No, no es mucho. No pasa nada.

Después de que Michael se marchara, Lenore entró en la cocina y se sentó a la mesa. El café acababa de salir. Derek le sirvió una taza, y ella empezó a calentarse las manos con ella mientras inhalaba el vapor.

—Supongo que Michael te ha contado lo que me pasa —dijo Lenore—. Debe de parecerte una locura.

—Bueno... No... —respondió titubeante. Miró el mandala que la chica tenía en el centro de la frente. Ella bizqueó para intentar mirarlo también, y sonrió de nuevo.

—Puedo explicarlo —dijo mientras se levantaba y empezaba a caminar hacia él.

—Seguro que puedes.

Cuidado...

—Los mandalas me lo grabaron. Y también me han traído hasta ti.

Pasó junto a él y se dirigió hacia el salón mientras se quedaba allí, perplejo.

—¿Dónde está el baño? Nada, ya lo he visto.

Luego desapareció.

Derek buscó a tientas una taza, se sirvió café y se lo bebió. De un tiempo a esa parte se había quemado tanto la boca que casi no sentía nada. La cafeína le afectó al instante. Empezó a deambular por la cocina mientras oía correr el agua, y pensaba en que la chica estaba ahí. Dios. Aquello era un problema. Y les acababa de decir que se quedarán por la noche.

Sin duda, ella era la culpable de que hubiesen realizado el viaje. ¿Por qué estaba tan interesada en él?

¿Y si ha visto la foto de uno de mis libros y se ha puesto a fantasear? Estas cosas pasan. La gente infeliz siempre se inventa relaciones con gente que tiene algo de reputación y luego empiezan a acosarla. Yo soy una celebridad del ocultismo. Tal vez se hubiera enterado de que iba a ir a su ciudad, memorizado parte de los Ritos antes de la noche de la charla, planeado la posesión y luego convencido a Michael de que yo era la única persona capaz de ayudarla.

Pero, por Dios. Si se ha tomado todas esas molestias, sin duda es más inestable que su marido. Pero... es un plan muy bien planteado, muy elaborado, y a la vista está que ha tenido éxito.

Ha llegado hasta mí.

Esto es una locura, pensó Derek mientras reprimía un escalofrío. Estoy tan a dos velas que hasta me he imaginado que me enrollo con una aficionada neurótica y manipuladora. Y, además, casada.

Y la has hipnotizado. Ya has conseguido internarte en las profundidades de su mente. Imbécil.

Se dio cuenta de que la ducha estaba encendida y luego oyó un murmullo constante y atonal que sonaba como si Lenore hiciese gárgaras. Subió de

volumen, sin cesar, era un sonido rítmico y monótono, familiar.

Derek se dio cuenta de que recitaba los *Ritos*.

Y, por un instante aterrador, creyó en todo lo que Michael le había contado, en todas y cada una de las palabras de la historia de Elias, en cada sílaba grabada en aquellos volúmenes. Creyó en el poder de aquella piel muerta y en la existencia de cada uno de los demonios que habían embrujado todos los libros viejos que había estudiado para escribir los suyos.

Cerró los ojos con fuerza, contuvo la respiración y aguardó a que pasara aquel momento.

Dejó de creer en ello, pero el miedo no llegó a pasar del todo.

30

—¿Sabes qué me pone de los nervios? —preguntó Michael al tiempo que se golpeaba la palma de la mano con el otro puño. Estaba sentado en la cocina de Derek, bebiendo café mientras Lenore dormía en la oscuridad del salón. Michael tenía aspecto de llevar días sin dormir, pero al parecer llevaba despierto tanto tiempo que aquello ya se había convertido en un hábito. Derek no tardaría en decir que estaba agotado y arrastrarse hasta la cama.

—¿El qué? —preguntó con tanta educación como pudo.

—Me da envidia que... que usen a Lenore en lugar de a mí. He pasado años preparándome, aprendiendo los rituales y purificando mi cuerpo y mi espíritu, y no me ha ocurrido nada real ni tan evidente, nada que pueda explicar, hasta que Lenore invocó a los mandalas. Nunca he visto ningún fenómeno que no pudiese interpretar como una casualidad o una eventualidad, ¿sabes? Pero Lenore... Lenore, una persona a la que el ocultismo le daba igual, que se droga y todas esas cosas que te convierten en una persona impura, ha conseguido que la utilicen. La preparación y la disciplina no importan. Ayudan a la gente que no tiene aptitudes y que nunca las tendrá. Puedes pasarte la vida en clase de piano, pero nunca serás Mozart, a menos que hayas nacido para ello, ya sabes. Los mandalas me han despreciado. Han ido directos a por Lenore. Ahora no soy más que un puto chófer.

—Quizá tú tengas algún tipo de fuerza interior o estabilidad de la que ella carece —comentó Derek para levantarle el ánimo.

—¿Y? Vale, eso ya lo sé, pero no está tan bien. ¿No es mejor vivir la experiencia de primera mano? Ella ve cosas, cosas que están vivas y que yo solo soy capaz de imaginar. ¿Por qué ella?

—Si te sirve de consuelo —explicó Derek—, no eres el primero que lo

pregunta. Siempre ha sido así.

—¿A qué te refieres?

Derek sintió que la conversación empezaba a interesarle, ya que versaba sobre una investigación a la que nunca le había encontrado utilidad y que había realizado para escribir *Los ritos mandala*. Nunca había podido hablar con nadie que apreciara todo el trabajo entre bambalinas que había realizado, no había encontrado el momento de hablarlo con Lilith, porque habría dado la impresión de que se tomaba muy en serio su trabajo y habría dado pie a que la mujer se burlara aún más de su hipocresía.

—Bueno, aparte de mi caso, y recuerda que conseguí los textos de los mandalas de manera indirecta en lugar de hacerlo por revelación directa, seguro que te suena de algo John Dee.

—Claro. Es uno de los magos más importantes de todos los tiempos. Era el astrólogo de la reina Isabel.

—También fue un gran matemático y criptógrafo. Un genio, quiero decir.

—Bueno, la magia era una materia intelectual en aquella época: las leyes naturales. Muchos de los grandes pensadores estaban implicados con lo oculto.

—También quemaron a mucha gente por ello —afirmó Derek—. Pero me refiero a que Dee, a pesar de su intelecto, fue incapaz de experimentar los misterios. Estaba obsesionado con la adivinación, pero le faltaba talento. Tuvo que contratar a alguien para ejercerla.

—¡Edward Kelly! —A Michael le brillaron los ojos. Derek vio que Michael estaba muy orgulloso de sus conocimientos arcanos—. ¡Aleister Crowley pensaba que era la reencarnación de Kelly!

—Sí, y fue Kelly quien le hizo todo el trabajo a John Dee. Era el canalizador, como Lenore y mi amiga la señorita A. Al igual que yo, lo único que hizo Dee fue escribir lo que Kelly había visto. Kelly fue quien tuvo las visiones, pero él no las comprendía. Para Dee era un milagro; para Kelly, un trabajo.

—A eso me refería. ¡No es justo!

—Y luego tenemos a William Butler Yeats.

—¿El poeta? Sí, ¿no era un iniciado de la Aurora Dorada?

—Y un gran enemigo de Crowley. Una vez cambió las cerraduras del

templo para que no pudiese entrar.

Michael soltó una carcajada.

—¿En serio? No sabía que se habían conocido.

—Yeats se vio envuelto en una situación similar a la nuestra. ¿Has leído *Una visión*? Su esposa y él empezaron a experimentar con escritura automática y, de improviso, los espíritus empezaron a dirigirse a Yeats a través de su esposa. Le aportaron toda una cosmología para sus poemas, todo un conjunto de símbolos que enlazaban la personalidad de la gente con las fases de la luna.

—¿En serio? ¿Dices que, como él era demasiado intelectual, tuvieron que comunicarse a través de ella? ¿Como si fuese muy complicado hacerlo de manera directa?

Claro, pensó Derek. Tú eres tan intelectual...

Luego dijo:

—Quizá sea eso lo que nos pasa a nosotros. También tenemos... demasiado control, o a lo mejor somos muy controladores. Quizá sea algo que forma parte del ego masculino, de la manera en que estamos programados.

—Eso me recuerda a otra teoría que tengo —apuntó Michael, saliendo de improviso de su silencio—. A veces creo que somos como el hemisferio izquierdo y derecho de los cerebros. Que estamos incompletos. O sea, yo tengo la lógica de la parte izquierda y Lenore la intuición de la derecha. Ella lo experimenta todo de manera directa y luego yo soy el que lo analiza. Esas cosas la han poseído y llenado de energía, pero yo soy el que tiene que desentrañar sus instrucciones. Quizá se supone que estamos obligados a crear vínculos con otras personas y así formar entre los dos una única conciencia. Como si fuésemos células separadas que no pueden existir la una sin la otra. Quizá sea esa la lección que nos enseñan los mandalas, lo que intentan decirnos. Que tenemos que unirnos. Quizá no debería tener miedo de todo lo que ocurre. Pero cuando Lenore pierde el sentido y aparecen ellos, no puedo evitar sentir miedo. Es lo típico que siempre soñé que pasaría, pero de alguna manera nunca me lo había imaginado tan... sórdido.

—¿Les tienes miedo, Michael?

Michael lo miró con fijeza, los ojos rojos y avergonzado.

—Odio usar la palabra *malvado*, de verdad que es algo en lo que nunca he

llegado a creer. Pero empiezo a pensar que ahora sé a lo que se refiere. Crowe, ¿alguna vez has pensado en la posibilidad de que los mandalas hayan mentido?

—¿A qué te refieres?

—Dicen que son todo luz y amabilidad y que trabajan por el bien de la humanidad, pero ¿y si su único cometido es alimentarse de nosotros? Formar un gran culto y luego... luego volverse en nuestra contra. ¿Cómo lo sabríamos? No hay manera de conocer sus intenciones. Pero mira, todo lo que sé de ellos hasta ahora es justo lo contrario de lo que te dijeron que escribieras.

Derek empezaba a incomodarse.

—No creo que tengamos que sospechar de que nos mienten. Quizá tan solo es que no los comprendemos.

Michael pensó en ello, y Derek empezó a gritar por dentro. *Díselo*, decía aquel grito. *Dile la verdad*.

Pero, una vez confesara, no habría manera de contener ni de controlar la verdad. No estaba preparado para sacrificar su reputación. Aún no.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el salón.

—Parece que ya está tranquila —dijo Derek—. No la conozco, pero no he visto nada raro en su conducta.

Michael asintió.

—Ahora están tranquilos. No he sentido mucha actividad desde que llegamos a California. Quizá te tengan miedo y ahora estén tranquilos. Quizá sepan que vas a ayudar a Lenore. —Michael debió de darse cuenta de que aquellas palabras habían incomodado a Derek, porque añadió al momento—: O quizá tan solo sepan que necesita descanso. No creo que quieran agotarla. —Suspiró y echó un vistazo alrededor—. Y será mejor que yo también me vaya a la cama.

Derek se levantó, cogió la taza y la dejó en el fregadero.

—Dormid todo lo que necesitéis. Si queréis algo, llamad a mi puerta.

Dejó a Michael quitándose la ropa en el salón oscuro. Se dirigió a trompicones hasta su dormitorio y se dejó caer en la cama. Se sentía como un prisionero en su propia casa. Se dio cuenta de que deseaba a Lenore, pero también de que aquello le daba miedo. No era el marido de la chica el que le

asustaba. Si pasaba algo entre ellos y Michael se enteraba, sería una situación patética. Pero lo que le daba miedo era que ocurriese un cambio dramático, algo capaz de catalizar una crisis. El miedo mismo había entrado en su casa y tenía la forma de dos aficionados obsesivos que lo habían seguido desde la otra punta del país para ir a acosarlo con sus propios ensalmos.

¿Qué querían de él en realidad?

31

Michael se despertó triste, sin saber muy bien qué hora era y deseoso de dormir al menos tanto tiempo como había pasado en el coche. Le resultó una novedad no despertarse encogido y dolorido en el asiento delantero y con el ruido de otros coches pasando a su alrededor. Lo primero que había hecho durante días al despertarse era girar la llave de contacto. Ahora que no tenía nada que hacer se sintió vacío y sin objetivos. Y la conversación de la noche anterior con Derek Crowe no lo había animado ni infundido muchas esperanzas.

Las persianas estaban bajadas para dejar el salón a oscuras, pero, a juzgar por el ruido de la calle, ya era bien entrado el día. Las sábanas estaban arrugadas por la parte en la que había dormido Lenore, pero no había ni rastro de ella. Michael salió de la cama, se dirigió a la cocina y se la encontró calentando el café de la noche anterior. Le dedicó una gran sonrisa.

—Buenos días. ¿Te puedes creer que estemos aquí?

—¿Creer? Recuerdo cada centímetro de esa carretera de los cojones. — La rodeó con los brazos y absorbió parte de su calor. Luego apoyó la cara en su cuello, aunque ella se apartó, como si al hombre le oliese el aliento. — ¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy bien —respondió Lenore—. He dormido muy bien. Ya me siento casi humana.

—Entonces... ¿no vas a tener más problemas?

Ella echó un vistazo alrededor, encima de ellos y luego se encogió de hombros.

—Esta mañana no he sentido nada. Es casi como si no hubiese ocurrido.

—¿Por qué? —preguntó Michael—. ¿Por qué nos obligarían a venir hasta

aquí para luego marcharse?

—No lo sé, Michael, pero no he venido en busca de problemas, si te refieres a eso. Esta mañana me encuentro bien. ¿Sabes lo bueno que es eso? ¿Acaso quieres que me empiece a volver loca de nuevo?

—No —respondió al instante, con una punzada de vergüenza. En ese momento se dio cuenta de que había sido egoísta y hubiera querido que le diera otro de esos ataques para que Derek se creyese su historia. Sin duda, Crowe pensaba que estaban locos. La noche anterior había sentido que Derek casi no era capaz de aguantarlos y les había pedido que se quedaran por pena. Había empezado a sospechar que Crowe sabía menos de lo que decía, lo había visto muy perdido al enfrentarse al estado de Lenore. Michael no podía afrontar el hecho de que quizás aquel hombre no fuese la salvación que buscaban y de que habían llegado a otro callejón sin salida. Si la mujer volvía a padecer uno de aquellos trances, puede que Crowe fuese tan inútil como ellos dos.

Quizás había sido la propia San Francisco lo que había calmado a Lenore. Al parecer era uno de esos lugares. Antes habían estado atrapados en Cinderton, no en la misma clase de rutina mortífera que cuando vivían en Nueva York, pero sí en un tedio igual de suicida a la larga. Se suponía que San Francisco era un paraíso para quienes tenían creencias eclécticas o diferentes, para la gente como ellos. Si tenía suerte y daban con la gente adecuada, quizás al final se quedarán en la ciudad. Quizá lo que necesitaban de verdad era un cambio, y los mandalas los hubiesen hecho recorrer el país para librarlos de un destino peor en Cinderton.

Al pensar en eso, de repente recordó a Tucker y a Scarlet, la imagen de la casa que había visto en el televisor.

Crowe no sabía nada de las muertes, claro, pero sin duda lo sabría con el tiempo. O bien vería en los periódicos que uno de sus mandalas estaba implicado en una muerte ritual, o bien la propia policía acudiría a él para pedirle consejo. Él era el experto en los mandalas, al fin y al cabo. Quizás alguien recordara verlo con los Renzler después de la charla. La policía ataría cabos para crear una trampa de la que Michael, Lenore y quizás hasta el propio Crowe no podrían escapar. Sus coartadas, la propia verdad, sonaban como una auténtica locura.

No, no podían quedarse mucho tiempo junto a Crowe. Si no era capaz de

ayudarlos, seguro que los iba a perjudicar. Y ellos mismos le causarían problemas si la policía descubría que se habían quedado allí, aunque fuese solo una noche.

Michael dejó a Lenore en la cocina y empezó a hacer las maletas. Comprobarían si había hueco en el motel situado a unas manzanas; o, mejor aún, se mudarían a un lugar que estuviese más lejos de Crowe. Pero tenían que hacerlo rápido. Cruzar el país les había costado más de lo que creía, pero el dinero que les quedaba aún podía durarles varias semanas si encontraban un buen sitio. Lo mejor sería compartir piso con alguien durante un tiempo y empezar a buscar trabajo. Llevaría tiempo, pero seguro que ayudaría a mejorar el estado de Lenore. Los mandalas podían volver en cualquier momento. Michael sentía que aquello no era más que un momento de calma antes de que regresaran. Odiaba tener que mencionarle algo así a su mujer. En los últimos días había tenido muchos momentos lúcidos, pero ninguno de ellos había durado demasiado. Los mandalas no iban a dejarla así como así.

Se abrió la puerta de la habitación de Crowe, y este salió disparado hacia el baño mientras parpadeaba al mirar a Michael, como si se sorprendiese de verlo. Michael echó un vistazo hacia la cocina.

—Crowe está despierto —dijo—. Voy a meter las cosas en el coche. ¿Por qué no te preparas?

—¿Tienes prisa? —preguntó Lenore.

—Lenore, hazlo, ¿vale?

La mujer puso los ojos en blanco. Luego se fijó en que no lo miraba a él, sino al espacio que tenía encima de la cabeza.

Ya empieza, pensó mientras se dirigía hacia la puerta.

Hacía viento y la niebla soplaba en las azoteas de los altos edificios de apartamentos y agitaba los carteles de los restaurantes chinos y los banderines de plástico que colgaban en las tiendas que hacían esquina. Michael tenía calor si lo comparaba con el clima al que estaba acostumbrado. Caminó despacio por la calle con las pesadas maletas mientras disfrutaba del ambiente de San Francisco. Fisherman's Wharf, la torre Coit, el puente Golden Gate. ¿Cómo podían interesarle esas cosas? Además, desde donde se encontraba no se veía ninguna de ellas. Derek Crowe vivía en un barrio sórdido. La mitad de las personas que se cruzaban con Michael por la calle tenían aspecto de drogadictos o vagabundos, con las caras llenas de costras,

morenos, el pelo apelmazado y ropas andrajosas y sucias. El resto de transeúntes llevaban trajes y se movían a toda prisa entre los peatones más tranquilos, como si pertenecieran a mundos diferentes. No confiaba en ninguno de los dos grupos, no pertenecía a aquel lugar.

Giró la esquina en la que había aparcado el coche y se detuvo de improviso.

Un agente de tráfico escribía una multa junto al Escarabajo.

Michael cruzó la calle tan rápido como pudo y se dirigió hacia el motel.

Eso es, pensó. Así es como empieza. Le pondrán una multa al coche. Quizá se lo lleven y esperen a ver quién va a recogerlo. Aunque no sea ahora, seguro que lo harán.

Tenemos que deshacernos del coche. Lo más inteligente sería dejarlo donde está. En el interior no hay nada que necesitamos para vivir. Pero está cerca de la casa de Crowe y no quiero implicarlo. Vamos a tener que darnos prisa.

Cuando llegó al motel ya había empezado a jadear. Era antiguo y parecía fuera de lugar entre los bloques de viviendas y los edificios de oficinas. Lo habían renovado y vuelto a pintar para darle un lavado de cara y un toque de nostalgia por la ruta 66. La palabra NO estaba apagada en el cartel que indicaba si había habitaciones. Michael llevó las maletas hasta la recepción y no tardaron en darle una llave.

Todas las habitaciones daban a un patio que tenía una piscina con forma de riñón. Había palmeras plantadas en enormes macetas de hormigón, sus hojas se mecían en la niebla y se oía música country que venía de un bar que había al otro lado del patio. Subió las escaleras y encontró la puerta de su habitación. En ese momento, el sol salió entre los jirones de niebla gris, blanquecino y tenue, pero al menos iluminaba.

—Qué pasada —dijo, exultante de improviso. No pudo evitar que una sonrisa carente de sentido le iluminara la cara, igual que había hecho el sol entre la niebla—. ¡California!

32

Derek Crowe deambulaba por la cocina mientras se peinaba el pelo húmedo y ralo. Llevaba puesto un albornoz que le confería un aspecto extraño. A Lenore le resultó inevitable pensar en la foto del libro, en la que aparecía Crowe envuelto en una capa efectista. Aquel era el Crowe de verdad. Aun así, la presencia de los mandalas a su alrededor era significativa. Aquel hombre tenía algo que lo hacía fuerte, una presencia que trascendía la cocina abigarrada y el apartamento desordenado. Al igual que ella, parecía como si algo estuviese cuidando de él. Le sirvió y le pasó la taza de café con una solidaridad que no emanaba de las palabras. Parecía sorprendido y satisfecho.

—Gracias —dijo Derek—. Supongo que tendrás hambre. No hay mucha comida en casa, pero puedes coger lo que quieras.

—No tengo —respondió al tiempo que se sentaba a la mesa. Él sonrió nervioso y luego se sentó enfrente.

—¿Has dormido bien?

No había tiempo para cháticas. Era fundamental que no malgastaran ni un solo momento juntos.

—Señor Crowe, estoy preocupada por Michael.

El hombre pareció titubear.

—Él... me ha dicho que está preocupado por ti.

Lenore resopló.

—Soy una persona fuerte que ha vivido muchas cosas, las suficientes para hacerme más fuerte. Puedo con casi todo. Pero Michael... No es solo que sea más débil, es que... ¿has visto su mandala?

Derek sonrió, incómodo.

—Mira, Lenore, yo no tengo esa... capacidad.

—¿Te han dicho algo últimamente?

—No hemos estado en contacto.

—Bueno, yo puedo verlos —dijo, convencida de que aquel hombre tenía que saber lo mismo que ella. Quizás aquello formara parte del papel que representaba allí, el volver a ponerlo en contacto con los mandalas. Quizás aún no había hecho el trabajo que tenía que hacer—. Y Michael está enfermo.

—¿Enfermo? ¿Tú crees?

—Esperaba que fueras tú quien me lo confirmara.

—Los dos estáis equivocados al pensar que sé más cosas sobre los mandalas de las que hay en mi libro.

—No he leído tu libro —respondió ella con rotundidad—. Lo que sé viene de la propia experiencia. De moverme entre ellos y con ellos, de intentar descubrir lo que quieren. Sé que en realidad no están vivos en el mismo sentido en que lo estamos tú y yo. Es normal pensar que no pueden morir, pero ¿y si pudieran? ¿Y si tienen un ciclo de vida tan lento que los convierte en criaturas casi inmortales?

—Es una idea fascinante —admitió Crowe—. ¿De verdad has estado comunicándote con los mandalas todo este tiempo?

—Gran parte del tiempo. Y a veces me cuesta percibirlo, pues me he acostumbrado demasiado a ello. Al principio me resultaba extraño y diferente, pero ahora ha empezado a parecerme normal.

—Me gustaría... preguntarte sobre el asunto en otro momento —dijo él—. En alguna ocasión en la que pueda tomar notas. Si te vas a quedar por aquí, claro. Quizá, si te hago preguntas, puedas pasárselas a los mandalas para que ellos nos respondan. Se me ha ocurrido que, a lo mejor, así podría llegar a escribir otro libro.

—Señor Crowe...

—Derek, por favor.

—Derek, creo que Michael tiene algún tipo de crisis. Su mandala se está rompiendo. He visto cómo otros lo atacan y está débil, quizá demasiado débil como para seguir defendiéndose. Si son capaces de matarlo, es que puede morir. Pero ¿qué le pasará luego a Michael? Temo por él.

—Te entiendo. Pero los mandalas y casi todo lo que los rodea son un misterio, ¿verdad? ¿Cómo podemos esperar conocerlos tan pronto, ahora que

aún podríamos decir que se nos acaban de presentar? Por tus palabras, parece que has estado muy en contacto con ellos durante unos pocos días, pero lo único que has conseguido son más preguntas de las que yo he llegado a plantearme siquiera.

Lenore intentó reprimir la creciente frustración que sentía e intentó que no se convirtiese en rabia.

—Michael pensaba que tú eras un experto. Pensaba que nos darías respuestas.

—Lo siento mucho, Lenore. He intentado explicarle a tu marido qué papel desempeña en todo este asunto. Y... me ha dado la impresión de que tú tenías tus propias razones para venir.

Le dedicó una mirada sagaz, que podría dar pie a todo tipo de interpretaciones. A Lenore no le gustó ninguna de ellas.

—Me he visto atraída hasta ti —respondió—. Venir hasta aquí es parte de la solución de un enigma que he tratado de resolver. Ahora que ya he concluido esa parte, no sé qué hacer con ella. Aún no ha terminado.

En ese momento sonó el timbre.

—Ahí viene —dijo, al tiempo que daba un brinco, aliviado. Unos instantes después, Michael entró en la cocina entre jadeos. Parecía peor que nunca, como si Lenore hubiese hecho más reales los miedos que sentía después de haberlos admitido, de haber podido ver las cosas que acuchillaban el aire detrás de él, las bocas espinosas que se abrían, las lenguas ponzoñosas que zaherían y apuñalaban a su mandala. Aquella cosa se estremeció y se aferró a Michael con lastimera desesperación. No era mucho más densa que una nube, casi no podía mantenerse de una pieza y mucho menos evitar que Michael recibiese aquellos ataques.

La cara de Michael se había tornado pálida y transparente, y ella era capaz de ver las venas y los volubles glóbulos que revoloteaban, de oír cómo sus huesos se deslizaban y chapoteaban entre el tejido linfático a tanto volumen que parecía una radio puesta a máxima potencia. Se sintió incómoda al notar los huesos atrapados y envueltos en la carne, a excepción de los dientes, que sobresalían como afloramientos rocosos, como pequeñas cumbres que se elevaban sobre un mar rojo y denso. El vello que había en su piel tenía el aspecto de árboles aferrados a un suelo yermo y cuya madera y follaje se habían endurecido como si fuesen excrementos. Michael se

transformó delante de ella y evolucionó en algo parecido a una rata, enfermo, asustadizo y malnutrido. Parecía estar... consumido, como si ya no fuese de más utilidad. Parecía tener la cabeza envuelta en una neblina hecha jirones, una masa amarillenta, quebradiza y reseca, como una criatura de las mareas que hubiese pasado demasiado tiempo bajo un sol abrasador, una vaina frágil al borde de las llamas.

Lenore se estremeció cuando Michael la tocó, pero se arrepintió al instante. Aún lo amaba, ¿verdad?

—He alquilado una habitación al final de la calle —expuso—. Esta noche no te volveremos a molestar, Crowe.

—Para mí eres como un hermano pequeño —afirmó Derek—, pero seguro que te sentirás más cómodo con algo de intimidad y un lugar en el que despatarrarte.

—Te dejaremos en paz ahora mismo. ¿Estás lista, Lenore?

—Supongo —respondió ella—. Pero ¿qué vamos a hacer durante todo el día, Michael? No podemos quedarnos sentados en una habitación.

—El señor Crowe dice saber de un lugar donde podríamos conocer a unas personas capaces de ayudarnos.

—Es cierto —afirmó Derek—. Es una gran tienda de ocultismo, Hecate's Haven. Tienen un tablón de anuncios y un listado para compartir habitación. Va mucha gente a pasar el rato. Puede que encontréis a alguien capaz de ayudaros. Y también un lugar en el que quedaros. Si os parece, os podría acompañar. Os puedo presentar a mis amigos y ver qué podrían hacer por vosotros.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Michael.

—Creo que es buena idea —afirmó Lenore. Intentaba encontrar la manera de permanecer junto a Crowe aunque este le hubiera asegurado que sabía menos que ella de los mandalas. Al menos creía en ellos y tenía una ligera idea de su poder. Si le empezaba a ocurrir algo al mandala de Michael, al menos no pensaría de inmediato que estaban locos.

—Yo diría que bastante te hemos complicado ya la vida. Seguro que tienes mucho trabajo que hacer con sus libros.

—Ahora me encuentro en un lapso entre dos libros —respondió Derek—. Y... y le debo una visita a una vieja amiga. Si tenéis prisa, nos podemos marchar en cualquier momento.

—Me... me preocupa que el coche no llegue. Está en las últimas.

—El autobús nos dejará en la puerta —aseguró Derek—. O podemos coger un taxi.

—Venga, Michael —imprecó Lenore—. No seas pesado.

—Pues muy bien —dijo—. ¿Estás lista?

Lenore se marchó para comprobar que lo tenía todo listo, aunque en realidad no tenía gran cosa. Michael se quedó en el pasillo y la apremió para que se apurase. Bajó las escaleras con premura antes que ellos, y la mujer se quedó con Derek mientras pasaba los cerrojos de la puerta delantera.

—¿Ves a lo que me refería? —indicó Lenore—. No está bien. Le ocurre algo.

—Es probable que sea el cansancio. Por ahora te voy a creer. Espero que su mandala pueda cuidar de él. Aunque esté enfermo, ¿cuánto se supone que tarda en morir algo tan antiguo? ¿Cuánto tiempo en términos humanos?

La sola idea hizo estremecerse a Lenore. ¿Y si el deterioro de Michael no había hecho más que comenzar? ¿Y si seguía empeorando poco a poco? ¿Y si llevaba así desde mucho antes de que ella hubiese sido capaz de ver su mandala, antes incluso de conocerlo, antes de nacer?

—¡Michael! —gritó de improviso, como si quisiese asegurarse de que estaba bien. Lo persiguió escaleras abajo y lo cogió de la mano al llegar a la calle, delante del edificio. Michael se detuvo en la esquina y también le sostuvo la mano mientras echaba un vistazo al coche.

—Muy bien —comentó—. Démonos prisa.

—¿Qué pasa?

—Nada. Vamos.

Michael condujo nervioso entre el frenesí del tráfico de la ciudad. Lenore sintió que estaba tan nervioso como su mandala.

—Estoy acostumbrado a la autopista —dijo, después de estar a punto de chocar contra un autobús—. Aquí todo va más despacio.

La noche anterior, al salir del túnel de Treasure Island y empezar a recorrer las iluminadas vigas de la parte occidental del puente de la Bahía, los ojos de Lenore pasaron de fijarse en las luces resplandecientes del horizonte de San Francisco a hacer lo propio con el enorme círculo de nubes que se arremolinaba entre las estrellas como si fuese un negro ciclón. Si lo veía era

por el sencillo motivo de que las luces de la ciudad proyectaban un resplandor azulado sobre la parte inferior de la capa de nubes e iluminaban los jirones de vapor que descendían como zarcillos que se agitaban al viento y acariciaban la parte superior de los pilones iluminados, que se extendían hasta el coche.

Michael no los había visto. Para él no era más que otra nube. No había visto cómo se retorcían y se contraían, cómo las volutas de vapor que los envolvían se desvanecían poco a poco para revelar un tegumento negro y consistente, cómo la rueda de dientes resplandecía bajo el brillo de la ciudad, abriéndose y cerrándose mientras giraba sobre las torres, como si de una corona giratoria se tratara.

Es como si fuese el guardián de la ciudad, había pensado Lenore. Y lo preside todo. Por esto me han llamado, esto es lo que nos ha traído hasta aquí. Mi mandala es una versión más pequeña de este...

Debajo de esa cosa, Lenore vio una miríada de mandalas que se elevaban y flotaban, más pequeños pero también más resplandecientes, que revoloteaban como si la masa del más grande los atrajese a todos. Giraron entre los rascacielos e hicieron espirales como si fuesen satélites que descendían a tierra poco a poco.

Cerró los ojos y se sintió como uno de ellos. Como uno de tantos que habían recorrido un camino en espiral para llegar a una reunión que no era capaz de imaginar.

¿Por qué? ¿Qué hacen todos aquí?

Derek Crowe los guio por Market Street, que era una calle recta. El cielo de la mañana tenía un aspecto plomizo, apagado y opresivo, como si viviesen cubiertos por una capa de niebla. Los transeúntes se apresuraban por la calle con las cabezas gachas y contra el viento mientras se ceñían los abrigos en la garganta. Después de haber recorrido casi un kilómetro, Lenore vio algunos retazos de cielo azul. La niebla empezó a clarear a medida que avanzaban, hasta que vio que tenían delante unas cimas gemelas, dos montículos de color marrón claro que parecían pechos, uno de los cuales tenía en la cima el armazón de una torre rojiblanca que parecía mecerse dentro y fuera de la niebla. Más cerca se irguió sobre ellos de improviso la cima de una colina que tenía piedras rojas sueltas y apiladas, como si alguien hubiese desmantelado Stonehenge. Derek señaló un aparcamiento que había junto a

un edificio adornado con aleros curvados orientales, parecidos a los de un templo asiático.

A medida que se acercaban al edificio con forma de pagoda, Lenore quedó sorprendida al ver que los escaparates estaban llenos de parafernalia ocultista: los cráneos de cabras y las siluetas cuarteadas de murciélagos disecados fueron lo primero que le llamó la atención. Derek abrió las puertas con brío, como si fuese el dueño del lugar.

—Bienvenidos a Hecate's Haven —dijo.

El lugar estaba a rebosar. Lenore echó un vistazo a los clientes que rondaban con tranquilidad a su alrededor y giraban exhibidores de panfletos y revistas o cogían tarros de las estanterías. Había un hombre con una capa negra, como si fuese Halloween. Una chica con el pelo verde compraba una vela roja de canela con la forma de un pene y una vulva de cera negra con una mecha. Allí dentro era Halloween todos los días. El lugar olía a incienso y restos secos y gastados de parafina, a hierbas húmedas, igual que las tiendas de Nueva York a las que Michael solía llevarla cuando le daba el arrebató por comprar objetos ocultistas. Había unas cristaleras grandes que estaban llenas de tarros, en los cuales flotaban ojos, ranas y serpientes blancas encurtidas en formol. Había velas encendidas en la pared del fondo, el incienso que había oído ardía en un brasero junto a la caja registradora.

Derek los hizo detenerse en la puerta un instante mientras examinaba a la multitud.

—Esa de ahí es mi amiga Lilith. Dejadme comprobar si nos puede atender. Parece más atareada de lo que esperaba.

Lenore pasó la mano por el brazo de Michael y elevó la vista para mirar su mandala. Aquella cosa palpitaba, y casi podía oír cómo le costaba respirar.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Michael.

—Estoy bien —dijo—. Todo bien. ¿Y tú?

Los interrumpió un murmullo cada vez mayor que venía de la multitud. Derek se había abierto paso hacia el mostrador y se había convertido en el centro de atención. Media docena de clientes se habían colocado a su alrededor y empezado a hacerle preguntas o se lo habían quedado mirando, embebidos por su presencia, con caras resplandecientes y los ojos abiertos como platos. La incomodidad de Crowe era patente, pero no había afectado en absoluto a sus fanáticos. Sus mandalas flotaban y se agitaban a poca

distancia, como si buscasen un hueco, como si los obligaran a acercarse a Crowe. Lenore vio por primera vez una imagen nítida del mandala del hombre: era gris y de aspecto viscoso, pegajoso como el papel matamoscas y cubierto por bocas que se movían y que se abrían ante lo que veían en la estancia. El resto de mandalas se acercaban a aquel y se disponían a su alrededor. En ocasiones sacaban sus tentáculos parecidos a lenguas enroscadas y lanzaban las puntas hacia las bocas del mandala de Crowe, como si lo alimentaran o lo mimaran con grandes besos. Pero a veces los dientes del mandala se cerraban de improviso y cortaban las puntas de aquellos tentáculos, lo que provocaba que los mandalas heridos se apartaran y arrastrasen con ellos a sus marionetas, humanos confusos y asustados. El mandala de Crowe era gris como un hongo, algo que parecía llevar muerto mucho tiempo pero que, a la vez, daba la impresión de ser el más fuerte de todos. A los demás se los veía muy dispuestos a rendirle pleitesía.

—¿Qué sucede? —preguntó Michael.

—¡Vaya! —dijo alguien a un lado. Lenore se giró y vio a un niño rubio que tenía el pelo largo y bozo, y miraba a Derek Crowe embelesado con la boca abierta—. ¿Sabes quién es?

—Derek Crowe —respondió ella.

—¡Sí! Se parece al de la foto, ¿verdad? Tío, llevaba tiempo... ¡Pensaba que no iba a volver! ¡Oí que iba a estar esta noche en el club Mandala para la gran apertura! Pero esto es mucho mejor, es... ¡más íntimo!

El chico tenía la mirada fija en la frente de Lenore.

—¡Qué pasada! —gritó, al tiempo que extendía el brazo, como si intentara tocarle el mandala, pero ella se echó a un lado—. Te... te lo tomas muy en serio, ¿verdad?

Lenore lo miró fijamente, pero no dijo nada. Podía sentir cómo el mandala se movía sobre el chico y lo reprimía, cómo atenuaba su entusiasmo. Se tranquilizó mucho. Su sonrisa se apagó un poco, y también bajó un poco la cabeza y la voz.

—Lo siento. Mira, ¿sabes quién está aquí también? ¿Ves a esa mujer de ahí? ¿Sabes quién es?

Lenore siguió el dedo del chico con la mirada. Señalaba hacia una mujer que había detrás del mostrador, alta y delgada, de mirada más bien adusta. Parecía molesta por todo el alboroto que había causado Crowe.

—¿Es la señorita A! —exclamó el chico.

—¿La señorita A? —preguntó Michael—. ¿En serio?

—Tiene que ser ella. Es la mejor amiga de Crowe, y se llama Lilith Alluré. ¡Tiene una A!

Michael se inclinó hacia delante y le susurró al oído a Lenore:

—Esto es una locura. Mira a Crowe. No podemos acabar así.

Lilith salió de detrás del mostrador, cogió a Crowe del brazo con fuerza y se lo llevó a la trastienda mientras se abría paso a través de la multitud entre gritos. Le hizo cruzar una puerta y la cerró con violencia.

—No creo que esto sea buena idea —dijo Michael.

La multitud había empezado a desperdigarse y a rodear el hueco central en el que antes estaba Derek. Lenore sabía que era cuestión de tiempo que vieran el mandala que tenía en la frente y se dieran cuenta de que había venido con Crowe. Estaba a punto de recibir la atención de la que había escapado Derek.

—¿Habéis oído lo de esos rituales en el sur? —preguntó el chico—. Ya empieza de verdad...

Michael rodeó a Lenore con el brazo y la hizo cruzar la puerta antes de que el chaval terminara de hablar. Le molestaba dejar atrás a Crowe, pero sabía que de momento era lo más juicioso.

—¿Te importa? —le preguntó cuando estaban fuera—. Podemos volver luego. Podemos buscar a Crowe cuando todo se haya calmado un poco. Tenemos que... No sé, Lenore. Tenemos que trabajar juntos. Hay que pensar bien qué es lo que vamos a hacer. Tenemos que hablar.

—No me importa.

—Tengo que decirte algunas cosas. Cosas que te he ocultado. No estoy seguro de la razón, pero sí de que tienes que saberlas.

—¿A qué cosas te refieres? —preguntó con un repentino miedo en la voz. A Lenore no le gustaba el tono de Michael. ¿Qué sabía él que ella no supiera? ¿Acaso no lo veía todo? ¿No veía mucho más que él?

El hombre le abrió la puerta del coche. Las rocas de la cima que había sobre la tienda ahora parecían negras en lugar de rojas, ya que el sol de la tarde había empezado a ponerse por detrás de ellas. Alrededor del sol se había formado un halo cristalino, y buscó en él un mandala que llenara los

contornos de aquella rueda irisada. Pero estaba vacía, no era más que un efecto óptico. No había ningún sol pálido y reluciente que vigilara la ciudad.

Michael dedicó un instante a mirar el mapa, lo tiró en la guantera y arrancó el coche. Lenore no le preguntó adónde se dirigía, pero tiempo después llegó a la conclusión de que no seguía ninguna ruta en particular: se limitaba a conducir hacia el oeste. Llevaban días viajando hacia el oeste. Al parecer, quería hacerlo hasta que no pudiesen ir más lejos.

Lo más importante era que Michael le preocupaba. Lo había visto así de mal antes, enfermo como una rata, pero aquello no se le parecía ni por asomo. Cuando extendió la mano para sentir su cuerpo, no percibió el hueso ni la carne, sino una maquinaria fría. Agujeros que se le abrían en la piel y lugares sin vida que se enconaban. En su interior, los engranajes y los pistones trabajaban de manera entrecortada, como si fuesen extensiones estropeadas del coche que expulsaban un aroma a sudor y a aceite. Lenore se enfureció en silencio con el mandala de Michael: *¿Qué te pasa? ¿Por qué no lo ayudas?*

Pero tal vez hubiera sido un error. Al parecer, había conseguido que aquel mandala enfermo se fijara en el suyo, que le dio unos golpes provocadores al vacilante que había sobre Michael y le clavó las puntas de sus zarcillos negros. Atravesó al enfermo como si se tratara de una rueda hecha de hojillas, se metió cada vez más en su interior para luego salir poco a poco. Lenore le suplicó a su mandala que lo dejara en paz, pero no surtió efecto. No podía formar parte de aquella tortura. Tenía que hacer algo para proteger a Michael. Pero ¿el qué?

Atravesaron las calles abarrotadas y dejaron atrás el estruendo y los gritos del tráfico. Pasaron por avenidas con una geometría reconfortante, bloques de edificios altos con fachadas de estuco y tejas. Condujeron junto a cobertizos sin ventanas y achaparrados con manchas marrones y verdes que se estremecían como huevos de anfibio a punto de eclosionar. Michael había empezado a hablar con mucha decisión, pero nada de lo que decía tenía sentido. Lo hacía en un idioma que ella había olvidado. Le sonaron algunas de las palabras (tucker, scarlet, asesinato, policía), pero había dejado atrás los significantes de aquel mundo.

El mar apareció ante ellos de improviso, y la niebla se derramaba por la desembocadura de un canal. Era una imagen magnífica en cualquier realidad, pero los ojos de Lenore fusionaban varias dimensiones, y para ella era tan

bello que le dolía. Atravesaron una carretera estrecha y pasaron junto a jardines púrpura, árboles de espinas y de marfil. Varias colinas se elevaban en la lejanía por uno de los lados del canal, el sol terrenal resplandeció tras ellas por un instante y disipó la niebla. Luego, en lugar de aquella estrella apareció un orbe de un color naranja oscuro que parecía un ojo y rezumaba un maná nefando, que se proyectaba sobre los árboles retorcidos y plagaba el follaje, que convertía el paisaje en un desierto en el que solo podían sobrevivir cosas con escamas y metal.

La cabeza de Michael chirrió cuando se giró para mirarla. Ya no tenía ojos. Lenore ya casi no oía nada, a pesar de que él movía la mandíbula. La mujer se agachó para evitar a los mandalas enfrentados que se retorcían y rechinaban los dientes encima de ellos. Tenía que hacer que parasen de alguna manera, antes de que Michael resultara herido. No tenía miedo de lo que le pasara a ella, pero él estaba débil.

De repente, se rompió algo del coche. Empezó a oír un sonido metálico debajo.

—¡El puto Crowe es gilipollas! —gritó la cosa que se parecía a Michael. Detuvo el coche a un lado de la carretera junto a la maleza. Abrió la puerta y salió a trompicones mientras hacía gestos al coche con sentimientos que ella era incapaz de descifrar. Lenore se acercó a él, que se encontraba junto a un pequeño claro lleno de cristales rotos y basura que no se veía desde la carretera.

¡Estaban muy cerca del mar! Había un acantilado muy pronunciado que ascendía junto a ellos. Se centró en contemplar cómo el horizonte se perdía bajo una neblina cobriza. En la desembocadura de la bahía, vio cómo unas enormes criaturas metálicas se retorcían y exudaban una espuma sanguinolenta. Oyó el sonido de unas grandes campanas y de unas voces graves que rebotaban contra los bordes del canal. Había un puente sobre el agua, una estructura endeble de metal anaranjado que se estiraba hasta alcanzar una delgadez inusitada y sobre la que había unas pequeñas motas que parecían tener vida. Coches, insectos o una fusión de ambos.

La cosa parecida a Michael se acercó primero al coche y después hacia ella, para luego volver al coche. Se inclinó hacia el interior y empezó a empujar el vehículo por un camino de tierra. Rodó cada vez a más velocidad mientras aplastaba el follaje y se sacudía junto a ella. Se sintió aliviada al ver

cómo salía despedido por el acantilado y se perdía de vista. El sonido que emitió al caer fue hechizante.

La cosa parecida a Michael se quedó en pie en el lugar donde había estado el coche. Se mecía como una pila de metal que estuviese a punto de venirse abajo. Ella no quería tocar aquella cosa, pero vio cómo se le acercaba y levantaba unos dedos puntiagudos que le suplicaban o se despedían. Se dio cuenta de que estaba a punto de aferrarse a ella para mostrarle su afecto, de hundir sus pútridas garras en su carne, y por un momento sintió una tristeza muy humana, ya que aquella cosa que se parecía a su marido no iba a durar mucho más. Le había servido bien en su propósito de acercarla a Derek Crowe. Pero nada de lo que hiciese a partir de ese momento tendría mayor importancia. Su vida se había terminado. Había perdido todo el sentido. En su interior ya no quedaba nada de Michael, ya casi ni era capaz de recordar el afecto que antaño sintiera por él.

El mandala de Lenore flotó rabioso y se convirtió en una rueda negra de hojas afiladas. Atacó a aquella masa amorfa que era el guardián de lo que se suponía que era su marido y la cortó en dos como si fuese una vaina llena de perlas rosadas. Aquellas motas de vida salieron desperdigadas como las joyas de un collar roto y cayeron hacia el mar por el acantilado. Algunas flotaron hacia el cielo.

Y fue entonces cuando la cosa que era Michael, la cosa que había sido su marido, desapareció. No salió corriendo ni cayó por el precipicio, tan solo dejó de existir. Lenore se olvidó de que había existido. No se preguntó qué hacía en aquel lugar: era un asunto irrelevante en esos momentos. Tenía un lugar al que ir, y su mandala la llevaría hasta allí.

33

—Bueno —dijo Lilith al tiempo que cerraba la puerta y se giraba hacia Derek en medio del pasillo estrecho y lleno de cajas—. Tenías que venir hoy. ¿Sabes que la mitad de la gente que hay ahí fuera se está preparando para la juerga del club Mandala? Para ellos, el que hayas aparecido aquí como si nada es un sueño hecho realidad.

—Lilith, yo... —Derek se había quedado sin aliento; estaba casi conmocionado. Nunca se había enfrentado así a una multitud—. Solo he venido para pedirte un favor...

—Llevo días sin saber nada de ti, ¿y vienes y te presentas así? Casi empiezas una revuelta.

—No sabía que fuera a ocurrir algo así. ¿Cómo iba a saberlo?

—Si querías hablar conmigo, deberías haberme llamado a casa. En privado. Este no es lugar para discutir. Lo estás empeorando todo, y la cosa ya estaba muy mal. ¿Y de qué va eso de Carolina del Norte?

—¿El qué?

—El sacrificio ritual. ¿Cuál de tus aficionados es el responsable?

—¿De qué me hablas?

Lilith lo miró con una frialdad impasible.

—No puedo creer que no te hayas enterado. No es que esté en los titulares, pero hay bastantes comentarios al respecto. —Señaló hacia el pasillo. Se oyeron silbidos y gritos de decepción—. ¿No acabas de volver de Carolina del Norte?

—Claro —respondió Derek.

—Ha habido un asesinato. De hecho, un doble asesinato. Me sorprende que no sepas nada. Alguien pintó un enorme mandala en la pared con la

sangre de las víctimas.

Derek se puso rígido y empezó a pensar en Chhith-Huon y los asesinatos rituales de Nom Pen. Pero Chhith no estaba en Carolina del Norte y los Renzler acababan de llegar de allí, habían cruzado el país tan rápido que parecía como si hubiesen viajado en avión.

—¿Se sabe quién es el responsable? —preguntó.

—Una pareja de locos, se supone. Pero no han podido encontrarlos.

—Una pareja —murmuró Derek.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Lilith—. Derek, ¿adónde vas?

Ni él mismo lo sabía. No podía salir por la puerta principal y ¿de qué le serviría escapar por la trasera? Los Renzler ya sabían dónde vivía. Lo que tenía que hacer era descubrir a ciencia cierta lo que había pasado, y luego... ¿qué? ¿Llamar a la policía? Si no entregaba a los Renzler, iban a pensar que era otro Charles Manson. Que había ido a Cinderton para dar una charla una noche, aceptado que lo llevaran al aeropuerto y, de alguna manera, lavado el cerebro a sus fanáticos para que mataran a alguien. Había pasado mucho tiempo con ellos. Mucho tiempo en aquella carretera oscura. Los iban a considerar unos zombis, sus estúpidos esclavos, y a él el maestro de los mandalas. Pero tenía una coartada, ¿verdad? El amigo de la pareja había acudido a arreglar el coche averiado.

No podía dejar que las cosas llegaran tan lejos. Había llegado el momento de realizar un control de daños exhaustivo.

—Necesito tu ayuda —le rogó.

—Ya te lo he dicho antes: no puedo dejar que me metas en esto. He intentado decirle a esa gente de fuera que no soy la señorita A y que no nos conocimos hasta después de que saliera el libro. Pero es inútil. Quieren creer en mí.

—Lilith, por favor. Sé que es una locura, pero ¡necesito ayuda! Puede que tenga un problema. Un problema de verdad.

—¿Y te acabas de dar cuenta?

—¿Podrías echar un vistazo ahí fuera? Hay dos personas que vinieron conmigo: un chico joven y una chica que tiene el pelo negro y rojo, como teñido con alheña. Van vestidos de cuero negro, en plan punkarra.

—¿Vinieron contigo? No me lo creo.

—Limítate a mirar, ¿vale?

Se dirigió a la puerta, la abrió un poco y echó un vistazo. El silencio parecía haber regresado a la tienda.

—No veo a nadie así —dijo al cabo de un rato.

—¿Estás segura?

—Afirmativo.

Se han vuelto a marchar, pensó Derek. Seguro que han pensado que lo había pillado. O a lo mejor solo se asustaron por la muchedumbre, como yo.

Lilith volvió a cerrar la puerta.

—¿Quiénes son?

—Son... —¿Debía decirles la relación que tenía con ellos? No. Aún no—. Solo son unos tipos que me han estado siguiendo.

—Felicidades, Derek. Al fin has montado una secta.

—Sabes... —replicó él como si fingiera que acababa de llegar a una conclusión—, son del sur. Creo que vi una matrícula de Carolina del Norte en el coche. Creo... creo que estaban en la charla que di en Cinderton.

—¿Lo dices en serio?

—Dios... —susurró Derek—. Lilith, ¿y si son ellos?

—Entonces te sugiero que llames a la policía. Deberías llamarla de todos modos, y prestar tu colaboración. Diles que te has enterado del asesinato y ofrécete a decirles todo lo que sabes sobre los mandalas. Convéncelos de que no te crees ni una palabra de esas cosas que predicas y que te lo has inventado todo. Eso sería un buen comienzo. ¡Di la verdad de una vez!

Sin duda, eso era justo lo que tenía que hacer. Pero Derek dudó.

—Claro —añadió Lilith—. Tendrás que vivir a sabiendas de que esa secta que inventaste de la nada es la responsable de al menos dos muertes... por ahora. Y digo «al menos», porque seguro que hay más historias por ahí.

—Yo no... —Derek se quedó en silencio.

—No ¿qué?

No me la he inventado, estuvo a punto de decir, pero eso era justo lo que no pensaba revelar.

—No le dije a nadie que asesinara —se defendió—. En el libro no hay ni una palabra sobre sacrificios o asesinatos.

—¿Cómo sabes lo que dice, Derek? La mitad de lo que hay ahí es un

galimatías. Cuando estos individuos hacen ese tipo de invocaciones, las palabras significan lo que ellos quieren que signifiquen. Conjurán cualquier cosa que haya en su mente.

—¿Puedes llamar a un taxi?

—Llámallo tú —espetó la mujer—. Tengo que volver al trabajo. Necesitas un plan, Derek. Si puedo ayudarte de una manera razonable, dímelo. Me lo pensaré.

—Gracias, Lilith. Eres una buena amiga.

—Demasiado buena para ti. Lo sé.

—Bueno...

—Estoy enfadada contigo, Derek. Por meterme en esto, por meternos en esto. El mundo no necesita estas cosas. Ojalá hubieras cerrado la boca y seguido con la publicidad. En ese caso, te habría respetado. Pero lo que has estado haciendo está mal. No sé por qué te he dado alas durante tanto tiempo. Supongo que el amor me cegó un poco.

—¿Amor? —preguntó Derek.

La mujer frunció el ceño y puso los ojos en blanco.

—Es demasiado tarde para esto. Para nosotros. Quizá consigas recuperarte y encontrar a otra persona. Eso espero.

Derek se quedó con la boca abierta y las manos colgando por los costados. Lilith enfiló hacia la cocina, donde estaba el teléfono. Oyó cómo marcaba.

Me lo merezco, pensó.

Llevaba toda la vida esperando a que ocurriese algo malo. Algún tipo de venganza cósmica. Se la merecía. A veces le costaba creer que llegara a ocurrir, ya que a nivel racional Derek no creía en el tipo de universo que se detenía a prestar atención a las transgresiones de un gusano patético como él, no creía que la ética de un gusano afectara a la del universo, que al fin y al cabo no era más que ondas y partículas, un frío infinito moteado de radiación con el espacio-tiempo retorcido y doblegado por fuerzas que nunca llegaría a comprender. Lo que sí sabía era que esas fuerzas no tenían moralidad alguna, ni tampoco interés en él como individuo, ni ahora que era adulto ni de joven ni de niño.

Aun así... Aun así...

Su parte irracional todavía se acobardaba y se encogía, todavía esperaba a que algo lo juzgase, a tener que pagar (con intereses) por la muerte que había causado de joven o por la manera horrible en la que había muerto esa persona. Por aquel secreto que guardaría consigo para siempre, ya que la única testigo de aquel bochorno había sido ella, la niña a la que había matado.

Por ese motivo, siempre había esperado tener problemas, problemas enormes e insoportables, a una escala ajena a toda razón y centrados en él. Se podría decir que se los había buscado. Y ahora se dirigían hacia él de manera consciente y con presteza. Sabían dónde vivía. Sin duda iban a por él: se lo había buscado.

Casi se sintió aliviado al reconocer que al fin había llegado la hora, que estaba en medio de todo, que podía dejarse llevar o tratar de huir, pero que al fin iba a pagar.

34

Empujar el coche por el acantilado había sido más fácil de lo que Michael esperaba, pero tan pronto como empezó a rodar hacia abajo, él empezó a dudar de lo que acababa de hacer. Habría sido mejor abandonarlo en un barrio conflictivo en el que lo hubiesen robado o desvalijado. Tirarlo por un acantilado a plena luz del día sin duda llamaría la atención. Al menos, debería haberle quitado las matrículas. Pero ahora ya no había coche, y él siguió dudando incluso después de oír cómo quedaba destrozado. Las mismas voces interiores que lo habían hecho adoptar aquella decisión habían empezado a burlarse de él. ¡Menuda cagada!

Se giró hacia Lenore, pero algo le hizo quedarse en el sitio. Parecía una persona diferente, un desconocido. Un extraño que lo miraba a través de los ojos de Lenore.

La llamó, pero ella pareció no oírlo. Miraba a su alrededor, como si no lo viese, y luego se dio la vuelta y empezó a caminar entre los matorrales. Vio cómo se marchaba. Era incapaz de moverse.

—¡Lenore! —gritó.

Se había marchado. Caminó hacia las ramas por las que había desaparecido y luego le dio la impresión de que el mundo se deshacía bajo sus pies.

A pesar de que consiguió quedarse a cuatro patas, se sentía mareado, como si estuviera a punto de empezar a girar. Se quedó tumbado en el suelo, clavó las manos en la tierra y se agarró. Pero a pesar de su posición y de tener los ojos cerrados, la sensación de estar girando fue a más. No podía quedarse allí tumbado mucho tiempo. Tenía que levantarse. Tenía que seguir a Lenore por difícil que le pareciese. No podía dejarla sola en el estado en que se hallaba.

Una tormenta lo desgarró con dedos invisibles; sintió como si un torbellino lo arrastrase hasta su centro. Alzó la vista para ver cómo podía volver a ponerse en pie y vio que, de alguna manera, estaba más cerca del borde del acantilado, junto a la marca de las ruedas del Escarabajo. A una distancia desde la que podía ver la hierba aplastada y arrancada por las ruedas, la arenisca aplastada bajo el paso del coche. Vio el océano, gris como la niebla, revuelto a causa del viento, pero se trataba de un viento diferente del que lo arrastraba y tiraba de él hacia aquel precipicio.

Volvió a cerrar los ojos con fuerza, aunque eso no hizo sino empeorar sus mareos. No tenía referencia alguna de hacia qué lugar estaba mirando o hacia dónde lo arrastraba. Quizá fuese mejor no saberlo.

Hizo un esfuerzo consciente para calmarse, para despejar la mente. Era obvio que, si las cosas seguían así, no tardaría en morir. Debía tener eso muy claro, y también mantener la calma para enfrentarse a la muerte cara a cara y consciente, para usar en su provecho todo lo que sabía, lo que había aprendido y todo lo que le sirviera para aguantar.

Michael no creía en ningún dios en particular. No esperaba que ninguna divinidad acudiese a salvarlo si pedía ayuda con la mente. Y las oraciones desesperadas solo servirían para que la angustia, el terror y la confusión fueran a más. No tenía ni agua ni sal, athame, campanillas o cálices. Podía recitar mantras, visualizar la luz sagrada o expresarse el cerebro para recordar algunas canciones sufíes. Pero nada de aquello salía en realidad de él.

Lo que hizo fue crear un círculo.

Se limitó a pensar en él para que apareciese allí mismo, a su alrededor. Un círculo de fuego blanco, como los que había dibujado en el templo de su casa. Aquellos con los que no había conseguido reprimir a los mandalas, aunque también era cierto que ese no era el verdadero cometido de los círculos. Los círculos mágicos se creaban para mantener las cosas en el interior, para concentrar y centralizar la energía que se invocaba. Y en aquellos momentos Michael estaba preocupado por su integridad psicológica; deseaba que, si ocurría lo peor, esta no quedara desperdigada por todo el lugar en el momento de transición.

Estaba muy tranquilo. De hecho, se sentía como la aguja de una brújula: se balanceaba y flotaba, ingrávito. El círculo giraba a su alrededor, era un delgado alambre blanco que lo separaba de la energía que trataba de

asesinarlo. Se sentía apartado de todo, como si se sentara en la cima de una roca rodeada por una corriente bravía.

No tengo que ir a ninguna parte, pensó. Estoy en el centro del círculo, y el círculo se encuentra en el centro del universo, porque cualquier punto puede ser el centro.

Se le pasó el mareo. Abrió los ojos con la esperanza de ver la línea de fuego blanco ardiendo y chisporroteando a su alrededor entre la hierba húmeda. Estaba a unos metros del precipicio, tumbado entre las marcas que su cuerpo había dejado en el suelo junto a las de las ruedas del coche. Nada más alzar un poco la cabeza sintió de nuevo aquel viento astral, que intentó agarrarlo por la mandíbula, levantarlo y lanzarlo hacia...

Michael se concentró en el círculo, se concentró en quedarse suspendido como la aguja de una brújula o una veleta, en pivotar para quedar alineado con el viento pero no dejarse arrastrar por él. Se puso de rodillas poco a poco y luego se levantó del todo, después de haberse agazapado y de estar encorvado. Nada de lo que tenía alrededor parecía verse afectado por el viento. Las ramas de los matorrales y de los árboles se mecían con suavidad ante la brisa normal de la costa. Si hubiera sido real, el «viento» que sentía habría podido arrancar las hojas de los pinos. Lo que tenía que hacer ahora era moverse directo hacia él. Inclino la cabeza sin dejar de pensar en el círculo y avanzó. Fue así como llegó hasta la carretera y la cruzó. Luego subió por un terraplén que llevaba hasta una zona verde y se vio envuelto por el olor a orina de gato de los eucaliptos. Se hizo más fácil a medida que avanzaba, pero empezó a desconfiar de su orientación. Tal vez el viento fuera consciente de sus intenciones y aún lo dirigiera hacia el desastre.

Viró un poco para probar y descubrió que podía desviarse para evitar la oposición directa de la fuerza que lo empujaba. Caminó a trompicones unos metros y consiguió aferrarse a un árbol. Desde allí consiguió aferrarse al siguiente, y luego al siguiente. Pasaron junto a él varios ciclistas y desviaron la mirada con educación. Cuando llegó a la linde del parque, lo peor ya había pasado. Podía caminar sin problema en cualquier dirección. Le resultó sencillo encontrar la supuesta dirección hacia la que no podía dirigirse. Lo más difícil era seguir avanzando hacia ella. No obstante, zigzagueó entre las calles y las aceras como un borracho serpenteante, y consiguió vencer la resistencia. Fue así como atravesó los edificios de apartamentos y las tiendas,

y cruzó una larga avenida que lo llevó hasta otra zona verde. Temía que, de alguna manera, hubiese caminado en círculos, pero aquel lugar era distinto, estaba lleno de gente.

Le pareció ver una fiesta en una arboleda. Los allí congregados formaban un círculo que bailaba al son de una marimba de hueso. El camino de Michael, que era el más seguro, lo obligaba a cruzar a través de ellos; lo siguió como en trance. Se separaron al verlo, dieron vueltas para rodearlo y le abrieron el camino hasta el otro lado de la arboleda. Atravesó una hiedra enmarañada en la que había basura y un hombre que dormía en una manta. Estaba salpicado de barro seco. Luego salió de entre los árboles para adentrarse en la zona donde había edificios y, por encima de ellos, una lejana hilera de colinas. Sobre estas había un extraño esqueleto geométrico de color blanco y rojo que abarcaba la ciudad y despejaba la niebla. Recordó haberlo visto poco después de llegar, cerniéndose sobre la tienda de ocultismo. En ese instante comprendió adónde tenía que dirigirse.

Michael cruzó la calle mientras la helada brisa marina le soplabla en la espalda, y aquel viento onírico en la mejilla. Se sentía desinhibido, flotando como si fuese un pedazo de escombros que se agitara por la avenida. Se movía hacia su destino trazando amplios arcos y espirales. Avanzaba al mismo tiempo que trataba de evitar algo. Cuando regresó a la acera, alzó la vista al fin y descubrió que aquello era Haight Street.

La calle estaba llena de punkis, jipis, grunchetas, ciclistas y vagabundos que parecían invitados de una fiesta de disfraces. Las caras avanzaban hacia él mientras abrían y cerraban las bocas, con ojos abiertos como platos que lo miraban justo antes de desaparecer. Al principio veía aquellas apariciones como si fuesen globos que soplaran en la brisa, pero poco a poco se dio cuenta de que le hablaban:

—Marihuana, ácido, cristal, meta, *crack*.

Todos se movían a la misma velocidad, como las caras. Agarró de la manga a un chaval con barba y miró sobre su cabeza en busca de algo que no esperaba ver, aunque ahora sabía que no ver nada no suponía que allí no hubiese nada. No tenía los ojos adecuados para ese tipo de visiones; al menos, no siempre.

—¿Qué tal? —saludó el chico—. ¿Quieres meta? Aquí mismo tengo la mejor de la calle.

—Busco algunas piedras —respondió Michael.

—Pues claro. —El chico echó un vistazo rápido alrededor y luego señaló una puerta con la cabeza—. Puedo conseguirte una piedra. Enséñame la pasta.

—No, piedras. Las vi en una colina, un montón de piedras enormes.

El chico lo miró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Rocas? ¿Te refieres a piedras de verdad? ¿Piedras piedras?

—Eso. Piedras rojas. Parecidas a Stonehenge.

—Seguro que te refieres a Corona Heights. Esas piedras indias. ¿Vas a subir esta noche? Cuidado con los robles venenosos. ¿Quieres ácido? Tengo algunos cartones de Hello Kitty.

—Quiero llegar a la parte baja de esa colina, debajo de esas rocas.

—Sí, vale. Baja por Haight hasta Divizz, y gira a la derecha. Luego sigue unas manzanas y las verás.

—Gracias —respondió Michael al tiempo que empezaba a caminar.

—¿Seguro que no quieres nada? ¿Ni un canuto?

—Tengo que permanecer puro —respondió justo antes de salir corriendo a través de la fiesta que había en la calle, a través de la oscuridad púrpura, a través de las risas y de todo cuanto resplandecía a su alrededor. A pesar del miedo y de sus temores por el paradero de Lenore, sintió una extraña euforia. Continuó por un desnivel oscuro que lo llevó a una calle llamada Divisadero, giró a la derecha y siguió hasta una alta pared de cemento. Se detuvo de improviso al ver que los faros de los coches iluminaban un enorme mandala que habían pintado con aerosol sobre la calle, flanqueado por dos círculos más pequeños que parecían parhelios.

Estuvo a punto de dar un paso atrás y meterse en medio del tráfico, pero las bocinas lo obligaron a retractarse.

Cuando alzó la vista de nuevo, vio la enorme mole de la colina sobre él y la confusa sombra de su corona rocosa. Miró colina abajo hacia un lejano cruce y vio una pagoda tailandesa que hacía esquina.

Reparó en que ya no sentía viento alguno.

35

Mientras yacía en la cama, dándose a la bebida y disfrutando de un instante de tranquilidad (no había llamado a la policía y tenía el contestador apagado por si lo llamaba alguien como Bob Maltzman, inquieto por la amenaza que suponía la súbita popularidad de los mandalas), Derek decía entre sollozos:

—May... Te quiero, May...

Pero aquello ya no significaba nada. Pronto tendría que dejar de llorar. Si los problemas querían enfrentarse a él, tendría que hacerles frente de una vez por todas. Y en caso de no sobrevivir, al menos dejaría de oír aquella lastimera voz de su interior. Al fin acabaría la vida de aquella criatura lamentable que había hecho sufrir a otros.

—Pues venga —dijo—. ¡Venga! —Se puso en pie a duras penas, se acercó al armario y le dio una patada a la caja que había dentro—. ¡Ven a por mí!

Rompió la caja con el pie. El cartón viejo se rasgó por las dobleces, y los cuadernos rojos y negros se desperdigaron por el suelo, pero la piel quedó oculta en el interior. Al parecer era tímida y había que convencerla.

—Sal, feo de los cojones —ordenó mientras se agachaba hacia la caja. La cogió y la agitó por el pellejo del cogote, literalmente—. Estamos solos. Plántame cara.

Y luego... luego... se encontró frente al espejo que había detrás de la puerta del dormitorio, algo inclinado a la tenue luz y preguntándose cómo se había vuelto todo tan oscuro, cuánto tiempo llevaba bebiendo y por qué tenía un frío del carajo...

Ah, sí... Estaba desnudo. Se había quitado toda la ropa menos los calcetines negros. Los cuadernos estaban tirados por toda la habitación, pero

no había ni rastro de la piel. Lo rodeaba la oscuridad, y unas cosas de un gris atroz se agitaban en el aire junto al techo. Estaba ciego de tanto beber. Tanto que esas manchas danzaban ante sus ojos, se retorcían y giraban como si se lo pasaran en grande. Al moverse, las cosas descendieron y se le clavaron en la piel.

Se llevó una mano al brazo y sintió cómo le crujía la carne. Se llevó la otra al pecho, y allí notó una sensación crepitante, gomosa y repugnante.

La piel...

... se había pegado a su cuerpo. Se la había puesto, y ahora esa cosa se le había quedado fijada por el sudor y la succión, como si se fundiese con él. No podía deshacerse de ella. Tendría que haberse estirado para acomodarse a su cuerpo. Siempre le había parecido una piel muy pequeña, pero era más que suficiente. La tenía sobre los hombros como una túnica, las costuras le asomaban por la tripa y entre los pezones, pero el resto parecía tan real como el propio Derek. Se preguntó por qué no se sentía más sorprendido, más aterrorizado.

Es probable, pensó, que sea por que has sido tú mismo quien lo ha hecho. Has sido tú, ya que seguro que esa cosa no te parecía tan horrible.

Pero mira, tenías que estar bien borracho para conseguir hacer algo así. Tenías que perder el sentido antes de hacerlo posible.

Y ahora que lo has hecho... ¿qué?

¿Qué...?

La respuesta tardó en llegar, pero llegó. Le sonrió al espejo y empezó a bailar y a girar para ver cómo los mandalas rotaban en su espalda. Aún estaba muy borracho. Se puso la ropa interior con cuidado de no arrugar la piel, y la banda elástica se le ciñó en la cintura y pegó el pellejo aún más a su cuerpo. Luego se puso una camisa limpia, pegada y algo tiesa. Aun así, apenas la notaba. Ahora había una capa que lo separaba del resto del mundo, una barrera protectora muy cómoda. Se remetiÓ los bajos de la camisa en unos pantalones que había recogido de la lavandería el día anterior y que tenía listos para la gran apertura.

Por eso no has llamado a la policía, pensó, como si en algún momento aquello hubiera sido un problema. Tenías que prepararte para la fiesta en el club Mandala. Y ya estás listo. Te has vestido de gala. Hasta te has puesto los calzones largos. A saber si al padre de Etienne le gustaban, aunque quizá

sí que fuese un calzonazos.

No estaba de humor ni para reírse de sus propios chistes. Se puso los zapatos y se ató los cordones con gesto solemne. Iba algo despeinado, pero estaba seguro de que a nadie le iba a importar. Y mejor así, porque el timbre empezó a sonar. Le había dado tiempo a hacer todo lo que quería. Sí, después de todo había sido un día muy ocupado, aunque se hubiera pasado la mayor parte del tiempo mintiendo y emborrachándose para ser capaz de hacer lo que tenía que hacer.

El timbre sonaba sin parar. Derek salió al pasillo mientras imitaba el sonido con la voz. Cuando estaba a medio camino de las escaleras pensó en la puerta y en el tiempo que habría perdido de haber pasado los cerrojos. Tampoco podía volver a subir, y menos ahora que se encontraba en mitad de su gran descenso.

Salió a la calle por la puerta principal y vio que Etienne lo esperaba en la puerta trasera de la limusina, que había abierto para él. Vio que, en el interior, Nina le daba unas palmaditas al asiento junto a ella, por lo que supo dónde le tocaba sentarse. En ese momento, llegó Lenore Renzler a toda prisa y se interpuso entre Derek y el coche. Llegó tan rápido que chocó con él y ambos se precipitaron hacia el interior y cayeron en el suave sofá de cuero rojo con las piernas y los brazos enredados. Todos rieron y se quedaron sin aliento.

Etienne se inclinó para mirar dentro del coche. Nina observó a Lenore fascinada. Ambos miraron el mandala que la chica tenía en la frente y se quedaron embelesados con él.

—¡Vaya! —exclamó Etienne con alegría—. ¡Parece que eres de los nuestros!

—¡Qué maravilla! —afirmó Nina—. ¡El señor Crowe ha venido acompañado!

36

Michael se sintió aliviado al ver a la amiga de Crowe, Lilith Alluré, en el mostrador metiendo paquetes en una bolsa. Alzó la cabeza cuando Michael cerró la puerta detrás de él y dijo:

—Cerramos en cinco minutos. Que sea rápido. Y mira, ¿podrías darle la vuelta al cartel que tienes detrás?

Michael se giró y le dio la vuelta para que la parte del cartel que rezaba ABIERTO/OPEN quedara hacia la estancia. Luego se internó en la tienda y estuvo a punto de desmayarse. Sin una energía que tirara de él, no sabía hacia dónde dirigirse. Apoyó las manos en un mostrador y se inclinó sobre él mientras miraba hileras de cristales tallados, ojos de cristal y amuletos grabados en metal e inscripciones en pedazos de piel, enrolladas como pergaminos. La baraja de Toth de Aleister Crowley estaba abierta en abanico en la estantería inferior; las enormes cartas parecían vivas y tenían figuras grotescas y exageradas de vivos colores. Miró la carta de la Muerte, el rey esqueleto con la guadaña, y pensó en el comentario que todos los lectores modernos se veían obligados a hacer cada vez que salía esa carta: «La carta de la Muerte no significa *muerte*». No, claro que no. Significa cambio. El final de un ciclo. Una transformación. La aparición de algo nuevo. Podía referirse a una relación, a una forma de vida, a una actitud... a casi todo menos al final de la vida, el fallecimiento del cuerpo físico.

Pero en ocasiones, pensó Michael, la Muerte significa la muerte.

Deambuló por la tienda, agobiado por el incienso que flotaba alrededor, y vio unos carteles en los que aparecía unas serpientes de kundalini que formaban espirales dentro del cuerpo de un meditador, un loto enorme con la sílaba «om» en el centro, el elaborado sigilo de Aemeth de John Dee y un mandala tibetano cuyos anillos concéntricos de colores eran un terrorífico

recordatorio de su situación actual. Los budistas Vajrayana sostenían que el cosmos al completo era un mandala, un círculo sagrado. Sin duda, no se referían a los mandalas que acababan de destruir la vida de Michael. Pero había algo en la noche, en el camino transversal que había recorrido alrededor de la ciudad, que le aseguraba que los mandalas no lo eran todo. No eran más que círculos dentro de círculos mayores.

Oyó que una anciana negra hablaba con Lilith en el mostrador:

—... es que ese demonio me mordió. Cada vez que me muevo de una forma que no le gusta o pienso algo que no debería pensar, siento cómo me muerde el hombro. Está siempre encima, como si fuese su montura. ¿Lo ve? La lectora de auras me dijo que era capaz de verlo, pero me pidió mucho dinero para deshacerse de él. Así que le dije que venía a la tienda. Usted lo ve, ¿verdad?

—Mire —dijo Lilith—. Se está haciendo tarde para cerrar.

Michael se imaginó lo extraña que sonaría su historia si se la contase a Lilith, por mucho cuidado que tuviese al contarla. Aquella mujer, que llevaba todo el día escuchando las letanías de los locos, lo trataría como a uno más y le vendería un par de velas y de amuletos. Son diez dólares. Bendito sea. Vuelva por aquí.

Pero se trataba de la señorita A. Había hablado con los mandalas. Hablado en su nombre. Seguro que comprendería la situación.

Cuando sus miradas se cruzaron, Lilith se estremeció un poco. Michael sonrió.

Al final la mujer despachó al último cliente y se giró hacia Michael, quien esperaba junto a la puerta.

—Que sea rápido —dijo la mujer—. Me espera un ritual.

—¿Eres... es cierto que eres la señorita A?

—Vaya por Dios —respondió, al tiempo que se echaba hacia atrás con presteza—. Sal de aquí, ¿vale?

—Por favor, yo... soy amigo de Derek Crowe.

—No soy la señorita A. ¿Es que no podéis quitaros eso de la cabeza? No salgo con Derek Crowe. No lo conocía cuando escribió el libro y estoy bien segura de que no me ha hipnotizado.

Michael se sumió en la desesperanza y volvió a notar todo el miedo y la

fatiga que había sentido hasta ese momento. Advirtió que le lloraban los ojos. De un momento para otro, todas sus esperanzas y su optimismo le parecían inútiles.

—Alguien dijo...

—Si de verdad eres amigo de Derek, dile a él que te presente a la señorita A. Y por favor, salúdalo de mi parte. —Lilith le abrió la puerta, que ya tenía las llaves en la cerradura. Michael no se movió—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Se dio cuenta de que no se podía mover. Volvió a sentir el viento, que algo tiraba de él. Se apoyó en el marco de la puerta, consciente de que tenía que evitarlo. Tenía que ser igual de resistente que el cincel de un joyero que corta el diamante, encontrar el único camino por el que ser capaz de escapar de aquella situación.

—¿Por qué lloras? —preguntó Lilith, y la voz le llegó como si soplara a través del rugido del viento. Michael se enjugó los ojos con la manga.

—He... he venido desde muy lejos —respondió, de forma involuntaria—. Por favor... ¿Podrías darme un poco de agua?

La mujer lo miró, envarada, y luego puso los ojos en blanco y se pasó la lengua por los carrillos.

—Venga —dijo—. Ven atrás.

Agradecido, Michael dio tumbos detrás de ella hacia un pasillo que salía de la tienda. Lo llevó hasta una pequeña cocina abarrotada de cajas y material de embalaje. Llenó un vaso de papel de un grifo oxidado y lo miró mientras se lo bebía.

—Vaya... ¿Hay baño? —preguntó Michael.

—Allí.

Señaló hacia una puerta que había en el pasillo.

—Te espero en la tienda. Haz lo que tengas que hacer y luego sal. Ya que estamos, ¿desde dónde has venido?

Michael abrió la puerta, vio la oscuridad del otro lado y buscó el interruptor a tientas.

—Mi mujer y yo —empezó a decir— hemos venido en coche desde Carolina del Norte.

Cerró la puerta antes de que Lilith dijese nada.

Orinó, se lavó la cara y se la secó con la camisa porque no había toallas.

Salió al silencioso pasillo y empezó a oír voces. Lilith hablaba con alguien, pero no oía la otra voz. Cuando llegó a la parte de la tienda, la mujer agarró el teléfono. Sonreía.

—¿Has... has llamado al señor Crowe? —preguntó—. ¿Para ver si me conocía?

—No. He tenido que llamar a mi aquelarre para avisar de que llegaba tarde.

—Bien. Pues... te dejaré en paz. Siento haberte molestado. Pensé que quizá podría hablar directamente con los mandalas a través de ti.

Lilith le dedicó una mirada inquisitiva sin perder la sonrisa.

—¿Sabes? No suelo hacer esto, sobre todo después de cerrar y mucho menos con alguien a quien no conozco... pero tienes algo. Siento que... tengo que ayudarte. ¿No te parece una locura?

—No —respondió Michael, agradecido—. Para nada.

—¿Qué te parece si te echo las cartas? ¿Tienes tiempo?

—¡Claro!

Pero en ese momento volvió a sentir el viento. La estancia empezó a girar. Usó el mostrador para estabilizarse, convencido de que iba por buen camino, y por eso había empezado a sentir que la oposición era cada vez más intensa. Tenía que sobrellevarla como fuese.

—Tengo las cartas en el coche. Está en esta calle, a una manzana o así. Lejos de los parquímetros, ¿sabes? Allí tengo una baraja especial. Tú... quédate aquí y ponte cómodo. Volveré en un momento y te las echaré de una manera muy especial. Lo necesitas.

—Claro —asintió Michael—. Venga. Te espero aquí.

—Bien.

La mujer puso las llaves en la puerta, abrió el cerrojo y salió con prisa mientras miraba nerviosa hacia atrás. Cuando ya bajaba las escaleras a oscuras, se dio cuenta de que había dejado las llaves colgando en la puerta. Las necesitaba para entrar en el coche. Michael tiró de la enorme maraña de metal y abrió la puerta. Luego pasó detrás de ella.

Estuvo a punto de chocar con Lilith al final de las escaleras. La mujer se había quedado de piedra, cara a cara con un hombre a quien casi no podía ver.

—Lo siento —dijo Michael—. Yo...

Luego vio que el hombre llevaba un arma en la mano. La tenía apoyada en Lilith, pero apuntaba hacia él. Se dio cuenta de que las prisas le habían hecho ceder a la presión. Se había desviado de su cometido.

—¿Quién es? —le preguntó el hombre a Lilith—. ¿Otro amigo del señor Crowe?

—Que te jodan —respondió la mujer—. Si buscas a Derek, tendrás que encontrarlo por tu cuenta.

El hombre le dio un golpe a Lilith con la pistola, y ella chocó contra Michael. Los obligó a salir de la tienda, hacia la oscuridad que los envolvía. A Michael le dio la impresión de que descendían una alargada colina oscura hacia el centro de un remolino.

Por un momento, antes de que se girara, hubo luz suficiente para verle bien la cara al hombre. Fue así cómo consiguió ver algunos detalles: estaba lleno de cicatrices, tenía el gesto torcido y un bulto gomoso en el lugar en el que le habían arrancado la oreja izquierda.

SÉPTIMA PARTE

No podemos hacernos responsables de todos los desastres naturales a los que se ha enfrentado la humanidad, aunque seamos nosotros quienes nos saciamos con la miseria que desencadenan. Nosotros también nos inclinamos ante el dominio ciego de la naturaleza. Los padres atormentan a los niños, y los niños a las mascotas. Es la norma. Puede que a vuestras crueles almas les reconforte saber que las pequeñas dosis de sufrimientos que os propinamos no son nada en comparación con los círculos infinitos de agonía en los que nos encierra la naturaleza.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de ELIAS MOONEY



No podemos hacernos responsables de todas las bendiciones que se le otorgan a la humanidad, ni tampoco llegar a comprender la totalidad de los milagros de la naturaleza. Los niños enseñan a los padres a amar, y el corazón de los padres se abre mucho más. En ambas direcciones. Puede que vuestra noble naturaleza se congratule de saber que todos vuestros actos de bondad y compasión se expanden en círculos infinitos, y nos afectan profundamente, aumentan nuestra capacidad de ayudarlos.

—Extracto de *Los ritos mandala*, de DEREK CROWE

37

En el interior de la limusina, los cuatro estaban aislados del conductor en un compartimento acolchado. Etienne y Nina miraron expectantes a Lenore durante unos instantes y luego hicieron lo propio con Derek, para que los pusiera al corriente de la situación.

—¿Por... por qué? ¿Dónde está Michael? —preguntó Derek.

Lenore se había caído encima de él al entrar en el coche. Se quedó en esa postura, con el muslo apretado contra el de él mientras lo taladraba con la mirada perdida y los ojos anegados en lágrimas.

—Hemos... hemos roto —respondió.

Derek tragó saliva, sin saber muy bien si mostrarse empático o pedirle unas explicaciones que no quería. Le dieron ganas de cerrar los ojos y tratar de orientarse. Las calles de los alrededores no habían dejado de tambalearse, pero ahora no estaba solo. Tenía que fingir cierto grado de sobriedad. Lo cierto era que ahora se sentía un poco más estable.

Nina le ahorró el engorro de tener que responder, ya que fue ella la que rompió aquel silencio incómodo.

—¿Era tu novio? —preguntó, con voz consoladora.

—Mi marido.

—¡Lo siento mucho! —Nina pasó con cuidado un dedo por el tatuaje del mandala que Lenore tenía en la frente y miró a Etienne. El hombre asintió con una sonrisa petulante—. ¿Fue porque no entendía esto? —Volvió a tocar el mandala.

—Sí. Él pensaba que sí, pero supongo que no.

—Qué pena. ¡No sabe lo que acaba de perder! Etienne, quizá la chica quiera un poco de... ya sabes.

—Claro, perdón. ¡Menudo maleducado! —Etienne sacó un puñado de cápsulas de gelatina transparente llenas hasta arriba de un polvo blanco.

—No quiero —informó Derek—. ¿Qué es?

Lenore no preguntó. Cogió dos y se las tragó sin agua.

—Vaya, vaya —dijo Etienne con tono aprobador—. Es una droga de diseño, pero las palabras se quedan cortas. La creó un amigo mío que es artista, un artista de los productos químicos. La hizo en exclusiva para los patrones del club. ¿Sabes cómo se llama?

—Mandala —aventuró Derek, como a desgana.

—¡Treinta y siete! ¿Te gusta, Lenore?

La chica asintió antes de tragársela mientras movía la boca para salivar.

—Me han dicho que tiene muchas propiedades interesantes.

—¿No la has probado?

El momento de sobriedad de Derek ya casi había pasado, como una roca que desaparece bajo las olas. Él mismo empezaba a sentir que se ahogaba.

—Estábamos esperando a esta noche. Venga. Pruébala. Es sintética, pero imita las sustancias naturales. Sabes a cuál me refiero.

Derek negó con la cabeza.

—¡Al compuesto que había en el sak! —Etienne se tocó el pecho para indicar que se refería al tatuaje que tenía oculto, y Derek empezó a notar cómo se le erizaba y retorció la piel debajo de la ropa, como si las marcas de los mandalas hubiesen empezado a girar, como si treinta y siete manos se aferrasen a su piel y tirasen de ella por treinta y siete sitios al mismo tiempo.

—Ya he tenido suficiente, gracias.

—Seguro que sí.

Etienne no se refería solo al alcohol, a juzgar por su sonrisa.

—Quizá no quieras venir con nosotros, Lenore —dijo Derek—. Vamos a una fiesta bastante grande. Si no estás de humor...

La chica lo miró con gesto desconcertado.

—No pasa nada —dijo—. Quería estar contigo. Por eso estoy aquí.

Derek se sonrojó y se preguntó qué opinarían Etienne y Nina de aquella afirmación. Él mismo dudaba de cómo tomárselo.

—Puedes venir sin problema, pero pensaba que...

No sabía muy bien qué pensar. Parecía estar cómoda entre ellos, como si

conociese a Etienne y a Nina, como si ya supiese adónde se dirigían, como si todo aquello estuviese planeado y preparado.

—Me quedaré contigo —repitió.

Ha venido en mi busca, pensó. Quería estar conmigo.

—Muy bien —dijo al tiempo que la rodeaba con el brazo—. Me alegro de que estés aquí.

—Ahora estás entre amigos —añadió Nina.

—Eso es cierto —terció Etienne—. Muchos amigos maravillosos. Y todos sabemos por lo que estás pasando.

Ah, ¿sí?, pensó Derek.

—Ahora, relájate y diviértete. ¡Hemos llegado!

Derek miró por la ventana y vio que, encima de él, había unas enormes ruedas de luz que giraban y extendían sus zarcillos hacia él. Dio por hecho que se trataba de una alucinación muy realista, pero luego vio los pilones de la autopista a la luz de los faros de la limusina. En la oscuridad, a más altura, en un lugar hacia el que Derek no tenía que mirar para verlo, el paso elevado se cernía sobre el coche como una sonrisa enorme, oscura y condescendiente.

Michael nunca había llevado esposas, y tenía miedo de que se le ciñeran aún más al forcejear y le cortaran la circulación. Las que llevaba ahora ya le apretaban las muñecas. Tampoco ayudaba el que Lilith siguiera forcejeando y amenazando al hombre desorejado y a su conductor enjuto y de ojos tristes, a pesar de las súplicas de Michael para que se calmara.

El desorejado estaba sentado delante y tenía la cabeza girada hacia atrás, por lo que Michael veía cómo no les quitaba ojo de encima (ni el arma). Aun así, tenía la mirada perdida, como si soñara en mitad de la vigilia.

—Si no te tranquilizas —le dijo a Lilith—, pasaré de pedirle un rescate por ti al señor Crowe. Me limitaré a entregar tu cadáver cuando me haya dado lo que quiero. ¿Crees que me costaría mucho matarte? En absoluto. Una vez te acostumbras, lo difícil es no matar. Quizá sea una costumbre repulsiva, pero es difícil de dejar.

—Será mejor que lo hagas. Si no, lo hará este de aquí —dijo al tiempo que tiraba de la cadena con tanta fuerza que Michael pegó un grito.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael, herido y confuso—. ¿Por qué

iba a hacerte daño?

—He oído lo que le hiciste a esa pareja de Carolina del Norte. También eran tus amigos, ¿verdad? —Lilith miró al desorejado—. Deberíais hacer migas. Tenéis muchas cosas en común.

Dios, pensó Michael. Habla de Tucker y Scarlet.

—No... no creerás que lo hice yo, ¿verdad? —preguntó.

—Derek me habló de ti.

—Pero él... nosotros... no fuimos. No fue nadie. ¡Fueron los mandalas!

La palabra llamó mucho la atención del que llevaba el arma.

—¿Qué dices de los mandalas? —preguntó el desorejado.

—Mataron a mi casero y a su novia, y dejaron un mandala enorme y sangriento en la pared. Tuvimos que huir de Cinderton porque mi esposa tenía problemas y pensamos que Derek Crowe podría ayudarnos. Sabía que nos considerarían sospechosos, pero no pude hacer nada. Tuvimos que escapar, pero no matamos a nadie. Los mandalas también nos habrían matado de no habernos marchado.

—¿Cómo... cómo los conoces? A los mandalas.

—Del libro de Crowe. Fue de ahí de donde salieron. Bueno, empezó con la señorita A... —Lanzó una mirada nerviosa a Lilith, quien lo miraba con recelo—, sea quien sea, y luego con el libro.

—Pero la señorita A no existe —aseguró Lilith. Michael y el desorejado se le quedaron mirando—. Derek me lo dijo. La señorita A no existió jamás. Ni los trances hipnóticos ni la canalización. Se lo inventó todo. Ya es hora de que alguien acabe con todo esto: se ha salido de madre. Se inventó todo ese puto rollo de la secta y os lo habéis tragado.

El desorejado le dedicó una sonrisa enfermiza.

—Me temo que no puede atribuirse ese mérito. No estoy seguro de dónde lo habrá sacado todo, pero sé que existía mucho antes que Derek Crowe. Lo he confirmado por otras fuentes.

—Sí —convino Michael—. Esas cosas son antiguas. Y no son... no son nada que se haya inventado, créeme. He visto lo que pueden llegar a hacer.

—Está metido en esto con otras personas —dijo el desorejado—. ¿Conoces el club Mandala?

—¿Qué pasa con ese sitio? —preguntó Lilith.

—¿El señor Crowe es amigo de esa gente?

—Los odia.

—¿Odiarlos? Entonces los conoce.

—Él asegura que no.

—También asegura que creó los mandalas. ¿Estás segura de que podemos confiar en la palabra del señor Crowe?

—Pero mira, ¿tú quién eres? —preguntó Lilith.

—Soy alguien que está muy interesado en esas cosas. Es posible que el señor Crowe o sus amigos tengan algo que deseo. Me gustaría intercambiarlo por tu seguridad.

—Entonces espero por mi bien que no lo tenga —dijo Lilith—. Pero nunca he visto nada. Los mandalas se los inventó por completo. Y si me ha mentado con eso, entonces la historia es aún más triste de lo que pensaba.

Lilith se quedó en silencio. Michael la miró mientras se preguntaba qué le pasaría por la cabeza. Había sospechado que él era un asesino o un psicópata. Seguro que había telefoneado a la policía en Hecate's Haven. Al salir en busca de las cartas de tarot, seguro que su plan original era salir corriendo y dejarlo allí para que los agentes lo descubrieran.

El coche empezó a reducir la velocidad y se detuvo junto a la acera. ¿Cuánto tiempo llevaban dando vueltas? Michael miró por la ventana y reconoció la reja de metal destrozada del edificio en el que se encontraba el apartamento de Crowe.

—Mirad —dijo el desorejado—, mi conductor tiene un arma y se le da muy bien usarla. No tardaré en volver. Puede que venga con el señor Crowe. O quizá con otra cosa.

Les dedicó una sonrisa que parecía poco más que otra cicatriz en su cara destrozada. Luego abrió la puerta y salió del coche.

Esperó en la reja durante varios minutos hasta que entró otro inquilino. La sujetó antes de que se cerrara y luego entró a toda prisa y evitó que la puerta interior se cerrara. Se marchó.

El conductor estaba sentado, impassible, y los miraba con gesto lúgubre.

—Bueno —dijo Lilith al cabo de un rato—. ¿Y pensabas que Derek iba a ayudaros?

—Pensé que era un experto en los mandalas —explicó Michael—. Lenore

estaba... está poseída. Intenté todo lo que sabía. Invoqué un círculo. Aunque eso fue un error. Estás... estás en un aquelarre, ¿verdad? ¿Eres wiccana?

Lilith asintió.

—Entre otras cosas. ¿Por qué?

—Pues invocamos un círculo, pero los mandalas lo atravesaron. Las protecciones habituales no sirven de nada contra ellos. No reconocen los antiguos símbolos paganos. Pensaba que los propios mandalas eran símbolos, hasta que los vi.

—No formaban parte de tu entrenamiento neopagano —dijo Lilith con un deje de sarcasmo, lo que le indicó a Michael que la mujer empezaba a tomarse en serio su relato.

—¡Ya te digo! No sabía qué hacer. No podía ponerme en contacto con Crowe: el único gran maestro que conocía, ese viejo llamado Elias Mooney, estaba muerto... aunque intenté llamarlo, ponerme en contacto con la matriz de energía que había dejado en nuestro mundo.

—¿Conocías a Elias Mooney? —preguntó Lilith.

—¡Claro! ¿Y tú? Sabía de su existencia. No llegué a conocerlo en persona, pero me envió unas cintas. Me ayudó en un momento muy malo.

—No me lo creo —repuso Lilith, y en ese momento pareció como si las esposas que los conectaban se hubiesen vuelto de un oro brillante y resplandeciente, una conexión intensa capaz de superar cualquier tipo de sospecha—. Se parece mucho a mi historia.

—¿A la tuya?

—Crecí en Los Ángeles. Era una adolescente perdida y con la vida destrozada. Drogas, drogas y más drogas. Bueno, y también sexo. Del peligroso, ¿sabes? Estaba metida en el rollo de la magia del caos. La magia(k).

—«Haz tu voluntad: será toda la ley» —dijo Michael, repitiendo uno de los aforismos de Crowley entre risas.

—Exacto. Pero yo estaba acabando con mí misma.

—¡Yo también!

—Y entonces alguien me dio su número de teléfono. Pensé que era el del Teléfono de la Esperanza o uno de ayuda a la drogadicción, y una noche en la que había tocado fondo y estaba muy deprimida, llamé. Estaba destrozada.

Solo quería oír la voz de alguien. Y empecé a hablar con ese anciano. Me cayó bien, contaba unas historias increíbles y parecía saber lo que yo iba a decir antes de que lo hiciera. Más tarde descubrí que no eran tan amable como parecía, que tenía un lado oscuro. Acabó con mi enfermedad y mi locura. Cuando vine a vivir aquí hace unos años, me iba a abalanzar a sus pies para suplicarle que me aceptara como alumna. Pero murió antes de llegar a conocerlo, y el único recuerdo que me queda son las conversaciones que tuve con él.

—Era capaz de decir dónde estabas sentado y lo que había a tu alrededor...

—No me lo puedo creer —insistió Lilith—. Elias era como un tesoro nacional oculto o algo así. Nunca había estado con otra persona que lo conociese.

—Ni yo tampoco.

Miraba a Lilith a los ojos, y ella a los de él. Sintió como si acabara de lamer un cartón de ácido y estuviese a punto de llegarle el subidón, como si todo estuviera a punto de volverse eléctrico. Había algo que le aseguraba que Elias estaba justo allí, con ellos. Casi podía oír la voz del anciano.

—Lilith —llamó Michael—, ¿qué vamos a hacer?

—Si Elias estuviese aquí, nos lo diría, ¿verdad?

—Creo... creo que está aquí. Quizás haya sido él quien nos ha unido. Quizás haya una razón para todo lo que está ocurriendo.

—¿Para esto también? —dijo la mujer al tiempo que levantaba entre ellos las esposas que tenían cada uno en una mano.

A Michael se le secó la garganta.

—Ni siquiera la magia puede abrir unas esposas Smith and Wesson —dijo ella en voz alta. Empezó a llorar y se desplomó contra Michael, quien, sobresaltado, la rodeó con el brazo que le quedaba libre. La mirada triste del conductor los observó por el retrovisor con sospecha. Michael suspiró reconfortado, pero también se sentía peor que nunca. Luego, oyó que Lilith susurraba entre sollozos. Se dio cuenta de que la cara de la mujer, que estaba apoyada en su cuello, volvía a estar seca, y que su voz ya no estaba quebrada.

—Pero también es verdad que... —susurró— las Smith and Wesson tienen todas las mismas llaves.

—Tranquila —dijo Michael en voz alta—. No nos va a pasar nada.

—Tengo una en el bolso.

De repente, oyeron cómo se cerraba la puerta y se sobresaltaron. Lilith se llevó las manos a la cara, se frotó los ojos para que se le corriera el maquillaje y también se escupió en ellas para humedecerse las mejillas. El desorejado no parecía muy tranquilo mientras se acercaba al coche. Llevaba un lote de cuadernos rojos y negros y un fajo de folios grapados debajo del brazo. Se agachó para abrir la puerta y se metió en el coche al tiempo que tiraba los cuadernos en el asiento junto a ellos.

—Todo está ahí —dijo—. Así que ya no puede decir que no sabe nada. No volverá a mentirme.

Michael miró los papeles que le habían caído en el regazo. La luz que llegaba de la calle fue suficiente para leer el manuscrito:

La historia de Elias: transcripción de las cintas.

«A Evangeline no le interesaba la magia cuando la conocí. Era cocinera...»

El desorejado le dio instrucciones al conductor y el coche aceleró, lo que hizo que algunas páginas cayeran al suelo y quedara a la vista uno de los cuadernos que tenía abierto encima.

Al ver la letra, Michael quedó del todo seguro de que Elias había acudido a ellos esa noche. Allí, en el pequeño diario, vio la perfecta caligrafía del anciano, más nítida y serena que la de los sobres que le había enviado y en las notas que acompañaban las cintas.

Extendió la mano y encendió la luz del techo sin que el desorejado le dijera nada, ya que estaba inclinado hacia delante con la vista fija en la calle. Los textos le parecían familiares, de una manera vaga pero perturbadora. Como si los hubiese leído en un sueño que no era capaz de recordar.

¿Cómo había encontrado el desorejado los diarios de Elias Mooney en el apartamento de Derek Crowe?

Mientras se hacía esa pregunta, pasó la página, que estaba unida a la anterior con un clip negro. Eran fotocopias de los diarios de Elias, un poco agrandadas y con anotaciones hechas por otra persona en tinta verde. El texto de Elias estaba cambiado casi en su totalidad. Mientras se afanaba por leer las anotaciones entre borrones y sustituciones, se dio cuenta de que lo había leído antes. Las palabras de Elias le sonaban de algo, pero los cambios los reconoció al instante.

Siguió leyendo y se quedó de piedra. Lilith miró por encima del hombro de Michael y susurró:

—Vaya por Dios.

—«Instilamos en vuestras almas el diamantino néctar de la sabiduría» — leyó Michael en la tinta verde.

Lilith buscó dónde lo había leído él y descifró las letras negras del texto original:

—«Destilamos de vuestras almas una potente infusión de miseria.

»Vertemos los jugos fermentados de la percepción cuando habéis meditado lo suficiente como para extraer la mejor selección.

»Vertemos los jugos fermentados de la desesperación cuando habéis sufrido lo suficiente como para extraer la mejor selección.

»Y fuimos nosotros los que en un primer momento mezclamos esa gozosa selección.

»Y fuimos nosotros los que en un primer momento mezclamos esa agria selección.»

—Es *Los ritos mandala* —dijo Michael—. Elias lo escribió. Pero ¿quién fue el que lo cambió? ¿De quién es esta letra?

Lilith pronunció una palabra, que dio la impresión de ser la más nauseabunda que había pronunciado jamás, como si fuese corrosiva y le hiciese sentir la podredumbre en la lengua, como si envenenase su alma.

—Crowe.

Claro, pensó Michael. Estaban en el apartamento de Derek Crowe.

El coche frenó. Donde se encontraban no había farolas. Michael oyó un latido grave en alguna parte, como si un motor siguiese encendido después de que el conductor hubiera apagado el coche. Miró por la ventana y vio paredes de ladrillo, contrafuertes de hormigón, un aparcamiento con un contenedor en una esquina, en la que un hombre o una mujer estaba sentado entre andrajos e intentaba evitar el resplandor de los faros. En la acera, cerca de ellos, un río constante de personas avanzaba en una dirección.

El desorejado dijo:

—Dejadme esos papeles, por favor. Me servirán para negociar con el señor Crowe.

Michael reunió lo que había caído en el suelo y se lo pasó por detrás del

asiento.

—Ahora —ordenó el desorejado—, vamos a entrar juntos.

—¿Entrar dónde? —preguntó Michael. Lilith parecía tener una conmoción mucho mayor que la de él. La mujer empezó a levantarse mientras cogía su bolso del suelo, y luego Michael recordó lo que ella tenía ahí dentro. El desorejado había comprobado si tenían armas, pero ¿cómo iba a darse cuenta de que había una pequeña llave entre todo aquel desorden.

—Vamos de visita a un club nocturno muy concurrido. No podemos separarnos. Le pondré una pistola en la espalda, señorita A.

—Llámame como quieras menos así —gruñó Lilith.

El desorejado le pasó la pila de hojas al conductor, salió del coche y luego abrió la puerta de Michael. Él se bajó del coche y tiró de Lilith.

—Deberíais cogeros de la mano, como buenos amigos, como amantes —sugirió el desorejado—. Llevad esas esposas con discreción.

—¿Así? —preguntó Lilith, acercándose a Michael. Le puso la mano sobre la muñeca para cubrir el grillete.

—Muy bien. Ahora, acerquémonos a la multitud.

Rodearon el edificio, salieron del aparcamiento en el que habían dejado el coche y se unieron al gentío. El neón resplandecía en la noche delante de ellos, pero el cielo estaba oscuro debido a la niebla y proyectaba sobre ellos grandes sombras.

En el coche, Michael había sentido los inexorables tirones como algo irrelevante. No controlaba sus movimientos, así que dejó que aquel remolino de energía tirara de él sin oponer resistencia. Pero en aquel lugar, volvió a golpearlo con fuerza de repente y estuvo a punto de sacarlo de la multitud. En aquella ocasión era demasiado fuerte como para hacerle frente. Intentó invocar un círculo blanco a su alrededor, pero aquella tentativa no tenía cabida en su mente, la necesitaba al completo para permanecer en pie, para evitar inclinarse hacia delante como un junco al viento o salir rodando como un estepicursor. No tuvo que enfrentarse a los tirones, ya que el desorejado los obligaba a caminar en la misma dirección.

El hombre y el conductor iban justo detrás de ellos, pero los dedos de Lilith no dejaban de moverse. Michael sintió cómo la llave giraba en las esposas. El grillete se le soltó en la muñeca y tuvo que agarrarlo con los dedos para evitar que cayese al suelo.

Se aferró al brazo de Lilith como si la mujer pudiese ayudarlo a mantener la compostura, pero aquella fuerza también tiraba de ella aunque no la notara.

Doblaron una esquina y llegaron a la entrada del club. Michael se estremeció por un instante, perplejo. Había un par de inmensos mandalas de neón encima de la oscura entrada. Tenían enroscados tubos de colores oscuros, púrpura, rojos sangrientos, naranja como carne quemada, verdes que sugerían abismos insondables y otros negros, negros pero que brillaban. Todos se retorcían para formar espirales y formas capciosas, se extendían y formaban rayos solares. Cada centímetro parpadeaba, latía y emitía oleadas de colores y de oscuridad consecutivas y que parecían retorcerse en los ladrillos, derretirse entre la vieja argamasa al tiempo que lanzaban zarcillos de neón serpenteantes hacia el paso elevado. Uno de los mandalas resplandecía y se ensortijaba alrededor de una apertura llena de dientes rechinantes parecidos a dagas de un blanco resplandeciente que tenían la punta roja, y el otro estaba cubierto por completo por unas bocas llenas de dientes que se cerraban con chasquidos y parecían decir algo, todo ello sin emitir sonido alguno. Aquellas ruedas de color giraban a ambos lados de las sutiles y apagadas letras que anunciaban el nombre del lugar: CLUB MANDALA.

Lilith se acercó más a él y le besó la mejilla.

—Cuando entremos, nos separamos y salimos corriendo.

—Tortolitos —susurró el desorejado—. Cortaos un poco.

La mujer se apartó y le dedicó una sonrisa indecente a Michael.

—Venga —dijo el desorejado al tiempo que empujaba a Michael con fuerza hacia delante. Se sobresaltó e intentó obedecer, pero las prisas hicieron que se soltara de la mano de Lilith.

Su pequeño plan de las esposas quedó al descubierto.

Michael no esperó a ver qué hacía Lilith ahora que estaban separados. Se encogió mientras esperaba recibir un disparo en cualquier momento. Quizá ya lo había recibido, pero estaba tan conmocionado que no sintió nada. Se abalanzó sobre las puertas y cedió ante las fuerzas que lo atraían. Los porteros gritaron e hicieron gestos para que se detuviese, pero en ese momento vieron al desorejado entrando con la pistola. Michael se perdió entre la multitud y se abrió camino hacia el centro. La energía era aún mayor que en el acantilado, y sintió que ceder a ella en aquel momento era como si

se hubiese lanzado por el precipicio, pero allí el abismo era invisible y, al parecer, no tenía fondo.

Dudó y trató de recuperar la compostura. Había entrado en aquel lugar caótico y lleno de ruidos atronadores, pero paradójicamente llegó a un punto en el que todo estaba tranquilo, como si cayera sin remedio.

Eso era. Aquel era el centro. El núcleo.

Un desconocido con un tatuaje en cada mejilla que llevaba una bebida en una mano y una cápsula de gel blanco en la otra gritó con la fuerza suficiente para que él lo oyese por encima de aquel estruendo rítmico y mecánico que cargaba el ambiente:

—¡Bienvenido al club Mandala!

Cuando Lenore entró en el club, su conciencia, que había estado muy confusa, se apaciguó de improviso. Todo lo que la atormentaba, todas las voces desagradables que se aferraban a sus pensamientos y distorsionaban su percepción se alejaron al instante de su mente y desaparecieron en un horizonte que ella casi ni podía percibir. Acababa de descubrir el lugar donde se encontraba, se había abandonado a su mandala, lo había seguido sin hacerse preguntas, sin resistirse. El día y todo lo que había ocurrido hasta llegar allí era poco más que una mancha borrosa. Todo lo que había dicho y hecho, todo lo que la había llevado allí, lo recordaba como si lo viese a través de un filtro. Todo ello a pesar de su determinación para verlo y recordarlo todo, de tomar partido, de ser testigo. Se puso furiosa.

La nube se había apoderado de ella cuando Michael se la llevó de Hecate's Haven, como si separarse de Crowe le hubiese causado aquella enfermedad. Quizás esa fuera la razón por la que ahora estaba tan lúcida: era Crowe quien estaba junto a ella y la cogía de la mano, en lugar de Michael.

A Michael le había pasado algo, algo que no era capaz de recordar. Lo buscó a su alrededor, como si fuera a entrar detrás de ella o fuera a aparecer a su lado. No vio más que a desconocidos.

Desconocidos y sus mandalas.

Elevó la mirada. El aire era un cúmulo de formas caóticas que parecían imitar a la multitud que tenían debajo. Los mandalas se alimentaban y toqueteaban entre ellos con las puntas aserradas de sus zarcillos parecidos a tentáculos, al tiempo que emitían un cacareo que parecía algún tipo de

comunicación. Se arremolinaron mientras los cuerpos de los humanos que tenían debajo se afanaban por encontrar un lugar en la pista de baile. En ocasiones, la succión era tal que al separarse la parte interna y resplandeciente de algunos quedaba al descubierto y empezaba a rotar entre varias dimensiones, lo que les confería un aspecto similar al de una espiral de tubos que se consumían a sí mismos o un grupo de anillos superpuestos que resplandecían con las luces del interior en los lugares en los que Lenore creía ver escaleras que bajaban hacia cavernas púrpura llenas de setas afiladas y criaturas de alas aceitosas que surgían de lagos negros e inertes.

El que se llamaba Etienne la salvó de aquellas visiones y la llevó de la mano por la periferia de la estancia mientras no dejaba de gritarle, aunque para ella sonaba como un susurro ronco entre la música atronadora. El suelo era un lugar caótico y lleno de gente, pero a veces la multitud se separaba en hondas controladas que se iban desplazando por el lugar, y los cuerpos de los bailarines empezaban a girar como los radios de una rueda, como si en cualquier momento fuese a dar comienzo un espectáculo coreografiado. Mientras, encima de ellos los mandalas parecían esforzarse por seguir los movimientos, aunque no les resultaba sencillo. Sus vínculos eran delicados y violentos al mismo tiempo, luchaban a ciegas a pesar de que su percepción y sus sentidos eran tan aguzados que Lenore no alcanzaba a comprender ni una fracción de lo que sabían aquellas cosas. Sintió pena por ellos, y también por sí misma.

—Más tarde, ya verás —dijo Etienne—. Lo encontrarán. No te preocupes.

Tampoco es que le preocupara demasiado. No tenía duda de que todo lo que esas cosas querían ocurriría esa noche. En algún lugar y de alguna manera, el más grande estaba rotando y atrayéndolos a todos hacia el interior. Las viejas enemistades habían concertado una tregua. Sentía una enorme presencia allí, casi podía verle.

Y entonces lo vio a los pies de los bailarines.

Cubría la pista de baile y abarcaba toda la habitación, negro y resplandeciente. Se podía entrever a medida que se movían los cuerpos. Cuando lo vio, se sintió atraída por su propio mandala. Y luego, al volver a mirar hacia abajo, vio la forma de un mandala enorme que se encontraba debajo. Vio cómo todos estaban atrapados en el vacío espiral y represivo de

un vórtice, en el ojo de un tornado, un momento de calma en el que todos se desplazaban al unísono. En aquel lugar, la sustancia de la noche, de la propia estancia, se retorció y contorsionaba.

Derek caminaba detrás de ella, y Nina estaba inclinada sobre él y le susurraba algo a la oreja. Al ver que Lenore le miraba, le dedicó una ligera sonrisa y asintió sin darse cuenta de que la mujer la miraba desde un lugar que se encontraba encima de todos, que también se acercaba hacia el centro y que arrastraba con ella a Derek. El mandala del hombre flotaba cerca, gris y con las bocas abiertas, con una insistencia que le hacía parecer muy desesperado. Pero Lenore, o su mandala, aún no estaba lista.

Pasaron junto a varias parejas que charlaban, a través de varias habitaciones blancas que tenían cuadros con mandalas en las paredes, a través de habitaciones oscuras similares a cubos de humo en las que resplandecían mandalas ultravioleta. Todo el mundo le miraba la frente y se quedaba en silencio. Muchos tenían tatuajes, pero aquellos no tenían poder alguno: se los habían inyectado con agujas y tinta. Eran pocos los que, como ella, habían sido aplicados por un mandala. Etienne llevaba uno igual, Lenore sentía cómo le brillaba en la piel debajo de la ropa. Y el cuerpo de Derek al completo parecía estar lleno de ellos, batiéndose en la lejanía mientras bramaban con algo parecido a la lujuria. Ya tendría tiempo de corresponderles más adelante. Pasó junto a otros en la multitud que también tenían un verdadero sak de los mandalas (como los llamaba Etienne). Sentía el lugar en el que se encontraba cada uno de los auténticos portadores, podría haber cerrado los ojos y señalarlos. Otros venían de todas partes de la ciudad y aún estaban entrando al club, pero la mayoría ya se encontraban en el lugar. Ya eran casi treinta y seis.

Treinta y seis...

Pues aquella noche, en aquel corto intervalo, en aquel punto de inflexión entre eones, no había mandala 37. Su guardián, el mandala de colmillos negros, lo había asesinado. Y esa era una de las cosas de las que se había olvidado hasta aquel momento:

... de su mandala cercenado.

... del mandala de Michael al morir.

Pero ¿acaso mueren los mandalas?

La respuesta le llegó de un lugar muy profundo, de esa parte de ella que

llevaba tanto tiempo entre los mandalas que compartía sus aptitudes.

Morían, pero no era algo común, y ocurría solo cuando estaban tan debilitados que se podía acabar con ellos. Y cada muerte marcaba el fin de una era y el principio de una nueva. El trigésimo séptimo nunca había dejado de luchar para mantener su lugar, siempre estaba en desacuerdo con los demás, siempre se afanaba por conseguir sus cometidos y siempre le costaba reunirse con los otros en ocasiones como aquella.

Etienne no había dejado de hablar, como si pretendiese animarlos, como si no se hubiera dado cuenta de que los ánimos eran irrelevantes. La guio por unas escaleras que llegaban a las galerías superiores, en las que había colgados numerosos mandalas. No eran los treinta y siete de verdad, sino frescos realizados por diferentes artistas.

—Son nuevos —afirmó Derek mientras andaban.

—Sí, son encargos que realizamos. No forman parte del canon, pero aun así... ¿no te parecen maravillosos? Este es un Mavrides original —dijo, mientras señalaba un mandala retorcido pintado sobre terciopelo negro que resplandecía de manera ponzoñosa debajo de las luces ultravioleta mientras cada uno de sus zarcillos se aferraba a algún objeto grotesco o banal: electrodomésticos, una monja que gritaba, una pipa—. Este es un Harry S. Robins. —Aquel era una siniestra rueda de perfección infame e intrincada que surgía de las aguas de un mar subterráneo en el que las sombras primordiales bogaban entre las ruinas de las torres de ángulos imposibles de una ciudad sumergida—. Este, un Dan Clowes. —Aquel era un mandala inconexo que parecía un dibujo animado y tenía colores vivos y sombreado de puntos, era enorme y se encontraba en una habitación deteriorada que podría haber sido de un motel o un apartamento desamueblado, junto a un círculo reverente de fieles con dientes protuberantes ataviados con boinas, gorros de lana, barbas largas y harapos de franela. Lenore se dio cuenta de que las caras que había visto por el club eran muy parecidas—. Este, un Krystine Krytte. —Aquel tenía un aspecto tan fiero que le dio la impresión de que le apuñalaba los ojos con relámpagos negros, vio una mujer crucificada en un engranaje con forma de rueda cuyos radios le atravesaban la carne y la iluminaban como si se encontrase en una máquina de rayos X, despedazándola mientras parecía reír de manera demencial.

Lenore se apartó de Etienne, se alejó de Derek y llegó hasta un balcón

que se encontraba sobre la abarrotada pista de baile, donde vio pintada la forma del gran mandala.

Notó una mano en el hombro. Etienne se inclinó sobre ella:

—Lo que sientes es el trigésimo séptimo. No te recomiendo comer nada en estos momentos. ¿Te apetece algo de vino?

Asintió y recordó que no debería hacerlo. Tenía que mantener la cabeza despejada. Le habían pasado demasiadas cosas cuando perdía el sentido. Sintió como si aún siguiera viajando hacia dentro, retorciéndose aún más hacia su alma mientras los acontecimientos del exterior seguían contorsionándose y siguiendo un camino ascendente en espiral.

—Agua —dijo, y Etienne se marchó. Derek y Nina se quedaron en la galería riendo y hablando. Nina le presentó un artista a Derek.

Lenore se quedó de piedra aferrada a la barandilla mientras contemplaba una pequeña mota de color que había en aquel mar de caras. Vio a Michael por un instante, pero desapareció al momento. Lo buscó sin dejar de moverse por el balcón y atravesó habitaciones llenas de gente para llegar hasta las escaleras, asustada.

Si cerraba los ojos y se calmaba, debería poder reconocerlo entre la muchedumbre.

Lo intentó, agarrada a una escalera mientras dejaba que la gente pasara a su alrededor. Se proyectó y empezó a flotar hacia arriba, deseando que su mandala la iluminara y sabiendo que podría llevarla directo hacia Michael.

Lo único que tenía que hacer era llegar hasta el mandala del hombre.

Pero no... Ya no tenía mandala.

Michael había desaparecido. Del todo. Como si hubiese dejado de existir, como si hubiese quedado desprovisto de todo su significado en el momento en el que su mandala había quedado destruido. No encontró ni rastro de él, ni un recuerdo en el guardián oscuro que la protegía a ella. Su mandala tampoco lo había visto entrar. Michael era el único que se movía sin dejar rastro entre los mandalas. El suyo era el único cuerpo que estaba desatendido, que no tenía un guardián.

Entonces, ¿qué parte de ella era la que podía percibir a Michael?

Lenore había pensado que estaba del todo bajo el poder de su mandala, pero al parecer había algo más. Algo burdo, débil y con unas limitaciones patéticas; algo que la obligó a abrir los ojos y que empujó a Lenore por las

escaleras para que buscara a Michael de la manera más difícil, de la manera humana...

Y

Michael no tardó en perderse por el club, pero pensó que de momento era lo mejor que podía hacer. El desorejado no le iba a disparar entre todo ese caos. Si lo intentaba, sería fácil evitarlo entre la multitud.

Se alejó de la puerta todo lo posible con la esperanza de que Lilith hubiese conseguido entrar. Lo más inteligente habría sido que la mujer corriese a pedir ayuda, pero ahí dentro tenía que haber un teléfono en alguna parte. A saber si lo habría fuera. La calle estaba oscura y parecía pertenecer a un polígono industrial. No debía de haber bares, tiendas ni nada parecido en kilómetros. El caos del interior jugaba a su favor. Quizás el desorejado se olvidaría por completo de él, ya que Crowe poseía aquello que él ansiaba. Michael sospechaba que era algo que aquel hombre le había robado a Elias. Algo aparte de los cuadernos.

Llegó a un pasillo que estaba demasiado vacío como para sentirse cómodo. Atravesó un umbral que llegaba hasta la pista de baile. Levantó la vista y vio un balcón que recorría el segundo piso. *Ahí es adonde iría si fuese el desorejado*, pensó. Detrás de él había un tramo de escaleras que bajaba hasta el sótano. En lo alto de las escaleras había un hombre corpulento, un portero, comprobando las invitaciones. Michael esperó hasta que vio que se estaba peleando con alguien, saltó los primeros escalones para evitar el rellano y se detuvo a medida que llegaba abajo. No oyó que lo siguiese nadie.

Abajo estaba tranquilo, la música no era más que una vibración que sentía en el cuerpo y no en los oídos. Había grupos de gente que se movían en silencio entre las habitaciones. El pasillo giraba y se retorció, como si fuese un laberinto. Varios minutos después, no estaba seguro de dónde se encontraba en relación con las escaleras. Oyó una risa y se giró hacia una pequeña habitación en la que había una docena de personas que veían una especie de programa en una pantalla de televisión.

Una imagen que había pintada en la pared de encima de la pantalla le llamó la atención y reavivó en un instante todo el miedo que ya casi se había esfumado y que había sentido días antes, cuando aquella pesadilla apenas

acababa de comenzar.

El mandala de la pared estaba pintado con un color sanguinolento que brillaba y aún parecía estar fresco y goteando. No era un mandala cualquiera de los de los *Ritos*. Era el patrón que había visto en la pared de Tucker, el mismo que estaba grabado en la frente de Lenore. El mandala lo había seguido por todo el país como si se tratase de su némesis personal.

No se acercó para verlo mejor, pero la multitud se apartó y le dejó contemplarlo a la perfección. El monitor descansaba sobre un pedestal que estaba apoyado en la pared pintada, y los colores fríos que proyectaba le daban a todo un tono azulado. Luego vio una imagen muda y errática que resplandecía, una escena grabada de aquel momento que había revivido tantas veces desde que lo había experimentado en persona.

La habitación de Tucker. El mismo mandala pintado con vísceras entre los pósteres y los cuadros. La cámara trazó el perímetro de la circunferencia, luego el interior y después se alejó y bajó para regalarles la imagen que había en la cama, mucho más seca y oscura que cuando Michael la había visto la última vez, y con muchísimas moscas. Tenía que ser una especie de vídeo policial. ¿Cómo lo había conseguido el club?

Las imágenes afectaron a Michael, lo debilitaron y confundieron, pero al fin y al cabo ya había visto antes todo aquello, y la imagen no fue tan impactante esa segunda vez.

Lo que le molestaba ahora era el público.

Reían. Miraban la pantalla embobados con los ojos iluminados de azul en los que buceaban unas pequeñas pantallas de televisión. Unos minúsculos mandalas iguales se agitaban en sus pupilas como si fuesen anuncios.

La oscuridad se apropió de su visión. Salió de la estancia y caminó agarrado a una pared hasta que se tropezó con una silla plegable de metal frío. Se dejó caer en ella despacio y luego metió la cabeza entre las rodillas hasta que recuperó la vista.

Cuando sus ojos se despejaron, vio que había un par de zapatos negros y robustos delante de él.

—Sabía que te iba a encontrar aquí abajo —dijo el desorejado.

—¿Qué quieres de mí? —gruñó Michael—. No tengo nada de lo que quieres. Si Derek Crowe está aquí dentro, vete a por él y déjame en paz, cojones.

—Si al señor Crowe le preocupaseis tú o la vida humana en general, preferiría tener algo más que ofrecerle. Ahora levántate y ven conmigo. Creo que sé dónde encontrarlo.

Michael bajó la cabeza.

—Que te levantes.

—Estoy mareado, pedazo de gilipollas.

Uno de los zapatos negros y robustos le propinó una fuerte patada en la espinilla. Michael resopló y se agarró la pierna, pero se obligó a levantarse. Nadie lo miró. Era como si aquella escena significara para ellos menos que el arte que había en las paredes o en las pantallas. Como si Michael no existiese a sus ojos. Recordó el tipo de imágenes con las que se habían entretenido, y reparó en lo surrealista que era pensar que gente así lo ayudase.

El desorejado lo guio por aquel laberinto sin dejar de empujarlo con el arma. Michael se giró hacia una habitación en la que varias personas estaban de pie alrededor de una mujer. Llevaba un casco de plástico negro que le cubría la cara por completo y tocaba con mímica algo que solo ella era capaz de ver.

—Venga, ahora dentro —ordenaba un hombre—. Coge el corazón de ese cabrón. Así es. ¡Retuércelo! ¡Tira!

La mujer estaba asesinando a alguien invisible. Con las manos desnudas.

Michael dio un paso atrás y se topó con el arma.

—¿Por dónde es? —preguntó el desorejado, cada vez más inquieto e irritado.

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? Esto es un laberinto.

—Entonces ¿te has perdido?

—Claro que me he perdido.

En ese instante, Michael oyó una voz que no esperaba.

—¿Michael?

Se giró. Lenore se acercaba por el pasillo.

—Michael, ¿cómo has...? ¿Qué está pasando? ¿Quién es este tipo?

Lenore había visto el arma. El desorejado titubeó y la giró hacia ella mientras aferraba con fuerza el brazo de Michael.

—No te muevas —ordenó.

—¿Quién eres? —Lenore miró justo encima de la cabeza del desorejado

—. ¿Qué haces?

—Llévanos fuera —bramó el desorejado—. Llévanos hasta Derek Crowe.

—¿Qué quieres de él? —preguntó Lenore.

—Lenore —dijo Michael—, Crowe estaba mintiendo.

—No —negó ella—. Solo interpretaba su papel.

—¡Cállate! —gritó el desorejado—. Llévame con el señor Crowe.
¡Ahora!

Unas voces se acercaron a toda prisa desde el pasillo. Michael giró la cabeza. El desorejado se sobresaltó, con gesto titubeante, mientras se preguntaba cómo seguir amenazando a Lenore y a Michael con el arma sin dejar de enfrentarse a aquella nueva amenaza. Una joven pareja dobló la esquina; se trataba de un hombre y una mujer.

—¡Etienne! —gritó el desorejado—. No te muevas.

—Qué estupidez —respondió el joven. Sin titubear, agarró por la garganta al desorejado y lo empujó contra la pared—. Nina, ¿me haces el favor?

La mujer le quitó el arma.

—Tú debes de ser Chhith —aventuró—. Es un placer conocerte al fin.

Michael se acercó a Lenore y la cogió de la mano. Tenía los dedos helados.

—Mira, Chhith, no estás jugando bien —prosiguió Etienne—. Vamos a tener que enseñarte las normas.

Chhith espetó algunas palabras más en un idioma que Michael no llegó a reconocer, pero Etienne se limitó a sonreírle a Lenore.

—¿Nos perdonarías un momento? Hemos puesto al señor Crowe a firmar autógrafos en el piso de arriba.

Nina hizo un gesto con el arma, y el hombre llamado Chhith se separó de la pared. Lo llevaron por el pasillo, doblaron la esquina y se perdieron de vista.

—Por Dios —dijo Michael, que se vino abajo, aliviado. Se giró hacia Lenore—. ¿Qué te ha pasado?

La mujer volvía a mirar sobre su cabeza: le ponía de los nervios cuando lo hacía. Estaba igual de mal que siempre. Y aquel lugar, lleno de mandalas y de su energía nauseabunda, no había hecho sino empeorarlo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—No deberías estar aquí —dijo la mujer—. Ni siquiera deberías... existir.

—¿Qué quieres decir? Estaba preocupado por ti. Ahora tengo mucho miedo.

—No te preocupes, Michael. Ahora, márchate.

—¿Ir adónde?

—Fuera. Lárgate de aquí. Ahora que tienes la oportunidad. No pueden verte, por lo que no podrán detenerte. No te inmiscuyas.

—¿En qué? ¿Qué pasa aquí, Lenore? ¿A qué viene todo esto?

La mujer echó un vistazo al pasillo como si fuera la dueña del lugar.

—Se está acabando algo —respondió—. Pero es algo que para ti ya ha terminado.

—Venga ya. Salgamos juntos de aquí.

—Tengo que quedarme.

—Lenore, vamos. Derek Crowe es un fraude, un charlatán, un ladrón. Tienes que alejarte de él.

—He venido hasta aquí para encontrarme con él, Michael. Creo que no es solo por los mandalas. También lo hago por mí. Por favor, déjame hacerlo. Aquí no pintas nada.

—No te voy a dejar —expuso Michael.

—Tienes que hacerlo. Ya no puedes imponerme nada, Michael. No quiero hacerte daño, pero lo nuestro se ha terminado. No quiero que estés aquí, ¿lo entiendes? No te necesito. Ya no te quiero. Ya no me gustas. No formas parte de esto.

Sus palabras lo abrieron en canal con la precisión de un cirujano. Se quedó paralizado mientras Lenore se marchaba. Le tendió una mano, pero la dejó caer.

—No trates de seguirme —lo advirtió ella—. No interfieras.

—¿Con qué? —preguntó Michael, pero la mujer no respondió. Se marchó por el pasillo.

Un rato después, se fue a trompicones en otra dirección. Buscaba un lugar oscuro y tranquilo donde sentarse, un lugar en el que pudiera descansar y recomponerse. Solo tenía clara una cosa: que no se iba a marchar.

Recorrió aquel laberinto subterráneo al tiempo que evitaba a todos con los que se encontraba. Al final llegó a una puerta detrás de la que no oía nada. La abrió y vio un resplandor argénteo que salía de unos espejos. Era una estancia amplia y redonda, vacía a excepción de un sofá rojo oscuro y un sillón de terciopelo rojo situados en el mismísimo centro.

Michael entró y cerró la puerta. Evitó el sofá y el sillón. Parecían formar parte del decorado del centro de un escenario. En lugar de quedarse allí, se dejó caer al suelo junto a una de las paredes espejadas y se rodeó la cabeza con los brazos.

Tengo que encontrar a Lilith, pensó. Pero, con alivio, reconoció que la mujer podía cuidar de sí misma. Era algo que ya le había demostrado.

De momento, solo quería estar solo.

Al fin, pensó Derek Crowe. *Un grupo de aficionados de los que no me avergüenzo.*

El club Mandala tenía pilas de *Los ritos mandala* en una mesa que había en el piso superior, en una de las galerías, y se estaban vendiendo más rápido de lo que podía firmarlos. Por un momento, le dio la impresión de que todos los que se encontraban en el club estaban haciendo cola para comprar un ejemplar. La mujer que se encargaba de las ventas se paraba de vez en cuando para abrir otra caja llena de ejemplares y colocarlos en la mesa antes de seguir cogiendo billetes y devolviendo monedas. Pero Derek se había cansado de los garabatos. Durante un tiempo había firmado con su nombre rodeado por un pequeño círculo lleno de puntos y líneas retorcidas, como si fuese el pequeño jeroglífico de un mandala. Pero le había parecido tan horrible en comparación con los elaborados diseños del libro que había terminado por firmar tan solo con su nombre. Los clientes parecían igual de satisfechos, aunque eran pocos los que querían hablar con él.

Sin duda, era posible pensar que a pesar de su vestimenta a la moda y su carencia de afiliación en público con cualquier sistema de creencias medieval o cualquier tipo de charlatanería, aquellos clientes no diferían en absoluto de los que inundaban Hecate's Haven con la esperanza de convertirse en maestros cósmicos. Al fin y al cabo, lo que tenían en común era su libro: si lo compraban eran igual de estúpidos que los neopaganos y los teosofistas. Por otra parte, quizá lo compraban porque era la novedad, una cursilada moderna

que casaba con los tatuajes de los mandalas. Las copias circulaban con la misma profusión que las cápsulas de treinta y siete. Era una moda moderna, tan pasajera como cualquier otra. Pero estaba en su apogeo, y gracias a ello Derek tenía más posibilidades de alcanzar metas más elevadas. «La locura de los mandalas» rezaba el titular de portada del *Bayrometer*, del que también había ejemplares disponibles por la estancia. Cuando se pasara la novedad de los mandalas, su nombre quedaría en el imaginario del público y su siguiente proyecto se beneficiaría de su fama y notoriedad. Los mandalas eran un peldaño que lo catapultaría hacia nuevos éxitos, no un fin en sí mismos.

—¿Señor Crowe? —llamó un hombre tal vez algo más joven que él, que tenía una alopecia prematura o la coronilla afeitada. En las manos llevaba un paquete pequeño. Sus gafas cuadradas resultaban extrañas, y hablaba con un ligero ceceo—. Bob Maltzman me dijo que debería presentarme. Me llamo Neil Vasquez. Soy tu ilustrador. He estado trabajando en esa idea de la baraja de mandalas.

—¡Vaya, sí! —clamó Derek—. Ven, me gustaría hablar contigo.

Vasquez sonrió nervioso y arqueó las cejas negras. Rodeó la mesa mientras la siguiente persona de la fila soltaba el libro para que Derek se lo firmara.

—¡Encantado de conocerte! ¡Hiciste un trabajo magnífico con el libro, y la idea de la baraja me parece fantástica!

Derek estaba embelesado con todas las alabanzas que había recibido esa noche.

—Yo... te he traído un prototipo de la baraja para que la veas. Son más pequeñas de las que usaremos al final, pero la calidad es muy buena.

Dejó un pequeño paquete en la mesa, una baraja de cartas brillante no mucho mayor que una de naipes. Crowe las hojeó con premura. Los mandalas eran increíbles, estaban en tres dimensiones y parecían vivos; flotaban en un éter resplandeciente. Parecían fotografías, tenían sombras volubles y estaban coloreados con una oscuridad iridiscente.

—¿Los has hecho tú?

—Están hechos por ordenador. Usé un programa fractal y me basé en treinta y siete iteraciones de la misma ecuación. Al parecer, funcionó muy bien. ¿Y si así es como se forman los mandalas? ¿Y si el universo fuese un gigantesco procesador que hubiese trabajado hasta que evolucionasen estas

cosas? Lo habrían hecho en una dimensión paralela al tiempo, sin duda, y de ese modo entrarían y saldrían a voluntad de la nuestra y harían sus cosas sin miedo a quedarse atrapados aquí.

—Tengo la impresión —respondió Derek— de que su naturaleza está mucho más relacionada con los espíritus ancestrales, como si fuesen maestros ascendidos o algo así. Pero mi opinión es tan válida como cualquier otra.

—¿Ves? Tienes muy buena percepción. Me encantaría oír tus sugerencias.

—En realidad, deberíamos preguntar qué opinan los mandalas. —Al decirlo, buscó a Lenore. Llevaba tiempo sin verla—. No había tenido ocasión de decirte cuánto me encantan tus ilustraciones.

—Vaya. Gracias. Me alegro. Pero diría que estas están a años luz de las que hice en blanco y negro.

Derek se dirigió a todos los presentes en la estancia.

—Señoras y señores, ¡tenemos aquí al ilustrador de *Los ritos mandala*! ¡Neil Vasquez! ¡No se queden sin pedirle que les firme sus ejemplares! —Se giró hacia Vasquez, quien parecía conmocionado; esbozaba una sonrisa nerviosa y estaba ruborizado—. Ven conmigo, Neil. Atenderemos los dos a la misma fila.

—¡Vaya! —exclamó una chica al tiempo que se inclinaba sobre la mesa—. ¿Son cartas de tarot?

—Así es. Estarán a la venta dentro de muy poco.

—¡Qué pasada! —Empezó a hojearlas, y los demás no tardaron en curiosear.

Derek miró a Neil, quien sonreía orgulloso.

—Creo que van a ser un bombazo —dijo.

No estuvo seguro de cuánto tiempo pasó antes de que Nina apareciese junto a él y pusiera un vaso de vino a su lado.

—¿Estás listo para tomarte un descanso? —preguntó la mujer.

Le dolía la mano, así que asintió y se levantó.

—Neil, ¿por qué no te quedas? —le propuso—. Haz que el dinero que se están gastando merezca un poco más la pena.

—Tenemos otra sorpresa —explicó Nina—. Etienne nos espera abajo.

En el primer piso casi no había un alma. La gente había empezado a

colocarse alrededor de la pista de baile más o menos al mismo tiempo. Al parecer era la única manera de moverse entre toda la multitud. El ritmo de sus pasos empezó a sincronizarse con los zumbidos de la música. Derek se dio cuenta de que había empezado a pensar en las aspas de un ventilador que giraba y giraba y surcaban el aire muy despacio: monótonas, hipnóticas, un zumbido rítmico y atronador.

Mientras titubeaba junto al borde de la pista de baile, alguien lo cogió del brazo. Se giró con la esperanza de encontrar a otro admirador, de que le iban a pedir otro autógrafo.

—Vaya, pero si es el mismísimo Derek Crowe, el prestigioso autor —dijo Lilith—. ¿O debería llamarte plagiador?

Casi no fue capaz de oírla a causa del ruido.

—Lilith... No esperaba encontrarte aquí.

—¿Te ha encontrado?

—¿Qué?

—Tu amigo desorejado.

—¿Una... oreja? —Derek se quedó de piedra.

—Ah, sí, ¡Chhith! —comentó Nina—. No te preocupes, Derek. Nos hemos encargado de todo.

—Pero... ¿cómo lo conoces? —le preguntó a Lilith.

—Me ha traído en coche. Dice que tienes algo que le pertenece, y no me extrañaría. Al parecer, tienes cosas que pertenecen a mucha gente. No sabía que tuvieras tantos secretos, Derek. Hiciste bien en ocultármelo.

Derek estaba desconcertado. Lilith no podía referirse a todas las cosas que se temía.

—¿Nos perdonas? —dijo Nina con firmeza—. El señor Crowe tiene una cita.

—No hay problema —accedió Lilith.

—Nos vemos después —le dijo a la mujer mientras Nina le tiraba del brazo.

—No te molestes —respondió ella. Pero Derek no supo lo que añadió a continuación, pues había demasiado ruido en el club. Seguro que no era nada relacionado con «Elias Mooney», la habría oído mal a causa del complejo de culpa derivado de la paranoia. Nadie sabía nada sobre Elias. Ni siquiera

Etienne y Nina.

Cada vez era más consciente de la segunda piel que llevaba. Le resultaba más cómoda de lo que había pensado. ¿Era una locura llevar algo así tan cerca de su cuerpo? Nadie iba a sospechar. Pero ¡era muy perverso! La manera en que crujía contra él, el hormigueo y las cosquillas que sentía, la manera en que se le pegaba en algunas partes... Todo era muy extraño y muy placentero. Era una presión reconfortante que lo envolvía por completo y que no solo era erótica, era como si todo su cuerpo fuese un gigantesco órgano sexual muy sensible y lleno de sangre.

Se dio cuenta de que reía mientras Nina lo llevaba escaleras abajo y pasaban junto a alguien que parecía ser un guarda o un portero. Hasta ese momento no tenía ni idea de que hubiera un sótano. Pero sin duda todo estaba ocurriendo en aquel lugar. Allí estaban los más chic, en pie o de rodillas junto a pequeñas pantallas fruto de la tecnología y obras de arte multimedia, como si practicasen sus adoraciones en unos altares muy modernos.

Se quedó absorto por un momento con una imagen que no le pareció que tuviera mucho que ver con toda aquella sofisticación: un hombre con la cara marcada, mirada triste y vestido como si se dirigiera a una reunión de empresa, con un traje de impecable factura hongkonesa. Atravesó las habitaciones mientras se detenía a mirar lo que había en ellas. Lo que le había llamado la atención no era aquel hombre, sino el fajo de papeles que llevaba: textos mecanografiados, fotocopias y unos cuadernos negros y rojos parecidos a los que Eli Mooney había llenado de diatribas. La primera locura que le vino a Derek a la cabeza era que aquellos eran sus archivos secretos sobre los mandalas y que alguien los había robado de su armario. ¡Imposible! El hombre avanzaba con cautela y desapareció al doblar una esquina, pero no sin que Derek viese antes, por un instante, su letra en las hojas.

Se excusó en silencio ante Nina y lo siguió. El terror que experimentaba no conocía límites. No podían ser sus documentos. ¿Cómo sería posible algo así? ¿Cómo los habría conseguido aquel desconocido?

Chhith, pensó.

Derek echó un vistazo por la esquina y vio una alcoba que tenía una puerta. Se abrió paso por una estancia oscura de luces púrpura. Al principio vio unos patrones ultravioletas que resplandecían y se retorcían debajo de aquella luz negra: eran mandalas, plantas trepadoras, parras y esqueletos,

dragones carnívoros de dientes venenosos y diamantinos. A medida que sus pupilas se ajustaban a la tenue luz, vio que las formas estaban impresas en las pieles de dos figuras desnudas que fornicaban con vehemencia ante un público escaso pero muy entregado.

En ese instante, el hombre de ojos tristes con el fajo de papeles abrió la puerta que había al fondo de la habitación. Derek vio por un instante su silueta, vio que llevaba los documentos pegados al pecho y luego que cerraba la puerta. Derek entró en la estancia y evitó mirar a la pareja, que no dejaba de forcejear por el suelo. Uno de ellos empujó al otro con fuerza contra la pared, muy cerca de él, y siguieron follando en posición vertical. Derek pasó junto a ellos y siguió adelante. Era como uno de esos espectáculos sexuales de North Beach pero en cutre, reinterpretado para cultuquetas. Cuando llegó a la puerta que había al fondo, la abrió y vio la sonrisa de Etienne.

—¡Aquí estás! —El hombre entró y cerró la puerta—. ¡Ya veo que las cosas se han puesto calentitas!

Derek miró hacia atrás y vio que la multitud junto a la que acababa de pasar sin mirar había empezado a imitar a los actores, suponiendo que fueran actores. Los miembros de la audiencia habían empezado a toquetearse y al parecer se arrancaban las ropas, aunque con la poca luz que había y lo aturdido que estaba Derek, le resultó difícil estar seguro de ello.

—Encantador, ¿verdad? —comentó Etienne.

—Creemos que la heterosexualidad está obsoleta —dijo Nina al tiempo que aparecía detrás de Derek y rodeaba con el brazo a Etienne.

Derek se vio obligado a pronunciar una respuesta igual de desenfadada.

—Obsoleta pero efectiva.

Todos rieron a la vez al tiempo que salían de la estancia.

—Sí —afirmó Etienne—. El sexo aún es útil.

No quería parecer asustado, pero tenía claro que no quería que lo llevaran adonde ellos quisieran. Encima, el estrépito de pisadas se había reducido a un batiburrillo de pasos más suave y rítmico.

—Dijiste... que había una sorpresa —titubeó Derek.

—Los invitados de honor tienen responsabilidades —aseguró Etienne.

—¡Eres el maestro de ceremonias! —dijo Nina con alborozo.

—Es hora de que las cumplas. Todo está listo. Seguro que hasta tú lo

habías notado.

¿Hasta yo?, pensó Derek. ¿Acaso Etienne piensa que soy un inepto?

—Claro —aseguró Derek.

Se dirigieron a toda prisa hacia otra puerta en la que dos hombres fornidos hacían guardia. Los porteros la abrieron y los empujaron al interior.

Derek se vio en una habitación grande y redonda que solo estaba iluminada por un foco situado en el centro. Unas paredes espejadas se curvaban a su alrededor. En el centro había un sofá de cuero rojo oscuro y, a su lado, un sillón acolchado. Parecía el despacho de un psiquiatra.

Lenore Renzler estaba tumbada en el sofá. El sillón estaba vacío.

Derek se acercó un poco.

—¿Lenore?

La mujer tenía los ojos abiertos y no parpadeaba. Ni siquiera lo había mirado.

—Está en trance —dijo Etienne—. Perdona, sé que eres muy eficiente, pero me tomé la libertad de prepararla. Para ahorrarte problemas.

Derek empezó a retirarse, pero Nina y Etienne lo agarraron de los brazos.

—La verdad es que no se me da muy bien.

—Soy consciente de que no es la típica situación terapéutica a la que estás acostumbrado.

—No soy un hipnotista de espectáculos. Necesito realizar mi trabajo en privado. Esto va en contra de mi ética profesional. No puedo..., no puedo hacerlo.

—Pero debes hacerlo, señor Crowe. Sabes que esto no depende solo de ti. Han sido ellos los que han pedido hablar contigo.

—¿Ellos?

La cabeza de Lenore se giró hacia él y luego miró hacia arriba.

—Hola, Derek.

—Hola, Lenore —respondió en voz baja. Nina y Etienne lo obligaron a sentarse en el sillón.

—No somos Lenore —dijo la chica—. Ella no va a hablar esta noche. Con quienes hablas ahora es con nosotros.

Derek se pasó las manos con nerviosismo por los costados e hizo que la piel que llevaba empezara a crujir y a clavársele.

—¿Me... me podrían dar algo para escribir?

Empezó a levantarse, como si tuviese la intención de marcharse con la excusa de ir a buscar un bolígrafo.

—No —dijo Etienne—. Hoy no queremos hablar para la posteridad, solo queremos hablar contigo. Ha llegado tu momento. —La voz era casi idéntica a la de Lenore, distante y áspera, pero cada vez se le acercaba más y se oía más alto. Tenía docenas de personas a su alrededor dispuestas en círculo. Mirara hacia donde mirara, veía mandalas que resplandecían, sak tan poderosos que proyectaban la luz a través de la ropa.

—Mi momento —repitió. Se había vuelto imposible distinguir las pisadas que venían de arriba, de la música. Contempló el techo y vio que algo se agitaba en él, algo gris y brillante garabateado con manchurroneos negros que se movían como cangrejos, que siseaban, abrían las bocas y babeaban sobre él.

No quiso admitir (ni creer) lo que veía. No hasta que se dio cuenta de que seguro que alguien le había puesto una dosis de treinta y siete en la bebida. La alucinación parecía muy real, pero al darse cuenta de que no era más que una visión consiguió dejar de mirarla con distante fascinación. Concluyó que tan solo era un producto de su imaginación.

Justo en ese momento vio que otra figura flotaba encima de Lenore. Tenía extremidades negras, ojos moteados en las puntas de unos zarcillos resplandecientes y una boca central con colmillos de lamprea. Era brillante como un cristal negro, como si un ser vivo se hubiese desplegado de la nada y ahora dominara la habitación. Sus anfitriones se merecían una ovación por la calidad de los efectos especiales.

Pero cuando se giró para mirar a Nina y a Etienne, no los vio a ellos... ni a la multitud. En su lugar había una horda de mandalas que inundaba la estancia y formaba un gentío que no dejaba de agitarse, que ocultaba las tenues sombras humanas. Sus zarcillos colgaban del techo como las extremidades punzantes de una aguaviva multiforme, como serpentina venenosas que colgasen de unos globos funestos.

—No —dijo Lenore con voz entrecortada—. Vuelve. No puedes hablar. No interfieras.

Luchaba en algún rincón de su interior. Derek vio que algo familiar recorría las facciones de la mujer, una expresión que era, al mismo tiempo,

sabia e ingenua. Se incorporó y dejó los pies colgando. Luego se abalanzó sobre él, lo agarró por los brazos y lo levantó del sillón. Él intentó zafarse, pero ahora los guardias no podían ayudarlo, ya que sus cuerpos estaban enzarzados con los impetuosos forcejeos de los mandalas. Lenore se acercó a él, lo miró a los ojos y susurró con gesto triste:

—Ahora me acuerdo de ti —dijo—. He recorrido un largo camino para encontrarte, Derek. Me han asustado, pero no han podido detenerme. Tengo que hablar contigo.

Su voz sonaba patética e insignificante, y le hizo recordar cosas que no podía soportar, que le aterraba haber liberado. Intentó alejarse, pero la mujer se aferró a él con mucha fuerza. Prefería estrangularla antes que oír una palabra más, pero no era capaz de mover los brazos. Era pequeña, pero había conseguido inmovilizarlo. La presión de los mandalas que lo rodeaban y de las alucinaciones que veía a su alrededor no le dejaba ningún lugar adonde escapar.

—No lo hagas —suplicó Derek—. Por favor.

—Tengo que hacerlo —afirmó ella—. He esperado toda una vida. Más...

Incluso antes de que Nina la encontrara deambulando por los pasillos, Lenore había sentido que le iban a exigir algo más. La riqueza y la claridad de su visión se habían convertido en una aceptación total de todo lo que fuese a ocurrir, cualquier cosa. Le dedicó a Nina un gesto de asentimiento y se colocó junto a ella.

—Etienne está casi listo. Ven por aquí.

Lo encontraron en una habitación desamueblada con un desagüe en mitad de un suelo de hormigón. En una esquina había un carrito de conserje lleno de mopas y del que colgaban unos cubos. El suelo estaba húmedo, como si lo acabasen de fregar.

—Ya has llegado. Ahora estoy contigo.

En la pared había dos polaroids grandes colgadas una junto a la otra. Lenore las miró mientras Etienne se quitaba una bata de plástico y unos guantes de goma. En la primera, se veía al hombre a quien habían llamado Chhith. La segunda no era tan reconocible. Parecía ser la prueba de una atrocidad de la guerra, algo húmedo, rojo y masticado de una manera espantosa. La instantánea estaba tan fresca que aún olía a productos

químicos.

—¡Antes y después! —canturreó Etienne.

—¡Nuestro propio Tuol Sleng en miniatura! —exclamó Nina—. ¡Ahora el protagonista es el conservador!

—Bueno, no pudimos llegar a un acuerdo. ¡No hemos montado todo este numerito para solo una persona! —Etienne metió la bata y los guantes en la papelería del carrito, y un hombre alto se lo llevó. Etienne se agachó para recoger un bolígrafo que había en el suelo junto al desagüe. Sacó la punta varias veces y luego se lo metió en el bolsillo de la camisa. Nina rio y aplaudió.

—Pues listo —dijo el hombre al tiempo que agarraba a Lenore por el hombro—. La galería está completa. Tu papel ahora, querida...

—Estoy lista —repuso ella.

—Sí que lo estás, ¿verdad?

Cogió algo del bolsillo, un disco espejado, redondo, resplandeciente y con un diseño grabado que reconoció al instante. Era su guardián oscuro. El hombre se lo puso delante de la cara para que se viera reflejada en el disco. El diseño de su frente se superpuso sobre el grabado del espejo. Al verlo, la mujer empezó a caer hacia la oscuridad, abandonó su cuerpo y la habitación se desvaneció en un zumbido ahogado.

Quiero verlo todo, insistió ella. Ya era algo natural. Había visto demasiado. No había nada de lo que avergonzarse, nada que temer.

Pero aquella noche, Lenore se topó con un muro muy definido. La ilimitada oscuridad se negó a retroceder. La claridad de sus pensamientos hizo que su ceguera psíquica fuera aún más difícil de soportar, ya que ahora era capaz de experimentar la impotencia a un nivel infinitesimal.

No he venido hasta aquí para que me libren a mi suerte, pensó. *¡No podéis hacerme esto!*

Por primera vez en lo que le pareció mucho tiempo, sintió que tenía una identidad diferente de la de su mandala. El guardián oscuro había agotado todas sus excusas para llevarla hasta aquel lugar, todas las mentiras que le había contado le habían hecho sentir parte integral de su plan. Ahora que giraba distraído en la oscuridad, Lenore se dio cuenta de que no había sido más que un vehículo.

Bueno... Ella también se había guardado sus secretos. También había

mentido.

Su atracción por Derek Crowe había estado en gran parte alentada por los mandalas, pero en el fondo tenía sus propias razones para acudir allí. Notó en su interior un ansia, un instinto que la había hecho seguir adelante a través de la oscuridad como si fuese un cometa. Había atravesado la oscuridad exterior antes, orbitado lejos de él, pero ahora que volvía a precipitarse hacia el interior y a sentir la fuerza de gravedad de Crowe, la luz interior de Lenore brillaba más que nunca, como si reflejase el fuego impasible e ignominioso de aquel hombre.

Lenore se replegó aún más hacia su interior y sintió que ahí dentro estaba la única salida. La parte pequeña y secreta de sí misma era su auténtico navegante. La había guiado por la vida cuando ella no era digna de los mandalas. Antes de la vida, antes de nacer, antes de que les sirviera de algo, desde que no era más que ceniza revoloteando en el vacío exterior y luego cayendo de nuevo en la tierra, de nuevo junto a Derek Crowe, toda su vida. Había sentido algo cuando lo vio en el auditorio de Cinderton, pero en aquel momento no lo había reconocido: pensaba que era a raíz de la foto de la solapa. Pero desde ese instante había crecido en ella la sensación de que estaba destinada a él, de que tenía que volver con Derek fuera como fuese. Pensaba que era porque los mandalas la necesitaban, pero lo cierto es que ella también. Había algo más.

Se aferró con presteza al carbón chamuscado que había en el núcleo de su alma. Se impulsó hacia él y sintió que volvía a surgir una llama, que la luz empezaba a filtrarse. Sí, la luz. Todo el viaje que había realizado por orden del mandala había sido hacia delante, había acompañado a su guardián por el mundo a través de campos y ciudades. Pero el viaje de verdad, el viaje de Lenore, siempre había sido hacia el interior. Realizó de un salto la última parte de dicho viaje.

La luz brotó a lo bestia, como si estuviera en una sala llena de espejos.

Derek Crowe se aferró a ella e intentó liberarse con torpeza, pero fue incapaz. Los mandalas los mantenían juntos por razones mandálicas, pero Lenore se aferraba a él por sus propias razones frágiles y humanas. Había llegado tan lejos para eso, más lejos de lo que jamás hubiese creído. Por el momento, los mandalas y sus misteriosos propósitos eran irrelevantes. Parecía que había sido Lenore quien los había usado para sus propios fines,

quien se había aprovechado de ese poder para llegar hasta Crowe lo más pronto posible. Nunca lo habría conseguido tan rápido por su propio pie.

No habría llegado hasta él en aquella noche de cambios, la noche que daría lugar a una nueva era.

Pronunció las palabras con torpeza. No las había ensayado, pero mientras lo hacía sabía que eran ciertas. Al mismo tiempo eran un descubrimiento y un recuerdo, nacidos de un lugar más profundo que el que pudiese abarcar una mente que solo había experimentado una vida. Y que trajo consigo recuerdos de una vida anterior, mucho más corta.

La voz de Lenore cambió de tono mientras hablaba. Se fue apagando hasta que se convirtió en un hilillo susurrante y de una tristeza infinita. Derek entrecerró los ojos y vio quién estaba hablando con él en realidad. Ya no tenía delante la cara de Lenore, las manos de la mujer ya no se aferraban a él con una mezcla de pena y venganza. En su lugar, vio una cara pequeña y encantadora y sintió unas manos diminutas, amables y muy frías.

—No —rogó Derek—. Por favor.

—Derek...

—¡No!

—He vuelto a ti. Sé que has cambiado, pero yo no. Tengo que hablar contigo.

—¡No me hagas esto!

Forcejeó, pero había algo que lo empujaba hacia ella, un magnetismo repulsivo que seguro había causado el treinta y siete. Era un sueño terrible, un sueño lleno de culpabilidad, sus remordimientos más privados expuestos a un público de desconocidos de formas alienígenas que fingían ser humanas.

—Te perdono. Es lo único que tengo que decir.

—No, May, por favor...

Se vino abajo cuando balbuceó el nombre de la chica y dejó de negar. Sintió que estaba a punto de llorar, pero algo reprimía las lágrimas; la falta de uso, quizá.

—Sí —dijo ella—. No sé qué ha pasado ni por qué, pero te perdono. Sé que no es muy importante, Derek. Sé que no bastará para hacerte cambiar y lo siento, pero tenía que decirte que estoy bien. Que soy fuerte, estoy viva y

he vuelto, y que ahora puedo seguir adelante porque lo sabes. Pero tú... tú...

—Yo... ¿qué? —preguntó, desesperado, creyéndoselo todo, que todo era posible: los mandalas, los demonios, todos los dioses y los santos, las ciudades y los continentes perdidos, Atlantis, Mu, Lemuria, la levitación, la telequinesis, la reencarnación, el cielo, el infierno, la magia negra y la blanca, la kundalini, el karma, los hechizos de amor, las maldiciones, el pecado, la redención, Yavé, Alá, Jesús, Sakiamuni, Ahura Mazda y Lucifer. Creyó en todo aquello de manera indiscriminada, como si todo fuese igual de probable o incluso necesario. Creyó en que aquella chica podía adivinar su futuro, su destino, como si fuese un oráculo salido de la oscuridad exterior, del mismísimo infierno privado que era su pasado. Aquella alma inocente al fin lo había encontrado y aún era una niña, no una Furia de ojos refulgentes.

—Tienes lo que te mereces —dijo la niña—. Así que esto no te importará, por mucho que signifique para mí.

Crowe siguió viniéndose abajo, marchitándose. Sintió cómo su cuerpo se deshacía por dentro, cómo sus tejidos y sus huesos crujían hasta convertirse en una masa carnosa densa y sólida.

—Adiós, Derek.

—¡May! ¡No, May, por favor! Quiero preguntarte... quiero...

—Adiós.

—¡Lo siento, May! ¡Te quiero, May! ¡Lo siento!

Pero nunca llegó a saber si le había oído. La cara de la niña ya se había quedado inerte, porque los mandalas habían ganado la batalla para expulsarla por siempre.

Derek se ahogó con sus lágrimas. Empezó a gritar a medida que continuaba la destrucción de su corazón.

Todas las vigas que habían conseguido mantenerlo de una pieza, todos los débiles andamios emocionales, se vinieron abajo. Siempre había dado por hecho que había un vacío que colmaba el centro de su ser. En aquel momento, descubrió que no podía estar más equivocado.

El mandala de su interior tanteó el mundo exterior temblando y entre bocanadas de aire como un buceador que acabase de salir a la superficie. El pellejo conservado que se extendía por su pálida carne crujió y se separó como un portal que estuviese a punto de abrirse, como si preparase el camino para una atrocidad decisiva. Derek miró hacia el techo y maldijo a los que se

encontraban allí forcejeando porque sabía que ellos eran los culpables de lo que ocurría, los catalizadores que habían apresurado y supervisado cada uno de los pasos de aquel proceso.

Ahora creía en ellos. Era igual que creer en sí mismo.

Y Lenore, a la que habían arrojado fuera, que volvía a caer en la oscuridad, sabía lo que iba a ocurrir ahora, lo que llegaría para llenar el hueco que ella había dejado atrás. Lo vio con la claridad de alguien que ha morado entre los mandalas de la manera más consciente que una mente humana se puede permitir.

Lo que vio era peor de lo que se había imaginado. Era Derek Crowe, sí, pero un Crowe exagerado y concentrado, un Crowe intensificado a un nivel que dejaba en evidencia la definición de terror. La cosa en la que estaba a punto de convertirse, el florecimiento de aquella semilla que se encontraba en el centro de su alma, era una imagen insoportable.

Lenore intentó detener su caída libre. Había recorrido aquellos reinos durante el tiempo suficiente como para conseguir algo de control. Se aferró al núcleo del cometa que habitaba en su interior y lo arreó con insistencia para que volviera hasta aquella escena de inminente devastación.

A medida que se acercaba, vio cómo la multitud que había en la pista de baile se arremolinaba alrededor del guardián oscuro cuyos contornos habían empezado a resplandecer y latían como si tuviesen vida, empapados en la energía sanguinolenta de los que inundaban el club Mandala. Se fusionó con el tamborileo rítmico que emitían los pies de los bailarines y aquella música que parecía salir de la nada, llegó a vislumbrar el matadero en el que se convertiría aquel lugar cuando llegase el trigésimo séptimo, cómo recurriría a ellos para conseguir energía, de la misma manera que su propio guardián lo había hecho con Tucker y Scarlet durante su primera manifestación. Los suelos se despedazarían, las paredes se vendrían abajo y todas las almas chorrearían como si fuesen un saco de sangre reventado para formar un núcleo astral de un nuevo e incipiente mandala...

Y cuando ese ocupara su lugar entre los otros treinta y seis, los obligaría a realizar nuevos actos de terror y crueldad. Los guiaría a una nueva época de violencia en el indefenso plano material, lo que daría forma y rumbo a la disputa egoísta de los mandalas y los uniría para continuar el proceso que los

había llevado a hacer espirales desde fuera del tiempo hasta aquella misma noche.

Lenore solo vio una manera de dejar su marca en aquellos acontecimientos, de hacerlos cambiar de rumbo para que fuesen menos terroríficos. Era algo que requería dejarlo todo atrás, pero de igual manera ya se encontraba de camino hacia una oscuridad ineludible. Aquel sacrificio podría significar otra oportunidad para la luz. Podría dar lugar a un renacimiento, a un poder verdadero y quién sabía a qué más.

Se dejó llevar y abrazó el ojo del huracán, se comprimió hasta alcanzar la masa crítica. Fue en ese momento cuando al fin sintió un florecimiento interior, que la explosión acababa de comenzar.

Reapareció de la nada entre los mandalas que habían prescindido de ella. Se tragó su impresión y su rabia y la entremezcló con la alegría desenfrenada de la multitud de encima y la filtración ponzoñosa de Derek Crowe. Lo hizo sin ayuda, subvirtió el destino aciago de Crowe para intentar sacar algo bueno de él.

Todos luchaban contra ella, tanto los mandalas como sus esclavos humanos. La empujaron y trataron de apartarla de Derek Crowe, trataron de sofocar su afloramiento.

En el momento en que recuperó el control de su cuerpo, le pidió ayuda a la única persona del mundo que podía moverse sin ser vista en aquel lugar. Era la única esperanza que le quedaba.

—¡Michael!

No pudo verlo. No tenía ni idea de si seguía vivo. Pero rezó para que la oyera.

Michael se había pegado contra el espejo oscuro de la pared, ignorado por todos, conmocionado, incapaz de oír la conversación entre Crowe y Lenore y de comprender absolutamente nada. El resto de la audiencia se encontraba en pie, inerte y ociosa, pero el aire sobre sus cabezas estaba vivo y tenía una agitación astral tan intensa que incluso fue capaz de verla.

De improviso, Michael oyó que Lenore pronunciaba su nombre, y aquello bastó para llamar su atención. Se puso en pie de un salto y atravesó a duras penas la multitud mientras el resto se apartaba como marionetas colgantes y sus brazos se movían al unísono, como si solo si los hubiesen desplazado las corrientes de un ambiente perturbado.

Michael agarró a Lenore e intentó separarla de Derek Crowe, pero eso no era lo que ella quería.

—No —murmuró la mujer al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Llévame... hasta él.

No podía creer que lo dijera en serio, pero Lenore insistió. Crowe cayó hacia atrás en el sillón y empezó a arrancarse la ropa mientras gritaba como si estuviese ardiendo. Lenore empezó a quitarse la camisa y dejó los pechos al descubierto.

—Quítamela —insistió ella. Aturdido, la ayudó a desnudarse ante aquel público, que parecía demasiado preocupado por lo que ocurría sobre sus cabezas como para prestar atención a aquella fútil combinación de cuerpos.

Crowe se había desvestido. Estaba tumbado e inquieto, pero empezó a tranquilizarse como si le hubiesen inyectado un tranquilizante.

—Hasta él —repitió Lenore. Y al ver que Michael titubeaba ante un pensamiento tan repugnante como aquel, la mujer insistió—: ¡Ya! ¡No puedo hacerlo sola! ¡Casi no puedo caminar!

La guio hasta el sofá y se quedó en pie mientras ella extendía las manos para tocar el pecho desnudo de Crowe. El hombre estaba cubierto por completo por una prenda membranosa, reseca y adornada con mandalas que se agitaba como si soplase un fuerte viento. Michael hizo caso omiso de la repugnancia que le causaba, mientras que Lenore se sentaba a horcajadas sobre Crowe, le agarraba el pene y lo apretaba con fuerza hasta que los nudillos se le quedaban blancos.

—No —espetó—. Tú no. No vas a salir.

Crowe aulló y gruñó mientras se agitaba para apartarla, pero Lenore aguantó.

—Lenore —llamó Michael.

—Márchate —dijo ella con brusquedad—. Márchate ya.

La mujer lo miró y luego se le nublaron los ojos.

Crowe empezó a gritar. Michael se tambaleó y cayó al suelo. Desde allí vio dos escenas: los acontecimientos que tenían lugar en el sofá se amplificaban y reproducían sobre sus cabezas, en una dimensión que no dejaba de rotar a través de esa en la que él se encontraba. Ya casi no podía pensar en Lenore como humana: era algo mayor, una presencia extraña que sobrepasaba su pálida y enjuta figura y que cubría la estancia al completo y

se elevaba hasta los ritmos atronadores que tenían encima para sacar de allí su energía...

Lenore había detenido el desmayo inminente de Crowe. Este sintió que estaba a punto de estallar, una sensación incomparable a un orgasmo, pero ella había conseguido controlarla. La energía seguía aumentando, como si fuese a llegar a un punto álgido, pero no podía salir por ninguna parte. Lenore se aferró a él con tanta fuerza que Crowe no pudo hacer nada. Emitió una risa aguda que emergió de ella mientras lo sostenía.

La segunda piel estaba pegajosa por dentro, pedazos de tejido vestigial colgaban de ella y se mezclaban con la piel del hombre, que sudaba el pellejo y le daba un aspecto similar al mucílago. Se retorció en su cuerpo como si tratase de escapar.

El aire oscuro no dejaba de moverse, unos cuajos vibrantes que parecían pelo, grasa solidificada o motas de tejido necroso revoloteaban por los aires como las manchas flotantes que aparecen en la vista cuando uno mira hacia el infinito. Pero aquellas formas eran cada vez más definidas. No se movían cuando se las miraba directamente, sino que colgaban allí como si fuesen soles oscuros o lunas apagadas. La estancia circular estaba adornada con unos hilillos argénteos casi invisibles y de un grosor imposible que se extendían de pared a pared y surgían de esos cuajos como si fuesen seda líquida. Casi podía sentir aquellos hilos zumbando por su cuerpo, líneas de poder que lo desgarraban pero que eran demasiado finas para que sus nervios las percibieran. Lenore le acercó la boca a la oreja y lo distrajo de todo aquello que era incapaz de comprender. Él permitió que su conciencia se contrajera hasta permear los límites de la voz y el tacto de la mujer. Las palabras de ella no tenían sentido ni se podía decir que fuesen palabras de afecto, pero eso ya no le importaba. Las pronunciaba en aquella lengua de *Los ritos mandala*, pero eran improvisadas, era un ensalmo que componía sobre la marcha. No lo estaba recitando. Los hilos de plata retumbaron y enviaron sus señales a lo largo de la estancia. Las corrientes eléctricas se arremolinaron sobre su segunda piel, lo calentaban. Cuando se miró el cuerpo, vio que todos los símbolos empezaban a resplandecer. Ruedas de luz que giraban despacio y lo encandilaron hasta que tuvo que cerrar los ojos. Vio que los mandalas se agitaban sobre su carne incluso a través de sus párpados cerrados. Se habían

vuelto tridimensionales y empezado a salir del plano rugoso de aquel pellejo conservado, se precipitaron hacia la estancia y dejaron marcas abrasadas en la piel, como si hubiesen tenido que destruir la puerta por la que habían penetrado en este mundo. Sintió que su propia piel estaba chamuscada en los lugares en los que esas cosas habían estado. Sabía que ahora tenía treinta y siete tatuajes recientes, como el padre de Etienne.

El mandala más resplandeciente brillaba como una estrella fija encima de él, pero cuando abrió los ojos para echar un vistazo vio que era la marca que Lenore tenía en la frente, que rotaba como agua en un desagüe... pero al mismo tiempo rodaba hacia fuera y se unía a las demás. Se alinearon para formar constelaciones entre los resplandecientes hilos argénteos. El ambiente de la estancia se puso más tenso, y el aire, denso e irrespirable. Las paredes parecieron expandirse, los espejos se resquebrajaron y las esquirlas salieron despedidas por el lugar. Empezó a caer una constante llovizna de yeso desde el techo. La habitación se agitó como si fuese una célula que lucha por replicarse, por crear algo nuevo ordenando sus elementos en concordancia con los cielos vacíos, la densidad de las estrellas y el dictado de la biología. Pese a tratarse de un proceso sutil que no se solía presenciar, no necesitaban un microscopio para verlo, tan solo la visión de los elegidos. Derek dejó de luchar. Buscó pistas en la cara de Lenore, pero los ojos de la chica miraban hacia arriba. Los siguió con la mirada y vio lo que supuso que ella estaba mirando. Era fácil confundirlo con un baile o con el movimiento hipnótico y bamboleante de las algas marinas entre las corrientes, ya que era al mismo tiempo un movimiento errático a merced de la naturaleza y también un acto muy deliberado.

Dos formas increíbles empezaban a entrelazarse en medio del aire. Una era aquella cosa porosa, grisácea y húmeda de bocas resplandecientes que había visto antes y que le resultaba repulsiva, ya que Derek odiaba las anémonas, las babosas y todo lo que saliera del mar. La otra era algo más atractiva, ya que estaba formada por unos tendones negros y lustrosos, unos ojos penetrantes y unos dientes pulcros. Las dos se revolcaban sobre sí mismas mientras sacudían las extremidades, que se enmarañaban con aquellos hilos argénteos que lo penetraban todo. Las criaturas latían como los ventrículos de un único corazón y toda la habitación se agitaba con aquella palpitación. Lenore extendió los brazos hacia arriba con los ojos cerrados

hasta que sus dedos quedaron inmersos en el centro de aquellos organismos acoplados. Derek no creía que pudiesen penetrarse así, ya que le parecían tan sólidos como las paredes y el techo. Ahora veía las manos de la chica rodeadas de una neblina en el interior de aquellas cosas. Luego, Lenore volvió a bajar los brazos y los cruzó sobre el pecho al tiempo que acercaba a ella aquellos mandalas unidos. Sufrió espasmos a medida que se le internaban en la carne. Sus brazos se llenaron de zarcillos plateados desde la muñeca hasta el hombro, extendió los dedos con esfuerzo mientras los cables se aferraban a sus músculos y se volvían más gruesos a medida que se retorcían. Toda la estancia parecía decidida a partirla en dos. Y, al verlo, Derek supo que el papel que desempeñaba en los acontecimientos había llegado a su fin, que ya no era nada. La chica lo había soltado y en ese momento sintió que su simiente manaba inútil por su vientre entre punzadas abrasadoras. Ya no quedaba nada para él; Derek Crowe no podría producir jamás nada mejor. La promesa de un mal grandioso que le había hecho su mandala interior había sido usurpada y ya no podía llegar a realizarse. En aquella configuración no había lugar para un trigésimo octavo.

Lenore le había salvado la vida, lo había librado de la inmortalidad. Podría yacer un poco más entre las ruinas de todo lo que había sido capaz de erigir.

Los estrechos hilillos argénteos se pusieron tensos del todo. El aire zumbó. Y, sin gritar y sin más sonido que la viscosa fricción que acompañaba al desbullar de su carne, Lenore se abrió por la mitad. Ambas partes se rasgaron hasta que Crowe oyó cómo las costillas se desencajaban de la columna. Se quedó suspendida en el aire sobre las cuerdas plateadas por un instante mientras sus tripas se escurrían sobre Crowe como un pila cálida y humeante. Derek no se había sentido nunca tan en consonancia con ninguna persona.

Pero ella ya no era una persona.

Algo salió de ella a medida que su cascarón se venía abajo. Aquella cosa se sacudió los restos de sangre y vísceras y se extendió por los hilillos argénteos como si pretendiera secarse al viento astral. Temblaba como una mariposa que acabase de salir del capullo, y miró a Derek con un único ojo acuoso similar a un gema naranja y sobrenatural encajada en el centro de una flor púrpura.

Sin duda no era Lenore, de igual manera que el extracto de rosas no son rosas. Pero sí que tenía su esencia, y ahora era mucho más poderosa de lo que había sido. Estaba completa, era un círculo, un mundo en sí misma.

Empezó a llorar al comprenderlo. Ahora ella estaba completa, y él yacía allí hecho pedazos. Aquella cosa que había quedado encerrada en su interior estaba destrozada y rezumaba un hedor fétido que lo acompañaría durante el resto de sus días. Había quedado destrozado, pero ahora creía y tuvo el presentimiento de que, después de aquella noche, solo podía llevar un tipo de vida muy concreto. Al menos, hasta que todo terminara.

Al fin y al cabo, era el maestro de los mandalas. Había inspirado una secta demente y oscura y tenía que responsabilizarse de sus atrocidades.

Etienne, Nina y los demás ya empezaban a fusionarse de nuevo con la oscuridad de la que habían salido. El nombre que se encontraba en la portada de *Los ritos mandala* era el suyo. Sería ese nombre el que quedaría grabado por todo el mundo y el que le otorgaría una fama que era capaz de imaginar.

Cuando abrió los ojos de nuevo, los hilillos argénteos se tensaron y volvieron a replegarse hacia el éter. Lenore había desaparecido.

Lo único que quedaba de ella era aquel cuerpo destripado y abandonado que lo incriminaba a él. Después de aquella noche, no iba a negar nada. Todas las explicaciones le parecían buenas a Derek, y estaba decidido a confesar cualquier cosa, todo. ¿Quién era él para juzgar lo que era posible o intentar distinguir entre infinitos matices de veracidad?

Además, en general se podía decir que era culpable.

Mientras tanto, Michael, perdido entre la multitud, se alejaba de aquella masacre con la mente en blanco porque había demasiadas cosas incomprensibles. Vio a Etienne y a Nina en el recibidor. Hablaban con prisa en voz baja, apenas algo desconcertados. Etienne le dedicó una sonrisa y lo saludó con un gesto rápido de la mano, como si se hubiesen visto por la calle. Michael se giró y salió corriendo en dirección contraria.

Tropezó por las escaleras y estuvo a punto de chocar con alguien al bajar.
—¡Michael!

Era Lilith, que se había aferrado a él y lo arrastró por el camino hasta el piso de abajo. Consiguió mirar de reojo hacia la pista de baile y vio a la multitud hacinada y ociosa sin música.

—Te he estado buscando —dijo Lilith—. Salgamos de aquí. Llamé a la policía hace unos minutos. Aquí está pasando algo...

—Sí —convino—. Fuera.

Se abrieron paso a través de la multitud errática, que estaba a punto de sufrir una decepción tan grande que nunca la llegaría a comprender. Un dios acababa de desdeñarlos. Pensó que quizás iban a enfadarse, y se alegró. Que lo destrozaran todo. Encontraron la salida y salieron a la calle, contra la corriente de personas que aún entraba exudando optimismo. Por detrás de los impuntuales, las sirenas atronaban en la noche, pero Michael y Lilith se metieron debajo de la autopista y se ocultaron en las sombras de una enorme columna de cemento cuando las sirenas y las luces de los primeros coches patrulla pasaron junto a ellos.

—Debería hablar con ellos —dijo Michael, amagando con acercarse—. Tienen que mirar en el sótano.

Lilith lo agarró.

—Mirarán. Encontrarán lo que tengan que encontrar. Pero... ¿qué hay ahí abajo? —Luego la mujer le vio la cara—. No, no me lo digas. Intenta no pensar en ello. ¿Estás bien?

Él negó con la cabeza. No tenía sentido mentir.

—¿Puedes caminar? ¿Quieres que nos quedemos aquí un rato?

Aún estaba aturdido y no sabía muy bien qué quería. Sintió que se lo habían arrebatado todo, su pasado y cualquier posible futuro.

—¿Michael?

De improviso, sintió que la oscuridad sobre ellos se agitaba. Lilith también lo sintió y miró hacia arriba.

—¿Qué ha sido eso?

Una rueda luminosa apareció poco a poco en aquel cielo sin estrellas que había por encima del paso elevado, y fue tomando forma y solidez. Era un mandala púrpura con un globo naranja y resplandeciente en el centro, un ojo omnisciente. Era todo lo que quedaba de Lenore. Sintió una parte de la mujer en aquella cosa que irradiaba sobre él, que lo cuestionaba...

—Pues son reales... —dijo Lilith.

—Ya ves —respondió Michael.

Extendió las manos despacio y con cuidado, como si pudiera tocar

aquella cosa fresca y nueva. Le temblaron los dedos. Le estaba preguntando algo, pero no sabía el qué. Lo único que sabía era que quería estar junto a ella, que le gustaba su presencia. Le ofrecía guía ahora que se sentía más perdido que nunca.

Refulgió una luz púrpura y el ojo naranja se abrió, y Michael sintió cómo se abalanzaba sobre él, a su interior. Compartió su conciencia con esa cosa por un momento maravilloso...

El mandala en el que se había convertido Lenore flotó como un ángel sobre Michael, sobre las calles de carne roja y temblorosa, bajo las estrellas que parecían agujeros negros que horadaban la noche blanquecina. Al principio se había sentido frágil y sola, como si cualquier brisa pudiese destruirla, pero luego se había empezado a dar cuenta de que era invulnerable y superaría aquella soledad. Había dejado atrás sus emociones humanas después de haber sido destripada. Había mudado la piel con tanta delicadeza que se había librado del tuétano, de los músculos y de los huesos. En lugar de eso, en lugar de experimentar una tristeza pasajera o un regocijo transitorio, sintió que algo majestuoso crecía en silencio y le iba a hacer preocuparse por temas más antiguos e ignotos. Para ella, las pasiones humanas ahora eran como juguetes, herramientas, pero nunca algo que llegara a dominarla. Lo que sí tenía que dominar y aprovechar era el ansia ciega e imprudente del resto de mandalas. Ella se había librado por sí misma de aquella ceguera y tenía que compartir aquel conocimiento con ellos. Tenía que darles a conocer un entendimiento mayor de su naturaleza, de su potencial.

Solo uno tan joven e ingenuo era capaz de enarbolar la ambición necesaria para cambiar a los treinta y siete, pero se sentía calmada y determinada. Se había abalanzado hacia ellos con un propósito, y también había evitado que uno mucho más ciego que ella tomara forma. Sería horrible desperdiciar aquella oportunidad que se le había otorgado; no pretendía dejarla pasar. Pero llevaría tiempo, eras para los humanos, comprender del todo las cosas de las que ahora era capaz y empezar a trabajar para conseguir su objetivo.

Mientras tanto, necesitaba aliados. Necesitaba mantenerse en contacto con el mundo material, comprenderlo y recordar como cuando era humana.

Michael era el denominador común entre los zarandeos de tantas necesidades, entre el millón de estómagos vacíos. Lo necesitaba, aunque no

tanto como él la necesitaba a ella.

Mientras ella flotaba titubeante, el guardián de la mujer que acompañaba a Michael empezó a agitarse al ver tan cerca un objetivo vulnerable. Ahora que se había restaurado la configuración, Michael volvía a ser visible para todos. El mandala de Lilith era una rueda de flores nudosas y retorcidas que se retraían para mostrar unas púas venenosas que ocultaba en el interior. Empezó a girar hacia Michael con una posesividad feroz y agitándose de manera amenazadora, como si, al ver las dudas del mandala recién nacido, pretendiese asustarlo.

Al verse amenazada, tomó la decisión más rápida. Mejor ella que otro. Aquel lugar era tan bueno como cualquiera para hacer frente a aquel mal introspectivo.

Se acercó a Michael para protegerlo y se sintió muy bien mientras lo absorbía. Fue en ese momento cuando aprendió que no había unas reglas definidas y que los propósitos de la humanidad carecían de significado, por el momento. Por eso, cuando se aferró a Michael, sintió que una avaricia miserable y feroz se apoderaba de ella. Los bordes frágiles y púrpuras se endurecieron para formar unas cuchillas curvadas.

Es mío.

El mandala 37 se preparó para luchar por su presa.

AGRADECIMIENTOS

Por su inspiración y ayuda, directa o de cualquier otro tipo, me gustaría dar las gracias a Victor y Cora Anderson, Matthew Bialer, Michael Blumlein, M. D.; Stephen P. Brown, Tim Ferret, Galen Gloss, Jay Kinney, Hal Robins, Rudy Rucker, John Shirley, Gordon Van Gelder y William T. Vollmann.